

78

**BIBLIOTECA
BÁSICA
CANARIA**

Y CON EL VIENTO JUEGA

Pepa Aurora

Y CON EL VIENTO JUEGA

Pepa Aurora

78 BIBLIOTECA
BÁSICA
CANARIA

Presidente del Gobierno de Canarias

Fernando Clavijo Batlle

Consejería de Universidades, Ciencia e Innovación y Cultura

Migdalia María Machín Tavío

Viceconsejero de Cultura y Patrimonio Cultural

Horacio Umpiérrez Sánchez

Dirección General de Cultura y Patrimonio Cultural

Miguel Ángel Clavijo Redondo

Dirección General de Innovación Cultural e Industrias Creativas

Cristóbal de la Rosa Croissier

Y con el viento juega

© de la edición: Viceconsejería
de Cultura y Patrimonio
Cultural del Gobierno de
Canarias, 2026

© Josefa Aurora Rodríguez
Silvera, 1984-2026

© de la edición literaria, estudio
preliminar y cronología:
Sandra González Reina y
Paula Fernández Hernández,
2026

1.ª edición: octubre de 2026

ISBN: 978-84-7947-908-4

Depósito legal: TF 621-2026

Impresión:

Cuarzo Libros

BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA

Dirección

Victoriano Santana Sanjurjo

Consejo asesor

José Miguel Perera Santana

Paula Fernández Hernández

Katya Vázquez Schröder

Víctor Álamo de la Rosa

Equipo técnico

Instituto Canario de

Desarrollo Cultural

Diseño y maquetación

Sergio Hernández Peña

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de esta obra.

Y CON EL VIENTO JUEGA

Pepa Aurora

Edición literaria, estudio
preliminar y cronología

**Sandra González Reina y
Paula Fernández Hernández**



Gobierno
de Canarias

Índice

Estudio preliminar	15
Bibliografía	43
Cronología.....	57
Criterios de edición.....	65

Y con el viento juega

1. Narrativa: cuento, relato, novela juvenil y retrato	73
1.1. De <i>Millo tierno</i> (1984)	75
La máquina china.....	75
1.2. De <i>Papá Teide</i> (1985).....	89
La gaviota Valentina.....	89
Papá Teide	91
1.3. De <i>El tayero</i> (1987)	95
Una ciudad industrial	95
1.4. <i>Cuentos de misterio, brujas y miedos en un país sin luz</i> (1998).....	98
La bruja enamorada.....	98
La casa de los cuentos.....	101

1.5.	De <i>Cuentos canarios</i> (1998)	105
	Los últimos guaicos	105
	Miel de palma	109
	El bienmesabe.....	114
1.6.	De <i>Los coquitos de mi Ingenio</i> (1998)	118
	Los cumbreros	118
	Las lavanderas.....	121
	El hombre que hablaba en verso	126
1.7.	De <i>La isla de las ardillas</i> (2001)	132
	Nuevas amistades.....	132
	Las ardillas traviesas	133
	La Montaña Colorada.....	137
	Un paseo en camello.....	140
1.8.	De <i>La playa de las Marañuelas</i> (2004).....	144
	La playa de las Marañuelas	144
	La graja de Taburiente	148
1.9.	De <i>Marichucena</i> (2004).....	151
	Marichucena	151
1.10.	De <i>Popó, el escarabajo de las dunas</i> (2004)	155
	Verano en las dunas	155
	La pupa del escarabajo.....	157
	Verdinsa	161
1.11.	De <i>La morena Chipiripi y otros cuentos canarios</i> (2005).....	165
	La morena Chipiripi	165

	La isla Sonrisa	168
	El siroco botarate	172
1.12.	De <i>La caja de las palabras</i> (2005)	175
	La arregladora de las palabras	175
	La palmera Soledad.....	177
1.13.	De <i>La lagartija escurridiza</i> (2007).....	179
	El laberinto.....	179
	Sopla el alisio	181
	Una tarde en casa	182
	Un nuevo día.....	184
	Vuelven los padres de Yaiza	187
1.14.	De <i>Un barranco junto a tu casa</i> (2007)....	189
	Los últimos dinosaurios	189
1.15.	De <i>Tilila</i> (2008)	191
	Los milagritos de Fuerteventura	191
	Puipana.....	193
1.16.	De <i>La isla de los colores</i> (2009)	198
	Bora.....	198
	Raspilla	201
1.17.	De <i>Sapito Morín</i> (2009).....	203
	Sapito Morín	203
	Érase una playa.....	208
1.18.	De <i>El monte de las brumas</i> (2009)	211
	Orone	211
	Almendrados	216

1.19.	De <i>Juana Catalina. La última bruja de Canarias y sus descendientes en el siglo XXI... y otros cuentos</i> (2012).....	223
	Las brujas del siglo XXI.....	223
	La zahorina	234
	El aquelarre	242
	El Tragaldabas.....	245
1.20.	De <i>Montañas de azúcar</i> (2013).....	248
1.21.	De <i>Mujeres con ingenio: Emprendedoras del siglo XX</i> (2013).....	251
	Las tenderas de El Cuarto. <i>Agustinita la de Gando</i>	251
	Las tenderas de la plaza. <i>Paquita la de la tienda</i>	254
	Paca Espino (y su librería-kiosco de prensa).....	255
1.22.	De <i>Cuentos de la tradición oral en Canarias: misterio, brujas y miedos</i> (2015).....	258
	La Tibicén.....	258
1.23.	De <i>El retorno de los lobos</i> (2016).....	260
	Amanecer en Lobos.....	260
	Leopoldo el Farero	261
	Habitantes de Lobos	271
1.24.	De <i>Cuentos de la tradición oral en Canarias. Para leer y contar</i> (2017).....	275
	La flor del oroal	275

1.25.	De <i>Mujeres con ingenio (II).</i> <i>Emprendedoras del siglo XX</i> (2017).....	281
	La Veguera, primera pastelera de Ingenio	281
1.26.	De <i>Bailaderos: leyendas canarias de</i> <i>brujas</i> (2018).....	287
	María la Tuerta	287
	La última bruja de Canarias.....	292
1.27.	De <i>A la sombra de las palabras:</i> <i>leyendas canarias de árboles</i> (2020)	297
	El pino de la Virgen	297
1.28.	De <i>Lo que cuentan los barrancos:</i> <i>leyendas canarias</i> (2020)	300
	Arguineguín.....	300
1.29.	De <i>Una isla contada. Antología</i> <i>para recorrer Gran Canaria</i> (2021)	305
	Guayadeque legendario.....	305
	La tumba del gigante.....	312
1.30.	De <i>Historias de colores</i> (2023)	316
	La bencomia.....	316
	Una leyenda de seres blancos y negros....	320
1.31.	De <i>Cuenteando con Pepa Aurora</i> (2025) ..	325
	El ojo de Polifemo	325
	La casa de los mahios	327
	La garza herida	329
	Carita de luna	331

2. Poesía.....	335
2.1. De <i>Papá Teide</i> (1985)	337
Nana al lagarto.....	337
La vieja chabolita.....	338
Trabalenguas con las puonas canarias.....	340
Vámonos a mariscar	341
2.2. De <i>El tayero</i> (1987)	343
La vaca Pajarita.....	343
Malagueña con pena.....	344
Isa con alegría	345
2.3. De <i>Pinceladas</i> (2013)	346
Taginaste.....	347
El barranco.....	348
Jugando en el retamal	349
El alisio	350
Las seguidillas de agua	351
El drago	352
El verode (verol peludo).....	353
Cancioncilla de las semillas viajeras	354
Campanitas canarinas (bicácaro canario).....	355
La aulaga.....	356
El cardón	357
2.4. De <i>Olas y más olas (poemas)</i> (2014).....	358
Frente al mar	358
Burgado	360
Un cuento.....	361

	Marejada.....	363
	La cabra que bebió del mar	364
	Paisaje de las costas	366
2.5.	<i>De Versos al derecho y al revés</i> (2015).....	367
	Un pentagrama en el campo	367
	Palabras.....	369
	Windsurfeando.....	371
2.6.	<i>De Escritos a Padrón</i> (2016)	372
	Aguadoras con tallas.....	372
2.7.	<i>De Mujeres con ingenio (II).</i> <i>Emprendedoras del siglo XX</i> (2017).....	375
	Panaderas de Ingenio.....	375
2.8.	<i>De Versos con chocolate</i> (2017).....	377
	Sopla el alisio	377
	La ardilla moruna.....	378
	Recuerdos de la tradición oral.....	379
2.9.	<i>De Versos al aire</i> (2018).....	380
	Dialoguillo	380
	Enero.....	381
	Juegos del viento y la arena	382
2.10.	<i>De Retahílas, trabalenguas y</i> <i>poemas para chinijos</i> (2023)	383
	Había una vez... ..	383
	Jairitas... ..	384
	Duerme el lagarto.....	385

2.11.	De <i>Silos de cuentos</i> (2025).....	386
	Jugando con la palabra	386
2.12.	De <i>La casa entre los pinos</i> (2026).....	387
	Visita de la abubilla (pupú, alpupú, tabobo)	387
	Las tederas.....	388
	Coplas en un frutero.....	389
3.	Teatro	391
3.1.	De <i>El tayero</i> (1987)	393
	El teatrillo de las vocales	393
3.2.	De <i>Dos historias y un escenario</i> (2006)....	398
4.	Ensayo	407
4.1.	«Los juegos infantiles canarios» (1990).....	409
4.2.	De <i>El lenguaje creativo en la escuela: experiencia de una maestra</i> (2008).....	416
	Oralidad y literatura	416
	Oralidad: contar un cuento.....	418
4.3.	De <i>Literatura infantil y juvenil en Canarias. Apuntes para la historia</i> (2012)	426
	Literatura infantil y juvenil en la década de los ochenta.....	426
	Literatura infantil y juvenil del siglo XXI (2000 a 2010).....	437

Estudio preliminar

Hay trayectorias que resultan inmensurables. No solo por su longitud —cuantificable en años y décadas— o por su profusión —enumerable en términos de obra o actividad—, sino por el alcance desde el que se conciben y con el que se proyectan. Es el caso de Josefa Aurora Rodríguez Silvera, conocida públicamente como Pepa Aurora. Su carácter extraordinariamente prolífico, unido a la multiplicidad de ámbitos en los que ha desarrollado una labor constante, no merece acotar su figura. Pepa Aurora ocupa un lugar primordial dentro de la cultura y las letras canarias al reunir diversos perfiles complementarios: maestra renovadora vinculada al movimiento de la escuela canaria, escritora de literatura infantil, narradora oral pionera en el Archipiélago y recuperadora del patrimonio inmaterial a través de los juegos tradicionales, el léxico popular, los cuentos y la memoria colectiva. Precisamente, esta riqueza de facetas complica toda compilación y, al mismo tiempo, refuerza los motivos para retratar una trayectoria fecunda, sostenida por décadas de entrega a la creación literaria desde una óptica abarcadora, a la enseñanza comprensiva

con el entorno del alumnado y a la preservación sensible del patrimonio cultural canario.

Infancia, *Lingenio* y formación

Pepa Aurora nace en Agüimes el 23 de julio de 1944 y crece en Ingenio, en un contexto marcado por la posguerra y por una vida comunitaria en la que la transmisión oral desempeña un papel esencial. En el seno de una familia de docentes, la presencia cotidiana de cuentos y relatos fantásticos configura un universo simbólico que resulta decisivo. Como recuerda la autora en su relato autobiográfico, Ingenio se establece casi como un territorio mítico de su infancia, un pueblo de alisio y de historias que escucha brotar —incluso antes de saber leer y escribir— de voces diversas: madres, abuelas, tías, maestras, vecinas y otros miembros de su villa, llamada por sus habitantes *Lingenio*. La oralidad constituye, así, su primer contacto con el hecho narrativo: un aprendizaje nacido de la escucha y de una palabra que circula de persona a persona y de generación en generación.

A esta primera experiencia con la palabra escuchada pronto se incorpora el descubrimiento de la lectura. Esta se convierte desde entonces en otra de las grandes experiencias de su infancia: comienza explorando los libros de la biblioteca de su abuelo, extiende su curiosidad a la biblioteca de la Villa y, posteriormente, a las de la ciudad. Se configura, desde sus primeros años, una relación complementaria entre la palabra escuchada y la palabra leída, entre las voces de su entorno y las voces que habitan en

los libros. Ambas formas de aproximarse al relato terminan confluyendo, años más tarde, en su propia manera de entender la literatura.

De sus padres hereda dos cualidades estrechamente ligadas a su personalidad creadora: el humor y el amor por la lectura, inclinación natural por la figura de su abuelo materno. Este, como coordinador de las escuelas locales y responsable de sus bibliotecas, vive en primera persona la represión cultural de los inicios del franquismo al recibir la orden de quemar los libros que guardaba. Su entorno familiar, profundamente vinculado a la educación, la lectura y la transmisión oral, constituye el espacio inicial en el que Pepa Aurora desarrolla una aguda sensibilidad hacia la palabra y el conocimiento.

Su primera formación escolar transcurre entre Ingenio y Agüimes. Comienza en la escuela de «doña Paca», continúa en la de doña Ana Artiles, en La Ladera, y, posteriormente, se incorpora a la escuela de doña Felicita, un espacio especialmente significativo en su trayectoria, pues décadas más tarde se convertiría en la «Casa de los Cuentos», Asociación Sociocultural que la propia Pepa Aurora coordina con especial dedicación. Durante esta etapa pasa también por el colegio Carmelita de Agüimes y, más adelante, inicia el Bachillerato en la Academia Nuestra Señora de Candelaria, en Ingenio, completando así un itinerario educativo ligado a los lugares y a las figuras docentes de su entorno próximo.

Hacia 1962 se traslada a Escaleritas, en Las Palmas de Gran Canaria, donde continúa su formación académica. Completa el Bachillerato e inicia sus estu-

dios de Magisterio, etapa que amplía sus horizontes y encamina su trayecto hacia la docencia, la creación literaria y la actividad cultural. Durante estos años de formación comienza a perfilarse una sensibilidad pedagógica y social que más adelante definirá buena parte de su obra. Pepa Aurora comprende la importancia de la palabra como herramienta educativa, afectiva y clave para el desarrollo en sociedad.

Docencia

El inicio de su carrera docente constituye uno de los episodios más relevantes de su trayectoria intelectual. Nacida en una familia de maestros, Pepa comienza a ejercer como docente en el Colegio Ténesor, centro que funda en la plaza de la Feria, Las Palmas de Gran Canaria. Posteriormente, se presenta a las oposiciones de Magisterio y en 1971 da comienzo su camino en la escuela pública.

En este periodo tiene lugar un encuentro fundamental en su vida. En la Navidad de 1971 conoce a Jesús Santana Suárez, con quien contrae matrimonio en abril de 1972. Desde entonces han compartido más de cinco décadas de vida. Su presencia acompaña la actividad docente, literaria y cultural de Pepa Aurora: el ánimo constante, la ayuda en el cuidado de los archivos y el apoyo cotidiano han sostenido una parte difícilmente visible de ese largo recorrido. La propia autora reconoce en él una figura imprescindible y considera que sin su compañía y colaboración muchas de las iniciativas emprendidas no habrían sido posibles.

Durante aquellos primeros años de ejercicio en la escuela pública, el sistema educativo canario apenas incorpora referencias a la realidad cultural del Archipiélago. Esta ausencia de contenidos vinculados al entorno inmediato de los discentes —paisaje, flora, fauna— motiva en ella el impulso de crear una lista propia de términos cercanos a la realidad del estudiantado. Este trabajo, aparentemente sencillo, posee una enorme relevancia desde el punto de vista educativo y cultural, ya que anticipa modelos pedagógicos posteriores basados en la contextualización del aprendizaje en la defensa de las identidades culturales dentro del aula. Pepa Aurora devuelve con este acto necesario y rebelde gran parte de la autoestima identitaria perdida y enseña a los niños y niñas a escapar del complejo del colonizado. Pocos años después, Manuel Alemán, en *Psicología del hombre canario* (1980), advierte del peso de las culturas impuestas y de la infravaloración de lo propio como factores que dificultan y «neblinan» la conciencia y el reconocimiento de la identidad canaria. Para Alemán, estos condicionamientos se construyen y empiezan a interiorizarse desde la infancia a través del paisaje, el entorno social y la cultura. Del mismo modo, la familia y la escuela intervienen en la formación de los modelos desde los que aprenden a relacionarse con la realidad los menores. Frente a una educación capaz de reproducir una imagen desvalorizada de lo propio, la práctica de Pepa Aurora contribuye a restituir al espacio educativo una realidad cultural escasamente representada en los materiales escolares de la época, favoreciendo que los niños y las niñas

puedan reconocerse en los paisajes, las palabras y las experiencias que forman parte de su vida cotidiana. Según la autora, para que desde la infancia se pueda crecer feliz, se necesita amar y soñar lo que se vive, así como reconocer con claridad el lugar de pertenencia. Solo a través del conocimiento del entorno se puede construir un imaginario propio y desarrollar la creatividad en un espacio emocional y cultural atravesado por lo concreto y cercano. Embebida de autoras como Ana Teberosky —a quien dedica un artículo de opinión (*Canarias* 7, 16 de octubre de 1988)—, Pepa Aurora habla de la *apropiación del conocimiento*, como enfoque que cuestiona los aprendizajes técnicos y mecánicos, para redirigir el protagonismo a las infancias, otorgarles agencia y convertir su llegada a la lectoescritura en un saber arraigado. Esta atención prestada a los primeros contactos de las personas con el lenguaje escrito y a la literatura muestra el grado de preocupación de Pepa Aurora por los nuevos lectores, por la democratización de las letras y por su accesibilidad, adelantándose a comprensiones del hecho literario muy actuales, pero que resultaban, durante la década de los 70 y los 80, menos frecuentes en las Islas.

De hecho, se esfuerza en rastrear y reconocer a quienes habían contribuido, antes y después que ella, al reconocimiento de la literatura infantil y juvenil. Como resultado de las investigaciones emprendidas durante años, publica en 2012 una obra de referencia: *Literatura infantil y juvenil en Canarias. Apuntes para la historia*. En ella, Pepa Aurora ordena, compendia y explica la evolución de este sector creativo, desde

los años sesenta hasta la primera década del siglo XXI. Para cada periodo señalado explica los hitos, el contexto, las autorías, publicaciones e iniciativas editoriales que impulsan esta literatura en Canarias, conformando un campo claro de creación, del que se incluyen algunos extractos en esta antología. Así, nuestra autora no solo se erige como escritora, narradora, maestra o gran animadora cultural, sino también como una de las personas que más se ha esforzado para que hoy podamos hablar con naturalidad de literatura infantil y juvenil en Canarias, pues no siempre fue así.

Su labor docente, entonces, no se limita a la transmisión académica convencional. La escuela para Pepa Aurora se establece como un espacio de creación, recuperación y sostén de la memoria colectiva. A partir de este momento, además, se adentra en el mundo de la poesía y descubre el poder de iluminar que habita en la palabra.

En paralelo, se ocupa de recopilar juegos tradicionales, cuentos populares y expresiones propias del ámbito canario, desarrollando una tarea de salvaguarda patrimonial que posteriormente tiene continuidad en sus creaciones literarias y culturales. En este papel, publica, especialmente durante la década de los ochenta, en suplementos del periódico *Canarias 7* artículos sobre pedagogía y sobre los «juegos de toda la vida», colaborando además en la sección «Mural» reservada para el Colegio Profesional de Pedagogía y Psicopedagogía de Las Palmas de Gran Canaria.

Literatura infantil

Millo tierno (1984) fue su primera obra publicada como autora de literatura infantil. No fue sencillo que una maestra, criada en tiempos de posguerra —donde todo era pecado menos contar historias, en palabras de la propia Pepa Aurora—, recogiera los poemas y los relatos que conocía desde niña y que revitalizó en las aulas para convertirlos en un manojito de páginas. En un momento en el que no abundaban las obras dedicadas a las infancias canarias, fue Edirca, fundada en Las Palmas de Gran Canaria unos años antes, la editorial que publicó aquel primer manuscrito de Pepa Aurora. Fue en gran medida gracias al impulso de su marido, quien aportó además algunas de las ilustraciones que contiene la obra. Sería el inicio de una producción constante en la que confluyen creación poética, narrativa, dramática, tradición oral y compromiso con la identidad cultural de las Islas.

La amplitud de esta producción, sin embargo, no puede medirse únicamente a través de los libros publicados. Una parte de la creación de Pepa Aurora ha circulado por otros soportes y espacios, en ocasiones vinculados a iniciativas educativas, culturales o solidarias. Poemas, cuentos y otros textos de la autora aparecen en publicaciones diversas que escapan a una bibliografía entendida en sentido estricto. Es el caso de los calendarios «Homenaje a Gran Canaria» (2005) y «En homenaje a Gran Canaria» (2007), impulsados por el Club de Leones Arguineguín-Mogán, en los que diferentes textos de la autora —en español

y con traducción al inglés— dialogan con fotografías de espacios y elementos representativos de la isla. En uno de ellos, por ejemplo, escribe: «Sinfonía del viento entre los pinos, / olor húmedo de vida / sobre un mar de nubes / que sube y baja». Esta variedad de creaciones amplía considerablemente el alcance de su obra. Sus textos encuentran así formas diversas de llegar a sus lectores, consecuentes con una concepción de la palabra que no queda circunscrita al libro, sino que se mantiene en movimiento y se incorpora a distintos ámbitos de la vida cultural.

Obras posteriores como *Papá Teide* (1985), *El tayero* (1987), *Cuentos canarios* (1998), *La caja de las palabras* (2005) o *Juana Catalina, la última bruja de Canarias* (2012) reflejan una línea creativa coherente, centrada en la recuperación del imaginario popular canario y en la dignificación de la literatura destinada a la infancia. Se debe entender la puesta en valor de las formas de expresión populares, las alusiones al entorno, a su fauna, a su flora, a la comida, a sus festividades y a la historia como una vía recíprocamente relacionada con la construcción de una literatura que quizá ya estaba ahí, pero que no se había editado, difundido y que, al fin y al cabo, no había recibido la consideración que merecía.

De hecho, uno de los aspectos más significativos de su escritura es la natural incorporación del léxico y de formas particulares del habla canaria como parte esencial de una visión cultural arraigada en la experiencia cotidiana del Archipiélago. Su literatura construye un universo profundamente vinculado a la memoria, al territorio y a las formas de vida po-

pulares, es decir, las desplazadas del canon, pero que conforman la realidad inmediata de los primeros lectores. Este interés por las palabras propias no puede desligarse de los cauces por los que muchas de ellas han llegado hasta el presente: las voces que las pronunciaron, las historias que las conservan y las generaciones que continúan cuidando su transmisión. Lengua, memoria y oralidad aparecen estrechamente vinculadas en un camino que encuentra en la escucha uno de sus principales puntos de partida.

La tradición oral constituye un eje fundamental en el recorrido de Pepa Aurora y establece una continuidad entre su experiencia vital, su práctica docente y su creación literaria. Desde las historias escuchadas desde bien chica, los cuentos, leyendas, juegos, canciones y expresiones que posteriormente recoge y reelabora, la autora mantiene una relación constante con un patrimonio que continúa circulando entre generaciones. De este modo, la oralidad no aparece en su obra como un resto inmóvil del pasado, sino como una forma de conocimiento y creación que permanece viva en la medida en que Pepa escucha, recoge, recrea y comparte con una clara voluntad de preservar la memoria. Su labor, por tanto, trasciende la mera recuperación o conservación. La autora reúne materiales de la memoria popular, indaga en ellos y los traslada a nuevos espacios y soportes. Ejerce así una función mediadora entre distintas formas de circulación de la palabra: recibe el relato oral, lo lleva a la escritura y, en numerosas ocasiones, lo devuelve a la voz. Esta condición permite considerarla recopiladora y recreadora de la tradición dispuesta

a dialogar con nuevos receptores y contextos, especialmente en la infancia.

Asimismo, su obra concede una atención especial a las voces tradicionalmente relegadas de la historia oficial, sobre todo las mujeres transmisoras de relatos, saberes y experiencias comunitarias. Esta dimensión resulta particularmente visible en textos donde se agrupa la memoria histórica, la oralidad y la perspectiva social. Como maestra y como autora, Pepa Aurora conoció desde sus inicios en las escuelas los límites de una sociedad que confiere a las mujeres un papel secundario y, en todo caso, poco permisivo a la audacia, a pesar de ser la escuela uno de los escasos ámbitos laborales públicos en los que las mujeres podían desempeñarse. Colisionaba la concepción de la enseñanza como terreno de expansión y de inclusión —que había conocido desde la cuna y que con perseverancia lleva defendiendo durante toda su vida— con ciertas estructuras rígidas que reducían las posibilidades de las maestras para desarrollar su trabajo. Cabe destacar en este punto la denuncia a esta desigualdad que realiza en prensa, con un título alusivo a la obra de Ada Abraham, «El enseñante es también una persona» (*Canarias* 7, 27 de noviembre de 1988), aunque se refiere especialmente a *las* enseñantes.

El compromiso de Pepa Aurora con las mujeres y los colectivos que conforman es especialmente destacable. En el plano creativo, una de las características más reseñables de su obra es precisamente la labor de investigación que emprende sobre la vida de mujeres que la historia ha tachado de despreciables —bru-

jas—, dando a conocer su lado humano y otorgando un contexto que obliga a repensar la forma en la que han sido retratadas. Así se observa en algunos relatos recogidos en *Cuentos de misterio, brujas y miedos en un país sin luz* (1998), *Marichucena* (2004), *Puipana* (2004), *Juana Catalina. La última bruja de Canarias y sus descendientes en el siglo XXI... y otros cuentos* (2012), *Cuentos de la tradición oral en Canarias: misterio, brujas y miedos* (2015), *Bailaderos: leyendas canarias de brujas* (2018, publicada junto a relatos de Cecilia Domínguez Luis y Ernesto Rodríguez Abad) o *Tres brujas y un planeta* (2025, junto a Cecilia Domínguez Luis y Lola Suárez).

Además, parte del empeño de nuestra autora está relacionado con la puesta en valor de las mujeres, madres, abuelas y ancestras, así como de algunos de los oficios que desempeñaban, poco valorados pero que resultaban fundamentales para sostener el día a día. De ello dan cuenta algunos relatos recogidos en *Los coquitos de mi Ingenio* (1998), los cuentos «La arregladora de palabras» en *La caja de las palabras* (2005), «La abuela desmemoriada» de *Cuentos canarios para chinijos* (2006) o sus aportaciones a la obra colectiva *Voces del malpaís: leyendas canarias* (2017). Más allá de los cuentos y relatos, las abuelas y los abuelos suelen ser interlocutores habituales de los personajes protagonistas de las novelas infantiles que escribe la autora, como en *La isla de las ardillas* (2001) o *El retorno de los lobos* (2016). Ahora bien, el ejemplo paradigmático es la primera publicación de la autora, *Millo tierno* (1984), cuyo relato principal, «La máquina china», está protagonizado por Maestro

Chano, maquinista a quien los avances tecnológicos obligaron a una jubilación precipitada y quien, como último arrojo antes de la retirada, decide realizar un paseo por toda Gran Canaria junto a su nieto Javier. Este relato, alternado con romances que alimentan el sentido dialógico de la trama, se convierte en una panorámica de la sociedad grancanaria de entonces a través de una mirada forjada entre dos generaciones, entre viejos modos que desaparecen y una lucidez venidera. Los abuelos y abuelas atesoran el legado antiguo, la memoria oral y una forma de conocimiento preciso y cuidadoso con el lugar, con sus habitantes y elementos. El eslabón que ha sostenido dicha herencia busca soldarse a la descendencia niña, pues en ella reside el potencial de lo que vendrá. Los oficios cambian, la cotidianeidad se transforma, pero eso no obliga a desconocer qué y quiénes han contribuido a lo que hoy somos.

Así, también encontramos relatos dedicados a panaderas, lavanderas, maestras, cuidadoras, narradoras, a veces con nombre y apellidos y otras veces a modo de una fotografía compartida en la que tendrían cabida muchas mujeres anónimas. Con este cometido, Pepa Aurora ha colaborado activamente en el proyecto editorial *Mujeres con ingenio. Emprendedoras del siglo XX*, dedicado a retratar la historia de mujeres del municipio grancanario de Ingenio en sus tres ediciones hasta la fecha (2013, 2017 y 2023). También participa con el Colectivo de Mujeres Isadora Duncan, radicado en Telde, en la dinamización del Taller de Literatura con el que publicó en 2004 algunos de los textos forjados en su seno. Tal como se

especifica en *Poemas, relatos y cuentos con Pepa Aurora. Taller de Literatura* (Colectivo de Mujeres Isadora Duncan, 2004), esta experiencia trasciende la mera enseñanza de técnicas de escritura para convertirse en un espacio de encuentro, expresión y crecimiento personal. Durante un año, las participantes se reunieron los primeros y terceros viernes de cada mes para leer, escribir, compartir experiencias y realizar ejercicios literarios. Procedentes de ámbitos muy diversos —amas de casa, profesionales y estudiantes universitarias—, encontraban un punto de unión en la necesidad de expresar inquietudes, emociones y experiencias cotidianas a través de la palabra. La casa, la familia, el mercado, el amor y los pequeños acontecimientos de la vida diaria se convirtieron en materia literaria y en punto de partida para la creación. Más allá del aprendizaje técnico, Pepa Aurora entendía estos encuentros como una forma de despertar la imaginación, fortalecer la autoestima y ayudar a cada participante con el reencuentro de su niña ilusionada interior.

Otro de los pilares fundamentales de la trayectoria de Pepa Aurora es su papel pionero en la narración oral en Canarias. A finales de los años ochenta se integra en circuitos latinoamericanos de narración oral, vinculándose a encuentros y proyectos culturales que la conducen a México, Cuba o Venezuela, donde el foco principal es el arte de contar historias.

Su participación en redes internacionales y el reconocimiento recibido en México con el Premio Chamán de la Oralidad en 1993 consolidan una dimensión exterior destacada en la autora. Unos años

después fue premiada en la II Muestra Internacional de Narración Escénica en el mismo país. Entre 2008 y 2009 recibe tres premios en el ámbito latinoamericano, donde también publica en revistas y ediciones dedicadas a la literatura infantil, como en *Chinchila* (Cuba), *Encuentro* (México), entre otras muchas. Más allá de la escritura, Pepa Aurora entiende la oralidad como una forma de transmisión cultural viva, cercana y colectiva. Nuestra autora aprende a comunicarse con los niños y las niñas, a escuchar a las personas con las que comparte espacio. Su acento, su forma de ser y el abrazar Canarias desde su creación se entienden desde cualquier lugar del mundo. Este empeño de Pepa Aurora supone toda una revitalización contemporánea de la narración oral en Canarias, realizada en la práctica del taller, de la lectura en voz alta y del recitado, por escuelas, barrios, pueblos, fiestas, certámenes y presentaciones.

En 2015 se funda la Asociación Sociocultural Casa de los Cuentos con Pepa Aurora como presidenta y Jonay Iván Guerra Romero como secretario. La sede elegida es la antigua escuela de doña Felicitas de la zona de La Ladera del casco de Ingenio o *Lingenio*, un enclave significativo, ya que ha mantenido intactos algunos valores culturales y sociales singulares del Archipiélago. Quizá la constitución de esta asociación sociocultural viene a encumbrar una labor realizada por la autora desde hacía años en el municipio que vio crecer a Pepa Aurora. Ingenio la convirtió en Hija Adoptiva en 2017 y le dio su nombre a un parque. Se vincula a la Fundación Blas Sánchez, radicada en el municipio, e impulsa el rescate y la puesta en

valor de las mujeres ingenienses, como ha sido destacado. El propio Guerra Romero publica *Retales de canariedad: Ingenio a través de las letras de Pepa Aurora: itinerario literario por el casco de Ingenio (Gran Canaria) en homenaje al bicentenario de su municipio* (2015), un recorrido por los lugares reconocidos del *Lingenio* a través de los ojos poéticos de Pepa Aurora. El compromiso de la autora resulta inusitado, pues después de haberse dedicado a enseñar con tierno magisterio a las infancias canarias durante décadas, combinando creación literaria y vocación pedagógica —como dos caras de la misma moneda—, ha continuado desarrollando una militancia sociocultural y comunitaria teniendo como eje fundamental el reconocimiento de la palabra y el lugar.

Años después de aquellos marcados pasos en la narración oral, su ingreso en la Academia Canaria de la Lengua permite contemplar retrospectivamente este recorrido. Elegida miembro honorario en 2019, Pepa Aurora realiza su lectura de ingreso el 1 de diciembre de 2023 con un discurso significativamente titulado *Tradición oral y literatura infantil en Canarias*. La elección de estos conceptos parece condensar dos de los grandes ejes que vertebran su carrera y que, en su caso, resultan difícilmente separables: la tradición oral como espacio de escucha, memoria y transmisión, y la literatura infantil como territorio desde el que esa herencia encuentra nuevas formas de expresión y nuevos destinatarios. Su discurso permite cerrar simbólicamente un recorrido iniciado mucho antes: esa niña que escuchaba historias de otras bocas se reconoce, tiempo después, como continuadora de

una cadena de experiencias compartidas en la que la palabra recibida se transforma para volver nuevamente a la comunidad.

Más que un escenario de cuento

Cierta tradición literaria en Canarias se ha concentrado en retratar un paraíso, un vergel, también una tierra exótica, a veces un malpaís, para hablar de estas Islas. Imágenes paradójicas, repetidas y soñadas se han entrecruzado a lo largo del tiempo, conformando una estela de enunciación literaria que recurre al paisaje como génesis de la palabra en Canarias —otra cuestión sería atender a cómo se observa y desde qué posición, es decir, aspectos de perspectiva y enfoque que fundan la noción misma de *paisaje*—, desacralizando el verbo y también deshumanizándolo. Con el ánimo opuesto a alejar el paisaje de quien lo vive, de separar al ser humano de su entorno, Pepa Aurora cultiva a través de su obra literaria el vínculo con el territorio. El mensaje es claro: las infancias accederán con mayor facilidad y soltura al conocimiento de las escuelas si la escuela no se olvida del lugar que habitan sus colegas. Si se escogen ejemplos cercanos a las infancias, si se alude a animales y plantas con los que se puede encontrar, de aquello que observa en sus casas, en sus barrios, se habrá facilitado con ello la interlocución. De ahí que, en las creaciones literarias de Pepa Aurora, los fenómenos propios del tiempo atmosférico de estas latitudes —el alisio, el siroco, la maresía— estén ampliamente presentes, de la misma manera que la fauna y flora. La costa, la

cumbre, el mar, las dunas, los barrancos o el barrio son más que escenarios de cuento. Las metáforas y recursos literarios más frecuentes en la literatura infantil se exponen a través de referentes cercanos. Pepa Aurora le dedica una nana a un lagarto en *Papa Teide* (1985), un relato a una jaca (*Puipana*, 2004). Garzas, gaviotas, pardelas, perros, gatos, gallos, vacas, cabras, toninas, burgados, tortugas, pulpos, cucarachas, arañas y hormigas son protagonistas de muchos de sus relatos y poemas. Algunos de estos personajes son paradigmáticos de la obra de Pepa Aurora, como la morena Chipiripi, el escarabajo Popó, el sapito Morín o la lagartija Lisa, acompañantes en su amplio recorrido por los certámenes de narración oral, por bibliotecas, colegios y asociaciones culturales.

Ocorre algo similar con la flora. De la misma manera que la naturaleza ha sido una de las principales fuentes de toda inspiración artística, Pepa Aurora repara en las características de la vegetación endémica, dedicándole poemas y cuentos. Escribe sobre palmeras, pinos y balos en la obra colectiva *A la sombra de las palabras: leyendas canarias de árboles* (2020), sobre bencomias y dragos en *Historias de colores* (2023), sobre la flor del oroal y sus propiedades en *Cuentos de la tradición oral en Canarias. Para leer y contar* (2017). Cabe destacar su poemario *Pinceladas* (2013) y la atención que muestra hacia plantas de cumbre, de medianías y de costa, su cromatismo y relación con otros seres del ecosistema compartido, en una sencillez formal, con claras reminiscencias a la poesía popular, que despierta los sentidos al pú-

blico lector, cultivados, además, desde el plano visual por las ilustraciones de Octavi Navarro.

La obra de Pepa Aurora transita lugares y cada una de las islas. En sus más de cincuenta publicaciones, la autora se ha encargado de retratar el Archipiélago entero. En ocasiones, la isla se erige como otro personaje del cuento, trascendiendo su dimensión de mero escenario, como en *El monte de las brumas* (2009), que transcurre en La Gomera, o todos los relatos recogidos en *Tilila* (2008), referidos a Fuerteventura; *El retorno de los lobos* (2016), en el que el islote de Lobos es protagonista ineludible, o los cuentos dedicados a las grajas de La Palma (en *La playa de las Marañuelas*, 2004; *Historias de colores*, 2023) o el cuento «Raspilla», un camello de Lanzarote (en *La isla de los colores*, 2009).

Lejos de entender este lugar propio como algo cerrado o estático, la mirada de Pepa Aurora apunta hacia las relaciones con el mundo, hacia el tiempo necesario para generar espacio al cambio. Plantea, con su obra literaria y vital, la pregunta de cómo estar en el mundo estando en Canarias. Así, en sus intereses siempre emana el encontrar los vínculos que nos hacen humanos, más si cabe ante unas dinámicas cotidianas que resquebrajan ciertos principios de convivencia fundamentales. De ahí que la autora configure su literatura a partir de unas coordenadas geográficas claras y que, además, este sentido amplio con el que se concibe el territorio o el lugar la conduzca a denunciar actitudes y acciones que no velen por la protección del territorio, como primera y compartida casa. Esto se observa en publicaciones

tempranas, como en el cuento «La gaviota Valentina» (en *Papa Teide*, 1985), en el que las aves de costa se encuentran un día con la presencia inesperada e invasiva de palas mecánicas en los rincones donde nidifican. Y, especialmente, en el relato *Montañas de azúcar* (2013) —con ilustraciones de Javier Arres—, una parábola de tintes distópicos que reflexiona sobre las consecuencias de realizar transformaciones apresuradas, por muy buenas intenciones que las motiven, sobre el espacio habitado.

El espacio habitado, como las palabras, tiene historia o, mejor dicho, historias. Algo debe motivar que emerjan y, en muchos casos, ese estímulo proviene de la dimensión social que envuelve lo que pronunciamos. Un elemento profundamente creativo para Pepa Aurora es el misterio. Considerado como una oportunidad para la creatividad, lo que despierta temor en las infancias —la oscuridad, las brujas, los cementerios, los fantasmas, los gigantes— y las historias asociadas a ellas. Antes de que llegara la luz eléctrica, se contaban historias de miedo al caer la noche. Barrancos y cuevas eran considerados lugares peligrosos y los mitos asociados a ellos servían para disuadir la curiosidad de las infancias... o para incentivarla. Asociadas a lugares concretos, a personas o a leyendas, las historias de misterio contribuyen a la conformación de un paradigma de referentes culturales, muchos de los cuales proceden de una antigüedad difícil de datar, que Pepa Aurora se esfuerza en divulgar. Muchas de las leyendas, a su vez, se han ido transformando de generación en generación, forjando una memoria colectiva que la autora ha

recogido en obras como *Cuentos de misterio, brujas y miedos en un país sin luz* (1998), donde se incluyen los relatos «La luz del calvario viejo», «La cueva de los suspiros», «La montaña Marfú», junto a varias decenas de cuentos asociados a unos modos de vida, festividades y costumbres propias de las medianías canarias del siglo XX. También destaca *Cuentos de la tradición oral en Canarias: misterio, brujas y miedos* (2015), en el que veinte años después reescribe algunas de las historias ya conocidas y suma otras tantas como «La Tibicén», «Los mahíos», «La luz de Mafasca», «Mariachucena» o «Marichucena». La tradición oral bebe del pasado precolonial y no se le puede escapar a Pepa Aurora la importancia del conocer y divulgar lo relativo a la Canarias que existía antes de la conquista, como tampoco a lo acontecido después de esta. De hecho, en la obra colectiva *Voces del malpaís* (2017) elige incluir las historias de Ana Sánchez o Aremoga —nativa de La Gomera— o de Andamana. También convierte en novela juvenil la biografía de fray Antonio Hidalgo García, natural de Ingenio y nacido en el siglo XVII, que viajó a América, bajo el título *Aventuras y desventuras de fray Antón* (2020). El álbum ilustrado *Los León y Castillo: dos hermanos soñadores* (2017, 2018) está dedicado a las biografías de los ilustres grancanarios de finales del siglo XIX y principios del XX.

La escucha es una cualidad que ha permitido a la autora percibir la oralidad como algo concreto y efímero en su articulación, pero que despliega una serie de vínculos que operan en diferentes espacios y en diferentes tiempos. Es lo que ha llevado a Pepa Auro-

ra a sorprenderse por cómo en diferentes tradiciones se reconocen elementos presentes en los cuentos que escuchó siempre. En sus experiencias en Latinoamérica y en sus investigaciones sobre la tradición oral, la autora encuentra aspectos afines, muchos de los cuales tienen que ver con las infancias y el sentido de comunidad. De manera que cuentos tradicionales de otras partes del mundo también forman parte de la tradición propia. Es el caso que destaca Pilar García Carcedo¹, al descubrir que «Perinquín y Perinquina» son los particulares Hansel y Gretel en *Cuentos de la tradición en Canarias. Para leer y contar* (2017) de Pepa Aurora, atraídos por el reclamo de unas truchas que está elaborando una ogra, en lugar de la casa de caramelo de la bruja del cuento en su versión europea. La memoria popular, que recoge estos vínculos capaces de trascender los contextos espaciotemporales, es la que impide el olvido. Y son las palabras —las historias, los poemas— las que le dan forma a la memoria.

Reconocimientos

A lo largo de su trayectoria, Pepa Aurora ha recibido numerosos reconocimientos que evidencian la magnitud de su trabajo. Entre ellos destacan el Premio Ciudad de Telde a la Cultura, el Premio del Centro de la Cultura Popular Canaria, el Can de Plata del Cabildo de Gran Canaria, el Premio Rana de Plata de la Biblioteca Insular y su nombramiento como

1 En la obra *Cenicienta cumple cuatro mil años. Princesas activas en las versiones comparadas de los cuentos* (2022).

miembro honorario de la Academia Canaria de la Lengua.

Asimismo, obtuvo una distinción en los Premios San Borondón por su extraordinaria contribución al fortalecimiento de la identidad canaria, su labor pionera en el ámbito de la narración oral en las Islas y su destacada aportación a la escuela canaria.

Estos reconocimientos no solo premian una trayectoria literaria, sino también una forma de entender la cultura como servicio público, transmisión colectiva y compromiso con la memoria cultural del Archipiélago. De hecho, Pepa Aurora ha apoyado en incontables ocasiones a otros contadores, a nuevos escritores de literatura infantil y juvenil, personas dedicadas a la ilustración. Ha prologado un sinfín de obras y acompañado a autores noveles y consagrados en sus presentaciones. Seguramente, nuestra autora habrá asistido a la mayor parte de los certámenes y festivales dedicados a la narración oral y al cuento en toda Canarias.

El trabajo de Pepa Aurora no se agota y, además, nutre otras creatividades. Destaca especialmente su íntima relación con la música. La sonoridad, el ritmo y la importancia conferida a lo expresado en voz alta o en alta voz —como suele decir ella— han sido cuestiones centrales para la autora. Palabra y melodía son un par hermano en la narración oral. Desempeñada como profesora de música en la última etapa de su vida laboral en Arguineguín, Pepa Aurora impulsa el concurso escolar de lectura en *alta voz*, una habilidad arrinconada en la sociedad de las pantallas, que parece haber olvidado las lecturas co-

lectivas, compartidas y que devuelven al lenguaje la dimensión oral que le dio nacimiento. Otra relación musical de relevancia es la que une a la autora con Blas Sánchez. Desde sus inicios como concertista, este músico de Ingenio ha puesto melodía a varias creaciones de Pepa Aurora, como en la presentación de *Cuentos de misterio, brujas y miedos en un país sin luz* (1998), con la edición de *24 canciones navideñas* (2010) junto a Pepa Aurora y con la composición *9 miniaturas poético-musicales para guitarra en homenaje a la escritora y poetisa Pepa Aurora* (2010).

Conclusiones

Pepa Aurora es una de las grandes impulsoras en la consolidación de la literatura infantil y juvenil en Canarias. Su labor no se limita a escribir para la infancia: contribuye a ordenar, documentar y visibilizar un espacio creativo que durante mucho tiempo había permanecido disperso y escasamente estudiado. La citada publicación, *Literatura infantil y juvenil en Canarias. Apuntes para la historia* (2012), constituye un hito en este sentido, pues ofrece una panorámica rigurosa de autores, obras, editoriales e iniciativas culturales vinculadas a este terreno. Pepa Aurora participa, por tanto, no solo en la construcción de una literatura infantil canaria desde su propia creación, sino también en alimentar la memoria.

La amplitud de su trayectoria podría conducir a interpretar cada una de sus vertientes de manera independiente; sin embargo, observadas en conjunto, la docencia, la creación literaria, la narración oral,

la recopilación y la labor cultural mantienen entre sí un vínculo estrecho. La experiencia adquirida en el aula alimenta su escritura; la investigación y recopilación de materiales tradicionales nutren tanto sus libros como sus narraciones; la literatura regresa a la escuela, a la voz y a la gente; y la actividad cultural prolonga una decisión de encuentro y de transmisión. No se trata, por tanto, de facetas aisladas que coinciden en un mismo camino: son prácticas que se enriquecen mutuamente y permiten comprender la coherencia de un recorrido tan amplio, tan diverso.

Su preocupación por la memoria traspasa, además, la propia historia de la literatura infantil y empaapa todos los rincones de su creación. Los personajes, espacios y situaciones que presenta Pepa Aurora suelen pertenecer a sectores escasamente representados en los relatos oficiales: mujeres, niños y niñas, personas mayores, brujas, animales, clase trabajadora, isleñas, zonas rurales o voces de la tradición oral. Recuperar y colocar en el centro de la creación literaria estos elementos —y realidades que escapan del mundo literario— supone otorgarles el espacio que les pertenece, pero que no siempre les fue dado. En ese sentido, la memoria reivindicada constituye todo un acto de justicia. Articulada a través de la palabra, esta memoria colectiva confiere a la literatura una dimensión comunitaria, participada, que no se termina al finalizar la página.

Dentro de esta dimensión compartida, la infancia ocupa una posición central. No aparece únicamente como destinataria de sus creaciones o de su actividad docente, sino como una etapa decisiva en la cons-

trucción de la relación con el mundo. De ahí la insistencia de Pepa Aurora en acercar a los niños y a las niñas su realidad. Este trabajo invita a reconocerse en aquello que se lee y se aprende y les devuelve a los menores el valor que —social y literariamente— no siempre se les brinda. En este sentido, su apuesta por incorporar Canarias a la escuela y a la creación infantil responde tanto a un deseo de representación territorial como a una concepción amplia de la pertenencia y de la capacidad de la infancia para construir un imaginario propio.

Esta atención a la infancia adquiere especial sentido cuando se observa junto a la presencia de las generaciones que la preceden. Abuelas y abuelos, madres, maestras, vecinas o narradoras aparecen como depositarios de historias, palabras o experiencias que encuentran en los más jóvenes la posibilidad de permanecer. La transmisión se convierte así en uno de los movimientos más grandes de su universo creativo: el conocimiento recibido no llega para quedar intacto, sino para ser compartido, interrogado y nuevamente transmitido. Pepa sitúa con frecuencia la querida infancia en ese punto de encuentro entre memoria y porvenir, como receptora de una herencia cultural que puede hacer propia y que, a su vez, constantemente vuelve a entregarnos.

Vista en perspectiva, buena parte de las preocupaciones que atraviesan la obra de Pepa Aurora coinciden con problemáticas o debates plenamente contemporáneos: la educación contextualizada, la igualdad de género, los derechos de las infancias, la escuela inclusiva, la preservación del patrimonio inmaterial,

la defensa de la diversidad lingüística, la mediación lectora o la educación medioambiental. Pepa Aurora atiende a las personas, a las palabras, a los relatos y al territorio que la rodean, y convierte esa atención en materia educativa y literaria. La literatura es un diálogo con el pasado y el futuro, con las otras personas, con el lugar. Esto hace que la creación literaria de Pepa Aurora parezca estar siempre vigente.

Canarias constituye el lugar desde el que observa, recuerda y crea, pero también el punto desde el que dialoga con otras realidades. Su experiencia en los circuitos latinoamericanos de narración y el reconocimiento de motivos compartidos entre relatos de tradiciones geográficamente separadas muestran que las historias pueden atravesar fronteras. Todo lo que encierra Canarias forma parte del universo, una afirmación que sintetiza una de las claves que encontramos en su manera de entender el mundo: pertenecer no impide mirar hacia fuera, sino que permite agarrarse a un lugar desde el que mirar; supone reconocer «un dentro» desde el que poder hacerlo.

Su valor, entonces, reside en aquello que nombra o conserva y en su capacidad para circular y generar nuevos vínculos. Quizá, por este motivo, para comprender la trayectoria de Pepa Aurora haya que regresar al inicio: a una niña que escucha, que lee y que juega, a las voces primeras a las que nunca ha dejado de volver. Pepa Aurora ha hecho de la transmisión una manera de enseñar, crear y habitar, tejiendo puentes entre lo recibido y lo que está por venir. Así, quizá, la palabra, como el viento, solo permanece si se sigue moviendo.

Bibliografía

De Pepa Aurora

Poesía

- 2013: *Pinceladas*, ilustraciones de Octavi Navarro, Maresía, Madrid.
- 2014: *Olas y más olas (poemas)*, ilustraciones de Gervasio A. Cabrera, Diego Pun Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- 2015: *Versos de Navidad*, Casa de los Cuentos, Ingenio.
- 2015: *Versos al derecho y al revés*, junto a Ernesto Rodríguez Abad, ilustraciones de Horacio Sierra Jardines, Diego Pun Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- 2016: «Aguadoras con tallas» en *Escritos a Padrón: catálogo de textos, cuarta entrega*, vv. aa., Cabildo de Gran Canaria, Casa Museo Antonio Padrón, Gáldar, pp. 21-23.
- 2017: *Versos con chocolate*, junto a Yolanda Díaz Jiménez, Cam-PDS-CanariaseBook, Las Palmas de Gran Canaria.
- 2018: *Versos al aire*, con Ernesto Rodríguez Abad, ilustrado por Víctor Jaubert, Diego Pun Ediciones, Factoría del Cuento, Santa Cruz de Tenerife.
- 2023: *Retahílas, trabalenguas y poemas para chinijos*, ilustraciones de Anu Jato, Centro de la Cultura Popular Canaria, Gran Canaria, Tenerife.

- 2025: «Jugando con *la palabra*». *Silos de cuentos*, vv. aa., editado por Ernesto Rodríguez Abad y Benigno León Felipe, Asociación Cultural para el Desarrollo y Fomento de la Lectura y el Cuento, Los Silos.
- 2026: *La casa entre los pinos*, ilustraciones de Mónica Hernández, poemas musicados por Domingo Quintana Rivero, Bilenio Publicaciones, Las Palmas de Gran Canaria.

Narrativa

- 1998: *Cuentos de misterio, brujas y miedos en un país sin luz*, Ayuntamiento de la Villa de Ingenio.
- 1998: *Cuentos canarios*, ilustraciones de Rubén Armiche Benítez Padrón, Centro de la Cultura Popular Canaria, Gran Canaria, Tenerife.
- 1998: *Los coquitos de mi Ingenio*, Ilustre Ayuntamiento de la Villa de Ingenio.
- 1999: *Nuevos cuentos y poesías por Pepa Aurora*, Premio «Ingenio de Oro 1999» de la Fundación Canaria Blas Sánchez.
- 2001: *La isla de las ardillas*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Tenerife, Gran Canaria.
- 2004: *La playa de las Marañuelas*, ilustraciones de Víctor Jaubert, orientaciones didácticas de Ubaldo Padrón Brito, Interseptem Canarias, Santa Cruz de Tenerife.
- 2004: *Marichucena*, ilustraciones de Víctor Jaubert, orientaciones didácticas de Ubaldo Padrón Brito, Interseptem Canarias, Santa Cruz de Tenerife.

- 2004: *Puipana*, ilustraciones de Víctor Jaubert, orientaciones didácticas de Antonio Jesús Sosa Alonso, Interseptem Canarias, Santa Cruz de Tenerife.
- 2004: *Popó: el escarabajo de las dunas*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Gran Canaria, Tenerife.
- 2005: *La morena Chipiripi y otros cuentos canarios*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Gran Canaria, Tenerife.
- 2005: *La caja de las palabras*, ilustraciones de Víctor Jaubert Marante, orientaciones didácticas de Ángeles Perera Santana, Interseptem Canarias, Santa Cruz de Tenerife.
- 2006: *Cuentos canarios para chinijos*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Gran Canaria, Tenerife.
- 2007: *La lagartija escurridiza*, ilustraciones de Ximena Maier, Alfaguara, Madrid.
- 2008: *Tilila*, ilustraciones de Víctor Jaubert Marante, orientaciones didácticas de Laura Escuela Magdaleno, Interseven, San Cristóbal de La Laguna.
- 2009: *La isla de los colores*, ilustraciones de J. Morgan, Ayuntamiento de Ingenio, Ayuntamiento de Santa Lucía, Ayuntamiento de Telde, La Caja de Canarias, Centro de la Cultura Popular Canaria, Gran Canaria, Tenerife.
- 2009: *Sapito Morín*, ilustraciones de Víctor Jaubert Marante, orientaciones didácticas de Clara Járboles Pellejero, Maresía, Madrid.
- 2009: *El monte de las brumas*, ilustraciones de Emilio Almoguera, Ayuntamiento de Telde, La Caja de Canarias, Centro de la Cultura Popular Canaria, Gran Canaria, Tenerife.

- 2010: *Cuentos para niños miedosos*, ilustraciones de Víctor Jaubert Marante, orientaciones didácticas de Daniel Martín Castellano, Maresía, Madrid.
- 2010: *Historia de una flor*, Anroart, Las Palmas de Gran Canaria.
- 2011: «Los complejos de la O» (pp. 40-41), en *Chilila. Revista de literatura para niños y jóvenes*, n.º 1 o 2 (?), Cuba.
- 2012: *Juana Catalina. La última bruja de Canarias y sus descendientes en el siglo XXI... y otros cuentos*, ilustraciones de Inés Serrano, Centro de la Cultura Popular Canaria, Gran Canaria, Tenerife.
- 2012: *Kasweka*, ilustraciones de Valeria Gallo, Anaya, Madrid.
- 2013: *Montañas de azúcar*, ilustraciones de Javier Arres, Beginbook, Madrid.
- 2013: «Angelina Hernández Vega» (pp. 58-69), «Las tenderas de El Cuarto» (pp. 83-115), «Las tenderas de la plaza» (pp. 116-126), «Ana Hernández Sánchez: Anita Segundina» (pp. 133-146) en *Mujeres con ingenio: Emprendedoras del siglo XX*, vv. aa., Cabildo Insular de Gran Canaria, Concejalía de Igualdad del Ayuntamiento de la Villa de Ingenio, Las Palmas de Gran Canaria.
- 2014: «Del cuento “El animal más fuerte”» (p. 92), *111 cuentos hiperbreves. Dimensiones de belleza*, selección de Francisco Céspedes y José Víctor Martínez Gil, Comoartes Ediciones, Madrid.
- 2015: *Cuentos de la tradición oral en Canarias: misterio, brujas y miedos*, Centro de la Cultura Popular Canaria, La Laguna (Tenerife).

- 2016: *El retorno de los lobos*, ilustraciones de Maite Durán, Centro de la Cultura Popular Canaria, Gran Canaria, Tenerife.
- 2017: *Cuentos de la tradición oral en Canarias. Para leer y contar*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Tenerife, Gran Canaria.
- 2017: *Los León y Castillo: dos hermanos soñadores*, ilustraciones de Carla Fernández, Vegueta Ediciones, Las Palmas de Gran Canaria.
- 2017: «Ana Sánchez [La Gomera]» (pp. 13-22) y «Andamana [Gran Canaria]» (pp. 23-33) en *Voces del malpaís: leyendas canarias*, ilustraciones de Nareme Melián Mahugo, Diego Pun, Santa Cruz de Tenerife.
- 2017: «Panaderas de Ingenio» (pp. 31-32), «El horno de Isabelita en La Bagacera» (pp. 33-38), «El horno de Josefina en El Cuarto» (pp. 39-43), «Una emprendedora, hija de panadera» (pp. 45-46), «María Loreto Pérez Alfonso» (pp. 51-54), «La Veguera, primera pastelera de Ingenio» (pp. 55-60), en *Mujeres con ingenio (II). Emprendedoras del siglo XX*, Mercurio Editorial, Madrid.
- 2018: *Bailaderos: leyendas canarias de brujas*, vv. aa., ilustraciones de Nareme Melián, Diego Pun Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- 2018: *Los León y Castillo: dos hermanos soñadores*, ilustraciones de Talamaletina, Vegueta Ediciones, Fundación Acuorum Iberoamericana Canaria de Agua, Las Palmas de Gran Canaria.
- 2018: «Carmen» (pp. 25-32), «De profesión *sus labores*» (pp. 33-44), «Enamorada» (pp. 73-78) en

- Iguals y diferentes*, vv. aa., Beginbook Ediciones, Madrid.
- 2020: «La palmera de Paquesito» (pp. 41-48), «El pino de la Virgen» (pp. 49-54), «El balo, planta de vida» (pp. 55-60), «El pino de Pilancones» (pp. 61-68) en *A la sombra de las palabras: leyendas canarias de árboles*, vv. aa., ilustraciones de Patricia Delgado, Diego Pun Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- 2020: *Aventuras y desventuras de fray Antón*, ilustraciones de Víctor Jaubert, Centro de la Cultura Popular Canaria, Tenerife, Gran Canaria.
- 2020: «Arguineguín» (pp. 45-51), «La cueva de El Brusco» (pp. 53-63), «La cueva de la Niña» (pp. 65-72), «La tumba del Gigante» (pp. 73-79) en *Lo que cuentan los barrancos: leyendas canarias*, vv. aa., ilustraciones de Nareme Melián, Diego Pun Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- 2021: «Guayadeque legendario» (pp. 115-123), en *Una isla contada. Antología para recorrer Gran Canaria*, vv. aa., Cabildo de Gran Canaria, Gran Canaria.
- 2022: «Carita de luna» en *Portapalabras*, vv. aa., ilustraciones de Clara Leonardi, Diego Pun Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- 2022: «Teatrillo en las laderas de los barrancos» en *Portasueños*, vv. aa., ilustraciones de Taormina Lisboa, Diego Pun Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- 2023: «Pasitos hacia la igualdad» (pp. 33-38), «Pioneras: Carmen Valerón Martel» (pp. 39-46), «Pioneras en la medicina: Concepción Valerón Martel»

(pp. 47-48), «Mujeres en la política» (pp. 49-50), «María Jesús Martín González, pionera en política» (pp. 51-64) en *Mujeres con ingenio (III): Emprendedoras del siglo XX*, vv. aa., Consejería de Igualdad, Diversidad y Transparencia del Cabildo de Gran Canaria, Ayuntamiento de Ingenio, Gran Canaria.

2025: *Tres brujas y un planeta*, con Cecilia Domínguez Luis y Lola Suárez, ilustraciones de Eduardo González Rodríguez, Palabras al límite, Santa Cruz de Tenerife.

2025: *Cuenteando con Pepa Aurora*, ilustraciones de Víctor Jaubert, Centro de la Cultura Popular Canaria, Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas de Gran Canaria.

2026: *¡¡Beñesmén!!*, ilustraciones de Nareme Melián, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.

Poesía y cuento

1984: *Millo tierno. Poesías y narraciones para niños y padres*, ilustraciones de Jesús Santana Suárez y Javier Santana Rodríguez, COFIMA, Las Palmas de Gran Canaria.

1985: *Papá Teide. Cuentos y poemas de Pepa Aurora*, ilustraciones de J. Morgan, Centro de la Cultura Popular Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.

1987: *El tayero*, Edircá, Las Palmas de Gran Canaria.

1989: «Homenaje a don Agustín Millares», *Tahor. Libreta canaria de educación*, n.º 15, pp. 26-28.

2023: *Historias de colores*, ilustraciones de Ciara B., Diego Pun Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.

Ensayo

- 1990: «Los juegos infantiles canarios» (pp. 243-247), en *Juegos y deportes autóctonos de Canarias. I Jornadas de Juegos y Deportes Autóctonos, 28 de noviembre a 2 de diciembre de 1988*, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- 2008: *El lenguaje creativo en la escuela: experiencia de una maestra*, Anroart, Las Palmas de Gran Canaria.
- 2012: *Literatura infantil y juvenil en Canarias. Apuntes para la historia*, Anroart, Madrid.
- 2018: «Extraordinaria y apasionante Largo oscuro origen» (pp. 115-122), en *Valoraciones femeninas sobre Víctor Ramírez*, Aguiere-Gallo Kíkere-Tetera, s.l.
- 2021: «Pedro Lezcano, La rebelión de los vegetales», en *Letras nuestras. Miscelánea literaria de la Academia Canaria de la Lengua*, vv. aa., Academia Canaria de la Lengua, Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas de Gran Canaria.
- 2025: «El mar en las tradiciones literarias», *Revista de la Academia Canaria de la Lengua*, n.º 6.

Prensa

- 1988: «Pregón de las fiestas [Nuestra Señora de la Candelaria y San Blas, Ingenio]», *La Provincia*. Edición del 30 de enero.
- 1988: «Ana Teberosky y el ciclo inicial», *Canarias 7*. Edición del 16 de octubre.
- 1988: «El enseñante es también una persona», *Canarias 7*. Edición del 27 de noviembre.

Teatro

2006: «Dos historias y un escenario», en *I Certamen de Textos Teatrales Infantil y Juvenil*, Ayuntamiento de la Villa de Agüimes, Las Palmas de Gran Canaria.

Grabaciones sonoras

2000: *Cuentos canarios*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.

2010: «Ajó al niño Jesús» (p. 55), «Villancico de los chinijos» (p. 60), «Cumbre y mar» (p. 66), «El niño Jesús descansa» (p. 70), «¡Campanita, toca!» (p. 74), «Ya sueña el alisio frío» (p. 84) en *24 canciones navideñas*, vv. aa., Ediciones Musicales Fundación Canaria Blas Sánchez, Gran Canaria.

Edición bilingüe

2007: *Un barranco junto a tu casa (A ravine near your house)*, ilustraciones de Víctor Jaubert, traducción de Helen Gay, Centro de la Cultura Popular Canaria, Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, Gran Canaria, Tenerife.

Sobre Pepa Aurora

A.C.K. (1998). «Cuentos canarios, paisajes isleños y valores universales para niños», *Canarias 7*. Edición del 10 de junio.

Aranda, C. D. (2013). «Pepa Aurora presenta las brujas canarias a los niños», *Canarias 7*. Edición del 5 de enero.

Arday, Elisa (2015). «Misterios en el corazón isleño», *La Provincia*. Edición del 14 de febrero.

- Arencibia, Félix M. (2004). «Popó», *La Gaceta de Canarias*. Edición del 11 de junio.
- Arencibia, Félix M. (2005). «La morena Chipiripi», *La Gaceta de Canarias*. Edición del 8 de julio.
- Campos-Herrero, Dolores (1984). «Millo tierno, instruir deleitando», *Canarias* 7. Edición del 4 de junio de 1984.
- Colectivo de Mujeres Isadora Duncan (2004). *Poemas, relatos y cuentos con Pepa Aurora. Taller de Literatura*, s. n., Las Palmas de Gran Canaria.
- De León, Montse (2003). «El rincón de... Pepa Aurora», *La Provincia-Diario de Las Palmas*. Edición del 20 de diciembre.
- Díaz, Yurena (2018). «Ayudaría que el Gobierno llevara a Pedrito y Silva a las escuelas a animar a leer», *Diario de Avisos*. Edición del 26 de agosto.
- Díaz, Yurena (2020). «Pepa Aurora aporta a la narrativa infantil las aventuras de Fray Antón», *Diario de Avisos*. Edición del 13 de noviembre.
- Díaz, Yurena (2026). «El cuento forma la personalidad, nos ayuda a caminar, a buscar salidas y a ser más tolerantes», *Diario de Avisos*. Edición del 14 de julio.
- Domínguez Luis, Cecilia (2023). «Colores para soñar». *El Perseguidor* (suplemento), *Diario de Avisos*. Edición del 30 de julio.
- Falcón González, Irene (2020). *Fomento y desarrollo de la interdisciplinariedad en primaria a través de la obra de Pepa Aurora*. Trabajo Final de Grado dirigido por Victoriano Santana Sanjurjo, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

- Fillol, Montse (1998). «Cuentos de brujas en la intrahistoria de Ingenio», *La Provincia*. Edición del 19 de abril.
- Fillol, Montse (2000). «Narradora de las mil y una noches», *La Provincia-Diario de Las Palmas*. Edición del 21 de mayo.
- Francisco Padilla, María (2001). «*La isla de las ardillas*, de Pepa Aurora», *El Día*. Edición del 2 de octubre.
- García-Alcalde, Amalia (2018). «Pepa Aurora, escritora. “He retirado los cuentos machistas, escatológicos y los de princesas”», *La Provincia*. Edición del 7 de septiembre.
- Guerra Romero, Jonay Iván (2015). *Retales de canariedad: Ingenio a través de las letras de Pepa Aurora: itinerario literario por el casco de Ingenio (Gran Canaria) en homenaje al bicentenario de su municipio*, ilustración de portada y contraportada Antonio Miguel Pérez, Casa de los Cuentos, Ayuntamiento de Ingenio, Ingenio.
- Guezuraba, Arroz (2005). «Lo fundamental es despertar la fantasía y la ilusión», *Canarias 7*. Edición del 3 de abril.
- Gutiérrez, María (2013). «*Literatura infantil y juvenil en Canarias. Apuntes para la historia*», *El Perseguidor* (suplemento de *Diario de Avisos*). Edición del 17 de febrero.
- Hernández, M. J. (2003). «Un canto a nuestra tierra», *La Provincia-Diario de Las Palmas*. Edición del 11 de agosto.

- Hernández, Orlando (1990). «Pepa Aurora, poeta y maestra de pueblo», *La Provincia*. Edición del 23 de septiembre.
- Jiménez, Delia (1999). «Pepa Aurora, la “Gloria Fuertes” canaria, escribe desde Marañuelas», *Diario de Las Palmas*. Edición del 30 de octubre.
- León Barreto, Luis (1998). «Cuentos populares de Pepa Aurora», *Diario de Las Palmas*. Edición del 4 de noviembre.
- León Santana, Marta (2020). *Pepa Aurora y sus lectores: cuento y aplicación en el aula*. Trabajo Final de Grado dirigido por Ángeles Perera Santana, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- Martín Castellano, Daniel (2023). «Pepa, en la escuela no me hablaron de ti», *La Provincia-Diario de Las Palmas*. Edición del 7 de diciembre.
- Morote Medina, Cira (2001). «Pepa Aurora: “Un cuento debe ser pedagógico, lúdico y estar bien escrito”», *La Provincia-Diario de Las Palmas*. Edición del 12 de junio.
- Nieto Reguera, Joaquín (1998). «*Cuentos de misterios, miedo y brujas en un país sin luz* y *Los coquitos de mi Ingenio*, de Pepa Aurora (1)», *Diario de Las Palmas*. Edición del 20 de mayo.
- Nieto Reguera, Joaquín (1998). «*Cuentos de misterios, miedo y brujas en un país sin luz* y *Los coquitos de mi Ingenio*, de Pepa Aurora (2)», *Diario de Las Palmas*. Edición del 27 de mayo.
- O'Shanahan, Alfonso (1998). «Pepita Aurora, cuentacuentos», *Diario de Las Palmas*. Edición del 28 de mayo.

- Ojeda, C. (2009). «“Esta ciudad ha inspirado algunos de mis cuentos”», *Canarias 7*. Edición del 16 de marzo.
- Pedrés, M.^a Luisa (2007). «“Me gusta escribir literatura que cultive la fantasía”», *Diario de Avisos*. Edición del 15 de mayo.
- Peñate Suárez, Armando (2005). «Un casete de regalo», *La Gaceta de Canarias*. Edición del 9 de agosto.
- Quintana, Antonio (2011). «“El cuento ayuda al niño a ser feliz”. La poetisa Pepa Aurora pregona las fiestas de la Candelaria e invita a buscar historias escondidas», *La Provincia-Diario de Las Palmas*. Edición del 29 de enero.
- Quintana, Antonio (2014). «Puse los cimientos de la literatura infantil, porque en Canarias no existía», *La Provincia*. Edición del 7 de diciembre.
- Quintana, José (1998). «Pepa Aurora, una narradora canaria en *Mujeres de nuestro tiempo*», *La Prensa*. Edición del 6 de junio.
- Redacción (1998). «*Cuentos canarios para los más jóvenes*, de Pepa Aurora, nuevo libro del Centro de la Cultura», *Diario de Avisos*. Edición del 6 de mayo.
- Redacción (2013). «Pepa Aurora se interna con su nuevo libro en un universo mágico», *Diario de Avisos*. Edición del 4 de enero.
- Redacción (2013). «Las buenas brujas de Pepa Aurora», *Bienmesabe.org*, n.º 458. Edición del 24 de febrero.

- Redacción (2024). «*La literatura infantil en Canarias*, conferencia de Pepa Aurora», *Bienmesabe.org*, n.º 1069. Edición del 5 de noviembre.
- Sánchez, Blas (2010). *9 miniaturas poético-musicales para guitarra en homenaje a la escritora y poetisa Pepa Aurora*, Fundación Canaria Blas Sánchez, Ingenio.
- Santana, Adolfo (1998). «Pepa Aurora rinde homenaje a la mujer en *Coquitos de mi Ingenio*», *Canarias* 7. Edición del 22 de abril.
- Santana, Alejandro (2018). *Melodías a la Aurora*, adaptación musical, s. n., Gran Canaria.
- Suárez Suárez, Patricia de los Ángeles (2023). *Pepa Aurora y la literatura infantil. Propuesta didáctica para el 2.º ciclo de Educación Infantil*. Trabajo Final de Grado dirigido por Yaiza Santana Alvarado, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- Vera Guanche, Begoña (1999). «Pepa Aurora. La embajadora de la literatura maldita», *Liberación Archipiélago Canario*, n.º 20, 8 de octubre.

Cronología

1944. Julio, 23. Nace en Agüimes (Gran Canaria), heredando en su nombre el de sus dos abuelas. Se cría en Ingenio (Gran Canaria), donde desarrolla una infancia llena de cuentos y fantasía en el contexto de la posguerra.

1962. Se traslada a vivir a Escaleritas, Las Palmas de Gran Canaria. Completa el Bachillerato Superior e inicia sus estudios de Magisterio.

1966-1967. Funda y trabaja en el Colegio Tenesor en la plaza de la Feria, Las Palmas de Gran Canaria.

1970. Se presenta a las oposiciones de Magisterio.

1971. Da comienzo a su carrera como maestra en la escuela pública canaria. Desde el inicio detecta que el sistema educativo apenas incorpora contenidos sobre la cultura y el entorno canario. Como respuesta a esta problemática, elabora una lista de más de dos mil palabras vinculadas con

la realidad canaria y el entorno cercano de los niños y niñas.

1972. Contrae matrimonio con Jesús Santana Suárez.

1984. Aparece publicado *Millo tierno*, primer recopilatorio de textos de Pepa Aurora, compilado y presentado a la editorial por su marido. Premio «Alhóndiga» de poesía popular por la copla «Pescando morenas».

1985. Publica *Papá Teide*. Premio «Anastasia del Pino» por el cuento «Los últimos guaicos».

1987. Publica *El tayero*, importante reflejo de su trabajo pedagógico. Participa en el Primer Congreso de Cultura Canaria, organizado por el Centro de la Cultura Popular Canaria, con *El cuento y la poesía en la escuela*.

1989. Comienza a formar parte de la Cátedra de Narración Oral Hispanoamericana.

1993. Recibe en México el Premio Chamán de la Oralidad como la mejor narradora para niños y niñas hispanohablantes, máximo galardón que concede la Cátedra Iberoamericana de Narración Oral Escénica para Niños.

1996. Fallece su hijo Javier a los 25 años de edad.

- 1998.** El Ayuntamiento de la Villa de Ingenio publica *Cuentos de misterio, brujas y miedos en un país sin luz* y el Centro de la Cultura Popular Canaria *Cuentos canarios*.
- 1999.** Premio Ingenio de Oro de la Fundación Canaria Blas Sánchez por su contribución a la cultura.
- 2000.** Comienza a impartir cursillos, dirigidos especialmente a mujeres y mayores, bajo el nombre de *La literatura como terapia*.
- 2001.** Publica *La isla de las ardillas* (Centro de la Cultura Popular Canaria), dedicado a Fuerteventura.
- 2004.** Publica cuatro de sus obras más emblemáticas: *La playa de las Marañuelas*, *Marichucena* y *Puipana* con la editorial Interseptem, así como *Popó: el escarabajo de las dunas* con el Centro de la Cultura Popular Canaria.
- 2005.** Tras una vida dedicada a la docencia, Pepa Aurora se jubila de su profesión de maestra. Recibe el Premio de Teatro Infantil (Agüimes). Publica *La morena Chipiripi y otros cuentos canarios* (Centro de la Cultura Popular Canaria) y *La caja de las palabras* (Interseptem).
- 2006.** Premio accésit de teatro Villa de Agüimes por *Dos historias y un escenario* (Ayuntamiento de Agüimes).

2007. Participa en el Segundo Congreso de Cultura Popular, organizado por la Orden del Cachorro Canario, con una ponencia titulada *Maestros para una escuela canaria*.

2008. Recibe el Premio Internacional «del Dicho y el Cuento Breve» (Colombia) y el Premio Extraordinario de Cuento de Nunca Acabar del Concurso Internacional de Microtextos «Garzón Céspedes»; así como la distinción Cuchillo de Oro del Ayuntamiento de Santa Lucía. Publica *Tilila*, un conjunto de cuentos acompañado de orientaciones didácticas confeccionadas por personas colaboradoras.

2009. Recibe varios reconocimientos, entre ellos, el Premio Internacional de Minificción para Niñas y Niños «Garzón Céspedes», el Premio Ciudad de Telde a la Cultura, el Premio del Centro de la Cultura Popular Canaria y una distinción en los Premios San Borondón por su extraordinaria contribución al fortalecimiento de la identidad canaria, su labor como pionera de la narración oral en las Islas y su profunda aportación en la escuela canaria. Este mismo año participa en las jornadas etnográficas organizadas por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, donde presenta la ponencia *La mujer en la sociedad canaria: cincuenta años de transición hacia la igualdad*.

2010. Distinción La Tarja (máximo galardón de Solidaridad Canaria) por su defensa de las raíces

culturales. Participa, junto a otros artistas, en la grabación de *24 canciones navideñas*, recopilatorio de la Fundación Canaria Blas Sánchez.

2011. Premio El Almendro de las Artes y las Letras, entregado por el Colectivo Artes y Letras (Tenerife). Publica en los dos primeros números de la revista cubana *Chinchila*, dedicada a la literatura para niños y jóvenes.

2012. Publica *Kasweska* (Editorial Anaya) y *Juana Catalina, la última bruja de Canarias y sus descendientes en el siglo XXI y otros cuentos* (Centro de la Cultura Popular de Canarias), un relato sobre la última mujer condenada por bruja en Canarias. Publica, además, *Literatura infantil y juvenil en Canarias. Apuntes para la historia* (Anroart Ediciones), obra de referencia.

2013. Se estrena en el Teatro Guiniguada *Cantata en Pepa Aurora*, un espectáculo dirigido por Rubén Mayor y con la interpretación realizada por varios coros de centros educativos de Gran Canaria, realizado a partir de textos de la autora. Participa como autora en *Mujeres con ingenio: Emprendedoras del siglo XX* (Cabildo Insular de Gran Canaria y Concejalía de Igualdad del Ayuntamiento de la Villa de Ingenio).

2015. Preside la Asociación Sociocultural Casa de los Cuentos, antigua escuela doña Felicitas de la zona de La Ladera del casco de Ingenio (Gran Canaria),

con Jonay Iván Guerra Romero como secretario del colectivo. Junto a Ernesto Rodríguez Abad publica *Versos al derecho y al revés*.

2017. Nombrada Hija Adoptiva de Ingenio. Participa como autora en *Mujeres con ingenio (II)* con Mercurio Editorial.

2018. Recibe el III Premio Tamaimos. Participa en varias publicaciones colectivas: en *Iguals y diferentes*, junto a Juan Ramón Hernández, Quico Espino y Oswaldo Martín; en *Versos al aire*, junto a Ernesto Rodríguez Abad; y junto a este y a Cecilia Domínguez Luis, en *Bailaderos: leyendas canarias de brujas*.

2019. Es nombrada miembro honorario de la Academia Canaria de la Lengua.

2020. Varios reconocimientos en Gran Canaria: recibe el Can de las Artes en la categoría ordinaria o de plata del Cabildo Insular y el premio Rana de plata de la Biblioteca Insular por su contribución a la lectura y narración oral. Publica *Aventuras y desventuras de fray Antón* (Centro de la Cultura Popular Canaria), basado en un personaje histórico de la Gran Canaria del siglo XVII.

2023. Publica *Historias de colores* (Diego Pun Ediciones) y *Retahílas, trabalenguas y poemas para chinijos* (Centro de la Cultura Popular Canaria) y participa en *Mujeres con ingenio (III): Empren-*

dedoras del siglo XX. Acto y lectura de ingreso en la Academia Canaria de la Lengua.

2026. El Parlamento de Canarias acoge la presentación del libro *Cuenteando con Pepa Aurora* (2025) a modo de homenaje a la trayectoria de la autora.

Criterios de edición

En la creación que procede de la memoria oral, cada relato se modifica al contarse y resulta complicado rastrear el camino de versiones, datarlas y compararlas. Algunos cuentos de Pepa Aurora se han editado, corregido y modificado en sus diferentes versiones publicadas a lo largo de cinco décadas. Para esta antología se ha realizado un cruce de criterios, de manera que, en algunos casos, hemos escogido las primeras versiones publicadas y, en otros casos, las versiones más recientes, con el objetivo de otorgar una visión diacrónica que permite, por un lado, conocer algunas «primeras versiones» y, por el otro, las últimas consultadas para esta edición.²

Del cuento «La bruja enamorada» se ha incluido la primera versión publicada en *Cuentos de misterio, brujas y miedos en un país sin luz* (1998), aunque también aparece recogido en una publicación posterior, *Cuentos de la tradición oral en Canarias: misterio, brujas y miedos* (2015).

2 Agradecemos a Paula Suárez González su colaboración para la transcripción de los textos que integran esta antología.

Del cuento «La playa de las Marañuelas» se ha incluido la primera versión publicada en el recopilatorio del mismo título y publicado en 2004. Este cuento se encuentra también en una obra posterior, *Sapito Morín* (2009).

De «Sapito Morín» se escogió la primera versión publicada en la obra del mismo título (2009), aunque será uno de los relatos escogidos en una de las últimas obras de la autora, *Cuenteando con Pepa Aurora* (2025).

El cuento «El bienmesabe» de *Cuentos canarios* (1998) aparece, en idéntica versión, en *La Provincia-Diario de Las Palmas* en 2001 con motivo del Día de Canarias (30 de mayo).

Marichucena o Mariachucena es la protagonista de varios cuentos de la autora. Para esta antología se prefirió la versión «Marichucena» de la obra homónima publicada en 2004, si bien aparece de forma más temprana en *Cuentos de misterio, brujas y miedos en un país sin luz* (1998) y, posteriormente, también se recoge un cuento así titulado en *Cuentos de la tradición oral en Canarias: misterio, brujas y miedos* (2015), además del relato «Mariachucena» presente en la obra colectiva *Bailaderos: leyendas canarias de brujas* (2018).

Del cuento «La palmera Soledad» se ha preferido, en cambio, su última versión aparecida en *La caja de las palabras* (2005), aunque bien es cierto que un año antes también se recogía en *La playa de las Marañuelas* (2004). También se ha preferido la última versión de «Puipana», publicada en *Tilila* (2008), en

lugar de la que aparece en la obra del mismo título publicada en 2004.

El cuento «Una leyenda de seres blancos y negros» es una versión más reciente de «El jameo y la jaca», publicado en *Puipana* (2004) y en *Sapito Morín* (2009).

Todos los cuentos seleccionados de *Cuenteando con Pepa Aurora* (2025) habían sido publicados en versiones anteriores, pero aquí se han escogido las más recientes. «La garza herida» aparece en *Puipana* (2004) y *Tilila* (2008). «El ojo de Polifemo» actualiza el relato «El ojo del gigante», «Carita de luna» el de «Cara de luna» y «La casa de los mahios» el cuento «Los Mahios», todos publicados en *La caja de las palabras* (2005). Este último encuentra otra versión en *Cuentos de la tradición oral en Canarias: misterio, brujas y miedos* (2015). «Carita de luna» también se encuentra en *Portapalabras* (2022), una carpeta de literatura infantil publicada por Diego Pun Ediciones.

Por otro lado, se ha querido incluir fragmentos de algunas de las novelas infantiles y juveniles de Pepa Aurora. Es el caso de *La isla de las ardillas* (2001), *Popó, el escarabajo de las dunas* (2004), *La lagartija escurridiza* (2007), *El monte de las brumas* (2009) y *El retorno de los lobos* (2016). Así, no se deben entender los apartados incluidos en cada uno como cuentos separados, sino que se trata de los títulos de capítulos correlativos. Mención aparte merece *Montañas de azúcar* (2013), un álbum ilustrado del que también recogemos un fragmento.

Conviene indicar que en *Juana Catalina. La última bruja de Canarias y sus descendientes en el siglo XXI... y otros cuentos* (2012) el relato principal dedi-

cado a Juana Catalina ocupa la mayor parte del libro, de ahí que se incluyan dos capítulos no consecutivos del mismo y, luego, los cuentos «La zahorina», «El aquellarre» y «El Tragaldabas». De este último relato, muy frecuente en la tradición hispánica, se puede encontrar una versión más reciente en el recopilatorio *Cuentos de la tradición oral en Canarias. Para leer y contar* (2017). Ambas versiones difieren en su desarrollo, pero no en las características del personaje principal del tragaldabas.

Entre las múltiples obras colectivas en las que participa la autora, esta antología recoge textos procedentes de *Versos al derecho y al revés* (2015), *Versos con chocolate* (2017), *Bailaderos: leyendas canarias de brujas* (2018), *Versos al aire* (2018), *A la sombra de las palabras: leyendas canarias de árboles* (2020), *Lo que cuentan los barrancos: leyendas canarias* (2020), *Una isla contada. Antología para recorrer Gran Canaria* (2021) y *Silos de cuentos* (2025). Todas ellas se encuentran en la bibliografía. También se extrae de una obra colectiva el poema «Aguadoras con tallas» (2016), un ejercicio de écfrasis realizado por Pepa Aurora sobre el cuadro *Aguadoras* (1954) de Antonio Padrón y recogido en la obra *Escritos a Padrón: catálogo de textos* (2016); así como el poema «Panaderas de Ingenio» (2017) en *Mujeres con ingenio (II): Emprendedoras del siglo XX* (2017), si bien el poema había sido creado en 2010 e incluido en la obra de Jonay Guerra *Retales de canariedad: Ingenio a través de las letras de Pepa Aurora* (2015).

De *Mujeres con ingenio: Emprendedoras del siglo XX* (2013) se han seleccionado tres textos de Pepa

Aurora: «Agustinita la de Gando», «Paquita la de la tienda» y «Paca Espino (y su librería-kiosco de prensa)». El primero pertenece a la sección «Las tenderas de El Cuarto» y los dos últimos a «Las tenderas de la plaza», ambos escritos íntegramente por la autora. Estos bloques reúnen una serie de textos diferenciados por el nombre de cada una de las mujeres retratadas, de los que para esta antología se recogen únicamente los tres mencionados. En la bibliografía se han consignado las secciones en su conjunto, tal y como se estructuran en la publicación, y no cada uno de los retratos que los integran de manera individual.

De la obra teatral por la que Pepa Aurora fue premiada se incluye únicamente la primera de las historias. Se trata de dos piezas enlazadas en una: *Dos historias y un escenario* (2006). La primera de las historias es una versión teatralizada del cuento «El technique» que se puede encontrar en *La playa de las Marañuelas* (2004) y *La caja de las palabras* (2005).

Por otro lado, en gran parte de las publicaciones de Pepa Aurora la relación texto e imagen resulta fundamental. Dadas las características de esta edición, la dimensión visual no podrá ser rescatada. De hecho, los poemas «Burgado» y «Duerme el lagarto», no se reproducen aquí en su disposición original. Además, algunos textos no fueron seleccionados debido a que el diálogo con la ilustración constituye la estructura misma del relato, así que prescindir de ella impedía la comprensión adecuada del cuento. En todo caso, la bibliografía recoge las obras ilustradas y quiénes se han encargado de dotar de imagen a la obra.

En el ámbito del ensayo, la obra *Literatura infantil y juvenil en Canarias. Apuntes para la historia* (2012) hace un recorrido cronológico. Aquí se han recogido los capítulos dedicados a la década de los ochenta, por ser en la que la autora comienza a publicar, y el más actual y cercano en el tiempo. Únicamente se seleccionan los apartados descriptivos donde se esbozan, según la autora, las características generales, pero habría que considerar que, para algunos capítulos, Pepa Aurora confecciona listados exhaustivos con nombres de autorías, editoriales e iniciativas dedicadas a la literatura canaria infantil y juvenil de cada década.

Se han respetado determinados usos de la autora en voces como *taginaste*, *oroval* o *jirivilla*, entre otras, sin modificarlos conforme a otras variantes documentadas o preferidas en las obras lexicográficas de referencia. Se ha considerado que estas elecciones forman parte de la relación que la escritura de Pepa Aurora mantiene con el habla y el patrimonio lingüístico de Canarias y, así, se han conservado en los textos seleccionados.

**Y CON EL
VIENTO
JUEGA**

1. Narrativa: cuento, relato, novela juvenil y retrato

1.1. De *Millo tierno* (1984)

La máquina china

Papá Chano era un viejito encantador y simpático al que conocí cuando estaba de maestra en un barrio de Las Palmas.

Era el hombre más popular y conocido de Pedro Hidalgo y Hoya de la Pláta. Todo el mundo lo quería, niños y personas mayores. Todos eran sus amigos.

A mí siempre me daba bromas, y le llegué a tener un gran cariño.

Poco a poco me fui enterando de la historia de aquel hombre, ¡me pareció tan enter necedora!, que decidí contársela a ustedes, porque estoy segura de que les va a gustar, como a mí.

Papá Chano nació en el norte de la isla de Gran Canaria,³ en la ciudad de Gáldar, en una cueva de la montaña. Desde muy pequeñito tuvo que ponerse a trabajar para ayudar a su familia y no pudo ir a la escuela.

3 En el original, la autora señala en mayúsculas palabras clave, como «Gran Canaria», «Cabildo Insular», «cráter de Bandama», entre otras, dado el carácter didáctico de la publicación inicial [nota de las editoras].

Su primer trabajo fue de recadero, llevándole el pan, el agua y el ron a los obreros que hacían las carreteras y caminos por toda la isla.

A medida que fue creciendo, cambió también de ocupación. Primero aprendiz, luego obrero y, por último, el gran sueño de su vida: «maquinista»...

El Cabildo Insular había comprado una máquina para enchinar las carreteras, una bonita y flamante máquina, con la que podía hacer kilómetros y kilómetros de caminos.

A nuestro personaje le nombraron maquinista y ya no fue nunca más Chano o Chanillo, sino Maestro Chano o «Mastro Chano», como le decían los obreros.

¡Con cuánto cariño trataba a su máquina! La limpiaba, la engrasaba y la tenía siempre flamante y dispuesta. Con ella hizo Maestro Chano casi todas las carreteras de la isla.

Pero como todas las cosas... después de trabajar durante cuarenta años, máquina y maquinista se hicieron viejos.

Los señores del Cabildo compraron máquinas más modernas y decidieron jubilar a la vieja China y con ella a su maquinista.

Al principio, Maestro Chano no sabía qué hacer, ¡tanto tiempo trabajando!, y de repente... un día... le dicen: «¡No vengas más a trabajar! ¡Ahora a gozar!».

No tenía a dónde ir, así que para entretenerse iba todos los días al garaje donde se encontraba su China; la engrasaba, le daba brillo y la preparaba como si fuera a salir al día siguiente.

Un día, el encargado del garaje le dice: «Váyase despidiendo de la máquina, porque la próxima semana la vamos a desguazar y venderla en una subasta».

Maestro Chano se indignó; de la ira pasó al disgusto. ¡Terrible disgusto el que tenía!

Aquella noche no pudo dormir; la cabeza le daba vueltas, dio tantas que tomó una determinación.

Muy temprano, cogería a su nieto Javier y se iría a dar el último paseo con su máquina por todo el centro de la isla. Sin decírselo a nadie.

Dicho y hecho. Cogió a su nieto y, antes que llegara el encargado del taller, sacó su maquinita. Traca-tra, traca-tra, salió rumbo a su aventura.

Lo primero que quería ver Maestro Chano era el gran cráter de Bandama, para que su nieto viera aquella maravilla de la naturaleza.

Hacia allí se encaminaron. ¿Y si llega a explotar? ¡No seas bobo, que este avisa!

De allí fueron a la Villa de Santa Brígida, ¡qué bonita es! Tan llena de árboles, casas con piscinas, jardines, ¡allí sí que se vivía bien!

¡Esto no es para nosotros! Aquí no paramos, seguimos.

Hasta que llegaron a San Mateo. Aquel pueblo sí que le gustaba al anciano.

Como era casi mediodía, almorzaron y, muy contentos, se dirigieron a Valsequillo.

La Vuelta al Mundo, le decía Maestro Chano. Para ir allá había que pasar por Tenteniguada, que es un barrio de Valsequillo.

Ida y vuelta, ya que tenían que volver por el mismo camino. ¡Qué tierra tan fértil era aquella! ¡Qué colores marrones, casi morados!

Y otra vez a San Mateo, de allí a Tejeda. Había que ir despacito, porque todo era subiendo.

Cerca de El Parador tuvieron que parar para que la máquina descansara.

Mientras esperaban a que se enfriara la China, hablaron con un pastor y les aconsejó que tuvieran cuidado, ya que podía llover.

Siguieron su camino... hasta la zona más alta de la isla, los Pechos.

—Abuelo, ¿por qué le dicen los Pechos?

—¡Si serás bobo!, porque se parece a los pechos de una mujer.

—Abuelo, ¡qué bonito es todo esto! ¿Cómo se llama aquel pico?

—El Roque Nublo, y al lado está el Fraile; se llama así porque parece un fraile de rodillas.

—¿Y aquel otro?

—Ese es el Bentayga, el monte sagrado de los guanches.

—¿Sabes cómo se llama aquella montaña, que parece salir del mar?

—¡Es un volcán!, se llama Teide y está en Tenerife.

Cuando más ensimismados estaban contemplando el paisaje, apareció la Guardia Civil. ¡Ya se enteraron! Hacía horas que tanto la familia de Maestro Chano como el encargado del almacén del Cabildo se habían dado cuenta y los guardias lo estaban buscando.

—Le ruego me acompañe —dijo el guardia.

Y allá se fue Maestro Chano, ¡más muerto que vivo!, del susto que tenía.

Llegaron al cuartel, siendo recibidos por el superior que los trató muy bien.

Cuando el anciano hubo contado el porqué de su aventura, el jefe estaba emocionado.

Aquel buen policía llamó a Las Palmas y habló con el presidente del Cabildo y con la familia del anciano, consiguiendo convencerles para que les dejaran seguir con su paseo por el centro de la isla. Obtenido el permiso, Maestro Chano, no cabía en sí de gozo. Abrazó al policía y le dio las gracias.

Invitados por los guardias, aquella noche se quedaron a dormir en el cuartel. ¡Con tantas emociones!, Javier no podía conciliar el sueño y pidió a su abuelo que le contase una historia de las muchas que él sabía.

—¿Te acuerdas, abuelo, de aquel romance del Guanarteme? ¿Por qué no me lo cuentas otra vez?

Se trataba de la historia del último rey guanche, Guanarteme, que fue hecho prisionero, llevado en una carabela a la Península y allí instruido y bautizado con el nombre de Fernando Guanarteme en memoria del rey Fernando el Católico.

¡Nuestro Guanarteme se admira ante la superioridad de fuerzas! Descubre que el mundo no es solo su «terruño» y aprende de otras gentes, también nobles...

Cuando vuelve a Canarias, es ya «un ciudadano del mundo». Da a sus fieles instrucciones para su muerte y consejos sobre el futuro, retirándose a una pequeña finca, llamada Guayedra, donde murió...

Papá Chano comenzó a contar a su nieto aquella poesía que su padre le había contado a él, y que a su vez la había escuchado de boca de su abuelo; ¡hacía ya tantos años...!

EL VIAJE

¡Qué triste va el Guanarteme
en aquella carabela!
Llevábanle hacia España,
para que el rey conociera.

Iba apoyado en la quilla,
con grilletes en las piernas,
pensando va en su familia,
que en la miseria se quedan.

Lágrimas lavan su cara,
¡Tanta angustia desconsuela!
¡Qué chicas se ven sus islas
a medida que se aleja!

Ve a sus guerreros caídos,
con la angustia de la afrenta.
Pasan y pasan los días...
y su ilusión yace muerta.

Agua más agua, solo agua...
tierra a la vista... tierra
lo que parece un final...
Es la vida que comienza...

LA LLEGADA

Cádiz, Málaga, Granada,
Andalucía la bella,
oro, tropas y guerreros,
las conquistas de otras tierras.

Caballos engalanados,
caballeros con sus riendas,
las plazas y los jardines,
castillos y fortalezas.

¡Qué reyes tan poderosos,
que le mostraban su enseña!
¡Se dice que el guanarteme
lloró ante tanta grandeza!

¡Qué será de mis canarios
si al poderío se enfrentan!
¡Qué será de mis mujeres
ante estos hombres con fuerzas!
¡Qué quedará de mis niños...!
¡Cuando esclavos los vendiera...!
¡Qué quedará de mi raza...!
Y mucho el canario piensa...

Quiere aprender a ser rey
para que su gente aprenda,
conoce al dios de sus reyes,
y también él lo respeta.

Toma el nombre de Fernando
porque a sus reyes alegra.
Él quiere saberlo todo,
para enseñarlo a su vuelta.

Fernando siente morriña...
En días de primavera...
la brisa le trae olores...
que a sus islas le recuerdan...

RETORNO AL TERRUÑO

Cuando a Canarias llegó
siente en el alma la pena
de ver ocupada su casa
por las huestes extranjeras.

Fernando llamó a sus gentes
y contoles lo que viera.
¡Que no derramen más sangre!,
y las armas depusieran.

Le tomaron por traidor
por la generosa oferta,
marchándose en desbandadas
por los riscos y veredas.

Están buscando refugio
en las recónditas cuevas.
Guanarteme se retira
a sus chozas de Guayedra.

Se retira como un rey
sin inclinar la cabeza.
Él se rinde por amor,
que casta quede en su tierra.

Fernando dice a sus fieles:
«El día que yo me muera,
que mi cuerpo no se pudra,
sino quemarlo con leña.

Mis cenizas, esparcirlas
por cumbres y barranqueras,
para ayudar al canario
que nueva vida le espera.

Acepten nuevas costumbres,
pero no olviden las nuestras.
Unir la sangre con sangre,
y formen la savia nueva.

Recojan todo lo bueno
que en otras razas se encuentra,
para que el pueblo formado
orgullo sienta en la mezcla.

¡Nunca olviden la historia
y nadie sienta vergüenza!
¡Que solo exista una raza,
porque la Tierra es pequeña!».

Cuando Papá Chano terminó el romance, su nieto
ya estaba durmiendo como un tronco.

El anciano sonrió, y abrigando bien al niño, se quedó dormido también.

Muy temprano salieron hacia Artenara. Lo que más le gustaba del pueblo eran sus cuevas y sus casitas blancas.

Desde luego, la visita al pinar de Tamadaba era obligada. En La Cueva comieron. ¡Qué bien se encontraban! De allí a Valleseco.

—¿Por qué le llaman a este pueblo Seco, si está siempre mojado, abuelo?

—Porque aquí no hay ningún naciente; toda el agua la recibe de Valsendero y Madrelagua.

Por la bonita carretera llegaron a Firgas.

—Abuelo, ¿Firgas no tiene mar?

—¡No!, pero le tocó toda el agua, con la que bebe Canarias y le sobra para exportar.

Después de ver Firgas, volvieron atrás un par de kilómetros para ir a Teror.

Casi ya de noche, hicieron un alto en el camino para saludar a un amigo, que trabajó con «Mastro Chano» en las carreteras.

¡Fuerte alegría en el encuentro! Los dos viejillos se abrazaron y recordaron tiempos antiguos. Aquella noche se quedaron en casa del amigo.

—¡Qué camita tan buena!, ¿verdad, abuelo?

Maestro Chano quería que su nieto se quedara pronto dormido, para él marcharse con su amigo al bar, y no le quedó más remedio que contarle otra historia, esta vez más corta, porque tenía mucha prisa.

Le contó el romance del amor entre Doramas y la hija del rey del sur de la isla.

ROMANCE DE AMOR

En el Roquete de Gando
hace el rey la fortaleza,
para encerrar a su hija,
la más bonita princesa.

Cara morena, graciosa,
tenía ojos de gacela.
¡Qué jovencita la niña!
De tan feliz era bella.

Hallábase enamorada,
de un galán de las laderas,
que se llamaba Doramas
y era hijo de plebeya.

¡Pobre amor! ¡Es imposible!
Que hija de reina es ella
y él, un pobre canario
sin las medallas de guerra.

Allá en El Roque lloraba,
la niña se desespera;
llorando llama a su amado,
pide a las olas que venga.

El viento coge el mensaje,
a su galán se lo lleva...
¡Cruza montes y barrancos
Doramas cuando se entera!

Y hacia El Roquete de Gando,
con fuertes brazos navega,
tendida sobre la roca,
a su adorada se encuentra.

¡Prometiéndose el amor
con palabritas secretas!
Quiere aprender hoy Doramas,
lo que antes no supiera,
y se convierte en un hombre,
en el mejor de su tierra.

Favores le debe el Rey,
y Doramas lo aprovecha,
pidiéndole al Guanarteme
la mano de la doncella.

Temeroso está el guerrero,
de que sus jefes no accedan...
pero los reyes sonríen,
y dan la boda por hecha.

Maestro Chano, nunca quería acabar el romance así,
porque le parecía «desabrió», así que por su cuenta
le había añadido su final.

Aquel niño tan pobre,
hijo de madre plebeya,
por ser valiente y honrado,
pudo casarse con ella.

Cuando terminó, su nieto ya estaba en «brazos de Morfeo», con una sonrisa en la cara.

Maestro Chano aprovechó para salir con su amigo que le estaba esperando.

El sol estaba muy alto cuando abuelo y nieto despertaron. Se despidieron de aquella familia, que tan bien se había portado con ellos, y siguieron el camino a Teror. ¡Ay, Teror, qué lindo eres! El que escribió esto, sabía muy bien lo que decía. ¡Qué bonito es Teror!

Abuelo y nieto fueron a ver a la Virgen y le pidieron que la familia no se enfadara mucho y que la reprimenda del presidente no fuera muy grande.

La Virgen les hizo caso porque al llegar a Las Palmas se les acercaron unos policías de tráfico y se prestaron a ayudarle, pero cuando el pobre Maestro Chano quería ir al garaje a dejar la máquina, la policía lo llevó hacia el mismísimo Cabildo.

«¡Seguro que me quieren meter preso!», pensaba el pobre hombre.

¡Cuál no sería su sorpresa, al encontrarse en la puerta al presidente del Cabildo, esperándole, junto con los consejeros! Todos aplaudieron cuando lo vieron asomar con su máquina.

El presidente se dirigió a él y le dijo:

—Esta corporación ha tomado el acuerdo de concederle a usted por los servicios prestados la Medalla del Mérito en el Trabajo, y su máquina, dada la calidad con la que ha sido hecha, se quedará como monumento. El Monumento a la Máquina China, como recuerdo para el futuro.

Todo el mundo aplaudió y el pobre anciano lloró de alegría. Y allí está la máquina, para todo el que quiera

verla, en la Escuela Universitaria Politécnica de Las Palmas. A lo mejor, si van a verla, se encontrarán a un anciano limpiándola. Seguro que es «Maestro Chano» o su espíritu...

1.2. De *Papá Teide* (1985)

La gaviota Valentina

Valentina, la gaviota,
se columpia con las olas,
y si se moja la cola,
va a sacudirse a las rocas.

Además de ser coqueta, la Valentina es «chismosa»; mientras vuela, le va susurrando al viento sus secretos...

¡Habla que habla! ¡La gaviota es la cotorrilla del agua!

Nuestra amiga Valentina,
se levanta muy temprano,
desayuna dos sardinas,
y después se da un gran baño...

Una vez hecha su limpieza diaria, juega con sus amigas, las aves marinas de la playa; luego, se va a empollar sus huevos a un huequito que el acantilado ha hecho para ella, calentito y asocado, con una suave colchoneta de plumas y algas secas...

Una mañana, nuestra amiga fue despertada bruscamente por Don Eco, que le trajo unos ruidos extraños:

—¿Oye, doña Valentina? ¡Unos monstruos muy raros se han apoderado de su pequeña cala, están destrozando todo!

Rápida, nuestra amiga bajó a ver qué pasaba... ¡y vio a unos seres terribles...!

Eran palas mecánicas y camiones que los hombres manejaban intentando romper la enorme mole de su acantilado...

¡Cuánto polvo! ¡No se podía respirar!

Asustada, corrió a comunicárselo a sus vecinas, la pardela y el águila marina...

—¡Ay, vecinitas! ¿Qué será de nosotras y de nuestras crías? Si rompen nuestro hogar, ¿a dónde iremos? Esta es nuestra casa, tenemos derecho a ella.

La pardela, mimosilla, lloraba como una niña:

—¡Tienes razón! ¿Qué será de nosotras...?

El águila marina se movía nerviosa...

¡De pronto, se oyó una explosión...!

¡Bounnnnnnn!

¡Todos se estremecieron por el bombazo!

Eran los hombres que trataban de horadar la montaña con explosivos, sin preocuparse de los verdaderos habitantes de la zona.

Con la noche llegó la paz... y las asustadas aves se reunieron; tristísimas lloraban...

Sus quejas y lamentos fueron escuchados por el viento que, enternecido, se compadeció de ellas y acudió en su ayuda:

—No se preocupen —les dijo—. Esto lo arreglo yo en un periquete...

Y comenzó a soplar fuerte, trayendo a una pequeña nube, que se llenó de agua; tomó tanta que parecía

un globo a punto de estallar, se hizo grande, muy grande, ¡tanto! que cubrió toda la montaña... Luego, abrió sus grifos, que más bien parecían cataratas, y llenó las brutas barranqueras, que corrieron salvajes, arrastrando la maquinaria de los hombres; y sobre ella, colocó una montaña de escombros, dejando imposibilitado el lugar para cualquier obra...

Cuando al día siguiente llegaron los obreros al trabajo, se asombraron...

—¡Madre mía, qué desastre!

Los ingenieros tuvieron que hacer nuevos cálculos. Pero, esta vez, no le salieron «las cuentas».

Cabizbajos decían:

—¡Es imposible!, por aquí no podemos seguir; quitar estos escombros costaría un dineral; tenemos que buscar otro camino y abandonar esta zona... y se fueron...

El Eco volaba a contar cada palabra que oía...

¡Qué alegría para los habitantes de la playa...! Los hombres ya no les molestarían. ¡Volverían a su tranquilidad...!

Aquella tarde, las gaviotas jugaron al coro con las pardelas, las águilas y las olas, bajo la dulce mirada del acantilado y arropadas por la mamá montaña que, feliz, las protegía...

Papá Teide

Papá Teide es el gigante volcán de la isla de Tenerife.

Durante varios meses al año, la pícara nieve juega con él y lo cubre con su alegre manto. Si lo vemos

desde las otras islas, parece un Papá Noel, con sus largas barbas y un gracioso gorro blanco.

Cuando se viste así, nos está avisando, con guiños de colores, que se acerca la Navidad, nuestra gran amiga...

Pero una vez... sucedió, que...

Durante varios años, el refrescante trajecito de nácar, que viste al gigante, no apareció...

Su cabeza estaba afiebrada, acalorado sudaba, parecía una locomotora de esas antiguas, que se ven en los chistes, a punto de explotar...

—Buschsss... buschsss... buschsss...

La delicada violeta, princesa de la gran montaña, estaba tan asustada que no se atrevió a lucir sus galas de primavera.

Tampoco las abejas fabricaron su sabrosa miel, porque la retama que crece a los pies del gigante había palidecido.

Algunos animalillos que vivían en su interior comenzaron a salir, revolcándose inquietos en la tierra seca...

¡Y los pajarillos piaban asustados!

—¡Caramba, caramba! —decía Paquécito, un niño tinerfeño—. ¿Qué pasará en nuestra montaña? ¡Me extraña tanto silencio! ¿Dónde se habrán escondido mis amigos, los capirotes, los canarios, los calandrios...?

Y consultó sus temores con el maestro...

Este, interesado, le acompañó al campo para comprobarlo.

Al día siguiente en la escuela, el profesor hizo un sencillo resumen de lo que estaba pasando.

Les habló de la importancia de la nieve y de las causas por las que posiblemente no llovía.

Les dijo así:

—¡Estoy muy preocupado! Los incendios que han sufrido nuestras islas y la enorme contaminación de fábricas, coches y los hombres mismos han formado grandes nubes de gases tóxicos, produciendo en la atmósfera como un negro impermeable que no permite el paso de la lluvia y, ¡claro!, sin agua no habrá nieve para el trajecito fresco del Teide.

—¿Y cómo podemos quitar ese impermeable, maestro? —preguntó Paquecito.

Y el maestro le contestó:

—Bueno, yo no estoy muy seguro, pero puede que la solución esté en los árboles... Si plantásemos muchos árboles, estos desprenderían oxígeno, que subiría a la atmósfera y, a lo mejor, rompería esa terrible barrera.

¡Tenemos que trabajar mucho y pronto...!

Lo primero que hicieron fue hablar con las autoridades...

El alcalde del pueblo intentó engatusarles con estas palabras:

—¡Tranquilos, niños, tranquilos...! Nuestras islas son así, unos años son buenos y otros malos, ya lloverá... ¡Además, nosotros estamos repoblando las montañas!

Las palabras del alcalde no convencieron a los animados chicos que, ayudados por el maestro, se pusieron a trabajar y a plantar sus arbolitos.

Su entusiasmo contagió a otros colegiales, a otros profesores, y muy pronto, todos fueron volviendo poquito a poco a la normalidad.

Los animales regresaron a sus madrigueras y la violeta hizo su aparición, más bella que nunca, estampando con su colorido el cristalino del Teide.

Pero el mayor milagro parecía suceder en la Villa de Icod... El viejo drago, con tantos siglos encorvando sus ramas, nos regaló las flores más hermosas que jamás habían visto los canarios...

Los niños estaban orgullosos, habían salvado su isla... y posiblemente a todo el Archipiélago...

Porque los chicos de las otras islas, un poquillo picados de sana envidia, también hicieron lo mismo y las Islas Canarias recuperaron aquella belleza y frondosidad que tenían hace muchísimos años... y volvieron a ser... los jardines que flotaban en el Atlántico...

1.3. De *El tayero* (1987)

Una ciudad industrial

La ciudad

También hay gente que vive en ciudades. Una ciudad es un pueblo que ha crecido mucho, con grandes edificios, calles de mucho tráfico y gente que ni se conoce de tantos que son.

Hay ciudades, ¡qué pena!, donde se han olvidado de los árboles y los han sustituido por unos postes metálicos con luces de colores: los semáforos.

Aquí se ven distintos comercios, donde se vende casi de todo, talleres, fábricas y oficinas.

Aquellas cosas que no encontramos en los pueblos o algunos servicios que necesitamos, los prestan las ciudades y hasta ellas hay que acercarse.

Las carreteras y autopistas unen los pueblos y ciudades. En guagua o en coche vamos y venimos de unos a otros y los camiones transportan los productos que cada cual necesita.

Una ciudad industrial

Yeray vive en una de las pocas ciudades industriales de nuestras islas. Sus padres, como muchos de sus vecinos, trabajan en ellas. La madre en un almacén

de empaquetado de tomates y el padre en un taller de mecánica.

Aunque a mucha gente no le gusta esta ciudad, a Yeray no le parece tan desagradable. Es cierto que a veces tiene que aguantar la humareda de alguna fábrica o algún ruido, pero le gusta vivir en un sitio tan movido.

Algunas veces se va con sus amigos a dar una vuelta por las calles donde se encuentran las fábricas y llegan hasta el polígono industrial. Como son algo golosos, les gusta ir por la fábrica de galletas y chocolates y don Carlos, el guardián, les suele dar alguna golosina. Ni te cuento cómo se lambian los bezos al pasar por el molino de gofio, que llena el aire con el aroma a millo tostado.

A Ricardo, que quiere ser arquitecto, le encanta pasar por la fábrica de elementos para la construcción y se queda viendo los bloques, vigas y los montones de sacos de cemento.

Se llegan también hasta la fábrica de pinturas. El dueño tiene un hijo en el mismo colegio que ellos y el día de las fiestas les regaló unos botes de pintura. Con sus compañeros de clase hicieron unos murales muy bonitos en el patio del colegio. Les dio por pintar una ciudad industrial, como en la que ellos vivían, pero con más fábricas. Querían poner de casi todas las existentes en Canarias. De tabacos, conservas de pescado y hasta una refinería de petróleo.

Yeray tuvo ocurrencia:

—Vamos a poner una fábrica que tienen en pocos sitios del mundo y que fabrica una cosa muy necesaria.

—Sí, una panadería... o una fábrica de chorizos de Teror —dijo enseguida Ricardo, acordándose del bocadillo de la merienda.

—No, una imprenta... o una fábrica de muebles... —apuntó Jonay.

—Pues no, ¡una fábrica de agua...!

—¡Claro, una potabilizadora!

1.4. Cuentos de misterio, brujas y miedos en un país sin luz (1998)

La bruja enamorada

Allá por los tiempos en que las brujas recorrían el mundo montadas en sus escobas y trastocaban con sus hechizos las vidas de las gentes sencillas, Ramón y Pino paseaban su amor por la isla.

Se les podía ver desde lejos cogidos de la mano, paseando por la arena de la playa como dos gaviotas soñadoras. Algunas veces, subían a lo más alto de alguna montaña y, con el mundo a sus pies, hacían planes para el futuro.

—Pino, esto no puede continuar así. No hacemos más que trabajar para el amo y solo conseguimos ahorrar algunas pesetas. Cuando tenga la oportunidad, me voy a América y, en cuanto consiga dinero suficiente para comprar una casa y unas tierras, vuelvo a buscarte —y la novia asentía con suspiros y lágrimas...

Muy pronto se le presentó la oportunidad de viajar: un barco cargado de millo estaba atracado en el muelle; en cuanto descargara su mercancía, se iría derecho a las Américas. Era la gran oportunidad que esperaba, y aquella noche Ramón fue a despedirse de su novia con una serie de promesas:

—¡Te prometo que no miraré a otra mujer! ¡Te prometo que te escribiré! ¡Te prometo que volveré tan pronto tenga dinero para hacer la casa!

Pino lo fue a despedir entre sollozos, creyendo firmemente en sus promesas.

Pasaron tres largos años...

Ramón no daba señales de vida. Nadie sabía dónde podía estar...

—¡A lo mejor ha muerto! —pensaba Pino llorando amargamente, y un día fue a consultar su pena con una bruja vecina.

—¿Tú quieres saber dónde está tu novio?

—¡Claro que sí! —exclamó Pino.

—Pues entonces, ven a mi casa cuando haya luna llena.

Y eso hizo.

Tan pronto la luna se quedó redonda y brillante en el cielo, fue a la casa de su vecina y juntas salieron a un descampado, donde se reunieron con otras brujas. Una de ellas hizo un círculo y se colocó en el centro, invocando a santos y a demonios. Cuando acabó sus invocaciones, hicieron una gran hoguera dentro del círculo y la bruja preguntó:

—¡Dime, poderoso Amor! ¡Habla, Rey de las Tinieblas! ¿Dónde está el novio de Pino?

Una voz cavernosa, que parecía de otro mundo, se reía a carcajadas; el fuego dejaba ver entre las llamas la figura de un joven elegantemente vestido que bailaba con una bella joven.

—¡No puede ser él! —decía Pino desconsolada—. ¡Me prometió el matrimonio!

—¿Quieres ir a verle? —preguntó la bruja.

Y Pino le contestó sin vacilar.

—¡Claro que sí!

—Pues entonces mete la mano en esta sangre de cabrito y haz una señal en forma de aspa en el centro del círculo y ese será tu juramento.

La muchacha hizo lo que le decía y en un momento se vio transportada sobre la escoba con su amiga. En un suspiro llegaron a Cuba. Compraron ropas elegantes y perfumes y fueron al encuentro de Ramón.

—¿Qué tal, Ramón? —le dijo, pensando que la reconocería, pero el muchacho ni se acordaba de ella.

Pino siguió hablando y preguntándole por su vida, y sin que lo advirtiera, le metió en el bolsillo una bolsita de hierbas que le había dado su amiga la bruja, aprovechando además para quitarle el reloj. Luego, se volvió a su tierra de la misma forma que llegó.

Al cabo de unas semanas, Ramón regresó a su isla cargado de dinero y dispuesto a casarse.

—Pino, vengo a pedir tu mano —dijo muy seguro de la respuesta.

Pero Pino le respondió:

—¡Vete por donde viniste, que tus promesas incumpliste!

Ramón volvió a insistir una y mil veces. Parecía tan arrepentido que Pino acabó perdonándolo y casándose con él.

Cuenta la gente que, cuando Ramón vio sobre la mesilla de noche de su alcoba el reloj que creía perdido, se enteró de lo que había hecho su mujer y comprendió el porqué en las noches de luna llena Pino, sin decir palabra, se perdía en la oscuridad.

La casa de los cuentos

La casa de Clementinita tenía en su fachada una puerta redonda y dos ventanas de cristal, que más parecían dos pícaros ojos. Además, había manchas de humedad en las paredes, cristales polvorientos y una ancha galería de madera donde se mezclaban las flores con sillas viejas, un gato y algún que otro asustado perenquén.

No se parecía a ninguna casa del pueblo, pero a mí me parecía muy guapa... la más guapa de todas, y es que veía en ella la cara de su dueña: redonda, amable... como un girasol, cariñosa.

A veces, la casa se llenaba de niños entusiasmados que trasladaban mecedoras y taburetes de patio a la galería o desde la galería a la cocina, donde Clementinita también acostumbraba a contar historias.

La cocina de la cuentera olía a guayabas y a un montón de frutas que ella guardaba celosamente para obsequiarnos después del cuento.

No había niño en el pueblo que no hubiera jugado al perrito sobre las paredes o que no hubiese brincado en el huerto entre sus abandonadas hierbas.

En la casa cantaban los canarios verdiamarillos, las calandrias, los vencejos y hasta los grillos la acompañaban con su música.

—Clementinita, ¿qué cuento nos va a contar? —le preguntábamos, y ella pasaba las manos por una cajita de madera antigua, dorada, con unos extraños signos cabalísticos sobre su tapa y con mucho misterio decía:

—¡Abracadeverica cadabra, muéstrame el cuento cajita de las palabras!

Y la caja, accionada por un escondido resorte, se abría y dejaba entrever su aterciopelado forro morado. Entonces, la mujer cerraba los ojos y comenzaba a narrar su historia...

Algunos días, Clementinita sacaba el cuento de las macetas o de un bolsillo de su delantal y una vez sacó uno de entre una telaraña, que más bien parecía un visillo de tul olvidado en un rincón. Los cuentos de miedo salían de las paredes de la propia casa que antes había pertenecido a otros dueños y sus historias, según ella, estaban grabadas en su interior.

—¡Fíjense en aquella mancha de humedad que hay en la pared! —nos dijo una vez...

—Es el rostro de doña Raquel, la primera mujer que vivió en esta casa.

Y marcaba con un lápiz los contornos del rostro, aunque no hacía falta que lo hiciera, porque se veía perfectamente la cara amargada y fea de una mujer mayor, con nariz aguileña y el pelo recogido en un moño.

—¡Síííí...! ¡Todos la vemos! —decíamos sin dudarlo. Y Clementinita continuaba su cuento.

—Era una mujer muy rica, aunque su riqueza iba a la par con su tacañería. Se contaba que, con una azada, repasaba personalmente las acequias para evitar que una piedra o un poco de tierra obstruyera el paso del agua y se perdiera una sola gota fuera de sus fincas. También acechaba a sus empleados y se alimentaba como un pajarito para no gastar su capital. Todo el

dinero que tenía lo guardaba celosamente en un lugar secreto de la casa para cuando le llegara la vejez...

Y la vejez le llegó demasiado de prisa, borrando de su memoria el lugar secreto donde había escondido sus monedas... Cuando la pobre doña Raquel percibía recuerdos de su fortuna acumulada, registraba la casa de arriba a abajo y hasta levantó el piso del sótano y rompió las alacenas, pero nunca encontró sus monedas, que aún deben estar por algún sitio...

Murió loca, con la cama llena de trozos de platos y cristales dorados que ella, creyendo que eran sus monedas, contaba cada día porque le gustaba escuchar el suave tintineo que producía el choque de unas sobre otras...

—¿Y usted no las ha buscado, Clementinita?

—¡Ni se me ocurre! No quisiera molestar a doña Raquel, que después de muerta sigue contando su dinero... Escuchen...

Y todos guardamos un profundo silencio... y después de un tiempo de escuchar solo nuestra respiración, en aquella destartada casa de crujientes pisos de madera, se oía, perfectamente, el suave tintinear de las monedas...

Otro día contaba historias de brujas o de caciques, cuyos espíritus vagaban por toda la casa. Pero sus historias siempre terminaban con una sonrisa reflexiva.

No recuerdo bien cuándo murió la cuentera, pero nos dejó su sonrisa redonda y la puerta de la imaginación abierta de par en par.

La casa siguió entera, soportando inviernos de frías alas. Ellos pintaron más dibujos de mohos en las paredes y rompieron con furia cristales en las ventanas.

Después llegó el siroco: seco, tosco, hosco, agrietando las paredes con su metralla de tierra. Y en medio, unas primaveras largas que hacían florecer el sol de los verodes en el tejado y convertían en jardineras los poros abiertos de las paredes.

En unas vacaciones volví al pueblo, recordé la ruिनosa casa de Clementinita y fui a verla, seguía conservando la redonda sonrisa de su dueña. La miré con nostalgia y me vino a los labios el piropo de siempre. «¡Qué guapa!», dije. Y, en ese momento, una ventana abrió y cerró sus hojas en un brusco movimiento. Cualquier persona podría haber pensado que fue el viento el que impulsó la ventana, pero yo, que había compartido con otros niños las historias de la casa, sonreí porque vi en ella el espíritu de la infancia y estaba segura de que la casa me había guiñado su único ojo de cristal.

1.5. De *Cuentos canarios* (1998)

Los últimos guaicos

Al amanecer, las dunas parecen inmóviles, como un paisaje barnizado.

Es un tiempo mágico, repleto de ternura, que las aves marinas aprovechan para pasear y revolcarse en la brillante arena, pero cuando la suave transparencia comienza a enturbiarse, alzan el vuelo y siguen la estela plateada de las bandadas de peces.

Un día, una joven gaviota que gozaba las delicias del ensueño observó que sobre las huellas de trípodes dejadas por sus compañeras había otras más suaves, casi imperceptibles, como si un suspiro dejara un caminito de caricias sobre el polvo dorado.

—¿De quién serán esas huellas? —preguntó intrigada. Sus compañeras, ensimismadas en sus correos, no supieron contestarle.

Con las primeras luces del alba, cuando el celaje pinta ramalazos de carmín en el cielo, comenzó a batir dunas. Seguía sin vacilar las huellas que se entrecruzaban como laberintos interminables.

Arriesgándose, recorría sin parar las veredas marcadas. Despacito, sin el menor ruido, se deslizaba por las vaguadas para que los bañistas no la descubrieran.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas?

—Guaico —respondió el animalillo.

—¿Y qué haces tan lejos de tu casa?

Acomodándose sobre sus patas traseras y ladeando triste su cabecilla, le contestó en un susurro:

—¡Huir! Antes vivíamos felices bajo las piedras del barranco, pero nuestras madrigueras fueron destruidas.

—¡Qué penita más grande! ¿Quién cometió tanta maldad?

—Fueron los hombres, que con sus máquinas demolidoras construyeron casitas asustadas; unas pegaditas a las otras, como temerosas de la alegría de la tierra. La sonrisa verde es ahora una mueca de colorines.

—Dime, amigo, ¿qué ha sido de tus compañeros?

—¡La mayoría murieron! Los que conseguimos sobrevivir nos refugiamos en las dunas.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—¡No lo sé! Nuestra única esperanza es encontrar un lugar para nosotros y para nuestras crías.

—Lagartito, no te entristezcas, yo soy tu amiga —le animó la gaviota y se dispuso a ayudarle.

A la mañana siguiente, una expedición de aladas salió muy temprano a inspeccionar la isla.

—¡Nosotras iremos al norte! —dijo un grupo.

—¡Nosotras al sur! —decidieron otras.

Y las demás cubrieron los puntos extremos para completar el reconocimiento.

En poco tiempo recorrieron barrancos, montañas y pueblos, y cada grupo volvió con un desconsolador resultado:

—¿Saben qué les digo? ¡Que la zona que hemos visitado está muy enferma! —comunicó la jefa de una bandada.

—Yo también traigo malas noticias —dijo otra—. Si continúan hacia el sur, pueden morir.

—¿Qué podemos hacer? —preguntaron los lagartos desolados.

—Creo que lo mejor será subir por el barranco, hacia las medianías y las cumbres —aconsejó una gaviota vieja y sabia.

A medida que se adentraban en el bosque, aumentaba su alegría. Descubrieron lugares donde podían construir sus madrigueras y alimentarse de sol. Las pobres gaviotas perdieron el rumbo y los lagartos se quedaron solos.

A mediodía no se oía ningún ruido. Todos parecían dormir; y hasta el agua se calló, perdiéndose remolona en el camino.

En los días que duró la inesperada visita, el paisaje palideció, los charcos adelgazaron. Y en la penumbra, los tabaibales parecieron incendiarse: se diría que mil cables invisibles se conectaban con sus lagrimeantes pantallas en un derroche de luminiscencia.

Muchos reptiles buscaron acomodo en la naturaleza virgen de la zona, pero Guaico, más osado, continuó la marcha.

Poco tiempo después, un nuevo viento pasó racheante por la isla. Era el alisio fuerte y húmedo que asustó a nuestro valiente amigo y en la mañana esponjosa un chaparrón se descargó de las malhumoradas nubes.

El lagarto, desconcertado, corrió a refugiarse.

Después de la lluvia, el barranco tenía un nuevo aspecto. Entre el sembrado de espejos, sobresalían

los bolos llorosos que adornaban el paisaje como esculturas de olivinas.

El lagarto continuó la marcha saltando de piedra en piedra, eludiendo los charcos; y, cuando estos se hicieron más caudalosos, subió por una ladera asocada, siguiendo la línea plateada de higueras desnudas.

Antes de llegar a la cumbre hizo un alto. Ensimismado escuchaba la alegre canción de una alpiska que, protegida bajo una gigantesca hoja de ñamera, cantaba:

En el invierno
la higuera duerme,
despierta en mayo
verde y risueña.
Rojo geranio,
verde el olivo.
La miel del higo
tienen los trigos.

Frente al reptil, en la tierra pedregosa, un madrugador almendro cuajado de nieve rosa ponía la nota de colorido sobre la amorosa escena.

Guaico, estremecido, cerró los ojos y su sonrisa curva se hizo festiva.

—¡No se está tan mal en las alturas! —parecía pensar el animal—. Desde aquí se ve volar a los barcos y las nubes corren presurosas bajo mis pies. Me acostumbé a dormir un poco más en los inviernos. ¡Tal vez, en la próxima primavera, vuelva al barranco a buscar una compañera!

—¡Sssssshhhhhhssss... sssshhhh! —se oyó en la quietud, rompiendo la melodía del silencio.

—¿Qué será ese sonido? —se preguntó el lagarto sorprendido.

Una linda guaiquita, que seguramente vivía allí desde hacía mucho tiempo, se movía majestuosa ante sus ojos. Con su larga cola dibujaba coquetos y malabarísticos movimientos.

—¡Vaya, vaya! —casi gritó Guaico, estremecido de alegría.

Sus ojos se cubrieron de opaco y susurró: «¡Ya nunca más estaré solo!».

Y arrastrando su pesada cola, siguió las ligeras huellas de la hermosa hembra.

Miel de palma

Sucedió una vez, aunque no me preguntes cuándo. ¡Ya sabes que para las fechas soy un desastre! ¡Hasta me olvidé del año en que nací!

—¿No te habrás olvidado de mi cumpleaños?

—No, mi hijita, ¡qué va! Ese día jamás se borrará de mi mente; hubo fiesta en el firmamento y, de tanto bailar, las estrellas se quedaron sin noche y bajaron con su sonrisa escandalosa para hacerme compañía.

—¡Qué exagerada eres, mami! ¡Anda, sigue contándome esa historia y no te vayas por las ramas!

—Bueno, sigo:

La lluvia, esa gran amiga que lava las carusias de las plantas y pinta lunares de colores en la tierra, pareció emigrar muy lejos. Su cara fresca no aparecía

por ninguna parte, así como si el verano se hubiera quedado en las islas para siempre.

Primero se perdió el agua. Los hilillos plateados que adornaban laderas y barrancos se convirtieron en profundas grietas.

Luego, las hierbas, incluso las más recónditas, copiaron el color de las rocas hasta confundirse con la tierra. Las pobrecillas tuneras envejecieron de pronto por el horror.

Ante esta situación, los animalillos que trajinaban por la tierra desaparecieron. Unos prefirieron seguir escondidos en sus huevecillos en formas de larvas, y los más grandes se refugiaron en la humedad de las cuevas en espera de épocas mejores.

Las aves se miraban consternadas:

—Mis primas las palomas hablaron de una tierra al otro lado del mar, donde el agua es transparente y hay frutas maduras —comentó muy bajito una tórtola.

—Pues, ¡vámonos allá! —exclamó asustado un pajarillo.

—¡Sííí, vámonos! —sonó el trueno de mil gargantas resacas.

Todas las aves tuvieron que emigrar para sobrevivir. Solo un canario, con el ala rota, se quedó en la isla.

—¡Busca una buena sombra! —le aconsejaron.

—¡Cuídate mucho! —le gritó el linacero, agitando su plumón rojo.

—¡Aprovechemos el viento o llegaremos! —graznó el cuervo.

Emprendieron la marcha sin volver la vista atrás, para que su pena no entristeciera, aún más, a su rubio amigo.

—¿Qué haré ahora? —se preguntaba el canario en su soledad...

Los últimos rayos de sol se habían ocultado detrás de la montaña y las negruras de la noche empezaban a cubrir lentamente el paisaje. Todo el valle quedó gris y, al fondo, los pinos adornaban como esculturas de piedra la profundidad de las sombras.

El avecilla se sobrecojía de miedo en aquel lugar.

—¡Tengo que encontrar un refugio! —silbaba en alta voz, para ahuyentar su miedo.

Y en aquella su primera noche silenciosa durmió asocado por las viejas ramas de un entristecido árbol.

El sol pareció traerle nuevos ánimos. Su voz volvió a escucharse:

—¡Tengo que encontrar agua y comida!

La brisilla de la mañana, juguetona como siempre, hacía flotar, como en un plácido estanque, pálidas y apergaminadas las últimas hojas. El pajarito se dejó llevar por ella como un tobogán, y así pasó un buen trecho. Sin embargo, tuvo que aparearse rápidamente porque la muy picarona por momentos parecía arrullarlo susurrando refrescante el poema del agua, pero enseguida: zumbada, amenazante como si quisiera espantarlo con sus rugidos...

—¡Uffffuuuuffff! ¡Qué miedo! —temblaba el canario.

Casi sin darse cuenta, su cabecilla comenzó a trabajar incansablemente.

Poquito a poco fue recordando las lecciones que para sobrevivir le enseñara su madre y a esta la suya y así, sucesivamente, hasta acumular un montón de sabiduría.

En vuelo renqueante fue leyendo el lenguaje horizontal de las rocas. ¡Qué maravilla! ¡Cuántas historias extraordinarias están escritas en la montaña!

Con lo que se puede aprender leyendo el lenguaje de la naturaleza podrían llenarse muchas bibliotecas.

También leía el lenguaje de los árboles, como ondas del agua; son espirales pacientemente dibujadas en los troncos, una cada año.

El pajarillo preguntaba al árbol.

—¿Cuántos años tienes?

Y como no tenía voz, le señalaba con su rama alta el grueso del tronco para que él los contara.

—Uno, dos, diez, cien... ¡Ya eres muy viejo! —comentaba asombrado.

—¡Si pudiera aguantar un día más, estaría salvado! —intuía.

Esa misma intuición le dio fuerzas para cantar en susurros:

—¡Piiuooooooooiiiiuuuu...! ¡Piiiiiooooouiiiiooooo!

Una palmera cercana recibió sus ondas y movió esperanzada sus ramas.

—¡Ven, yo te cobijaré! —llamó con fuerza.

Llegar hasta su amiga le agotó. Como una pelotita de oro quedó tumbada a los pies de su tronco.

—¡Se nos muere! —exclamó apesadumbrada la palmera.

Todo el palmeral abanó con sus ramas los airesillos de muerte.

¡Pobrecito! Parecía que un trocito de sol se quedó olvidado en la sombra.

En su desespero, dos lágrimas de sangre se desprendieron de la palma, rubíes de vida que mojaron el reseco pico del ave que, con su meloso dulzor, revivía milagrosamente. Su lengua se desató y, como si la voz saltara de un resorte, comenzó a cantar:

—¡Piiuooooooooiiiiuuuu...! ¡Piiiiiooooouiiooooo!

Todas las notas salieron de su garganta como borbotones de armonía.

La palmera agitó sus ramas con la alegría de la vida y sus compañeras del palmeral la imitaron. Sus danzas movieron el aire con la potencia del alisio y, como remolinos de esperanzas, subieron a las nubes.

—¡Muévanse, gandulas! —parecía decirles.

Las nubes, un poquito remolonas, se fueron espabilando despacito y comenzaron a soltar el agua tanto tiempo acumulada.

En poco tiempo volvieron las cintas brillantes y el olor a limpio.

Asocadito en el hueco de la palma, el canario esperó la llegada de sus compañeros emigrantes.

Muy pronto el valle se cubrió de verde y miles de cabecitas voladoras asomaban por todos los rincones. El canto del retorno adormeció la isla.

La sangre de la palmera había salvado a un canario.

Dicen que, a partir de entonces, los hombres descubrieron la miel de la vida y sangran a la palmera para conseguirla.

También dice la leyenda que, desde entonces, todos los pájaros de la zona, cuando llega la noche, corren a refugiarse en los troncos de las palmeras,

porque saben que ellas siempre les regalan comida y protección.

El bienmesabe

Esto sucedió hace mucho, muchísimo tiempo, cientos de años o tal vez miles. No estoy segura, porque el viento que me lo contó pasaba a rachas rápidas y bullangueras, y su voz se difuminaba antes de llegar a mis oídos.

Sí tengo la seguridad de que la tierra en esa época tenía el calor amoroso de un nidal y el agua fertilizaba los rincones más apartados.

Flotando como una balsa sin velas ni motores que la movieran, viajaba nuestra amiga semilla.

—¡Pobrecita! ¡Estaba tan seca y pesaba tan poquito, que el agua no la sentía!

—¡Qué mareada estoy! ¡Sol y agua! ¡Sol y agua! ¡Quién pudiera llegar a tierra! —se quejaba.

Y un día de esos tormentosos, cuando el mar se enfurece y da fuertes dentelladas a la tierra, la semillita se desprendió del rizo de una ola y se quedó dormida junto a un alga seca.

—¡Ni se sabe el tiempo que estuvo allí!

—¡Si continúo aquí, voy a morir! ¡Ayúdenme, por favor!

El amor de sus amigos la fue entonando... hasta que un buen día comenzó a crecer y crecer...

¡El milagro de la vida adornaba de nuevo el barranco!

—¿Quién eres? —le preguntaron cuando la vieron asomar con su cabecita verde y risueña.

—Soy un almendro.

—¿De dónde vienes?

—De muy lejos, del otro lado del mar.

—¿Te quedarás con nosotros?

—Sí, para siempre.

—¡Qué maravilla! —exclamó la montaña con su broche de nieve—. ¡Es el mejor adorno que jamás hubiese podido soñar!

Una mañana brillante, irisada por airecillos temblorosos que estremecían los pétalos, se oyó un zumbido de alegría:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias por traerme a este lugar! —zumbaba llena de alegría una abeja.

—¡Dime, amigo! ¿Puedo descansar tus flores con delicada ternura? El almendro abrió amoroso sus ramas y tímidas flores se colorearon de carmín.

—¡Descansa, amiga!

Loca de contenta, la abeja parecía recuperarse y besaba cada uno de sus pétalos rosados.

—¡Te quiero, almendro! —le gritaba sin rubor—. ¡Me quedaré contigo para siempre!

El arbolillo se adormecía en un susurro de dicha.

Poco a poco las flores se transformaron en frutos. Ayudada por el viento, la lluvia y la abeja, la montaña se fue cubriendo de verdes y blancos broches, hasta formar preciosas guirnaldas.

El amor entre insecto y árbol parecía no tener fin.

Una mañana la abejita amaneció enferma; se moría sin remedio. Casi arrastrándose, iba cubriendo con un beso de miel las tiernas almendras del lloroso árbol.

—¡No, amor mío, no te vayas! —gemía tembloroso el almendro—. ¡Moriré de pena sin ti!

—¡No, no puedes dejarnos! —gritaba la montaña.

—¡No me dejes! —susurraba el viento...

El eco llevó los lamentos de un extremo a otro.
Las islas se estremecieron con los tristes ayes.

—¡Es la ley! —tronó una voz.

—¡Sí, es la ley! —asintió el sol—. Nuevas abejas
ocuparán el almendro y nuevos almendros ocuparán
el valle.

Como lágrimas de amor, fueron cayendo una a
una las hojas del árbol. La tristeza las iba desprendien-
do de las ramas. Primero las hojas. Luego las tiernas
frutas.

Árbol y abeja parecían querer dormir juntos sobre
su amiga tierra.

La montaña no pudo soportar la visión de dolor
y cubrió su cara de llorosas nubes.

La lluvia, queriendo consolar a los enamorados,
unió las almendras con el último adiós de la abeja:
su miel; y se realizó el milagro con el amor de esos dos
seres. Su unión se esparció por todas partes...

—¡Qué bien sabe! —exclamó la tierra cuando
probó la deliciosa mezcla.

—¡Qué bien me sabe! —repetía el aire.

—¡Qué bien me sabe! —decía la lluvia al bañarse
en su sabor.

El eco lo fue repitiendo...

¡Qué bien me sabe...!

¡Qué bien me sabe...!

¿Que cómo llegó a oídos del hombre? Eso es muy
fácil de suponer...

Algunas personas son capaces de interpretar el
sentimiento de la Naturaleza y escuchar sus voces.

Seguramente algunos de nuestros antepasados oyeron al eco y comenzaron a investigar; así se enteró del secreto. Unió la miel con las almendras... Le dio un poquito de calor... Probó el resultado y dijo:

—¡Tienen razón! ¡Qué bien me sabe!

Y ahí está el origen del bienmesabe.

1.6. De *Los coquitos de mi Ingenio* (1998)

Los cumbreros

Los martes y los jueves llegaban los cumbreros a El Puente desde lo alto de la montaña. Casi nunca bajaban hasta El Ejido, excepto las mujeres para comprar algún mueble. Vivían en La Pasadilla, en Cazadores, en Guayadeque... Tenían un hablar pausado y cadencioso que los delataba.

Me gustaba verlos sobre sus burros con las alforjas repletas de quesos. Los hombres con sus chaquetas de lana blanca moteada y sus cachorros negros. Las mujeres enlutadas, sin edad, con sus rostros medio ocultos entre pañuelos de colorines.

Cuando salía de la escuela, pasaba a comprar queso en la tienda de Marcialito y los escuchaba en sus transacciones comerciales: «Lo que usted diga estará bien, porque usted es de fiar, Marcialito», parecían decir con mucha humildad, aunque todos sabíamos que eran desconfiados y listos y que debajo de aquellos ingenuos ojos azules se escondía la astucia de la supervivencia; mucho antes de salir de sus casas ya tenían controlado el peso y el precio de sus productos.

Sentados cómodamente en unas sillas que les sacaba Marcialito o encima de un viejo arcón en la tienda de Florentinita la del Horno, comían pan mojado

en vino tinto. Hombres y mujeres comían lo mismo. Era como un tentempié festivo para recuperarse de la larga y fría caminata.

Cuando nos visitaban, los niños cumbreros miraban con asombro nuestras ropas, los objetos de la escuela, las chucherías y golosinas de colores que se acumulaban en frascos de cristal sobre los mostradores de las tiendas. Quería jugar con ellos por curiosidad, para preguntarles qué pensaban, qué hacían, pero ellos negaban con la cabeza, sin palabras, distantes y temerosos. Sin embargo, su actitud cambiaba cuando los visitantes a sus barrios éramos nosotros. Nos enseñaban con orgullo sus secretos: un nido de tórtola, un caballo, una yegua con su cría, una vereda entre almendros...

Cuando jugábamos en su terreno, eran niños como nosotros; lo hacían seguros, con cierta superioridad, y cuando escuchaba la voz de mi padre llamándome para marcharnos a casa, tenía la inquietud de que me faltaba aprender el nombre de alguna hierba, de algún barranco, de alguna cabra o de algún rincón del pueblo que no conocía. Aquellos chiquillos que contestaban interrogando, se me antojaban enanos sabios y desconocidos.

Comprendí cómo debían sentirse aquellos otros «niños litres» que veraneaban muy cerca de mi casa y que, en contadas ocasiones, jugaban con nosotros. Cada vez que le cogían el tranquilo a las normas de los juegos o cuando iban ganando en las guerras, aparecía la criada con sus advertencias: «¡Miren que se hacen daño!», «¡Cuidado que se ensucian!», «¡No jueguen con esos niños malcriados!». Y los chiquillos

se iban tristes, distantes, como si dejaran la alegría entre nosotros.

Celosos de sus tierras, los cumbrosos eran capaces de matar por unos centímetros en el corrimiento de sus lindes. Recuerdo una vez que trajeron medio moribundo, cosido a puñaladas, a Enriquito Martel, hombre muy querido por todos y que había discutido con su primo por las lindes de una herencia. El practicante lo remendó como pudo; pero el médico aconsejó llevarlo al hospital porque había perdido mucha sangre. Llegó acompañado de toda su familia vestida de domingo y con aquel batallón de gente continuó hasta el hospital.

Por la tarde, la Guardia Civil bajó, caminando montaña abajo con las manos atadas a la espalda, a Roquito Guedes, el autor, que también era querido y respetado por todos. La familia, incluidos suegra y cuñados, le seguía detrás, vestida de entierro y con la vista baja. Los guardias lo pasearon por la calle grande del pueblo en presencia de todos.

Me fijé en las manos amoratadas del hombre y en la mirada de cazador triunfante que tenía aquel cruel sargento, cuyas historias eran dignas de un libro de terror, y sentí una confusa compasión por el hombre que había delinquido y un no sé qué extraño repeluzno por el guardia.

Los entierros cumbrosos dejaban huella. Ahora que lo pienso, los veo modernos, adelantados a la época. Bajaban hasta la iglesia donde los esperaba el cura. Solo hombres vestidos de trajes y sombreros negros impecables. Era el momento de olvidar las rencillas familiares y de acompañar todos al muerto.

En silencio, como cuervos en la noche, con un recogimiento doloroso que impresionaba. Pero tan pronto concluía la ceremonia, se convertían en felices y escandalosos agurrones tras el enyesque y la copa. Sus juergas mortuorias tenían fama de durar días.

Siempre sentí un gran respeto por ellos. Los esperaba en el verano, cuando bajaban con las cestas repletas de tunos moscateles almibarados, de tunos blancos y amarillos, recubiertos con ramas de altabacas e incienso morisco, con los higos, las uvas, las almendras, el queso... Hoy, de vez en cuando, sigo intentando recuperar el sabor y el olor de las frutas de mi infancia, que perdí no sé cuándo y que nunca me ha sido posible recuperar.

Las lavanderas

Nunca he sabido si las bolitas brillantes de color marrón que iba a buscar en las acequias eran realmente huevos de rana. Solo sé que pasaba horas, acompañada de mi amiga Juani, buscándolas en la corriente de agua. Eran suaves, tiernas y, a veces, las estallábamos entre los dedos, o las guardaba en una cajita de conservas y las olvidaba en cualquier rincón.

Seguramente coger los huevos era solo una excusa para chapotear en el agua de la acequia y jugar con la corriente, que en algunos tramos se escondía debajo de las viviendas y aparecía unos metros más abajo.

En invierno, la acequia venía repleta y con una corriente traviesa que arrebatava las alpargatas, las cintas del pelo y piezas de la ropa que las mujeres lavaban.

—¡Eh, chiquillas, cojan ese pañal que se me escapó! —decía alguna y nosotras corríamos, adelantando al agua ladrona hasta llegar a la cantonera y allí, junto a la torna, esperábamos a que nos devolviera la pieza hurtada.

Me gustaba coger aquellas bolitas marrones por la mañana, cuando las mujeres lavaban la ropa, posiblemente porque a la vez escuchaba las historias y los chismes que contaban. Eran como las revistas del corazón, porque todos los temas salían a relucir. A veces, se callaban y decían: «¡Cuidado que hay niños delante!»; pero a continuación añadía alguna «seguro que a esta ya se le está tiznando el tostador, ¿verdad, mi niña?». Y una corría avergonzada, sin saber qué contestar.

Las más habladoras eran sin duda Cristito y Angelita. De sus labios oí conversaciones como esta:

—¿A que no saben que Lolita la de Mariquita Saturno está trabajando en el almacén? ¡Ella, que ni por «naa» quería ir a trabajar con nosotras, como si fuera mejor que una! ¡El hambre apreta el zapato, mi niña!

—¿Pues no dice que tiene un novio peninsular tan fino, Cristito?

—Eso dice ella, pero aquel tiene de fino lo que yo de rica. ¡Eso se ve, cristiana! ¿Usted conoce a algún peninsular que no sea fino y que no tenga cortijos?

—La que dicen que se va a casar es una de Las Nenas.

—¿Las de La Pláza?

—No, las de El Ejido.

—¡Jesucristo! ¡Tal ejemplo! ¿Y con quién se casa?

—Con un viudo que apareció por allí, dice que se lo recomendó don Manuel, el cura.

—¡Fuerte hombre casamentero! ¡Pues no me quería casar a mí con Bartolo el de Paquita! Se puso tan majadero que le tuve que decir de mal talante: «¡Déjeme en paz, cristiano! ¡Que ya tengo bastante con los borrachos que tengo en mi casa; con mi padre y mi hermano tengo hasta pa regalar!».

—¡Jesús, mujer! ¡No te pongas así! ¿A ti no te gustaría, antes de que te pongas más dura, probar el pan de los ángeles?

—¡Ay, tal desgracia! ¡Pa ese pan enchumbao en ron, mi niña, prefiero un carozo tiznao! —luego, como si de repente hubiera reparado en nosotras, decía.

—¡Eh, chiquillas, vayan aprendiendo que son granditas ya!

A veces, si había muchas niñas en la acequia, las mujeres dejaban los chismes y contaban cuentos de miedo. Recuerdo uno, que aún sigo contando con éxito a los niños. Se llama «Las voces del barranco» y, aunque el escenario del cuento es el barranco de Guayadeque y los dos pueblos sean Ingenio y Agüimes, yo lo narro así:

Sucedió casi ayer, cuando la luz eléctrica aún no alumbraba los pueblos y apenas circulaban media docena de coches en toda la isla.

En uno de esos pagos sin luz y sin ruidos de motores, vivía un joven labrador muy alegre y trabajador, que se había enamorado de una muchacha guapa y hacendosa.

Todos los días después del trabajo iba a verla, aunque para ello tuviera que cruzar andando un

profundo barranco repleto de matorrales y árboles. En primavera y en verano, el camino era un jolgorio de jóvenes que cruzaban en ambos sentidos, pero en invierno, se contaban con los dedos de la mano los enamorados atrevidos.

Una noche, de esas totalmente oscuras y desaparecibles, cuando el viento y la lluvia arreciaban y golpeaban con furia los cristales y las puertas, el labrador, encogidito en una silla junto a su novia, no osaba mover un dedo. No quería pensar en que, para regresar a su casa, tendría que cruzar el tenebroso barranco. La sola idea le aterrorizaba.

Pensó confiar en su novia y contarle el miedo que sentía ante los truenos y relámpagos, pero cambió de idea, por temor a que lo creyera un miedica. Así que, a regañadientes, marchó camino de su hogar. Esperó un buen rato por si algún caminante rezagado pudiera acompañarle, mas nadie osó cruzar en una noche como aquella y, aunque la negrura parecía más y más profunda, no le quedó otro remedio que envolverse en ella.

Escuchó la voz justo donde la arboleda se espesa. No parecía de este mundo y le llamaba:

—¡Veeennmmmm...! ¡Veeeemmmmm...! —repetía una y otra vez.

—¡Vennnnmmmm...! ¡Veeeemmmmm...!

El corazón le latía con tanta fuerza, que parecía salirse del pecho. Sacando fuerzas de flaqueza, apuró el paso, mientras con los ojos intentaba localizar aquel sonido de ultratumba. Justo en ese instante, la noche guiñó su ojo de luna y pudo ver a varios gigantes de largos brazos gelatinosos, como putrefactos, que se

movían hacia él. Además, pudo sentir el roce húmedo, frío y desgarrador de unos dedos intentando atraparlo.

Aquellos seres de otro mundo iban a por él. Así que dio la vuelta y corrió tanto como pudo.

Llegó a casa de su novia tembloroso y asustado, gritando:

—¡Vienen a buscarme! ¡Vienen a buscarme!

Costó mucho trabajo conseguir que diera una explicación coherente. Después de tres tazas de tila, consiguió decir:

—¡Por favor, suegro, tengo mucho miedo! ¡Esta noche aquí me quedo!

El padre de la novia le escuchó incrédulo. Cogió un enorme cuchillo canario y un farol y le contestó con un poco de sorna:

—¡No tiemble tanto, hombre! Yo le acompaño a su casa y así me enseña sus miedos.

Volvieron al recodo del camino, pero esta vez con luz, un cuchillo y la tormenta amainada, dispuestos a enfrentarse valientemente con el más allá.

Y conocieron los miedos...

La voz que a él le llamaba era una oveja perdida y que la pobre balaba: ¡Beeeeeeggggg! ¡Beeegggg!

—¿Se acuerdan de los gigantes, niños?

Pues eran ramas de pinos
que, movidos por el viento,
parecían en movimiento
y tapaban su camino...

Y colorín colorapoco, los miedos están en el «coco».

El hombre que hablaba en verso

La lluvia sembraba los campos de campanitas malvas, de pajicos blancos y amarillos, de cachimbitas verdioscuras, de ajillos azules, de amapolas rojas, lilas... En primavera, el viento cedía y la brisa refrescaba el pueblo, dándole un tono brillante y alegre que propiciaba la contemplación de la naturaleza y la felicidad de los labradores.

Pepito y mi abuelo eran vecinos; las paredes de sus cercados eran medianeras y compartían el agua del riego, la amistad y la afición por la poesía.

Mi abuelo escribía sonetos, silvas, romances, aunque nadie lo sabía porque, según decía, era poesía intimista.

Pepito contaba las historias de las personas y de los sucesos que llamaban su atención. Lo hacía en versos octosílabos, formando cuartetas o redondillas. Todo el mundo las conocía, porque sus historias eran reales y, a veces, levantaban ampollas en sus protagonistas.

Pepito y mi abuelo Antonio se sentaban junto al estanque, bajo el olivo, y allí admiraban la belleza del campo, hablaban de sus cosas y se intercambiaban sus composiciones poéticas; aunque la mayor parte de los días era Pepito el que estaba en vena y, por cualquier cosa, le daba por hablar en verso.

Yo lo escuchaba con atención, sentada muy cerca de él, para que sus palabras suaves no se me perdieran entre los olivos. Cuando sus nietos lo acompañaban, se transformaba en un cuentero, en un narrador de historias, en un artista que deleitaba a su público.

Recuerdo su verso crítico y agrio contra los políticos designados a dedo y que gobernaban el pueblo como un clan familiar. Otras veces decía:

—Don Antonio, estos son mis versos intimistas, como dice usted.

Y luego soltaba los versos:

Así hay gente en mi tierra,
dejan a un lado el camino
para coger la vereda
que no lleva a ningún sitio.

Buscan la sombra pequeña
de un laberinto sombrío,
para allí verter la pena
de sus silencios y hastíos.

Así hay gente en mi tierra,
rechinando en solitario
o en espiral soñolienta
de los dragos milenarios.

Beben agua de la huerta
con almendros florecidos,
hasta que ebrios la secan
y la convierten en espinos.

Un día sorprendí a mi abuelo carcajeándose con los versos que Pepito le había hecho a un vecino insoportable.

—¿A ver si conoce esta mascarita, don Antonio?
—dijo, y siguió hablando en verso:

Es un hombre chiquitito,
de ojos grandes y fino olfato,
que siempre me habla a gritos
como un pobre mentecato.

Quiere saber más que Dios
y hasta se cree muy guapo,
siempre le doy la razón
y lo dejo como un trapo.

Una mañana, Pepito había puesto la radio para oír
el parte nacional y al locutor le dio por hablar de las
excelencias del chicle. El hombre, molesto con la pu-
blicidad que escuchaba, comenzó a rimar con sus pa-
labras de siempre, con su lenguaje de todos los días:

¡Fuerte batatas, señores,
dice la publicidad!
¿Que el chicle es americano?
¡Fuerte coraje me da!

¿Quién permite este engaño?
¡Y a los niños, por favor!
¡Que el chicle es americano!
¡Señores, mentiras, no!

Un canario lo inventó
cuando emigró a tierra extraña
y del pueblo se acordó
porque añoró sus montañas.

Cuando más hambre pasaba
porque no tenía con qué,
el pobrecillo pensaba:
¡ay quién pudiera comer!

Recordó la piña asada,
las alcachofas y el cardo
y la lechita de tabaiba
que mascaba de muchacho.

Y como el hambre es muy lista...
El canario discurrió:
mezclando varias sustancias
una goma consiguió.

Amarga como la tabaiba,
mas él, por darle sabor,
la mezcló con la guayaba
y obtuvo sabor y olor.

«Lo que no mata engorda»,

dijo, cuando lo probó.
Si con esto no me muero,
mañana corro a venderlo
en la gran Pláza Mayor.

¡Fuerte éxito, cristiano!,
tuvo nuestro vendedor,
se lo quitaban de las manos,
se apiñaban a su voz.

Pero, ahí está el quid de la cuestión.

Un inglés muy envidioso
a su casa le siguió
para quitarle la goma,
que por hambre fabricó.

Lo acechó con dos o tres
y le pegó una paliza
por poquito no lo ve,
casi le cuesta la vida...

Y una vez recuperado,
el muchacho reaccionó:
yo me vuelvo, aquí no aguanto;
pero antes le contestó:

¡Quédense con esta goma,
con el sabor de guayaba,
que a un servidor le sobra
la amarga leche tabaiba!

Pero es planta de mi tierra,
que en cualquier monte se cría,
¡quédense esta porquería,
y que se tupan con ella!

¿Que el chicle es americano?
¡Qué vergüenza, por favor!
El chicle lo inventó un canario
y un inglés se lo robó.

¡Caramba con los ingleses,
siempre andan presumiendo!
¡Que devuelvan el Peñón
y que se dejen de cuentos!

Muchas de las historias en verso que Pepito contaba, fueron recogidas en un pequeño libro por los hijos de Bartolita, la de la calle de Atrás. Uno de ellos era maestro y corregía las faltas y el otro, Blas, el hombre grande y de hermoso corazón que admiraba la poesía, escribía los versos que Pepito le recitaba de memoria. Seguramente Blas era también un poeta, un hombre inteligente que nació en una isla redonda con fronteras azules, sin posibilidades. Nunca se casó, aunque siempre vivió enamorado.

Blas lloró en el entierro de Pepito y recitó un bello poema que nos hizo llorar a todos.

Pepito se fue un día luminoso como los que a él le gustaban, dejando una silenciosa tristeza en los algodones y muchas de sus palabras dibujadas en un libro. Pero prefiero recordarlo versificando libremente, inventando historias y descripciones que luego olvidaba entre los olivos.

1.7. De *La isla de las ardillas* (2001)

Nuevas amistades

Los dos siguientes días se fueron en un pasmo. Guacimara apenas hablaba; las palabras de los demás le llegaban como un abejo distante.

Intentó desechar su malhumor y salió a explorar el paisaje nuevo. Estaba convencida de que pronto iba a encontrar a la graciosa ardilla.

En la arena, una niña recogía conchitas de nácar para guardarlas en una botella.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó Guacimara. Y la chiquilla, encantada con la propuesta, le contestó:

—¡Sí, gracias!

—¿De dónde eres?

—De Tenerife, ¿y tú?

—Soy de Gran Canaria, pero vivo en Madrid.

—¿Cómo te llamas?

—Guacimara, ¿y tú?

—Peña María, aunque todos me llaman Peñita.

—¡Qué nombre más original! Peña.

—Es porque mi abuela es muy devota de la patrona de la isla, Nuestra Señora de la Peña.

Y se hicieron amigas en un día...

—Ven, que te voy a presentar a mi primo Roberto y a mi abuela.

Y la nueva amiga le presentó a su simpática familia, cuya abuela resultó ser amiga de la abuelita de Guacimara.

Por primera vez, Guacimara metió los pies en el agua y cogió un trocito de mar en sus manos, pero el cielo del agua se le escapó entre los dedos.

Las nuevas amigas hablaron y jugaron entre los setos de piedras y las dunas arenosas, hasta que el sol cayó tras la montaña gris; y, aun así, Guacimara se quedó un rato más en la playa buscando entre las rocas el rastro de la ardilla.

En la noche, totalmente agotada, dijo a su abuela:

—Abuela, me está empezando a gustar el mar de la isla. Hoy he conocido un montón de amigos y he aprendido que la palabra *mar* es hermosa, monosílabo, celeste y con dos sexos: el mar y la mar; me gusta.

—¡Te das cuenta de lo fácil que es hacer amigos en vacaciones! Ya no te sentirás tan sola. ¡Ahora a dormir, mientras te cuento una historia de ardillas...!

Las ardillas traviesas

Una vez, hace ya algunos años, vivían en el campo dos ardillas llamadas Lila y Lela. Su casa era toda una montaña de malpaís. Había tantos agujeros entre sus piedras volcánicas que usaban una madriguera para cada estación y, a veces, dependiendo de dónde soplara el viento, cambiaban de casa y de paisaje.

Lila era traviesa y juguetona. Tenía el pelo cremoso como las montañas de su isla y sobre la frente, como un tatuaje, llevaba dibujado un triangulillo negro.

Lela era más serena: tal vez porque a su gordito cuerpo le costaba mucho saltar con la agilidad de su compañera; y su color de tierra mojada le daba un aspecto de esponja.

Las dos ardillas vivían muy felices, cambiando de madriguera cuando les apetecía, hasta que llegó la época de caza y a los perros les daba por confundirlas con conejos. En una ocasión, el hurón de los cazadores llegó a revolcarse en la cama de Lela, que estaba alfombrada de musgo.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Lela desesperada y corrieron por las puntiagudas rocas como si tuvieran alas. No pararon hasta llegar al pueblo cercano, donde encontraron un caserón antiguo que parecía abandonado.

—Aquí estaremos a salvo —comentó Lila metiéndose por el roto de una puerta.

Sin esperar a descansar, Lila registró la casa de arriba a abajo buscando algo para comer, y en un cajón escondido en el sótano descubrió un montón de monedas brillantes.

—¡Qué bonitas! —dijo Lela.

Y cogió una, pensando que eran semillas desconocidas y que las podrían comer. En ese momento escucharon el ruido de una llave en la cerradura y salieron corriendo con la moneda entre las patas. ¡Ni se sabe el tiempo que brincaron y saltaron por calles desconocidas y silenciosas!

—¡Ya no puedo más! —se quejó Lela.

—¡Está bien! Entremos en esta casa que parece dormida.

Y se acurrucaron en un agujerillo de la azotea, entre maderas y hierbas secas; y se durmieron profundamente.

Aún no había salido el sol cuando las ardillas fueron despertadas por voces y lamentos. Y es que su nueva madriguera iba a parar directamente sobre la mesa del comedor de la casa y sin querer escucharon:

—No he podido conseguir el trabajo, mujer. Si continuamos así, no tendremos más remedio que venderle la casa a don Manuel.

Y la mujer le contestaba llorando:

—¡Ayúdanos, Santa Rita! ¡Ten piedad de nosotros, patrona de lo imposible!

Lela se puso tan nerviosa con el llanto de la mujer, que se le cayó la moneda por una rendijita de su escondite y fue a parar con un golpe seco a la escudilla de leche y gofio que comía el marido.

—¡Milagro, milagro! —repetía incrédulo el matrimonio con la moneda de oro pasando de mano en mano.

La tristeza de aquella familia se transformó en risas y alegrías; y, aunque inmediatamente descubrieron las ardillas, ya no les importó que vivieran en el inaccesible rinconcito de su azotea. A la luz del día, Lila y Lela recorrieron aquel pueblo hambriento y silencioso, y sintieron una pena tremenda. Habían descubierto lo importantes que eran aquellas semillitas brillantes para los humanos; y pensando en congraciarse con ellos, se dedicaron a hacer viajes a la casa donde vieron aquel cajón repleto y las fueron trasladando una a una hasta su nueva vivienda.

El pequeño tesoro alumbraba en la madriguera como una guirnalda navideña. Al cabo de unos días, las inconstantes ardillas se cansaron de tenerlo en casa:

—Tenemos que deshacernos de estas semillas —dijo Lila—. Nos ocupan toda la despensa y no podemos guardar la comida.

—¡De acuerdo! —le contestó Lela—. Y salieron a buscar a quién dárselas.

Intentaron recorrer el pueblo, pero aquel lugar de normal sereno estaba totalmente alborotado. Y volvieron a esconderse.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede? —se preguntaban.

Y es que don Manuel, el dueño de las monedas, el hombre más avaro y rico del pueblo, registraba las casas en busca de su oro.

Los vecinos asistían cabizbajos y humillados al registro. Ninguno se atrevía a protestar porque todos le debían algo al avaricioso hombre: la compra del mes, el dinero de las medicinas, los alquileres de las casas...

—¡Tuvo que ser algún extraño el que me robó! —se justificaba el avaro al no encontrar lo que buscaba y se deshacía en disculpas ante los guardias que le ayudaron en el registro.

Aquella noche las ardillas trabajaron duramente y al día siguiente, cuando el sol comenzó a lamer despacito las paredes de las casas, todas las familias encontraron a la hora del desayuno una moneda de oro sobre la mesa.

Y entonces se produjo la explosión: una poderosa onda de sonoras carcajadas, que salían de todas las

casas del pueblo, acabó para siempre con la avaricia de don Manuel.

La Montaña Colorada

La Montaña Colorada es un viejo volcán del color de una brasa ardiente. Miles de cicatrices rojas pliegan su falda en heridas descarnadas. Sus laderas no tienen la alegría de sentir en su seno la vida; pero ve brotar a sus pies los ramos verdes de las tabaibas.

La cima de la atormentada montaña asoma altiva y domina el paisaje lunar como una mueca desdeñosa.

Muy cerca de la Montaña Colorada está la playa del Salema, que no es bonita ni importante y apenas tiene arena, pero es suficiente para que el Salema arrastre su barca y la proteja del mal tiempo. Ese lugar es muy apreciado por los pescadores de viejas. Y es que, bajo sus aguas, en las cuevas y rocas que una lengua de lava dejó en su caída, se refugian los peces más grandes y tan coloradotes como la vetusta montaña que los asoca.

El salema es el mejor pescador que se conoce. Recorre la costa triangulando el aire con su caña grande de bambú, de punta retorcida como el rabillo de un cerdo, y siempre pesca algo. Tiene la piel seca, pegada a los huesos. Sus ojos son azules y el pelo blanco; una vez debió ser rubio, aunque ya no se le note.

La casa donde vive está en lo alto de una ladera y sus oscuras ventanas parecen ojos grandes que contemplan el mar por encima de su furia.

La puerta de la casa es como una boca amable y que ríe sobre una terraza abierta al camino y en la azotea las tejas colocadas informalmente le dan un aspecto de sombrero sobre una cabeza acogedora.

Para llegar a la casa hay que subir por un camino adornado de curiosos objetos que el mar arroja a la playa y que el viejo pescador guarda como valiosos trofeos.

A mediodía los lagartos corretean por la fachada blanca calentada por el sol y todos los pájaros de la zona parecen dormir la siesta en torno a una palmera que nació allí como un regalo de sombras.

Aquel día Guacimara fue invitada por la familia de sus amigos a pasar un día de pesca y atenta escuchaba los consejos del salema:

—Para pescar viejas hay que usar los cangrejos duros; los correlones no sirven.

—¿Y los anzuelos?

—Tienen que ser medianitos y que arrastren por el suelo, porque la vieja come pegada al marisco.

—¿Por qué esos peces tienen diferentes colores?

—Los peces rojos son hembras y los grises, machos. Cuando son adultos, suelen cambiar de sexo y color.

El anciano gastaba poco las palabras, pero hablaba sin reparos de su afición a la pesca.

El pescado que no consumía fresco lo secaba en largas hileras de liñas que recorrían la playa y le daban un aspecto muy peculiar. Con gran habilidad, el pescador abría el pez por el vientre hasta el espinazo, lo limpiaba bien y lo envolvía en sal toda la noche. Al siguiente día lo colgaba de la liña para que el sol lo

secara totalmente. Así, jareado, el pescado se transportaba fácil y se vendía muy bien.

La pesca comenzó con la marea y duró todo el tiempo que el agua llenó la playa. Cuando las aguas comenzaron a retirarse, docenas de viejas de colores llenaban los charcos.

La noche llegó demasiado pronto para los sacrificados pescadores que descansaban en torno a una mesa charlando.

Los niños casi se dormían. Solo la curiosidad de ver a los cangrejos rojos de cerca los mantenía despiertos.

Por despistar el sueño, Peñita y Guacimara salieron a la terraza para ver las estrellas.

—No cuenten las estrellas, niñas, que les salen verrugas en las manos —les dijo medio en broma el pescador. Y siguió bromeando un buen rato hasta que miró al mar:

—Se están acabando la noche y el agua. Es hora de salir a mariscar —dijo mientras cogía los guantes, el saco y la linterna, y salía rumbo a los mariscos.

—La única forma de coger los cangrejos es encandilándolos —explicaba convincente.

Colocaron un potente foco frente al marisquero y los cangrejos se quedaron quietos, desconcertados, con los ojos girando como peonzas sin control... Y ese fue el momento de cogerlos con las manos enguantadas y meterlos en un saco.

—¡No hay nada mejor que la luz para coger cangrejos! —repetía el Salema con su saco repleto de patas en movimiento.

Cuando se despidieron, la niña tenía la cabeza llena de mar y sol y aquella noche soñó que se había caído en el saco de los cangrejos colorados.

Un paseo en camello

El sol estaba muy alto cuando Guacimara se despertó. Su abuela la llamaba cariñosamente:

—¡Despierta, despierta, que han venido tus amigos a buscarte! Quieren que vayas con ellos a dar un paseo en camello por las dunas.

La niña no se hizo rogar. Se vistió diligentemente y, después de desayunar, se despidió muy contenta:

—¡Hasta luego, abuela! ¡Un beso!

La guagua los llevó hasta una gavia que debió ser de picón negro, pero las últimas lluvias habían extendido el negro por el barranco y el terreno se había quedado como calvo. Allí, junto a un bebedero ligeramente herboso, pacían seis camellos.

Guacimara, admirada de su tamaño y corpulencia, exclamó:

—¡Qué grandes! ¿Para qué sirven esos animales?

—Antes se usaban como ayudantes del labrador y como animales de carga, pero ahora pasean turistas por las dunas —le contestó Roberto.

Con cierto respeto, Guacimara y Peñita se acercaron al camello que abría la caravana.

—Vamos con el camellero —dijo Peñita—. Él siempre se sube en el camello más listo.

El dromedario escogido tenía el color de las montañas y su hocico desdeñoso parecía burlarse de las niñas.

—No se acerquen demasiado, que a este animal no le gustan las caricias —les aconsejó el camellero y las niñas, prudentemente, se encogieron en sus asientos.

Con un suave bamboleo, el camello comenzó su paseo por el paisaje desértico. Como si entendiera la fragilidad de su carga, subía y bajaba las dunas acompañadamente y con cada pisada hacía crujir la arena a sus pies y dejaba una huella redonda y profunda.

Desde la cima de una duna se divisaba a lo lejos una larga extensión de montañas de arena, sin una brizna de hierba. Sin embargo, los pequeños valles entre las dunas estaban repletos de plantas espinosas, líquenes y musgos que daban vida a multitud de insectos, aves, pequeños lagartos y docenas de cabras silvestres, sin amos.

—¿Por qué abandonan a las cabras, Peñita? —preguntó Guacimara entre curiosa y apenada.

—Es la costumbre. En los años de malas cosechas dejan en libertad a las crías que no pueden mantener. Cuando las cosas mejoran, los pastores recogen a las que sobreviven, seguros de que serán animales fuertes.

—¿Qué pueden comer en esta soledad?

—Esta zona está siempre llena de musgos y líquenes que las mantienen con vida.

—¿Y qué beben?

—El agua de la lluvia o la que les dejan los pastores en las pocetas naturales.

Aquel día Guacimara, Peñita y Roberto vieron por primera vez a las hubaras. Las aves se soleaban en un pequeño repecho del camino y alzaron pesadamente el vuelo ante la presencia de humanos. Aun así, les dio tiempo a conocer su gran tamaño y su color.

Después de varias horas de pasear por las dunas, hicieron un alto para comer. Era una especie de charca vacía, aunque su humedad pintaba de verde un trozo de paisaje y aún se podían ver algunas flores primaverales.

Peñita arrancó un pajico y se acercó a Guacimara para decirle:

—Piensa en un chico que te guste y luego le preguntas a la flor si te quiere, pero tienes que decir:

Copos que derrama el sol
alumbrando los caminos
para que jueguen los niños
las adivinas de amor.
Dime, pajico
blanco y dorado,
¿será mi novio
o solo mi amado?
Me quiere, sí, no,
mucho, poco, nada.
Me quiere...

Guacimara siguió los consejos de su amiga: cogió un pajico, miró a su alrededor y vio la sonrisa franca de Roberto. Ella también sonrió y comenzó a recitar lentamente el poema mientras arrancaba los pétalos de la flor.

El paseo siguió hasta la costa y en cada rincón descubría novedades que llenaban su mente de ilusiones.

Llegó a su casa agotada:

—¡No quiero cenar, abuela! —dijo la niña con un hilillo de voz—. Voy a bañarme y después me acostaré.

—Cuéntame por lo menos lo que más te ha gustado del paseo.

—Todo, abuela. Fuerteventura es una isla especial, es la isla de las ardillas de tus cuentos. Por cierto, ¿me cuentas otra de tus historias antes de dormirme...?

1.8. De *La playa de las Marañuelas* (2004)

La playa de las Marañuelas

La historia me la contó una paloma, a la que se la contó una pardela, a quien se la contó una gaviota; y ya se sabe lo agudas que son esas aves: todo lo ven y lo escuchan, luego se desparraman en el viento como campanitas, que suenan y suenan por donde pasan.

Decían las gaviotas que las plantas de las marañuelas crecían en los fondos marinos poco profundos, allí donde hay una corriente mansa y la temperatura es suave. En primavera, cuando sus soleadas flores asomaban entre el verdigris de las ramas, el mar a su alrededor se llenaba de peces y algunos se rozaban con sus pétalos para sentir sobre su piel el cálido color.

Contaban que las flores de marañuelas eran el máspreciado adorno de las sirenas en las grandes celebraciones. Las buscaban con interés, como las novias de todo el mundo buscan las orquídeas.

En su floración, los pulpos multiplicaban sus brazos para tener a punto las flores y hacer felices a las sirenas. A veces el trabajo era tanto que necesitaban la ayuda de sus primos, los cefalópodos.

Cierto día, nadie se explicaba la razón, el mar comenzó a enfriarse. La temperatura del agua bajó tanto que ese año la planta no floreció. Tampoco floreció en años sucesivos.

Los pulpos se quedaron sin trabajo y las sirenas, sin sus adornos de flores, se veían muy tristes. Por eso preguntaban a sus amigos los peces:

—¿Han visto en el camino alguna marañuela?

—No, no la hemos visto —contestaban.

Las sirenas no se desanimaban. A pesar de las negativas, ellas seguían preguntando y preguntando, hasta que una vez pasó junto a ellas una ballena:

—Dinos, amiga, que paseas por tantos mares, ¿has visto florecer a las marañuelas?

Antes de que la ballena contestara, el pescadito rémora que viajaba sobre sus hombros le susurró unas palabras en su oído y entonces dijo contenta:

—Mi acompañante dice que, en las cercanías de las Islas Canarias, el color de las plantas ruboriza el agua. Puede que sean las plantas que buscan.

—¡Gracias, gracias! —dijeron las sirenas. Y sin permiso de sus madres se fueron a buscar las anheladas flores.

Esta vez no usaron sus caballitos marinos, ni sus tartanas de conchas y corales. Silenciosamente se auparon sobre los chocos gigantes y volaron en sus alfombras de flecos, escoltadas por legiones de peces.

Después de una semana de agotador paseo, divisaron el Archipiélago. Y cuando el sol de la mañana, que parecía navegar en una barca de algodones, acariciaba suavemente el paisaje, se acercaron a una costa dorada. Todo era alegre y luminoso. Sirenas y acompañantes quedaron deslumbrados por aquel resplandor desconocido.

Comprobaron, tal como les dijo la ballena, que el agua tenía una coloración especial, como si el sol rojo

de la tarde dejara su carmín en ella. En aquel lugar había tantas flores de marañuelas que alfombraban el suelo.

Entre risas y bromas, las sirenas se despojaron de sus descoloridos adornos para cubrirse con las nuevas flores, mientras sus acompañantes recolectaban las semillas.

Fue inútil que una de las sirenas propusiera volver a casa. Estaban tan a gusto en aquel lugar templado que no querían volver a las frías aguas de sus hogares y decidieron quedarse.

Entre tanto, en el país de las sirenas, las madres lloraban el largo alejamiento de sus hijas. El palacio anacarado donde se celebraban las fiestas oscureció de tristeza.

El poderoso rey Neptuno se enteró de lo que habían hecho las inconscientes jóvenes y, sin esperar noticias sobre su paradero, salió en su busca.

Muy poco le costó al rey encontrar a las sirenas: estaban plácidamente sentadas sobre una roca gozando el sol de la mañana; algunas cantaban y su melodía paralizaba el tiempo.

Cuando vieron llegar a la comitiva real, se levantaron asustadas y fueron al encuentro de su soberano, deshaciéndose en disculpas.

—¡Majestad, discúlpenos! —dijo una—. Hemos venido por las flores, pero el lugar era tan hermoso que pasó el tiempo sin sentirlo —dijo otra.

Neptuno escuchó las disculpas una a una, y como un rey siempre es un rey, solo les hizo una pregunta:

—¿Ustedes creen que la belleza de unas flores justifica la ansiedad que han vivido sus madres?

Las sirenas arrepentidas y avergonzadas bajaron sus cabezas.

A continuación, Neptuno cogió las semillas de marañuelas, que con tanto interés habían recogido los peces, y las lanzó con fuerza sobre las montañas de las Islas; y con su tridente tocó una de las plantas que crecía a sus pies, pronunciando unas palabras mágicas:

—Xptnex... xptnex...

Inmediatamente, todas las plantas se transformaron en cangrejillos rojos que, asustados, se esparcieron entre las rocas como pétalos de amapolas deshojadas por el viento...

A partir de entonces, la flor de la marañuela creció solamente en la tierra, creó leyendas y canciones y se convirtió en el adorno de los campos.

Las marañuelas del mar siguen viviendo entre las piedras. Han cambiado sus formas y ahora parecen marañuelas de colores solazándose sobre las rocas.

Los pescadores de Arguineguín, en el sur de Gran Canaria, las descubrieron hace años y llamaron a su rincón preferido «playa de Las Marañuelas», y hay quien asegura que, cuando sopla «el viento sur» y la calima se enseñorea de las Islas, se oye el canto engañoso de las sirenas y algunas hasta se acercan a las costas para acariciar y sentir el tacto suave y cálido de una marañuela.

La graja de Taburiente

Aquel país europeo se quedó repentinamente sin verano. La lluvia humedeció todos los rincones y la niebla comenzó a borrar los caminitos del cielo.

La jefa de una bandada de grajas, que jugaban divertidas con los charcos, se dio cuenta del brusco cambio que había experimentado la naturaleza y, asustada, graznó con toda la fuerza de su gazarate:

—¡Vámonos, vámonos o pereceremos!

Y entre la niebla húmeda y el viento que aullaba, la guía de las aves, espantada con la tormenta que se avecinaba, aleteaba sin rumbo.

Dos veces se posaron en tierra buscando un lugar donde refugiarse, pero había caído tanta nieve que su blancura las deslumbraba:

—¡Sigamos, aquí no nos podemos quedar! —dijo la jefa, recuperando la calma.

Volaron noche y día, y cuando casi estaban extenuadas, se dejaron llevar por el siroco, el viento seco y loco que borró todos los caminos, y las arrastró con furia a un lugar lejano y desconocido.

Ni se sabe el tiempo que las grajitas estuvieron desdibujadas en la calima: días, horas...

Una mañana amaneció radiante. La oscuridad había desaparecido y, en lugar del polvo que lo había envuelto todo, encontraron lágrimas de brisa.

Las aves sacudieron sus alas, estiraron sus patas y conversaron:

—¿Qué ha pasado?

—¿Dónde estamos?

—¡Vamos a inspeccionar el lugar...!

Conocieron muy pronto todos los puntos cardinales del lugar y comprendieron que estaban en un paraíso con agua, flores, semillas y árboles suficientes para ser felices y criar allí a sus hijos.

—¡Nos quedaremos aquí! —acordaron, y sus corazones rebosaron de alegría.

Pasaron el otoño y el invierno en aquel lugar nuevo. Las grajas estaban felices, se sentían seguras porque habían criado a sus polluelos sin depredadores que las molestaran, y los pocos humanos que pasaban por allí ni siquiera reparaban en su presencia.

Después llegó la primavera con su refrescante arco iris de semillas y la jefa advirtió:

—Es hora de irnos, recuerden que somos aves migratorias y tenemos que volver a Europa.

—¡No, no queremos ir! —gritó una graja joven que se acababa de enamorar.

—¡Nosotras tampoco queremos viajar! —graznaron varias aves mayores.

—¡Está bien, quedémonos otro año! —acordaron las más sabias. Y se quedaron...

Pasó el verano, un nuevo otoño y otro invierno... y al llegar la segunda primavera volvió a suscitarse el dilema:

—¿Quién se quiere marchar?

Las grajas que habían nacido en el lugar no comprendían por qué tenían que cambiarse de casa, y las viejas, aunque sentían nostalgia de otras tierras y otros rumores, estaban tan a gusto que no querían emprender vuelo. Se reunieron en asamblea y, después de muchas conversadas, decidieron quedarse para siempre, convirtiéndose en grajas sedentarias.

Pero tuvieron que aprender a borrar de su memoria, poquito a poco, un montón de aventuras viajeras.

Esta historia me la contó un viejo labrador de La Palma, que vive cerca de la Caldera de Taburiente. Las grajas del cuento son sus vecinas y amigas, aunque a veces lo hacen enfadar porque juegan con las vacas y picotean la hierba.

El labrador las quiere tanto que a veces coge su timple y les canta:

La grajita pico rojo,
piqui roja, piquirrina,
chico pico, pico corvo,
corvi pico y saltarina.
Emplumada en plumas negras,
ermitaña impenitente,
un lunar en la Caldera,
una perla en Taburiente.
La grajita pico roja,
pati corta y colorida
chico pico, pico corvo
con picón ennegrecida.

1.9. De *Marichucena* (2004)

Marichucena

Corrían rumores de que en El Valle vivía una bruja. Pocos la habían visto porque ella solo se dejaba ver por la noche, pero todos sabían, por los comentarios, que se llamaba Marichucena y que era requeteflaca, desaliñada y algo pícara.

Sus travesuras eran conocidas y sufridas por casi todos los labradores del lugar.

Contaban a media voz que, en las noches estrelladas, aupada en una escoba de palma, recorría las gañanías, los pesebres y los graneros, y cambiaba de sitio animales y objetos. Al día siguiente, los propietarios tenían que trabajar mucho para recuperar sus animales y sus útiles de labranza...

Sin embargo, cuando sus hijos enfermaban, los padres del lugar no hubieran sabido qué hacer sin la ayuda de aquella extraña bruja que conocía los secretos de las plantas: las que curan y las que enferman. Su especialidad eran las pócimas que extraía de las plantas más sencillas, de aquellas que crecen junto a los nacientes, en las zonas húmedas, disimuladas entre los culantrillos y los helechos, entre el incienso y la altabaca.

Conoció la amapola del sueño,
el ricino de los empachos,
la ratonera de las llagas,
la malva de la locura,
la salvia de la belleza.
Y todas las hierbas curativas que
se criaban en la isla.

Lo único que tenían que hacer cuando la necesitaban
era esperar a la noche y dejar una cesta de fruta fresca
sobre una piedra grande a la entrada de su cueva.
Después la llamaban tres veces:

—¡Marichucena...! ¡Marichucena...! ¡Marichucena...!

Y enseguida asomaba ella preguntando, a modo
de saludo:

—¿Qué desean?

Los visitantes le contaban sus penas y recibían de
sus propias manos las hierbas o los mejunjes neces-
arios para sanar sus enfermedades. A veces, la bruja
regalaba a los padres sus conocimientos en forma de
rimas, casi cantando decía:

Si tiene un empacho
que tome ricino
que no coma rancho
ni beba mal vino.
Y si tiene problemas para hacer pipí:
cola de caballo y barbas de maíz.
Si la que le duele es la barriga:
beba pasote con caña de limón
y una pizca de manzanilla

que acaba con el dolor.
Y si no puede dormir
beba valeriana
con granitos de anís.

Así fue como, poco a poco, las mamás y las abuelas del lugar adquirieron el conocimiento de las plantas...

Una vez se desató una gran tormenta, se desbordaron los cauces de las aguas y El Valle quedó anegado. La cueva de Marichucena se derrumbó con todos sus secretos y ella quedó abandonada bajo el temporal.

Nadie sabe qué pasó después: unos dicen que pidió ayuda a los vecinos más cercanos y estos se la negaron; y otros aseguraban que la vieron montada en su escoba en busca de nuevos valles y nuevas gentes...

Muchos salieron a buscarla por las montañas, por los llanos, por los bosques... y ante cada cueva gritaban:

—¡Marichucena...! ¡Marichucena...! ¡Marichucena...!

Pero nadie contestaba. Había desaparecido como tragada por la tierra... Las madres la echaban de menos y los labradores descansaron de sus travesuras...

Una noche el cielo se transformó en un reguero de titilantes estrellas. Parecía una pradera de luciérnagas. Ese fue el momento elegido por Marichucena para volver con sus travesuras: desató animales y los cambió de lugar, regaló herramientas, extendió el estiércol, abrió las llaves del agua y acumuló todos los atarecos que pudo en las puertas de las casas.

Cuando los vecinos despertaron y vieron el cúmulo de desastres, en lugar de enfadarse, se alegraron mucho de que estuviera viva; y gritaron con todas sus fuerzas:

—¡Marichucena...! ¡Marichucena...! ¡Marichucena...!

No sé qué habrá sido de la bruja; solo que, a partir de entonces, todos los años, en las Noches de San Juan, en muchos pueblos de nuestro país se repiten sus bromas.

De lo que ya no estoy tan seguro es de si las mataperreras las hacen los muchachos en su memoria o que realmente Marichucena sigue burlándose de los campesinos.

1.10. De Popó, el escarabajo de las dunas (2004)

Verano en las dunas

El verano caluroso estaba a punto de finalizar y el Parque de las Dunas parecía notarlo. En el cielo no se ve ni la más pequeña nube; hacia mediodía el calor endurece el saladar y nubla el aire en temblorosas vaharadas.

Toda la charca se ha convertido en una despensa abierta.

Los mosquitos habían proliferado tanto que formaban llamadas oscuras, tornados susurrantes, ejércitos de bayonetas que recorren la playa en dolorosas escaramuzas.

Las aguas estancadas oscurecían los días. Pasaban del amarillo al morado grisáceo en una maraña de algas y peces. La pequeña había perdido la mitad de su caudal y necesitaba renovarse con urgencia.

Entre orillas arenosas, los pobrecitos peces malvivían respirando con dificultad. El que más parecía notarlo era el sargo, que había aprendido a mantenerse inmóvil y a respirar despacio para gastar poco oxígeno. Las burbujas que salían de su boca formaban círculos concéntricos cada vez más grandes: «glubb... glubb... glubb... glubb...».

Las aves se mantienen alerta a situaciones de emergencia que se producen todos los veranos.

En los momentos de la siesta, mirlos y periquitos son los encargados de hacer la guardia. Desde la sombra de los tarajales o en lo más alto de las palmeras avisaban:

—¡Cuidado con ese bañista; se acerca demasiado al nido de garcetas!

La garceta escuchaba el mensaje y se encogía en un tiemblo silencioso.

—¡Ahh! ¡Atención con el perro!

—¡Vigilen al gato!

¡Ese sí que se había convertido en un ser peligroso y salvaje! Atacaba a todos los habitantes del parque. ¡Menos mal que gatos y perros se entretenían en sus particulares guerras o pescando los peces muertos que flotaban en las orillas del charco!

Más felices parecían estar las pollitas de agua, picoteando aquí y allá, y enseñando a comer a sus crías:

—¡Cuánta comida! —parecían decir mientras picaban los brotes de algas que se desbordaban de la charca, los insectos que ocupaban su espacio, que eran como una golosina picante para los más pequeños, las semillitas de aulagas y las bayas de balos que los lagartos y perenquenes extendían por todas partes, y las miguitas humanas expandidas por las orillas y más allá.

También parecían satisfechos los lagartos que solo necesitaban abrir su boca y sacar sorprendentemente la lengua para darse un atracón de insectos.

Solazándose sobre la arena, se asemejaban a rocas volcánicas olvidadas, a retorcidas raíces de un cercano tabaibal, a ramas de espinochos requemadas por el sol, a viejas brasas de un fogón apagado...

En el verano buscaban novia; el calor les insuflaba la suficiente energía para mover con gracia sus enormes colas, acicalar sus cuerpos y preparar sus nidadas.

Al atardecer, todos los bañistas abandonaban Las Dunas y parecía que la paz y la tranquilidad volvían al lugar. Por unas horas, el silencio permitía que el reencuentro de las parejas y amigos siguiera creando el ritmo de vida.

La pupa del escarabajo

Aquella tarde se rompió el silencio con la voz agitada de Verdinosa, la ranita:

—¡Hemos encontrado una pupa de escarabajo brillante! ¡Vengan a verlo!

Un «¡ohh!» de asombro se extendió por Las Dunas. Se escucharon cloquidos, croares, graznidos, cacareos, maullidos, ladridos, parloteos, soplidos...

A tropel, desde los puntos más alejados, volaron, corrieron, se arrastraron, se deslizaron y hasta rodaron para estar allí.

—Gracias por venir con tanta diligencia —habló Palima, la abuelita del Parque—. Queremos saber si este huevo que encontró Verdinosa es de un escarabajo brillante: ¿alguien lo sabe?

Nadie parecía creerlo; ni siquiera el sabio cuervo que pasó un gran rato examinándolo pudo identificarlo; ya no recordaban cuándo vieron el último por la zona.

Los pájaros comentaron:

—¡Qué raro!, nunca hemos visto un huevo como este.

—¡Quizá sea un huevo de escarabajo corriente! —comentó una cigarra.

—¿Y si fuera de escarabajo brillante? —preguntó Mochuelo.

Las pollitas de agua no podían soportar la curiosidad y propusieron:

—¡Romámoslo para ver qué hay dentro!

—¡Lo prohíbo!, dejen que se abra solo —contestó indignada Verdinosa, que lo había descubierto.

—No sé si podré esperar; con esa golosina tengo para todo el día —comentó la bromista Alpispa.

—¡Ya tenemos demasiada comida en la charca!, debemos darle la oportunidad de nacer —ordenó el cuervo.

Y todos los animalillos obedecieron.

Verdinosa y sus hermanas estaban dispuestas a no dejarlo solo ni un instante y se quedaron cerca del huevo para ser las primeras que lo vieran nacer.

Y lo mismo debieron pensar los demás animales, porque ninguno se movía del lugar.

Mochuela volvió a tomar la palabra:

—Tenemos que hacer guardias para cuidarlo; tantos llamaríamos la atención. ¿Qué les parece si yo decido los turnos?

—¡De acuerdo! —dijeron.

Mochuela no tuvo ningún problema en hacer los turnos de guardias porque era bien fácil. Dijo:

—Los nocturnos velarán en la noche; los diurnos vigilarán por el día.

—¡Bien, bien! —aceptamos sin discusión.

Y en seguida surgieron los nombres para la primera noche:

—Eupite, la mariposa de luna, será la primera.

Cuando Eupite escuchó su nombre, extendió sus alas protectoras dispuesta a realizar bien su trabajo y prometió solemne:

—Renuncio a pasear en las noches de luna, a jugar con mis hermanas bajo la luz de las farolas, a perseguir el brillo de los peces en el agua, a subir a lo más alto de las palmeras para escuchar retadora el latido de las aves. Custodiaré en las noches esta pupa de escarabajo hasta que lo vea nacer.

Don Erizo agudiza su oído y disimulaba su rubor para evitar que se le erizasen las púas.

Erizo era tímido, tan tímido como las amapolas al atardecer, como el susurro del agua entre las rocas, como las olas de septiembre, como el discurrir de un naciente en un barranco grande, como la brisa húmeda en las montañas de verano.

—Erizo también cuidará por las noches —dijo Mochuela señalándolo con su ala extendida.

Era más de lo que Erizo podía soportar; confiar en él hasta ese punto era un gran honor. Sus púas se erizaron de tal forma que se convirtió en una alegre pelotita y comenzó a rodar por las dunas diciendo:

—¡Prometo vigilar día y noche hasta que nazca!

—El siguiente en la lista es Perenqué, que vigilará para que no se acerquen moscas, mosquitos o cualquier otro insecto —siguió nombrando Mochuela.

Perenqué temblaba como una rama de balo aleteada por un cuervo. Quedó pálido de responsabilidad, pero pudo balbucir:

—Esta noche, mañana por la noche y todas las noches que me necesite, velaré el huevo de escarabajo brillante y cortaré en el balo las bayas para su alimentación.

Mochuela advirtió:

—En lo más alto del tarajal estaré yo. Ya saben que por las noches tengo una vista agudísima y desde allí soy capaz de ver a una hormiga paseando en la arena. También puedo ver a una rana saltando al otro lado de la charca y a todos los animales que se mueven en la zona; hasta distingo claramente el débil latido del huevo de escarabajo.

—¡Oohhh! —una mezcla de admiración e incredulidad se extendió entre los presentes.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Ratita, un tanto contenida por la risa que le producían las palabras de Mochuela. Pocos animales sabían que la pobre ave estaba muy viejita y necesitaba urgentemente unas gafas; ni siquiera la veía a ella, que era una gorda y grande rata de campo. A veces la confundía con un gato y, en lugar de perseguirla, huía temerosa. «¡Pobre Mochuela!», pensó. Y se dio cuenta de lo lista que era para aconsejar y ayudar a los jóvenes, por eso era muy respetada.

—Ratita, debes limpiar la zona y mantener el lugar libre de restos —le ordenó Mochuela. Y Ratita aceptó encantada.

Y aunque la lista se hizo interminable, Verdinosa seguía desconfiada. Temía que alguno de los animales nombrados se comiese el huevo en un momento de debilidad. Habló con sus hermanas y decidieron custodiar el huevo día y noche en espera de su nacimiento.

Verdinosa

Verdinosa es una ranita verde, húmeda, escurridiza como una pastilla de jabón en el lavabo. Al verla, parece que es hija de los pétalos carnosos del verode, que solo come algas verdes, brotes tiernos y hojas reverdecidas por el sol.

Nació en la presa de Chamoriscán a pocos metros del pino grande de Pinancones.

—¡Tan grande y tan fuerte que el fuego no ha podido con él! —decía la vieja rana, maestra del estanque.

Y les hacía aprender a las más pequeñas la canción del pino Pinancón:

Ya lo han quemado tres veces
y las tres reverdecíó.
Sus hojas tienen tres brazos
como regalo de Dios.

—¡Tampoco ha podido tumbarlo el agua! —explicaba.

Cuando llueve, se forman barranqueras muy fuertes que se estrellan contra su tronco; pero él permanece impávido, seguro, aguantando la embestida, agarrado con sus raíces, poderosas garras de sabiduría, a la tierra firme.

Desde pequeñita Verdinosa se acostumbró a jugar bajo la sombra del pino, entre el cántico de las más hermosas aves y las risas de los niños.

Creció saltando y croando del pino a la presa y de la presa al pino. Siempre soñando con el mar que

veía a través de su ventanita azul entre los meandros del barranco.

Creía que el mar era un lago grande donde se vivía mejor que en un estanque. A veces, mientras soñaba, comentaba con sus amigas:

—¡Seguro que en el mar habrá ranas de todos los colores y maravillosos árboles que den sombra!

Siempre que pasaban gaviotas por su casa, ella, a prudente distancia porque sabía que las gaviotas tienen la mala costumbre de comer ranas, les preguntaba:

—¿Cómo es el mar?

—¡Hermoso, muy hermoso! —le contestaban, intentando acercársele.

Cuando llegó el invierno plata y pintó caminitos de aventuras por laderas y barrancos, Verdinosa se sintió tentada a viajar. Podía ir barranco arriba, entre pájaros, flores y colores hasta llegar a otro estanque; pero eligió viajar barranco abajo, de presa en presa y de charco en charco hasta llegar al lago azul que se veía a lo lejos.

No lo pensó mucho, ni lo consultó con nadie; ni siquiera se despidió de sus amigas: se dejó llevar por la corriente y dio el gran salto a la presa de Ayagaures, en medio de toneladas de agua de una enorme catarata.

—¡Ufff! ¡Por poco me mato! —comentó. Le costó unos días recuperarse del susto y, cuando casi lo había conseguido, se dio cuenta de que en aquella presa había otros peligros que tenía que esquivar.

El peor era sin duda don Barbo. Tenía la boca tan grande, que cabían dos o tres ranas como ella.

También vivían allí algunos patos, ocas y cisnes, escapados del Parque de los Palmitos; e incluso vio una cigüeña que nadie sabe cómo llegó. Pero le gustó el lugar y fabricó su nido en la copa de una palmera que sobresalía del agua.

A Verdinosa le gustó mucho vivir en la presa, hasta que descubrió que era una golosina de menta para sus habitantes. Volvió a dejarse llevar por la corriente de otro gran salto de agua y recaló en el estanque de una finca de naranjos.

Iba de sorpresa en sorpresa. Probó plátanos, naranjas, nísperos... Durmió en un huerto sobre el cilantro y la albahaca, y conoció a una ranita gris.

—¡Hola! —saludó muy contenta—, ¿cómo te llamas?

—Morín, ¿y tú?

—Soy Verdinosa, una rana de charco.

—Yo no sé de dónde soy. He vivido siempre en un pequeño huerto, junto a unas matas de flores. El niño que me cuidaba me quería mucho, me contaba cuentos, me bañaba... Pero compró un gato y las dos mascotas fuimos incompatibles. Me dejaron en esta finca muy sola, hasta que has llegado tú.

—¡Qué bien! ¡Ahora seremos buenas amigas!, ¿quieres venir conmigo?

—¡Sí, claro que sí!

Las dos ranas siguieron los caminitos de agua dibujados en el barranco en dirección al lago azul del mar.

Saltando, andando, nadando y dejándose llevar por la corriente, desembocaron directamente en la charca.

—¡Menos mal que antes del mar estaba aquella pequeña laguna!

—¡Qué agua tan mala! —exclamó Verdinosa a punto de vomitar.

—¡Claro! ¡Es agua salada, como en el mar!

—¿Acaso el agua del mar no sirve para nosotros?

—¡No! En el mar viven los peces y nosotras somos anfibios de agua dulce.

—¡Qué rana más lista! ¡Gracias por ser mi amiga!

La pobre Verdinosa aprendió de golpe el sabor del agua de mar. Todos sus sueños se diluyeron como un terrón de azúcar en el café caliente o como se estaba diluyendo en el agua salada toda la lluvia que traía su barranco.

—¡Aquí no podemos vivir! —exclamó desconsolada.

—Sí, sí que podemos. Esto no es el mar: es una charca en la que se mezclan el agua dulce y la salada. Debemos aprender a vivir en las zonas donde haya aguas más dulces —la consoló Morín, que conocía el mar por los libros de su amigo el niño.

Y las dos amigas aprendieron que aquella charca tenía además del agua dulce que entraba por el barranco y emborrachaba a los peces, un montón de nacientes también con agua dulce que daban vida a las cañas, a los juncos, a las flores de la orilla oeste y a un montón de insectos y aves que bebían sus aguas.

«Sí, allí podrían vivir, solo temporalmente», pensó Verdinosa. Y sus sueños volaron, esta vez, barranco arriba.

1.11. De *La morena* *Chipiripi y otros cuentos* *canarios* (2005)

La morena Chipiripi

Érase que se era un pez morena de color negro llamada Chipiripi, en apariencia igual que todas sus hermanas y primas: el cuerpo alargado y fuerte de las serpientes, una cola pequeña, una cabeza grande con la boca repleta de dientes poderosos y dos ojos color lila. Vivía sola en una oquedad de los acantilados.

Pero, a diferencia de las otras, Chipiripi tenía un oído superdesarrollado, mucho más que sus hermanas pintadas; y le gustaba mucho la música. Su *hobby* era clasificar todos los sonidos que escuchaba:

¡Chaaasss... plosfff... plis, plasss... aaggggoogg...
sssuuuss... sssaaaassssss... buuuunnnnnclassssss!

Ella sabía a quién correspondía cada uno:

—¡Ya se acercan los atunes! —decía—. ¡Y esas son las tortugas chapoteando con sus aletas! ¡Esos otros pertenecen a la bandada de roncadores...!

Conocía el ritmo de las olas sobre la arena o su batir sobre las rocas. A veces, como un regalo, le llegaba la divertida música de los delfines o el amoroso canto de las ballenas.

Una vez escuchó un sonido diferente:

—¡Ehh! ¿Qué es esto? —dijo.

Asomó su cabeza por encima del agua y vio a una niña que cantaba:

Tres hojitas, madre,
tiene el arbolé,
tiene el arbolé...

Ensimismada en la graciosa musiquilla que nunca había escuchado, siguió su ritmo por los charcos.

Con el rabillo del ojo, la niña vio saltando a Chipiripi al compás de su canción. Y en ese momento recordó la historia que le contó su abuelo:

«Las morenas son peces muy sociables y divertidos. En cuanto escuchan música, asoman la cabeza fuera del agua y bailan. Algunos pescadores se aprovechan de su afición para pescarlas».

Al día siguiente la niña volvió a pasear por los charcos. Pero esta vez cantaba la canción de las morenas que le enseñara su abuelo:

Asoma, morena...
Asoma, bonita...
Te quiero pintada.
Te quiero negrita.
Asoma, morena, asomaaa...
asóoooo, masa, asoooo...
asóoo, morenita, asóooo...

Loca de contenta Chipiripi salió de su cueva: asomaba y se escondía, iba y venía, subía y bajaba en un extraño contorsionismo de alegría. De pronto, una ola atrevida la arrastró y la dejó enredada en los restos de una vieja nasa.

Atascada entre jirones metálicos y erizos no sabía cómo salir de aquel lío: movía su cabeza hacia

un lado y hacia el otro, mientras hacía ondulantes movimientos con su cuerpo, sin conseguir zafarse.

¡Menos mal que la mar se calmó y se volvió transparente! Como si fuera a través del cristal de una ventana, la niña vio en el agua lo que había sucedido.

—¿Qué te pasa, morenita? —preguntó, sin acercarse demasiado a la boca del animal.

Chipiripi abrió y cerró la boca con un rictus, como si dijera:

—¡Aucchh, aucchhh! ¡Qué dolor!

—¡Estate quieta, que te voy a ayudar! —dijo la niña con energía.

Se metió en el mar con el agua hasta la cintura y la liberó de la terrible trampa; además de sacarle las púas de erizos que se le habían incrustado en la piel.

El animal no esperó a dar las gracias a su salvadora; se escurrió en el agua y se perdió entre las olas.

—¡No te vayas, morenita! ¡No te vayas! —decía la niña.

Pero Chipiripi estaba demasiado asustada para escuchar su amorosa voz.

Días después la niña volvió al lugar y la llamó con todas sus fuerzas:

¡Asoma, morenaaaa!

¡Asoma, bonita!

¡Te quiero pintada!

¡Te quiero negrita!

¡Asoma, morena, asoma...!

¡Jo... jo... jo...!

No hizo falta repetirlo, la cabecita de Chipiripi asomó fuera del agua y saludó con ondulantes movimientos a su amiga.

Ella le lanzó un geranio rojo y el pez lo recogió en el aire y se lo comió.

Desde entonces la niña y el pez compartieron sus juegos en el mar: una cantaba y la otra bailaba.

El verano ilusionado estaba a punto de acabar. Las vacaciones tocaban a su fin y las amigas tenían que despedirse.

Chipiripi aguardaba intranquila, como si lo intuyera. Nada más escuchar la voz de la niña saltó del agua y se deslizó en el charco hasta sus pies.

—¡Joooo, morenita, jooo, joooo...! —cantó la niña, mientras se acercaba a la boca abierta del pez. Sus manos, alas de mariposa, acariciaron su resbaladiza piel estremecida por una filigrana de ondas.

—¡Adiós, adiós! —decía el animal en silencio, abriendo y cerrando la boca despacito. Después dio un gran salto y se zambulló en el mar.

—¡Volveré... volveré! ¡Y les contaré la historia a todas mis amigas para que canten tu canción! —le gritó la niña a modo de despedida. Su último adiós fue un beso volado que quedó flotando en el mar.

La isla Sonrisa

La isla Sonrisa parecía una barcaza de arena anclada en el mar. Era pequeña, tanto que no figuraba en los mapamundis de las escuelas. Tampoco aparecía en los listines telefónicos, ni entre los nombres de islas habitadas que formaban su archipiélago. Pero lo más

insólito era que sus dos pueblos, llamados Barbudo y Caletón, no figuraban en ningún mapa del país, ni en ningún libro de geografía de los que estudiaban los niños:

—¡Maestra! ¿Por qué nos ignoran? ¿Qué sucede? ¿Acaso no existimos? —preguntaban con extrañeza.

Entonces la maestra explicaba a sus alumnos «sonrientes» —así se conocían a los habitantes de Sonrisa— lo poco que le enseñaron sobre su isla; y lo decía de carretilla, como lo aprendió:

—Es que los pueblos de nuestra isla son barrios de un pueblo de otra isla de una provincia de un país de un continente.

—¡Qué complicado! —comentaban los niños, sin entender muy bien de qué hablaba.

Con el paso del tiempo asimilaban las palabras de la maestra e iban comprendiendo el significado. Sobre todo, cuando veían a sus padres, que eran pescadores, descargar sus barcos en los frigoríficos de las otras islas para que no se les estropease la pesca; o si querían estudiar, ir al cine, al médico o a comprar, ellos también tenían que coger un barco y cruzar la peligrosa franja de mar que los separaba de la isla grande. En esas circunstancias, la isla Sonrisa ya no les parecía tan graciosa.

Un inesperado día, una familia de pingüinos venidos del Polo Sur apareció por Sonrisa. Su estancia en la isla se debía a un accidente: pescaban tranquilamente en un paraje de espumas, cuando se rompió el viejo glaciar y quedaron a la deriva sobre un témpano.

¡Ni se sabe la de kilómetros que recorrieron aupados en el hielo! ¡Que si al este! ¡Que si al oeste! ¡Que si arriba y que si abajo...! hasta que se derritió totalmente y los dejó sin suelo firme. Entonces escucharon el canto amoroso de unas ballenas y decidieron seguirlos a distancia, pensando que los llevarían de vuelta a casa.

Pero no, ¡qué va! Las ballenas tenían otros planes: querían pasar una larga temporada descansando antes de regresar al frío Polo. Así fue como, siguiendo a los gigantescos animales, los pingüinos llegaron a Sonrisa.

—¡Aquí hay bastante comida! —dijo papá pingüino, sorprendido de la variedad de peces de la zona.

—¡El agua está muy caliente, los niños pueden enfermar! ¡Debemos buscar un lugar fresco para descansar! —dijo mamá pingüina. Y aprovechando el empuje de una ola, saltaron a tierra ante el asombro de los habitantes de Sonrisa.

En fila india, mamá y papá pingüinos, seguidos de sus tres hijos pasaron la isla hasta encontrar un lugar fresco y aireado por vientos del norte. Allí pasaron la noche, arrullados por la canción del mar sobre la arena.

Los risueños no tardaron en comunicar la visita de los pingüinos a sus amigos de otras islas y a las autoridades; y la noticia corrió como la pólvora. Al día siguiente se presentó la corporación municipal en pleno y un montón de curiosos.

Los noticieros de las televisiones y periódicos del mundo publicaron la noticia, tratando de contestar las grandes preguntas que desconocían.

¿Dónde está esa isla? Y no les quedó otro remedio que pintar en sus mapas un nuevo punto dorado con el nombre de Sonrisa.

¿Cómo es? Y su figurita de piel tendida sobre el mar agradó mucho: todos querían visitarla.

¿Quién vive allí? Y los risueños vieron sus nombres en las pantallas de la tele y conocieron por los periódicos sus carencias e incomodidades.

Pero la pregunta que más interesaba a la opinión pública era las razones que habían llevado a una familia de pingüinos a refugiarse en un lugar como aquel. Los científicos trataban de explicarlo, pero no llegaban a un acuerdo.

La isla se llenó de gente que opinaba y comentaba:

—¡Estos animales necesitan un frigorífico que les recuerde el frescor de su tierra!

Y las autoridades lo mandaron fabricar.

—¡Estos pueblos están muy abandonados!

Y en seguida renovaron las casas y las calles; y hasta hicieron una plaza con un teatrillo para los niños. Y para evitar más comentarios también construyeron un hospital, un cine, un teatro pequeñito como la isla, una biblioteca que llenaron de libros; además de una escuela grande con canchas deportivas para niños y mayores.

Una mañana las ballenas volvieron a cantar. Los pingüinos escucharon sus sonidos de despedida: volían al sur. Los corazones de las aves latieron con fuerza y sus ojos se llenaron de nostálgicas imágenes de sus viejos amigos, de sus aguas color plata, de su cielo gris... Sin pensar en el largo recorrido que les esperaba, se lanzaron al agua detrás de las ballenas.

Y es que no había lugar en el mundo donde se respirara mejor, ni una mar tan en calma como en su fría y acogedora casa.

Después de los pingüinos se fueron los científicos, siguiendo sus latidos bajo el agua. Se marcharon también las autoridades, los curiosos, los periodistas...

La isla se vació, aunque seguían haciéndose preguntas en todos los medios de comunicación: ¿por qué se fueron? ¿Volverán alguna vez? ¿Habrán regresado a su casa?

Los sonrientes estaban felices: ahora sabían dónde estaba localizado su trocito de tierra y figuraban en los libros de Geografía Universal. Gracias a unos pingüinos habían aprendido a tener conciencia de su propia existencia, de su importancia como seres del universo; y creció su autoestima.

Desde entonces, la isla Sonrisa brilla con luz propia en el papel azul; los sonrientes nunca permitirán que nada ni nadie los borre del mapa.

El siroco botarate

El siroco es el único viento del mundo que se deja ver. Cuando pasea por algún lugar de la tierra, extiende su largo manto de polvo y borra el paisaje y las ideas. Se presenta de improviso, como un dolor de cabeza; un día aparece por el horizonte y lo vemos acercarse con su vestido de calima:

«¡Otra vez está aquí el botarate!», pensamos angustiados. «¡Qué barbaridad! ¡Va a terminar con nosotros!».

Por la mañana sopla nubes de bostezos. A mediodía sopla nubes de sueños. Al atardecer deja una lluvia de estornudos.

Una vez sopló con tanta fuerza y tantos días seguidos, que la ciudad se transformó en un fantasma ruidoso. Todos protestaban:

—¡Me duele la cabeza! —se quejó alguien.

Y los hospitales se llenaron de enfermos:

—¡No puedo respirar!

—¡Ya me entró la alergia! ¡Aaachiiss... aaachi-iiss...!

—¡Se me ha bajado la tensión, tengo mucho sueñooooo...!

—¡Me estoy volviendo loca con este polvo!

Se borraron las montañas, el mar, las casas... Hasta las personas que se atrevían a salir se desdibujaban en el aire.

Para colmo de males se pararon los relojes y cada uno se convirtió en el protagonista de sus pesadillas.

La pobre Candelarita limpiaba compulsivamente los cristales de su ventana para que el infernal polvo no entrase en su casa; pero cuanto más limpiaba, más tierra entraba por las ventanas abiertas. Al poco rato el polvo cubrió el pasillo, los muebles, los objetos... La habitación se borró ante sus ojos. La mujer salió a la calle gritando:

—¡Me han robado, me han robado...! Nadie la escuchó porque sus palabras se perdían en el caldeado ambiente.

Los niños acudían al colegio ya que, al decir de las madres, era el único lugar seguro para estar recogidos; pero, en vez de estudiar y obedecer a sus profesores,

se adueñaron de las clases y pusieron en práctica sus somnolientas fantasías.

El colegio se hizo pequeño para tantos disparates...

El calor era tan fuerte que en las calles todos se despojaron de sus ropas: los ricos de sus ropas de marcas, los pobres de sus ropas de mercadillos, los moros de sus chilabas, los indios de sus saris, los religiosos de sus hábitos, los trabajadores de sus uniformes, los políticos y los hombres de negocios de sus elegantes trajes...

Después se desnudaron las plantas y los árboles...

Las calles se llenaron de seres desnudos: gordos, flacos, altos, bajos, viejos, jóvenes, excepto los niños que seguían en los colegios.

De pronto comenzó a soplar una brisa fresca y todos se paralizaron.

Primero fue un desconcierto general, después una fiesta de sonrisas y alegría: por unas horas se había cumplido el sueño de parecer más iguales. Despacito comenzó a dibujarse el paisaje borroso...

La brisa húmeda soplaba como una invisible bayeta que limpiaba el polvo y lavaba las caras sucias.

¡Menos mal que se fue el siroco, aunque ya no estoy tan segura de que sea un botarate!

1.12. De *La caja de las palabras* (2005)

La arregladora de las palabras

Para Arminda, las palabras eran como avecillas de colores que musicaban la vida.

Cuando escuchaba algún revoloteo desconocido se estremecía de alegría, corría a la biblioteca y lo estudiaba de un extremo a otro.

A veces recogía del suelo palabras en desuso o desechadas por los demás y recomponía sus alas gastadas para que volaran de nuevo.

Una vez encontró entre los recuerdos de su abuela la palabra *jirivilla*, que llevaba mucho tiempo abandonada. La escribió en un papel blanco: jirivilla... jirivilla.

Le pareció que estaba ante una preciosa alpizpa delgada, saltarina, nerviosa, de pico fino y alas delicadas. Después la buscó en el diccionario y supo que había venido volando desde Portugal y que aquí se mezcló con sus compañeras aborígenes, europeas, americanas, produciendo dulces sonidos en la boca de los isleños.

Curó sus heridas y la echó a volar a la salida de un colegio:

—Jirivilla... jirivilla... jirivilla... —gritó, para que los niños la cazaran al vuelo.

—¡Qué palabra más graciosa! —dijo uno, y la incorporó a su móvil.

—¿Quién me presta una jirivilla? —dijo otro, que le sonó a moneda.

En pocos días la jirivilla se convirtió en la palabra de moda. Los niños la usaban para cualquier pijada:

—Tengo la mochila llena de jirivillas —dijo una niña y otra le contestó.

—¡Menos mal que las llevas en la maleta; pero yo las tengo saltando dentro de mi cabeza!

Los niños para no ser menos siguieron jugando:

—¡Eh, tírame una jirivilla! —gritó uno.

—La jirivilla me la he tragado y ahora no me puedo reír con ¡ja, ja, ja, ja!

—¡Seño, su blusa está repleta de jirivillas! —dijo un gracioso.

La maestra sacudió su ropa asustada y, un poco molesta con la broma, se refugió detrás de su mesa.

Las jirivillas se apoderaron del ánimo de los niños y las clases se convirtieron en recreos.

—¡Así no se puede trabajar! —se quejaba un maestro.

—¡Las jirivillas se han apoderado de todos! —se lamentaba otro.

—¿Qué podemos hacer?

La solución del problema era el único punto de aquel claustro extraordinario.

El profesor de Lengua explicó que ya nadie usaba esa palabra, que era muy peligrosa por la excitación que producía, y propuso eliminarla del vocabulario por arcaica.

El claustro votó democráticamente y la palabra *jirivilla*, como un taco malsonante, fue prohibida.

Humilladas y avergonzadas las jirivillas huyeron sin saber a dónde.

Con el tiempo, Arminda ha vuelto a descubrir su escondite, viven refugiadas en los pinares de las islas. Ahora se asemejan a pequeños duendes que se meten por los poros de la piel y reactivan los cuerpos de los excursionistas.

Es fácil comprobarlo, cuando te encuentres apático o deprimido pasea por un pinar y las jirivillas que juegan entre las ramas te devolverán la alegre energía de la vida.⁴

La palmera Soledad

En la falda de una montaña volcánica nació, como un milagro, una hermosa palmera.

Creció despacito, como un faro luminoso. Más alta que los pinos más altos que se divisaban a lo lejos.

Poco a poco, su sombra pintó esperanzas en el suelo negro, pero nadie se le acercaba; todos pasaban de largo como si no existiera. Siempre estaba sola. Sin querer se convirtió en la palmera Soledad: sin frutos, sin amigos, sin sonrisas...

4 *Jirivilla*: persona inquieta, activa inquietud en el cuerpo. *Alpizpa*: aguzanieves, pajarillo de actividad continua e inquieta. (*Diccionario Histórico Etimológico* de Marcial Morera).

Un día de tormenta se posó en su copa una gaviota perdida y, como agradecimiento por haberla acogido, le contó los miedos de sus vecinos a pasar por su entorno negro y brillante: esa era la razón por la que no se le acercaban. Soledad respiró tranquila. Se dio cuenta de que era ella la que tenía la llave de la felicidad.

Por primera vez floreció con fuerza y protegió con sus ramas el nacimiento de su fruta. Cuando maduraron, aprovechando que la bailaba el viento, lanzó sus frutas al aire y dejó todo el suelo cubierto de marrón, amarillo y verde...

Poco después aparecieron abejas y legiones de hormigas e insectos...

Detrás llegaron los pájaros, las lagartijas, los conejos, los erizos y hasta una cabra perdida que se echó bajo su sombra.

La palmera movió su melena verde como los brazos abiertos de una madre cariñosa.

Al año siguiente comenzaron a brotar palmeras hijas, seguras de que, en unos años, la mar de cenizas volcánicas se convertiría en un palmeral.

Y ya nunca volverían a llamarla Soledad. Ahora sería la palmera Solidaridad.

1.13. De *La lagartija escurridiza* (2007)

El laberinto

La niña salió temprano al jardín. Estaba dispuesta a conseguir la confianza de Lisa sin escatimar esfuerzos.

Se le ocurrió que, en lugar de repetir sus caminitos como siempre había hecho, iba a llenar la huerta con las veredas de un gran laberinto.

Y dicho y hecho...

Comenzó en la pared y recorrió todas las matas en una gran red de caminos, para que Lisa los descubriera en cuanto asomara la cabeza por cualquier lugar: trocitos de manzana... Migas de pan... Hojas de lechuga... Trocitos de manzana... Migas de pan... Hojas de lechuga... Trocitos de manzana... Migas de pan... Hojas de lechuga... Hileras de migajas entrecruzándose bajo las flores.

Esperó paciente, sentada en el muro, con un trocito de manzana en una mano y un puñado de arena volcánica en la otra; por si a los pájaros se les ocurría acercarse.

Pero, antes de que su treta diera resultado, el camino comenzó a desaparecer: unos escarabajos se comieron algunos trozos de manzana, el caracol arrambló con varias hojas de lechuga y un ejército de hormigas y mosquitos se llevó casi todas las migas de pan.

«¡Qué fracaso! Les he dado de comer a todos los bichos y Lisa ni se ha asomado», pensaba Yaiza con disgusto.

Apenas quedaban huellas del caminito cuando el conocido sschasssssss... sschasssssss... de unos pasos sobre las hojas secas alertaron los sentidos de la niña.

«¿Será ella? ¡No! Son sus hermanas... ¡Qué bonitas, aunque no tanto como mi lagartija!», decía para sus adentros Yaiza mientras las otras lagartijas se comían lo poco que quedaba.

De pronto apareció Lisa. Vestía un traje color plata con una raya malva que le atravesaba todo el cuerpo. Parecía una reina antigua, vestida de largo. Se paró bajo la sombra de una rosa, moviendo la cabeza, dubitativa.

¿Ya es hora de merendar?

O, mejor, ¿me pongo a jugar?

Que sí, que no, que sí, que no...

¡Ay, ay...! No sé por qué optar.

—¡Venga ya! ¡Decídete de una vez! —dijo Yaiza.

Como si presintiera sus deseos, Lisa caminó unos pasos, majestuosa, saludando a sus compañeras con leves inclinaciones de la cabeza.

En uno de sus movimientos, miró a Yaiza y su postura cambió. Aceleró el paso y, en un rápido zigzag, se colocó junto a ella. Despreció los cuatro restos que estaban a sus pies, para atrapar, sin ningún reparo, el trocito de manzana que la niña tenía en su mano abierta. ¡Qué momento más dulce! Yaiza sintió como

un beso de brisa en el cuerpo, como una cosquilla fugaz, como una gota fresca en el calor de su mano.

¡Al fin! Lisa había perdido la timidez para convertirse en su amiga.

Sopla el alisio

El alisio llenó la casa con los olores del pinar.

Este viento nunca viaja solo; le acompañan casi siempre las nubes lloronas que descargan el llanto contenido durante meses. Es el primer aviso de que el otoño está próximo.

La niña pasó la mañana leyendo cuentos de los pueblos del norte. De esos donde el frío —como un mago invisible— llena los árboles de carámbanos fantásticos, transforma los lagos en parques de alegría, juega con los niños a esculpir figuras sobre la nieve, a recorrer praderas blancas montado sobre renos, a deslizarse sobre laderas onduladas...

¿Cuántas veces habría visto ella la nieve?

«¡Ah, sí!», pensó, «¿dónde la he visto? En el Teide, la vez que fui de excursión. También la he visto en la tele y varias veces en las cumbres de Gran Canaria; pero el sol siempre se me adelanta y, cuando llego, apenas puedo tirar unas bolas a mis amigos».

¡Cuánto parecido entre el frío del norte y el viento del sur! Deben ser magos gemelos...

El viento de las islas también fantasea con el paisaje. A veces se convierte en un caballo desbocado que galopa furioso.

Si galopa sobre las playas, transforma el mar en lomos indomables que invitan a los chicos a surfear entre sus crines de espuma.

Cuando lo hace en la Tierra, echa a volar los colores y destiñe el paisaje.

Estaba escamando.

La niña se asomó por la ventana y no vio su cortina de enredaderas: el viento la había volcado en el jardín.

«¡Qué pena! ¿Ahora cómo subirá Lisa hasta la casa?», se preguntó Yaiza preocupada.

—Abuelo, por favor, ¿puedes colocar la enredadera que se ha caído?

—¡No puede ser! El viento ha tronchado sus ramas y hay que cortarlas. ¡No estés triste! En primavera la pared volverá a tener su cortinaje de capuchinas.

La chiquilla, desconcertada, siguió en la ventana, viendo cómo el sol pugnaba por asomar entre nubes que jugaban a trotar con el viento.

Una tarde en casa

La tarde no invitaba a salir.

La abuela se entretenía haciendo dulces en la cocina. Sus ágiles manos jugaban con la masa y la crema en un derroche de fantasía.

Yaiza, en un extremo de la mesa, aprendía a rellenar los moldes de las quesadillas mientras hablaba.

—Echo de menos a mis padres, abuela.

—¡Tienes que ser fuerte! Ellos están haciendo lo posible para poder venir cuanto antes.

—¿Sabes una cosa? Cuando vengan, voy a pedirles que me lleven de vacaciones a Lanzarote, a la casa de los tíos. Quiero saber cuánto ha crecido mi cría de camello. Me lo regalaron recién nacido, todavía no se tenía en pie, ¿te acuerdas? ¡Y cómo mamaba! Parecía que masticase mientras esperaba que su madre lo acariciara. ¿Te acuerdas, abuela? ¡Qué animal más desgarbado! ¡Cómo movía el pompis! ¡Y qué dulce! ¡Cómo lamía mi mano en cuanto me acercaba! Seguro que ya habrá crecido lo suficiente para llevarme de paseo por el parque de Timanfaya. ¡Tengo muchas ganas de verlo!

—Tendrías que buscarle un nombre —dijo la abuela—. Algo que le caracterice.

—¿Un nombre...? —Yaiza se quedó pensativa—. Es de color dorado, como las nubes cuando brillan al atardecer...

—Como las nubes cuando brillan al atardecer... pues ¡ya está, ya lo tengo! ¡Celaje! Así se llama el cielo manchado de colores del atardecer.

—Celaje... Me gusta mucho, abuela. ¿Crees que Celaje se acordará de mí?

—¡Claro que sí! —contestó la abuela en un susurro.

Sin apenas escuchar, Yaiza continuó su monólogo:

—¿Sabes que el primo Artemio pesca lisas marinas? Dice que son las antepasadas de las lagartijas lisas de la tierra. Me contó que, hace muchos años, algunos peces salieron del mar y se transformaron en reptiles. La verdad es que no lo creí y él, enfadado, me llamó ignorante. Ahora que conozco a Lisa, pienso que el pez y la lagartija sí se parecen un poco, sobre

todo en la forma de la cabeza. ¿Crees que los reptiles fueron peces del mar, abuela?

—Sí, lo fueron.

—Eso no lo hemos dado aún en el colegio. Tengo que preguntárselo a papá.

En esos momentos, el teléfono le trajo la noticia de la próxima llegada de sus padres. Y los melosos ojillos de Yaiza se transformaron en charcos de alegría.

Un nuevo día

El día amaneció calmado. El viento, como un animal domesticado, lamía las copas de los árboles. Las huellas de su furia se amontonaban en los rincones de la finca: hojas, ramas, plásticos...

Yaiza bajó al jardín preocupada por Lisa.

—¡Lisa, Lisa! —gritó cariñosa, abriendo las ramas de las matas en su busca.

No sabía por qué la estaba llamando. Ella tenía su carácter: solo aparecía cuando le apetecía, deslizándose con suavidad sobre las hojas.

—¿Dónde estás, Lisa? —seguía preguntando la niña entre las dalias despeinadas—. ¿Te has mojado?

Se acercó a la ñamera junto a la acequia del riego; abrió sus ramas y vio entre ellas a casi todos los habitantes del huerto. Sus grandes hojas los protegían del agua, del viento, del calor, del frío. Les servían de paraguas en las lluvias y de parasol para el rabioso sol del mediodía. Los ñames, a punto de cosecha, eran también una despensa repleta.

—¿Dónde estará Lisa? —seguía buscándola Yaiza.

—¡Yaiza, Yaiza! —la llamó la abuela desde la ventana.

—¡Estoy aquí! ¿Dime?

—¿Puedes cortarme un ñame para el potaje, por favor? Y no olvides lavarte las manos después.

La niña aceptó encantada. Cogió el azadón pequeño que su abuelo tenía colgado en la pared del porche y comenzó su trabajo. Después de varios golpes desatinados, pudo extraer de la tierra un ñame grande con varios cortes que babeaban una savia blanquecina sobre sus manos desnudas.

Recordó aquella vez que había caído en la tentación de probar la savia de la ñamera: ¡qué terrible ardor en la lengua! ¡Qué hinchazón en los labios! No pudo comer nada en todo el día.

Al terminar, corrió a lavarse las manos con un estropajo empapado en jabón para que perdieran todo el rastro del ñame.

Más tarde, ayudó a su abuela a preparar las verduras para, después, mientras se hacía la comida, seguir buscando a Lisa.

—¡Eh, eh, lagartijilla! ¡Eh, eh! ¿Dónde te escondes? —repetía por todo el jardín con voz de caricia, mientras lanzaba una lluvia de miguitas sobre las plantas.

Imitaba a su abuela cuando iba al gallinero y decía: «¡Pitas, pitas...! ¡Pitas, pitas...!», desgranando el millo sobre el coro de aves que la rodeaba.

En unos minutos, casi todos los habitantes del jardín se concentraron bajo la falda remangada que destilaba comida. ¿Y Lisa? ¿Le habría pasado algo?

Pues no. Estaba allí, vivita y coleando como siempre. Yaiza la descubrió a su espalda. Miró por el rabillo del ojo y se dio cuenta de que la seguía.

¡Qué emoción! Actuaba como un minúsculo perrillo siguiendo a su amo.

Se sentó en el muro a esperarla. La vio caminar altiva, decidida, ladeando la cabeza y saludando a su paso con los ondulantes movimientos de su cola. Vestía de verde con una especie de botonadura de oro. Se movía de derecha a izquierda y, cuando estuvo a su altura, se paró.

«¿Podré tocarla?», pensó Yaiza sin atreverse a acariciarla, pero enseguida tomó la iniciativa.

En un segundo, la lagartija subió como un rayo por la escalera de su falda hasta su hombro y le rozó la mejilla con la cola. Con la misma rapidez con que había subido, bajó por su brazo y se paró en el muro junto a su mano, con aquella postura suya que parecía indicar: «¡Ea, lo he conseguido! ¡No tengo miedo!».

Yaiza se había quedado boquiabierta, y antes de que pudiera reaccionar, Lisa dio media vuelta y desapareció por una rendija.

Aquella noche la niña contó a sus abuelos:

—Hoy he llamado a Lisa y ella ha salido de su escondite para saludarme. Me ha seguido por todo el jardín y...

—¡Qué imaginación tiene esta niña! —la interrumpió la abuela—. Anda: come, que se te enfría el puré.

Yaiza se calló y guardó el final de su historia para contárselo a sus padres. «Después de seguirme, la muy mimosa trepó hasta mi hombro y me besó».

Vuelven los padres de Yaiza

Los padres llegaron en un avión de la mañana.

Yaiza se pegaba ansiosa a la barandilla de protección en la puerta de salida de pasajeros.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó agitando los brazos para que la localizaran.

—¡Mi niña! —exclamaron ellos a dúo en cuanto descubrieron su cara asomando por la barandilla.

Y en unos segundos se fundieron en un abrazo.

Más tarde siguieron los saludos a los abuelos y, enseguida, salieron del edificio para dirigirse a casa.

—¡Ah, por fin...! ¡Dios mío! No veía la hora de volver —dijo el padre, alzando los brazos en señal de agradecimiento.

—¿Sabes qué comida ha hecho hoy la abuela? Sancocho, tu favorita, y de postre, quesadillas. A ver si engordas un poquito...

En un santiamén, entre sonrisas de felicidad, se encontraron bajando las maletas del coche e instalándose en la casa de los abuelos.

—Nos quedamos aquí hasta que empiecen las clases —dijo el padre.

—¡De acuerdo! —contestó la madre ante el regocijo de todos.

Lo primero que hizo el cabeza de familia fue dar gracias a Dios por su curación. Lo segundo, escuchar a su hija para recuperarse de tantos días de silencio.

—¡Ven! Te voy a presentar a Lisa —le dijo Yaiza, llevándolo de la mano al jardín.

Prepararon el caminito con los trozos de manzana, las migas de pan y la lechuga, y se sentaron en el borde del muro.

—¡Eh, eh, lagartijilla! ¡Eh, eh! —dijo Yaiza.

—¡Eh, eh, lagartijilla! ¡Eh, eh! —repitió su padre.

—Tendremos que esperar un poco porque ella asoma solo cuando quiere —explicó la niña.

—¡Eh, eh! —repitieron a coro.

—¡Tú cállate, papá! ¡Quédate como una estatua para que no se asuste!

Al poco, Lisa asomó bajo las dalias. Se acercó despacio, como temerosa de la sombra grande que acompañaba a su amiga; se comió el trocito de manzana que la niña guardaba en su mano y, sin esperar una caricia, se perdió en la espesura.

—¿Has visto, papá? ¡He conseguido amaestrar a una lagartija! Fíjate lo lista que es... ¿Te acuerdas de cuando tiraba piedras a los lagartos? ¡Ahora ya no me dan miedo! Cuando sea mayor, voy a estudiar biología...

El padre, emocionado, la abrazó sin palabras.

1.14. De *Un barranco junto a tu casa* (2007)

Los últimos dinosaurios

Sin saber cómo, el pequeño dinosaurio quedó solo en un paisaje mudo. Estaba tan asustado que se echó a caminar en busca de los sonidos de la vida.

Llegó el mar y siguió andando, hasta que sus pies cansados se negaron a remar. Entonces volcó su enorme cuerpo sobre el agua y, panza arriba, se dejó llevar por las corrientes.

Como un islote navegando a la deriva paseó mucho tiempo. Su cuerpo creció y su piel rugosa se llenó de moluscos y de algas; incluso en su barriga se formó un charco con agua de lluvia que fue la salvación de muchas aves migratorias.

Dino preguntaba a todos los animales que veía:

—¿Has visto algún dinosaurio como yo?

—¡No! ¡No! ¡No! —era siempre la respuesta.

Una vez pasó una ballena y Dino le hizo la misma pregunta:

—¿Has visto a un dinosaurio como yo?

—Sí, hace muy poco vi a uno navegando por el Atlántico.

No necesitaba más explicaciones. Dino volteó su cuerpo, colocó sus patas en posición y nadó con fuerzas hacia el océano de la esperanza.

Lo descubrió al anochecer, bajo una luna plata que argentaba su cuerpo. Él apareció de repente, desde detrás de un gran roque que sobresalía en el mar. Se abrazaron repletos de emoción y estuvieron así mucho, muchísimo tiempo. Nunca más se separaron.

Horas en el agua, horas en una isla cercana, sus felices juegos los compartieron con todos los seres vivos que les rodeaban.

Al final de su vida, se abrazaron en el mismo lugar donde se vieron por primera vez y se durmieron para siempre. Soplaron sobre ellos vientos, lluvias, olas gigantescas, anidaron las aves en las vacías cuencas de sus ojos, desovaron los peces a sus pies...

Pero sus cuerpos, petrificados por los siglos, siguieron fundidos en un abrazo.

Con el tiempo, los habitantes de la isla descubrieron la paz y la ternura que se respiraba en el lugar; lo llamaron Roque de Bonanza.

Y sé, porque me lo dijo una vieja gaviota, que todas las parejas que se bañan a la luz de la luna en las aguas del Roque son muy felices.

¿Será por eso que, al anochecer, el lugar se llena de alegres bañistas?

1.15. De *Tilila* (2008)

Los milagritos de Fuerteventura

Sucedió hace muchos años; pero puede volver a suceder...

La primera en abandonar la isla fue la lluvia, que se llevó con ella el verdor del paisaje que la alegraba. Las plantas, temerosas de morir, escondieron sus semillas en lo más recóndito de la tierra.

Después desaparecieron los animales y con ellos los cantos de los pájaros y los colores.

Al final se fueron los hombres en busca de trabajo a otros lugares.

La isla quedó silenciosa, como una barca a la deriva entre olas, ocupada solamente por ancianos, mujeres y niños esperanzados.

Era el día de Navidad y Peñita no tenía nada para que cenara su familia. Salió al campo sin saber muy bien lo que buscaba y, viendo la pobreza que le rodeaba, comenzó a quejarse:

—¡Ayúdame, Dios mío! ¡Ilumíname para que pueda encontrar algo que llevar a la mesa esta noche!

Sin querer, comenzó a llorar...

Sus lágrimas resbalaron por la cara, recorrieron el largo espacio hasta su blusa, se adentraron en su desteñida falda y se trascolaron por las grietas de la

madre Tierra que descansaba en un largo y obligado barbecho.

«¿Quién me despierta?», se preguntó la Tierra sin palabras. Probó las lágrimas y leyó el mensaje... Y como ella también era una mamá, que sabía que no hay nada en el mundo que las lágrimas de una madre no consigan, vomitó de sus entrañas el regalo más hermoso que guardaba.

Los pies de Peñita casi tropiezan con los terrones abiertos. Su grito fue como una explosión de alegría.

—¡Son criadas! —dijo loca de contento. Escarbó el suelo y sacó tantas, que llenó una cesta.

Por el camino a su casa iba pensando: «¡Ya tengo criadas para varias comidas! ¡Con lo que le gustan a los niños! Esta noche las voy a servir sancochadas con un poco de aceite y vinagre que guardo en el arcón».

Después pensó: «Debería acercarme a la playa y recoger unos mariscos. Así tendremos una cena completa».

Y dicho y hecho: cogió una cesta grande de palma y un cuchillo para coger unas lapas y se fue al mar en busca de marisco.

Lo que no sabía es que la marea estaba subida y peligrosa. Se acercó a una roca para coger unos burgaos y una ola la revolcó en la arena y se llevó sus alpargatas mar adentro.

Magullada y descalza, la pobre Peñita, se encontró sentada en un charco, quejándose de su mala suerte: «¿Cómo voy a llegar a mi casa sin zapatos?», se lamentaba desconsolada.

La tierra, que llevaba prendidas las alpargatas, debió contarle al mar la pena de aquella madre, y el

agua, que también era una madre, debió solidarizarse con ella porque cuando Peñita abrió los ojos se encontró en el charco los mejores peces y mariscos que ella hubiera podido soñar...

Había lapas grandes, burgaos limpios, ramilletes de mejillones, erizos sabrosos, viejas rojas y un pulpo grande prendido en sus alpargatas limpias.

Ni qué decir tiene que encolmó la cesta que llevaba y que a su cena de Navidad acudieron también sus parientes y vecinos.

Con el tiempo, la situación en la isla fue cambiando: volvieron las lluvias, las aves, las cabras, los hombres...

Ahora parece un barco de vacaciones anclado en un puerto feliz.

Pero todos los que la aman saben que en las tormentas o en las calmas, Fuerteventura siempre les dará, como una madre cariñosa, lo mejor de sí misma.

Puipana

Nació en vísperas de Navidad y toda ella se impregnó de sus colores y de su alegría.

—¡Qué baifita más linda! —dijo el cabrero cuando la vio—. Es la primera puipana que nace esta temporada.

La cogió en sus brazos y la llevó al corral donde estaban las crías. Aquel año habían nacido baifitas murgas, berrendas, mochas, rucias... y solo una puipana repleta de colorido.

—¡Qué bonito, Puipana! ¡Me gusta! —dijo, cuando escuchó repetir su nombre. Y se quedó con él para siempre.

Cuando el cabrero la llamaba para que comiera: «¡Puipana! ¡Puipana, ven!», ella acudía veloz y obediente, como un cachorrillo que aprende sus primeros pasos. Se pegaba a la teta de su madre y mamaba glotona, mientras recibía miles de caricias con largos y tiernos lengüetazos.

Creció muy rápido, mucho más que sus compañeras. Era fuerte y belicosa, capaz de meterse en vericuetos insospechados o de enfrentarse a los perros que le impedían jugar con la hierba. Su madre, desde el corral de las adultas, le balaba corrigiéndola:

—¡No seas atrevida! ¡No te salgas del grupo, que tendrás problemas! ¡Obedece!

Pero la baifilla parecía no escucharla y seguía feliz organizando aventuras con sus compañeras de corral.

En la primavera acompañó al ganado por primera vez. El campo estaba repleto de luz, de hierbas tiernas, de pajicos amarillos, de tarajales limpios, de balos, de aulagas...

Puipana soñaba con la belleza que le rodeaba: comía despacito, descubriendo olores y sabores, y aprendiendo el valor de cada una de las plantas que probaba.

También aprendió los límites de su cercado y de su condición: los ladridos del perro y los balidos de su madre se encargaban de recordárselo cada día.

—¡No salgas del grupo! ¡Obedece! ¡No seas tan majadera! —le decía una y otra vez para que aprendiera a respetar las normas del grupo.

Llegó el verano y borró el colorido del campo. Solo las cabras seguían pastando y arañando los últimos brotes secos.

Al finalizar la estación, Puipana ya era una cabra casi adulta, una machorra soñadora y aventurera a la que le gustaba subir y bajar montañas para contemplar el dorado paisaje a sus pies.

También le gustaba meterse por peligrosas veredas donde ni siquiera llegaba el perro y llevar a sus compañeras a almorzar en los campos vecinos, aunque esas acciones le costaran largos enfrentamientos con el perro que le ladraba constantemente:

—¡Obedece! ¡Sigue las normas del grupo! ¡Cuánto vas a sufrir con esa forma de ser!

Contaba con suficiente edad para tener hijos, aunque ella no lo deseara. Por entonces tenía otras aspiraciones; soñaba con seguir su marcha barranco abajo, hasta la playa azul que se veía a lo lejos, y descubrir nuevas tierras. Su único problema era el perro, tenía que enfrentarse a él.

Firme en su idea, a partir de ese momento comenzó a entrenar corneando todo lo que encontraba a su paso: un haz de hierba, un saco de piensos, una pared.

—¡Vaya machorra local! ¡Ya me tiene hartos! —dijo el cabrero cuando la vio corneando a diestro y siniestro—. ¡No la quiero! ¡Mañana mismo la venderé!

Era la oportunidad que Puipana buscaba. El cabrero no pudo cumplir su deseo porque aquella misma noche, cuando la luna marcaba caminos en las montañas y todo el corral era un suave ronroneo, se arrastró silenciosa entre sus compañeras, después

saltó la valla y corrió a campo traviesa con la agilidad que le daban sus ilusiones.

Por un momento se encontró muy sola y quiso hacer un alto, pero entonces recordó los consejos de su madre:

«Tienes que marcharte o morirás».

«Fuera de la cerca también puedes vivir».

«Busca un buen escondite cerca de los acantilados».

«Ten cuidado con la apañada, que fui recogida en una de ellas».

Puipana llegó a la playa al amanecer. Tenía mucha hambre y estaba cansada. Hizo un alto sobre la arena mojada para recordar las recomendaciones de su madre. Lo entendía todo, menos aquello de *la apañada*. «¡Bueno, ya aprenderé lo que significa!», pensó mientras trataba de encontrar agua y comida.

¡Pobre cabrita solitaria! Pasó hambre, frío y sed. Y no le quedó más remedio que comer las bayas de los balos, las flores de las aulagas, los líquenes del malpaís...

Aprendió a lamer las gotas de rocío en la mañana y a buscar las pocetas de la lluvia o los nacientes semisalobres que la fortalecían.

El frío se lo quitó por casualidad un día que huía de unos perros. Se acercó demasiado al acantilado y cayó por el precipicio hasta una plataforma. Cuando se recuperó del susto, y mientras trataba de buscar una salida, descubrió una cueva a la que se podía entrar y salir por unas veredas que solo podían usar las cabras como ella.

A partir de ese momento comenzó a gozar de su libertad, a ayudar y compartir su espacio con un mon-

tón de machorrillas que los cabreros habían expulsado de sus ganados.

Un día aprendió lo que era la apañada. Su barranco se llenó de hombres y perros, como una red de sonidos tratando de cercar a todas las cabras que pastaban libres. Puipana corrió hacia su cueva en el acantilado seguida de Mocha y Berrenda, y allí se refugiaron varios días hasta que pasó el peligro.

Cuando salieron de la cueva, las tres cabras estaban solas; los hombres se habían llevado a todas las demás.

Puipana es ya una señora cabra que ha sobrevivido a muchas apañadas. Ha sido la madre adoptiva de docenas de machorras expulsadas. Sigue libre paseando por su dorada isla, gozando de sus atardeceres de colores y de sus brillantes días azules.

Si vas a Fuerteventura, seguro que la verás. Pasea por barrancos y montañas acompañada de alguna de sus ahijadas: Murga, Rusia, Berrenda...

Acércate todo lo que puedas sin molestarlas. Si tienes ocasión, les dejas unas frutas porque les gustan mucho y les lanzas un silencioso beso volado.

1.16. De *La isla de los colores* (2009)

Bora

Bora es una dulce ovejita que apenas se deja notar. Camina con pasos suaves, moviendo sus rizos de lana al compás del viento.

—¡Beee... beee...! —bala bajito para no molestar.

En el colegio no sobresale por lista, ni por guapa, ni por simpática. Solo es una más de las que acuden todos los días, sin faltar ni uno, a ocupar su sitio en la clase. Siempre está contenta, cantarina, como una campanita titilando con la be: «¡Beee... beee... beee!».

Su vida transcurre normal hasta que un día llega al colegio una nueva alumna.

—Les presento a Pequinesa —dijo la maestra, señalándole un lugar junto a Bora.

Sin motivos de por qué sí o de por qué no, Pequinesa le echó una mirada despectiva a su compañera de pupitre refunfuñando: «¡Qué cara más tontorrona!».

Aun así, Bora la recibió con un pálido de bienvenida:

—¡Beee! —dijo, haciéndole un sitio.

—¡Guajij! —contestó Pequinesa antes de sentarse.

Al rato se levantó, diciendo:

—No me gusta este sitio, maestra, quiero que me cambie.

La pobre Bora no sabía dónde esconderse. La cara se le encendió de tal forma, que su luz atrajo las risas de la clase.

La maestra, que estaba despistada porque se había quitado las gafas, contestó sin darle importancia:

—¡Anda, anda, sigue ahí que ya te cambiaré!

A regañadientes, Pequinesa siguió sentada junto a Bora, pero en el recreo no quiso jugar con ella.

Tampoco quiso jugar Bardina, ni Baifita, que antes era su amiga.

A partir de ese momento, la vida de Bora cambió; se volvió casi invisible para que nadie notase su presencia. Y es que en cuanto Pequinesa y sus amigas tropezaban con Bora, se burlaban en tonos escandalosos:

—¡Cacarracacáaa! ¡Guaiiiiiguaaaaa! ¡Miaaaaauuuuuu!

¡La pobre Bora! Era tan sensible que las risas de sus compañeras, sin venir a cuento, le producían dolores de estómago. A veces eran tan fuertes que ni siquiera quería ir al colegio.

—Pero, hijita, ¿qué te sucede? —preguntaba la mamá oveja preocupada.

Bora, avergonzada, callaba. No encontraba las palabras adecuadas para contarle a su mamá las burlas de sus compañeras.

—¡Vete a clase! ¡No seas perezosa! —aconsejaba la mamá.

Ella obedecía, deseando con todas sus fuerzas que una ráfaga de viento borrara su problema.

Una vez, camino de la escuela, iba en silencio, despacito, como si de pronto su cuerpo pesara mu-

chos, muchos kilos. Ya no tocaba su campanita en «beee», solo quería gritar y gritar...

Los sonidos se le fueron acumulando en su garganta, uno dentro del otro, como un globo que se va llenando y llenando de palabras, hasta que en un recreo no pudo más, y explotó...

Los sonidos salieron de su garganta como un géiser hirviente. Se mezclaron ladridos, maullidos, gorjeos, cacareos, gruñidos, berridos, mugidos y graznidos en una lluvia incontenible.

A cada cual le devolvió los suyos, y todos entendieron lo que estaba pasando.

Después de un largo silencio se escucharon los aplausos de Patito, al que tampoco dejaban jugar a causa de su torpeza.

También aplaudieron Topito y Erizo, que a veces eran discriminados por su ceguera.

Y poco a poco se unieron los aplausos de los demás.

Primero los de Beerrita, ¡era tan grande y tan gorda!

Siguió Cerdito, que olía diferente.

Y Callejero, que no tenía papás.

Y Camello cojito.

Y Angorina, que tenía dos mamás.

Y Mula, medio potrillo...

El grupo se amplió tanto que solo quedaron en silencio, rojos por la vergüenza, Pequinesa y su pandilla.

Cuando entraron en clase, la maestra se caló sus gafas nuevas, antidespistes, de las que ya se quedan para siempre. Y sé, porque me lo contaron, que Pequinesa y sus amigos pidieron disculpas y están aprendiendo a convivir con respeto día a día.

Raspilla

En un cercado próximo a Timanfaya⁵ viven muchos camellos; aunque ninguno como Raspilla, la jefa de la manada.

Al amanecer, mucho antes de que el sol pinte los colores de la isla, se acerca al pueblo y regresa con las alforjas cargadas. Después, llena los bebederos con varias vueltas de la noria del pozo, anima a sus compañeros con berridos cariñosos y se queda expectante junto a la puerta, como si esperara ilusionada la sorpresa del nuevo día.

Raspilla llegó a la isla siendo un bebé desgarbado, salvaje a las caricias de su cuidador:

—¡Ven, vennn! —llamaba este. Pero ella huía asustada, frotando su lomo bajo la protectora barriga de su madre.

—¡Te llamas Raspilla! —le dijo un día.

«¡Qué bonito mi nombre!», pensó en cuanto lo fue comprendiendo. Le gustó tanto que lo guardó en su corazón.

Muy pronto se hizo adulta y aprendió las primeras órdenes en la voz del cuidador.

—¡Fuchee, Raspilla! ¡Alza, Raspilla!

Ella obedece sumisa por ese toque tan personal de que la llamen por su nombre.

Sube, baja, corre, salta, fuche y se alza con rapidez de vértigo, moliendo el crujiente suelo de arena volcánica.

5 Timanfaya: Parque Nacional de Los Volcanes en la isla de Lanzarote.

Hacia las diez ve llegar al camellero y se arrodilla dócil.

—¡Qué guapa te voy a poner, Raspilla! —le dice, mientras acicala su giba con arneses de colores.

Ella se deja... Y le sigue después hasta la entrada de Timanfaya, donde espera paciente a que los turistas suban sobre sus sillas adornadas.

¡Gordos, flacos, viejos, jóvenes, niños...! ¡Qué importa cómo sea la carga! Todos ponen cara de susto cuando ella les acerca su hocico intentando una caricia.

Raspilla es la primera en salir, la que dirige la caravana, la responsable de los pasos estrechos, la jefa que los demás aceptan.

Sube laderas bamboleando su carga. Cuando llega a la cima, hace un alto para que los visitantes recreen el paisaje con sus fotos; incluso espera sonidos de admiración.

Al final, como una broma ensayada cada día, gira sobre el precipicio de arena negra, hace un ademán de desequilibrio con su pata trasera y regresa por una vereda ancha en medio de lavas rojizas y risas nerviosas.

Al atardecer, cuando los volcanes de Timanfaya parecen llamaradas de un gran incendio, vuelve a la cuadra.

Cuando la liberan de sus ataduras de cada día, Raspilla corre ansiosa al encuentro de su pequeña guelfa⁶ y, muy juntas las dos, juegan a contar sus sueños a la luna.

6 *Guelfa*: bebé de los camellos.

1.17. De *Sapito Morín* (2009)

Sapito Morín

Morín era un sapito saltarín y juguetón que vivía con su madre y hermanos en la pequeña presa de un barranco repleto de vida. Un otoño soplaron los vientos fríos cargados de lluvia y el caudal subió de tal forma que la presa se convirtió en un torrente tormentoso.

Ante la peligrosa situación, mamá sapo aleccionaba a sus hijos:

—¡Manténganse unidos cerca de las orillas! ¡Cuidado con las aves grandes! ¡No se vayan lejos que hay mucha corriente! ¡Pongan atención con el torrente, es muy peligroso!

Los hermanos sapitos no parecían escuchar las recomendaciones de su mamá porque saltaban y jugaban con la lluvia y el barro sin precaución.

Se dejaban llevar por la corriente como si estuvieran en un tobogán. Después, volvían atrás, a repetir.

Morín, que era el más atrevido, se arriesgaba cada vez un poco más; hasta que de pronto se encontró con una corriente rápida que lo arrastró sin compasión barranco abajo.

Gritó con todas sus fuerzas pidiendo ayuda, pero sus croares se perdían en el fragor del agua.

Acabó magullado y repleto de moratones en un paisaje desconocido. Pensó volver, pero no sabía cómo llegar a casa.

La fuerza del agua lo había depositado en un bonito jardín donde había unos niños que jugaban, un hombre dibujando flores y una mesa con colores.

No tardó en ser descubierto por los pequeños, que enseguida comentaron:

—¡Qué sapo más feo! ¡Todos los sapos de charco son iguales!

Lo persiguieron durante horas intentando atraparlo. ¡A saber cuáles eran sus intenciones!

Cuando se cansaron del juego, el pobre sapito quedó tembloroso y aturdido.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, saltó a la mesa donde estaban los colores y croó con todas sus fuerzas:

—¡Croaacc... croaacc... croaacc...!

El hombre que dibujaba flores escuchó su triste llamada y, lleno de ternura, se acercó y le preguntó:

—¿Qué te sucede, sapito?

—Desobedecí a mi mamá y no sé volver atrás —contestó.

—¡No te preocupes!, ya encontraremos tu camino. Te pintaré con mis colores y verás la vida mucho más agradable.

Y lo hizo tal como dijo.

Corriendo y saltando, sapito siguió barranco abajo.

Pintado de mil colores

por el hombre que dibuja flores.

Caminó un trecho porque el agua había perdido su fuerza y se difuminaba en una cañavera.

Desconcertado, se refugió en una roca y se puso a croar:

—¡Croaacc... croaacc... croaacc...!

En esos momentos pasó una paloma que le preguntó:

—¿Qué te sucede, sapito?

—Desobedecí a mi mamá y no sé volver atrás.

—¡No llores más! Te regalaré alguna de mis plumas para que vuelas y puedas llegar cuanto antes a tu casa.

Y sapito siguió corriendo, saltando y casi volando.

Pintado de mil colores

por el hombre que dibuja flores.

Y en las ancas,

plumas blancas.

Pronto llegó a un charco que parecía muy tranquilo y repleto de paz. «Aquí podré vivir sin sobresaltos», pensó.

Pero enseguida apareció un gato salvaje que pretendió desayunárselo.

Pasó horas esquivando sus embestidas y, cuando al final pudo respirar tranquilo, comenzó a croar.

—¡Croaacc... croaacc... croaacc...!

Al rato pasaron unos patos que le preguntaron:

—¿Qué te sucede, sapito?

—Desobedecí a mi mamá y no sé volver atrás.

—¡No llores más! Te regalaremos unos zapatos para que puedas volver a tu casa.

—¡Gracias, gracias! —dijo mientras se calzaba los zapatos.

Corriendo, saltando, casi volando y caminando.

Pintado de mil colores
por el hombre que dibuja flores.
En las ancas,
plumas blancas.
Y en las patas los zapatos
que le regalaron los patos.

Siguió el camino hasta que llegó a una finca cuidada
por un valiente perro negro. Nada más verlo, Morín
se asustó y comenzó a croar y a llorar:

—¡Croaacc... croaacc... croaacc...!

—¿Qué te sucede, sapito?

—Desobedecí a mi mamá y no sé volver atrás.

—¡Pobre sapito! No puedo ayudarte a volver a tu
casa, pero te regalaré este sombrero para que el sol
no te reseque la piel.

Y allá se fue corriendo, saltando, casi volando y
caminando.

Pintado de mil colores
por el hombre que dibuja flores.
En las ancas,
plumas blancas.
En las patas los zapatos
que le regalaron los patos.
Y en la cabeza el sombrero
que le regaló aquel perro.

Y cuando más despistado estaba: ¡zaaasss...! Alguien
lo pescó en la charca como si fuera una mariposa y
lo trasladó a una casa con niños.

A sus dueños no les gustaba aquel sapo tan raro
y lo echaron por el desagüe de la piscina.

Fue arrastrado otra vez por la fuerza de las aguas y se vio de nuevo en un extraño lugar repleto de charcos malolientes.

«¿Qué puedo hacer? ¡Tengo mucha hambre!», pensaba. Hambriento y triste se tendió en una roca y comenzó a llorar y a croar.

Esta vez el triste croar del sapo lo escuchó una rana que vivía en un estanque vecino. Se acercó a él, se reconocieron y simpatizaron enseguida.

—¡Hola! ¿Cómo te llamas?

—Morín, ¿y tú?

—Verdinoso, ¿sabes?, nunca había visto un sapo como tú.

—Yo tampoco he visto nunca a una rana tan grande.

—¿De dónde vienes?

—De una presa en las montañas.

—¿Y cómo llegaste aquí?

—No lo sé muy bien —y le contó su tremenda aventura barranco abajo.

—¡Pobre Morín! —le consoló Verdinoso—. ¡Cuánto has sufrido! Eres un lindo sapito vestido de carnaval. ¿Qué piensas hacer ahora?

—¡No lo sé! Depende de lo que me regales.

—Estás equivocado conmigo. No voy a regalarte nada. Si piensas volver a tu casa, tendrás que ingeniártelas tú solito. Si decides venir conmigo, aprenderás a saltar, a croar y a cazar como un sapo, un sapo de verdad.

—¡Por favor! ¡Llévame contigo, Verdinoso!

—¡Claro, sígueme!

Y ranita Verdinoso y sapito Morín continuaron barranco abajo: saltando, croando y cazando.

Fueron muy felices descubriendo nuevos charcos y estanques.

Me contaron que la primera vez que Morín se bañó en agua limpia, junto a su amigo Verdinoso:

Se le diluyeron los colores pintados
por el hombre que dibuja flores.
Con los roces de las cañas de la laguna
se le cayeron las plumas, una a una.
El sombrero que le dejó el perro negro
se lo regaló a otro perro.
Y para siempre, se quedó con los zapatos,
que le regalaron los patos.

Érase una playa

Érase una playa donde el azul del mar y el verde de los montes se abrazaban sobre la arena dorada.

Sus habitantes vivían en armonía con el entorno. Entraban y salían del agua con respetuosa amistad.

Lo mismo sucedía con el mar: las mareas subían y bajaban en un amoroso canto de vida. A veces, el mar, como si fuera un amigo entrañable, paseaba por las calles, saludaba a los vecinos que charlaban en las terrazas y volvía de nuevo a su calmada playa. En esas subidas y bajadas, el agua regalaba charcos temblorosos repletos de vida.

Todos esperaban las grandes mareas como «agüita de mayo». Los que más las deseaban eran los niños, ilusionados con deslizarse libres como la ceba en los toboganes de las olas.

Un día apareció por el pueblo un turista con todo el frío del norte pegado en sus huesos.

—¡Qué lugar más hermoso! —dijo.

Se tendió sobre el colchón de arena y esperó a que el sol lo abrigara con su trapería de vida.

Al cabo de una semana se miró al espejo y apenas se conoció...

—¡Cómo he cambiado! ¡Qué color más hermoso tengo en la piel! ¿Qué ha pasado con mis dolores? Me quedará a vivir aquí.

Y, dicho y hecho, construyó su casa junto a las demás, pegadita al mar con patio de arena y ducha de sol; pero un poco más grande que la de sus vecinos para que cupiera en ella toda su familia y sus amigos cuando vinieran a visitarlo.

Aquel año, cuando subió la marea, el agua tuvo que dar un extraño rodeo al pasar por la casa grande. El mar parecía tan furioso que los niños no pudieron cebar las tremendas olas que jugaron en la playa.

Después, el sol se puso de moda y la visitaron más gente del norte que deseaba tenderse bajo sus cálidos rayos. Los inviernos silenciosos se convirtieron en ruidosos veranos de gente, de colores, de chiringuitos... Estaban tan a gusto en la playa que construyeron y construyeron casas y más casas junto al mar.

El pueblo creció tanto que fue necesario hacer un muelle para ordenar los barcos que ocupaban la playa. De paso, rellenaron con piedras los acantilados para convertirlos en más solares.

Los peces que habitaban la zona huyeron desparvoridos mar adentro.

Desde entonces la playa es solo una línea dorada junto al azul vacío...

El mar no ha vuelto a visitar el pueblo ni a extender sus brazos de espuma sobre el verde de las laderas.

Hoy, como todos los días, los abuelos hablan de su infancia... Recuerdan con nostalgia cuando el mar paseaba por las terrazas de las casas o de la arena que llenaba las laderas, y de cómo pescaban en los charcos...

Cuando escuchan el mar enfurecido golpeando las murallas de trípodes que lo aprisionan, comentan:

—¡Qué peligro! ¡Mira que encerrar al mar!

—¿Volverá alguna vez a reclamar lo que es suyo?

Los jóvenes sentados en las terrazas de los chiringuitos sueñan con cambiar el paisaje. Quieren que el verde vuelva a besar la playa y que se abracen como amigos el mar y la montaña...

A lo lejos, los niños, como mariposas de colores, surfean alegres sobre las mansas olas.

Por suerte para todos, el sol sigue acariciándoles la piel y creando sueños de oro sobre la arena.

1.18. De *El monte de las brumas* (2009)

Orone

¡Ah, bueno! Aún no me he presentado. Me llamo Orone, que es el nombre de una princesa gomera.

Conozco a niñas que se llaman Pinos, Candela-rias, Peñitas, Reyes... que son nombres de las patronas de nuestras islas. También tengo amigas con nombres guanches: una Iballa, otra Gara y tengo otra que vive en Tenerife, que se llama Juana; pero no conozco a ninguna Guadalupe, que es el nombre de la Virgen de esta isla.

—¿Por qué en La Gomera no hay más niñas con el nombre de Guadalupe, abuela?

—¡Oye, tienes razón! ¿Por qué no habrá más Guadalupe aquí? —me contesta ella con otra pregunta.

Yo creo que es porque no conocen el santuario, ni a la Virgen: está tan inaccesible que no se puede visitar cuando una quiere. Además, las fiestas se celebran cada cinco años y una se olvida de ellas. ¡Aún no he podido asistir a ninguna...!

Siempre que llego a La Gomera, pregunto a mi abuela:

—¿Ya han arreglado el camino a la ermita?

Y ella me contesta:

—¡Bueno, lo arreglarán el día menos pensado!

Dice la historia que Orone, la princesa, vivió en el siglo XIV y era hija del rey Anhagas, jefe del bando de Ipalán.⁷

Mi abuela lo cuenta así:

—De pequeña, Orone era inagotable. Se asemejaba a una baifita hambrienta metiendo su hocico en todas partes y haciendo preguntas:

«¿Por qué no tengo alas para volar hasta las islas de enfrente?

¿Cuántas flores viven en esta ladera?

¿Existe lugar más hermoso que este?

¿Crees que el Aranfaibo⁸ que vive en Echeide⁹ puede hacernos daño alguna vez...?».

Su mamá le contestaba con palabras llenas de cuentos que la hacían soñar.

Una de sus pasiones era el juego. Le encantaba jugar a la lucha, y a las carreras.

En muchas ocasiones se ganó regaños familiares por organizar enfrentamientos, que casi siempre ganaba porque conocía todas las mañas.

Sus ajijidos¹⁰ de triunfo recorrían los caminos como caballitos desbocados, asustando a los contrincantes.

Le fascinaba echar una carrera ladera abajo con su astia.¹¹ Al final, como premio, se le permitía silbar con todas sus fuerzas para que extendiera su triunfo como ondas de alegría por todo el barranco.

7 Uno de los cuatro bandos en que estaba dividida La Gomera.

8 Divinidad sagrada-demonio.

9 Infierno que está en el Teide.

10 Gritos de júbilo.

11 Palo del pastor.

Orone creció fuerte y soñadora.

«Un día cruzaré el mar y conoceré a los habitantes de las otras islas», decía, cada vez que un día brillante parecía acercarla a otros mundos.

—¿Los guanches viajaban entre las islas? —interrumpí yo la primera vez que escuché la historia.

Mi abuela contestó:

—¡Claro que sí! La historia recoge algunos datos sobre los viajes.

—¿Cómo viajaban, abuela? —volví a preguntar.

Entonces me respondió mi primo Artemi, que es cuatro años mayor que yo, y también le gusta escuchar los cuentos de la abuela.

—¿Cómo va a ser? ¿Acaso te crees que los guanches eran tontos y no sabían cómo hacer una balsa que flotara? Ellos viajaban en barcos, canoas o flotando sobre las vejigas de peces grandes, hinchadas como si fueran salvavidas. ¿No es verdad, abuela?

La abuela asintió con la cabeza y siguió contando su historia:

—Orone también se acostumbró a trabajar en todas las tareas propias de la época: cuidar del ganado, ordeñar, hacer el queso, pescar, mariscar, curtir las pieles... Todo lo hacía bien y con ganas.

Decían de ella que era la chica más bella de la isla y por sus cualidades era querida en todos los rincones.

El día que estrenó su nuevo tamarco¹² de mujer, tejido con las suaves pieles de miñajas¹³ blancas, co-

12 Prenda a base de pieles de cabra cosidas que constituía la principal vestimenta de los aborígenes.

13 Cabra en La Gomera.

noció a Acorama, un joven guerrero del bando vecino. Sus ojos se encontraron junto a la fuente y desde entonces quedaron prendados el uno del otro.

¡Cuánto se amaban!

Cada atardecer subían al monte a encontrarse y, a escondidas, cogidos de la mano, sus sueños se unían en una sonrisa de felicidad. Cuando el sol se ponía tras el horizonte, se despedían con ajijidos de amor; un amor dulce e inocente cuyas risas se confundían entre los cantos de los pájaros y las tiernas baladas del viento.

Una mañana, la voz de Tixiade, la bruja, sonó como un oráculo del Echeide.

—¡No subas al monte, Orone! ¡Algo terrible está a punto de suceder!

Orone no hizo caso a los avisos de la bruja. Salió de su vivienda y subió ladera arriba hasta el monte para encontrarse con su amado.

En esos momentos comenzaron a sonar los silbidos de miedo y las noticias se entremezclaron por las laderas:

¡Se acercan barcos con hombres armados!

¡Desembarcan en nuestra isla!

¡Suben barrancos y laderas!

¿Qué querrán estos extraños?

Los silbos seguían avisando...

Ajenos al miedo y sordos a otros sonidos que no fueran sus propias palabras, Orone y Acorama paseaban por el monte detrás de sus ganados y hacían planes de futuro.

Se despidieron como siempre, al anochecer, cuando todos los miedos asoman sus garras detrás de las sombras.

Orone saltaba con su astia ladera abajo acompañada de su perro, cuando, de repente, le salió al paso un joven expedicionario.

Él le habló con maneras bruscas en un idioma desconocido y ella, asustada, echó a correr.

Ella silbaba pidiendo ayuda y él se reía intentando atraparla.

Orone, perdida en la noche, resbaló y cayó a un barranco...

La encontraron al día siguiente como dormida sobre las flores; parecía una mariposa con las alas extendidas.

¡Qué dolor para el pueblo que la amaba!

El llanto y la ira poblaron de lamentos el aire. Los ajijidos de dolor se clavaban como puñales en los corazones de los gomeros.

Llegado a este punto, volví a interrumpir a mi abuela y le comenté:

—¡Qué tristes son las leyendas canarias, abuela! Son historias para personas mayores. Cada vez que me cuentas una, ya sé cómo va a terminar. ¿Es que no conoces alguna que no sea tan triste?

—¡Claro que sí! ¡Ya te las contaré! En realidad, la leyenda de Oroné acabó muy bien.

—¿Acaso no murió de forma trágica como todas las princesas canarias?

—Sí, pero el tiempo fue calmando el dolor de su recuerdo. Un recuerdo maravilloso que ella regaló a la isla que tanto amaba.

—¿Qué recuerdo nos regaló?

—Pues según la leyenda, cuando la levantaron del suelo, brotó una fuente con dos brazos, semejantes

a dos alas plateadas que corrieron en direcciones opuestas: una voló como un torrente por los valles del norte y la otra bajó suave, igual que un remanso, por las laderas del sur...

Desde entonces continúa igual... el remanso del sur aún sigue manando agua para beber y para regar nuestras tierras. El torrente del norte se esconde en algunos tramos, como temeroso de que lo encarcelen en tuberías y acequias, y asoma en otros para dar vida a los colores de esa zona.

—¿Qué pasó con Acorama, abuela? —le pregunté.

Ella me respondió:

—¿Qué va a pasar, mi niña? ¿Qué crees tú que pasaría si Acorama viviera en esta época?

Y diciendo esto, añadió:

—¿Me acompañas a darles de comer a las gallinas?

Almendrados

La abuela hace unas galletas almendradas para chuparse los dedos.

Nosotros hemos aprendido a hacerlas porque le ayudamos muchas veces a preparar la masa y a colocarlas en las bandejas. Aunque siempre es ella la que se encarga de meterlas en el horno y de darles el tiempo de cocción necesario.

—¿Qué haces, abuela? —le pregunté cuando la vi trajinando en el horno.

—Estoy cociendo el pan. Cuando lo saque, aprovecharemos el calor del horno para hacer los almendrados.

Y mientras se cocía el pan, nosotros majábamos las almendras y ella preparaba la masa y los moldes.

Cuando la abuela trabaja en la cocina, la casa está en silencio; solo se oye de vez en cuando el ruido de algún caldero que sale o entra en el fregadero. A veces sé lo que está haciendo por los deliciosos olores que pasean por las habitaciones. Algunos se han quedado guardados en mi nariz para siempre y los reconozco, aunque no esté en La Gomera.

—¿Crees que tenemos una cajita especial en la nariz para guardar los olores de tu comida, abuela?

Y mi abuela sonríe, mientras trabaja la masa sin parar. Es un momento mágico que aprovechamos para hablar con ella y pedirle que nos cuente historias de su infancia o de sus antepasados.

—Ayer nos dejaste con la palabra en la boca, abuela, y después te olvidaste de terminar la historia de Cristóbal Colón y de su paso por La Gomera —le dije con cierto reproche.

Y la abuela contestó:

—¡Ah, sí!, Colón pasó cuatro veces por aquí. Pero no se crean ustedes que venía solamente a cargar sus barcos o a coger las corrientes que lo llevaban hasta América; también lo hacía para ver a su enamorada, la hermosa Beatriz de Bobadilla, que era la viuda de Hernán Peraza.

—¿Quién era Hernán Peraza? —pregunté.

En seguida respondió mi primo:

—Ese era un abusador prepotente, al que le pasó lo que les pasa a todos los abusadores.

La abuela pareció interrumpirle, diciendo:

—¡No seas exagerado! La historia comienza mucho antes... De la fecha exacta no me acuerdo, pero si ustedes, que tienen más memoria, me ayudan, podemos saber el año en que comienza. Díganme: ¿se acuerdan en qué año se descubrió América?

—En 1492 —dijimos los dos a la vez.

Con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, la abuela continuó:

—Pues aproximadamente diez o doce años antes, el conquistador de Gran Canaria llamado Juan Rejón murió en la playa de Hermigua, en un enfrentamiento con los soldados de Hernán Peraza, que en esa época era un joven muy guapo y muy guerrero. También se cuenta de él que tenía un carácter parecido a como lo describe Artemi.

—¿Por qué Hernán Peraza luchó contra Juan Rejón? —volví a preguntar.

—Seguramente pensaba que venía a robarle algo de su isla —contestó Artemi.

Y la abuela volvió a interrumpirle.

—Yo no he leído eso en la historia, pero sí sé que, a consecuencia de esa muerte y de todos los desmanes que cometía en la isla, Hernán fue llamado por los Reyes Católicos de España y obligado a que se presentara en la Corte para recibir su merecido.

Pero su juventud y su palabrerío debieron caerle muy bien a los reyes, que, además de no castigarlo como merecía, parece que le dieron como premio la mano de la bella Beatriz de Bobadilla, que era sobrina de la secretaria de la reina Isabel.

Después de la boda se volvieron a La Gomera y se instalaron en la Torre del Conde.

—¿Y tuvieron hijos?

—¡Sí, claro que tuvieron hijos, pero esos gatos pertenecen a otra historia! —contestó mi primo, cortando la pregunta para que la abuela siguiera contando.

—Algunos historiadores aseguran que Cristóbal Colón y la bella Beatriz se conocieron en la corte y que desde esa época data su amistad. Bueno, a veces se me olvidan algunos datos y confundo los nombres... Creo que debo volver a leer los libros de historia...

La abuela dejó de hablar por unos minutos y salió disparada a controlar la temperatura del horno y darle vueltas al pan.

Poco después siguió con su conversación:

—Volviendo al joven Hernán Peraza... Cuentan que, a causa del buen trato recibido en la Corte (solo fue amonestado), en lugar de calmar su ímpetu y hacerse generoso, volvió más prepotente y cruel.

Desde entonces le dio por acosar a las jóvenes gomerías, especialmente a la bellísima Iballa, prometida de un guerrero tinerfeño llamado Ajeche.

Los gomerías estaban tan hartos del comportamiento cruel de Hernán Peraza que aprovecharon uno de los encuentros con la joven Iballa para urdir un plan que acabara con su vida.

Dice la historia que en la cueva de Guajedún, que está por la carretera que sube a nuestro pueblo, tuvo lugar un enfrentamiento entre Hupalupa, padre de Iballa, su hijo Hautacuperche y Hernán Peraza... ¡Y ya saben ustedes a quién le tocó perder esa vez...!

Artemi, aclaró:

—Guajedún está cerca del letrero que dice: «La Degollada de Peraza». Yo he visitado la cueva varias veces con el maestro. Muy cerca está también el risco de Hila con una cruz, que recuerda todas las muertes de esa época. ¡Ah!, *degollada*, según el maestro, es una garganta que permite el paso entre montañas. Eso quiere decir que no se llama «degollada» porque degollaron a Peraza, sino porque es un llano que permite subir al monte y venir a nuestro pueblo.

La abuela retomó la palabra:

—Después de morir Hernán Peraza ocurrieron un montón de desastres para nuestros antepasados. Beatriz de Bobadilla vengó la muerte de su esposo y los sucesos fueron tan tristes, que es mejor no contarlos.

—¿Y qué le pasó a Iballa? ¿También la mataron como a las otras princesas canarias?

—¡Nooooo! ¡A ella no la mataron! Su padre Hupalupa tenía preparada su huida. Dicen los libros de historia que se fue a Tenerife con su novio Ajeche, que se casaron y tuvieron muchos hijos; aunque no fueron felices ni comieron perdices...

—¿Por qué?

Y después de un silencio largo, del tamaño de tres notas redondas, la abuela dijo:

—¿Recuerdan aquellas canciones que les enseñé cuando eran más pequeños y que cantábamos en Navidad?

—Sí que lo recuerdo, abuela —contesté.

Y Artemi añadió:

—¡También me acuerdo de que nosotros te acompañábamos con las chácaras y los tambores!

—¡Pues vamos a ensayar la letra para cantarla en la próxima romería de la Virgen del Paso!

Y el recuerdo de la música iluminó el día y se borraron todos los cuentos tristes...

Deja que cante el tambor
y las chácaras contesten.
Deja que el silbo sea voz
y siga dormido el Teide.

¡Qué bonita es mi isla
de La Gomera.
Con sombrero de brumas
que la refresca!

Monte verde, mar azul,
palmerales y barrancos,
silba el viento y silbas tú,
y el agua siempre cantando.

¡Qué bonita es mi isla
de verde monte,
bajo niebla aromada
crecen sus flores!

Después de repetir la canción dos veces, la abuela consideró que estaba suficientemente ensayada y siguió hablando, sin que se lo pidiéramos y como si nadie la escuchara.

—Lo cierto es que el paso de Colón y su descubrimiento de un Nuevo Mundo transcurrió como una etapa muy dolorosa y a la vez esperanzada para

los canarios. Solo la historia, que es un juez implacable, se ha encargado de ir explicando poco a poco lo acontecido en esos años; aunque aún queda mucho que investigar y explicar. El abuelo, que era un gran aficionado a leer, decía que la historia iba encajando, despacito, pero sin pausa, todas las piezas de un puzle sin nombres.

—¿Qué pasó con Beatriz de Bobadilla? —pregunté yo.

Mi primo, que estaba siempre al acecho, contestó rápido como un rehilete.

—¿Qué va a pasar? Seguro que murió tan amargada como había vivido, y a eso le tenemos que sumar que debía estar siempre encerrada por temor a que algún isleño la matara.

—¡Pobrecilla! —dije yo.

—¡Sí, pobrecilla, siempre encerrada en esa torre como en una cárcel! —contestó la abuela.

Y enseguida comenzamos a llenar los moldes para meterlos en el horno.

1.19. De Juana Catalina. La última bruja de Canarias y sus descendientes en el siglo XXI... y otros cuentos (2012)

Las brujas del siglo XXI

Lila no se atrevía a comentarlo con nadie, ni siquiera con Susa, que era su amiga y confidente. Tampoco con su madre. ¿Cómo iba a decirle que Artemisa, la vecina del chalet de al lado, era una bruja? Nadie la creería. Ya se estaba imaginando los comentarios: «¡Ay, ay, ay! ¡Cuánta imaginación tiene esta niña!».

¿Y si se lo contara a su abuela? ¿Qué diría si se enterara? Estaba convencida de que se asombraría y después iba a pasear por la casa diciéndoles a todos: «¡Esta chiquilla lee demasiados cuentos!».

Definitivamente, no podía confiar en nadie hasta no tener las pruebas necesarias.

La primera vez que vio a Artemisa se preguntó: «¿De dónde habrá salido esta mujer tan rara? ¡Es una estrambótica!, como diría mi abuela. ¡Y qué maleducada! Ni siquiera me ha contestado el saludo... Bueno... puede que no me viera».

Días después casi tropieza con ella en el jardín. Iba vestida con un batilongo malva a juego con los ojos, los labios y uñas; y sobre su espalda colgaba una especie de mochila por donde asomaban las cabezas de un montón de gatos recién nacidos. A Lila le pareció

que los gatos también eran malvas y que se parecían un poco a su dueña...

—¿Quiere que le ayude, señora? —le preguntó en un intento de parecer amable, pero ella la rechazó con una mueca y siguió su camino.

Las excentricidades de su vecina no dejaban de sorprenderla: hablaba con los gatos como si fueran niños, acariciaba a las flores, hacía comentarios premonitorios que asustaban...

Además, por lo que ella había leído sobre las brujas, Artemisa encajaba perfectamente en el modelo. Y no solo por su aspecto físico cambiante, como por ejemplo que unas veces parecía alta y distinguida, y en otras ocasiones creía que estaba ante una pordiosera; o que sus ojos cambiaban de color y los mostrara un día como trocitos de cielo y al siguiente brillaran oscuros como charcos en las noches de luna.

Tenía también otras cualidades que la identificaban muy claramente y que ya se encargaría de darlas a conocer.

Decidió entonces pasar a la acción y observar más detenidamente a su vecina. Lo primero que hizo fue comprar un bloc para ir anotando todas las cosas extrañas que hacía. ¡Con lo que a ella le gustaba escribir! Estaba convencida de que esa era la única forma de que la creyeran.

Y tal como lo pensó, lo hizo:

1.ª NOTA

La urbanización se ha despertado con un hedor insoportable. Mi madre y mi abuela están convencidas

de que proviene de las fumigaciones de las huertas, pero yo creo que sale de la casa de Artemisa.

Para asegurarme, doy una vuelta por el jardín y me acerco a la ventana de su cocina por donde creo que sale el desagradable olor. Y... ¡Oh! ¡Sorpresa...! La veo de pie ante una especie de caldero, muy parecido a una olla exprés, mezclando toda clase de potingues que sacaba de los estantes.

En cuanto me vio a través de los cristales, me dijo, sin ningún reparo:

—¿Quieres entrar? Estoy haciendo un repelente natural para que no se acerquen a mi casa los bichitos curiosos.

—¡Oh, no... pasaba por aquí! —dije casi tartamudeando, y me fui corriendo a mi casa a confiárselo a mi abuela.

POSDATA

Estuve todo el día molesta con Artemisa porque me llamó «bichito curioso». ¿Qué se habrá creído? ¡Ella sí que es un bichito extraño...!

Pero al día siguiente me di cuenta de que había malinterpretado sus palabras y casi le pido perdón. Lo de «bichitos curiosos» no se refería a mí, sino a la plaga de hormigas que se había apoderado de la urbanización. Y es que nada más despertarme por la mañana escuché esta conversación entre mi madre y mi abuela:

—¿Te has dado cuenta de que la plaga de hormigas ha desaparecido?

—¡Por fin, menos mal que ya se acabaron los paseos de esos bichitos, porque eran insoportables!

—Esta Artemisa es genial. ¿Te acuerdas cuando acabó también con aquella plaga de cucas que nos tenían asqueadas?

—¡Claro que me acuerdo! Esa mujer es muy sabia y conoce todos los secretos de la naturaleza.

2.^a NOTA

¡Qué amable está hoy Artemisa! ¡Parece una mosquita muerta! ¿Qué querrá ahora? Me ha saludado con una sonrisa gatuna... ¿Qué le estará diciendo al jardinero?

Para contestar a todas las preguntas que hacían mis pensamientos, me acerqué a ellos y escuché cómo Artemisa insistía para que le enseñara a manejar las llaves del agua y las mangueras que regaban el jardín.

—¡Ese es mi trabajo! —le contestó el jardinero un poco molesto.

Pero ella volvió a la carga:

—Sí, ya sé que es su trabajo, que además lo hace muy bien. ¡No hay más que ver cómo están las flores de bonitas! Pero, ¿qué pasaría si usted se enferma? ¿Qué sería de nuestras plantas?

—Oiga, yo estoy muy sano.

—¡Claro que sí! ¡Ojalá siga así muchísimo tiempo, aunque nadie está libre de accidentes!

El jardinero la miró como si fuera una extraterrestre y, con un gesto de fastidio, comenzó a explicarle el funcionamiento del riego...

—¡Ven, Lila! —me llamó Artemisa con mucha amabilidad, como si fuera mi amiga más querida. Y a continuación añadió:

—Aprende conmigo para que me ayudes a regar.

Cuando el jardinero se fue, Artemisa y yo, en un intento de aprender a manejar las mangueras, abrimos todas las llaves del agua y en unos segundos la lluvia que salía en todas las direcciones llenó el jardín de arco iris...

POSDATA

Me enteré de que ayer, al salir del trabajo, el jardinero tuvo un accidente con la moto y se rompió una pierna. Me sorprendió tanto que pregunté a mi abuela:

—¿Y cómo sabía Artemisa lo que iba a pasar?

Ella me contestó con una sonrisa:

—¡Es que nuestra vecina es muy lista! Seguramente lo vio empinando el codo.

—¡Ay, ay, ay! ¡Otro dicho de mi abuela! —pensé. Y corrí a buscar las palabras en el diccionario.

Al fin las encontré: *empinar* quiere decir «levantar en alto» y «ponerse sobre las puntas de los pies»... y *codo* significa «parte posterior y prominente de la articulación del brazo con el antebrazo» y también «pieza de tubería».

Ya tengo el significado de las dos palabras, pero no consigo saber qué tiene que ver «empinar el codo» con que Artemisa supiera lo del accidente. Así que no me quedó más remedio que preguntarle a mi abuela:

—¿Qué significa «empinar el codo»?

—Quiere decir que nuestro jardinero bebe demasiado.

—¡Ahhh! ¡Sí, ahora lo comprendo...! ¡Si bebe mucho, más tarde o más temprano iba a tener un accidente! ¡Cuánta razón tienes, abuela! ¡Qué lista es Artemisa!

3.^a NOTA

Los gatos de Artemisa han estado maullando toda la noche y no han dejado dormir a los vecinos. Algunos se han levantado con dolor de cabeza y de muy mal humor.

Mi padre ha ido a quejarse a su casa y ella le pidió disculpas con estas palabras:

«Le ruego que perdone a mis gatos, ¡pobrecillos! Son unos animalillos muy sensibles a los cambios climáticos. Algo extraño está pasando con el clima. Tengo que estudiar un poco más las líneas isobáricas y la presión de estos días para conocer lo que está tramando la naturaleza».

Mi padre se quedó tan conforme con la explicación que le dio Artemisa, que ha estado hablando maravillas de ella; y hasta se le quitó el dolor de cabeza con un brebaje que le dio... ¿No lo habrá hechizado? ¡Tengo que estar más atenta...!

POSDATA

El mismo día de los maullidos, Artemisa ha contratado por su cuenta a varios trabajadores para que limpien urgentemente los desagües de la urbaniza-

ción; y eso que estamos en pleno mes de julio con un tiempo maravilloso.

Un vecino comentó:

—¡El llanto de los gatos ha debido afectar el cerebro!

OTRA POSDATA

Anoche, de improviso, se produjo una lluvia tormentosa que inundó las urbanizaciones de la zona. Solo la nuestra se mantuvo intacta...

4.^a NOTA

La casa de Artemisa se ha llenado de amigos tan estafalarios como ella. Han desplazado de la piscina a todos los habitantes de la urbanización.

Mi madre comenta resignada:

—¡Menos mal que sus fiestas solo duran unos días!

—¡Es que si sus fiestas durasen más tiempo, los vecinos protestarían! —le contestó mi abuela.

Al atardecer, Artemisa y sus amigos formaron un círculo junto a la rosaleda, cantaron y bailaron canciones de mayores. Luego se lanzaron a la piscina con alegres chapoteos.

Después se produjo un silencio preocupante. Me asomé a la ventana y solo pude escuchar los alegres graznidos de una bandada de gaviotas...

5.^a NOTA

Hoy escuché en la piscina un montón de comentarios sobre los vecinos y, como siempre que chismorrear, salió a relucir el nombre de Artemisa:

¡Que si el vecino del *bungalow* catorce es un mal hablado y un prepotente!

¡Que si es un machista irrespetuoso!

¡Que si llamó vieja loca a la vecina del veinte!

¡Que si llamó gorda estúpida a la mujer de la limpieza!

¡Que si alguien debería «pararle los pies»!

¡Que si Artemisa, que es muy diplomática, debería «cantarle las cuarenta»!

¡Y dale...! Otra vez tuve que preguntarle a mi abuela el significado de dos frasecitas de las suyas:

—¿Qué quiere decir «pararle los pies» y «cantar las cuarenta»?

Ella me explicó que el primer dicho significaba enfrentarse a él y afearle su conducta con las palabras adecuadas. Y el segundo era prácticamente lo mismo: había que decirle algo muy fuerte, que le doliese, para que no siguiera insultando a *diestro* y *siniestro*.

—¡Hay que ver cómo hablan las personas mayores! ¡Menos mal que ya sé que diestro es derecho y siniestro significa izquierdo!

POSDATA

Me enteré de que el vecino maleducado ha sufrido un ataque de hipo y lleva siete días hipando sin parar. ¡Pobrecillo! Ha prometido que, si le desaparece

el hipo con el brebaje que le hizo Artemisa, nunca más volverá a molestar a una mujer.

¿Se imaginan siete días hipando? ¡Hip... hip... hip...!

Estoy segura de que eso es cosa de Artemisa, que le «ha cantado las cuarenta» y le ha «parado los pies» de una sola vez.

6.^a NOTA

Artemisa me ha invitado a merendar en su casa.

Me he quedado muy sorprendida con la visita. No parece que viva como las brujas de los cuentos. Tiene una casa espaciosa con muchos jarrones de colores y helechos que cuelgan en los pasillos.

A la entrada, en la pared del pequeño recibidor, hay pintado un precioso almendro en flor.

—¡Parece de verdad! —le digo sorprendida.

Y ella sonrío divertida y contesta:

—Es mi árbol genealógico.

Viendo mi cara de sorpresa, añade:

—Es una historia muy larga, porque recoge todos los nombres de mi familia, pero la próxima vez que vengas a merendar, te la contaré. Ahora vamos a seguir viendo la casa...

Lo que más me llamó la atención fue la biblioteca llena de libros. Ella me aseguró que los había leído todos, incluso los gordísimos.

A continuación de la biblioteca había un cuarto lleno de ordenadores:

—¡Son aparatos para trabajar! —me dijo, cuando vio la sorpresa reflejada en mi rostro.

Las paredes estaban llenas de títulos y diplomas y en uno de ellos decía: «Doctora en Química».

—¿Tú eres doctora? —le pregunté.

—Sí.

—¿Puedes curar a los enfermos?

—Bueno, yo no soy una doctora de las que tú conoces, yo hago medicinas para curar a los enfermos.

—¿Y cómo se hacen las medicinas?

—De muchas formas. Unas se hacen mezclando diferentes productos químicos y otras solo con hierbas, aunque la mayoría se fabrican mezclando la química con las hierbas.

—¿Qué medicinas haces tú?

—Yo hago medicinas con productos naturales. Mi abuela, que conocía muy bien los efectos de las hierbas, me enseñó a utilizarlas. Después, estudiando en los libros, aprendí su poder y la ayuda que podían prestar para curar muchas enfermedades.

—¿Tú eres una bruja de las que hacen brebajes y pociones? —le pregunté de sopetón.

Y ella rio con una risa de primavera que llenó la casa con sonidos de colores.

—¡Sí, yo soy una bruja que hace brebajes y que conoce muchos secretos de la naturaleza! —me contestó sin dejar de reír.

Con la confianza de una amiga, seguí preguntándole:

—¿Cuándo vas a trabajar, si estás siempre en casa?

—Es que yo trabajo en el laboratorio que tengo aquí. ¡Ven a verlo! —me dijo. Y la acompañé al lugar donde hacía sus mezclas y pociones.

¡Qué interesante! Parecía una cocina supermoderna, de esas que aparecen en las revistas de moda.

Ese día aprendí que la olla para hacer mezclas se llama *crisol*; que de algunas medicinas tienes que tomar lo justo para curarte porque si te pasas un poquito puedes enfermarte de gravedad; y que respetar a la naturaleza es muy importante para vivir sana...

También aprendí el nombre de algunas hierbas que viven cerca de mi casa y que mi abuela toma convertidas en medicinas.

Después Artemisa me pidió que la ayudara a preparar bollos de anís para merendar. La forma de hacerlos estaba escrita en una receta especial que había sacado de un libro de cocina de su abuela.

¡Qué ricos y qué fáciles de hacer! Solo tuvimos que mezclar huevos, leche, harina y unos granos de matalahúva que estaban remojados con un licor...

No pude evitar comentarle:

—Mi abuela también los hace de vez en cuando... Pero estos que hacemos nosotras son mucho más suaves y ricos...

Artemisa debió equivocarse con las cantidades de la mezcla, porque nos salieron tantos bollos, que toda la vecindad merendó con ellos. Hasta fuimos a llevárselos al vecino maleducado, el que sufrió el ataque de hipo. ¡Y no saben lo bien que nos trató! Si mi abuela lo hubiese visto así de amable, comentaría:

«¡Qué mansito, se le cae la baba de bueno que parece!».

Miraba a los ojos de Artemisa tan embozado que, cuando salimos, comenté con ella:

—¡Ese hombre parece que está enamorado de ti!
¿Te vas a casar con él?

En esos momentos, sus carcajadas sonaron a campanillas madrugadoras y, a pesar de que era al atardecer, el día se iluminó como si amaneciera.

¡Qué guapa me pareció Artemisa en esos momentos! ¡Parecía una mamá enamorada y feliz!

Ya no tengo ninguna duda, mi vecina es una bruja...

¡Claro que es una bruja! Pero no una corriente, de esas que hablan en los cuentos, sino una señora bruja: guapa, inteligente, buena...

¡Me gusta ser su vecina!

Cuando sea mayor, quisiera parecerme a ella...
¡Si me enseñara! ¡Claro que para eso debo estudiar muchísimo y leer todos los libros que ha leído ella!

¡Uff... qué sueño tengo...!

Pero debo comenzar a leer ya mismo...

Fin del diario...

La zahorina

Susa y Lila estaban dispuestas a desenmascarar a todas las brujas que se pusieran en su camino. Habían leído tantas historias sobre ellas, que lo sabían casi todo.

Aquel día llegó a sus oídos que Magdalenita, la que vivía en la plaza, era una zahorina.

—¿Tú sabes qué es una zahorina? —preguntó Lila interesada.

Y Susa le contestó:

—La zahorina es una bruja diferente al resto de las brujas. En el diccionario dice que es la persona

que tiene la facultad de descubrir todo lo que está oculto, incluso lo que está debajo de la tierra.

—¿Pero es o no es una bruja? —insistió Lila interesada.

—No es que sea una bruja de las que hacen magia como las demás, pero también es bruja. ¿Cómo si no podría hacer lo que hace?

—¿Y qué hace?

Después de pensarlo un poquito, Susa titubeó y añadió:

—¡No lo sé! ¡La verdad es que nunca he visto ni oído hablar de sus prodigios...!

En vista de los pocos conocimientos que tenían sobre aquella bruja tan cercana, decidieron acecharla en las vacaciones. Para ello instalaron su rincón de juegos justo delante de la puerta de su casa. El hecho de que Magdalenita viviera frente a la plaza facilitaba la investigación porque les permitía, en medio de sus juegos, tomar buena nota de todo lo que pasaba.

Después de una semana de asedio, se dieron cuenta de algunos misterios inexplicables, que anotaron debidamente:

1. Nadie entra ni sale de la casa.
2. No compra el pan ni el periódico.
3. No se oyen ruidos que hagan imaginar que allí vive alguien con los poderes de una bruja.
4. No recibe la visita de amigas.
5. El único signo de que hay vida en la casa es la apertura diaria de la ventana que da a la calle.

—¿Qué le pasa a esta mujer? ¿Qué hace todo el día encerrada dentro de la casa? —comentó Susa molesta.

—Algo debe hacer. No puede estar todo el día con los brazos cruzados o viendo la televisión —contestó Lila.

—Creo que tiene una huerta, gallinas, un perro, un gato...

—Sí, pero además debe tener otra ocupación... ¿Cuál?

Acordaron pasar a la acción. Susa propuso subirse a una silla y mirar por la ventana directamente. Lo echaron a suertes y le tocó a Lila ser la primera en husmear el paisaje del interior; y como no había peligro, Susa también subió a la silla para comentar juntas el panorama:

—¡Cuántos libros!

—¡También tiene dos ordenadores!

—¿Para qué los querrá?

—¡Hay más libros que en la biblioteca del colegio!

—¡Uff... muchos más! Tantos como en la biblioteca municipal y la del colegio juntas.

—Los muebles son de cuero, como en el despacho del médico.

—La mecedora se parece a la de mi abuela...

De repente, la puerta que comunicaba el salón con el resto de la vivienda comenzó a abrirse. Las dos chiquillas saltaron a la plaza como movidas por un resorte. Con la silla a cuestas, corrieron por ella con mucho disimulo, parecía que jugaban al escondite.

Los comentarios sobre el contenido del salón les ocuparon el resto de la tarde: «¡Que si parece una

sala normal!», «¡Que si es una bruja un tanto rarita!», «¡Qué hará durante el día...!».

Los días siguientes fueron de un aburrimiento continuo. Siempre que las niñas miraban en el interior de la casa, veían a Magdalenita trabajando en la huerta, o sentada en su mecedora leyendo o trabajando en el ordenador. No reparaba en ellas porque estaba de espaldas a la ventana para aprovechar la brillante luz que entraba.

Las chiquillas estaban a punto de abandonar la investigación por falta de interés, cuando la escucharon hablar por teléfono:

—¡Sí, de acuerdo, señor alcalde!

—¿Dónde le espero?

—¿Y dónde está ese lugar?

—¡Ah, ya sé, está muy cerca de La Rosaleda!

—¡A las nueve en punto estaré allí!

—¡Esa es nuestra oportunidad! —dijo Susa.

Y las dos amigas quedaron para verse al día siguiente junto a La Rosaleda.

Un poco antes de las nueve, Susa y Lila ya estaban en el lugar. Llegaron puntuales y expectantes. En seguida vieron aparecer al alcalde, a dos concejales, a varios policías y a cuatro niños de la pandilla del barrio.

—¡No sé cómo se habrán enterado estos! —protestó Susa en cuanto los vio detrás del cortejo municipal.

Minutos después llegó la zahorina vestida de negro y con un bolso de piel en la mano.

—¡Vámonos detrás de ella para que los demás piensen que la acompañamos! —propuso Susa y Lila la siguió muy dispuesta.

La zahorina saludó a los presentes con un apretón de manos y sonrió a los niños. Después colocó el bolso sobre una piedra y comenzó a sacar de él tantas cosas que parecía imposible que cupieran allí: una libreta, un bolígrafo, un termómetro, un pañuelo para la cabeza, unas zapatillas, una rebeca y unas ramas de olivo con la forma de un tirachinas...

Con mucha diligencia se calzó las zapatillas, se puso la rebeca, cubrió su cabeza con el pañuelo y cogió las ramas de olivo con las dos manos, como si llevara algo muy valioso y temiera perderlo. Luego ordenó a los presentes: «¡En marcha!».

La zahorina, seguida de la comitiva que la acompañaba, caminó de acá para allá, sin rumbo fijo, hasta que, de pronto, los extremos de las ramas, que se asemejaban a un tirachinas de juguete, se movieron, como queriendo hundirse en la tierra. Entonces ella, que lo agarraba con fuerza, casi gritó:

—¡Aquí, marque aquí!

Un concejal marcó con yeso blanco el lugar que ella señalaba y siguió pintando el suelo a sus órdenes:

—¡Marque también aquí! ¡Y aquí!

Durante horas caminaron de un lado al otro, sin ningún plan organizado, hasta que la zahorina dijo:

—¡Se acabó! ¡Eso es todo!

Y se marchó tan tranquila, dejando a las chiquillas desconcertadas:

—¿Tú entendiste algo? —preguntó Lila.

—¡No! Y tampoco pude ver lo que hacía porque el alcalde y un concejal se pusieron delante y no me dejaban ver nada.

—¡Vamos a preguntarle a mi madre!

—¡Sí, vamos! ¡A lo mejor ella sabe más cosas sobre una zahorina!

La mamá y la abuela de Lila sabían muchas cosas sobre Magdalenita la Zahorina:

—Es una mujer muy inteligente y sabe dónde están las corrientes de aguas subterráneas. ¿Que cómo lo sabe? Seguramente lo habrá estudiado o lo aprendió de sus antepasados. De alguna forma, ella sabe cuándo hay agua y señala con su ramita los puntos por donde se debe perforar el suelo para que salga.

El agua es muy necesaria en nuestro pueblo y por eso le han pedido que la busque.

Las dos amigas no parecían muy conformes con las explicaciones y comenzaron su propio debate:

—¡Sí...! ¿Y cómo sabe ella lo que hay debajo de la tierra?

—¡Porque es una bruja!

—Pero no hace magia como las brujas...

—Seguramente los libros que lee son de conjuros y brujería...

—¡Qué raro! ¿Qué tramará con tanta lectura?

—¡Tenemos que averiguarlo!

La idea de conocer como fuera el contenido de los libros que leía la zahorina, las mantuvo interesadas varios días.

La ocasión se les presentó una mañana, cuando la vieron salir camino del ayuntamiento dejando la ventana abierta. Sin pensarlo dos veces, se colaron en su salón.

Ya dentro, con sus corazones latiéndoles con fuerza, leyeron los títulos de los gruesos libros que había

sobre la mesa y en los estantes: Geología, Rocas, Subsuelos, Volcanes, Orografía, Geografía...

—¡Qué palabras más raras, las únicas que conozco son *geografía, volcanes y rocas!*

—¿Serán libros de magia?

—¡Uff! ¡Son libros gordos para mayores!

—¡Vámonos! —dijo Susa, que ya estaba un poco cansada de su investigación.

Pero en el preciso instante en que iban a salir, escucharon voces que se acercaban y sintieron cómo se abría la puerta de la calle. Sin tiempo para huir, se metieron dentro de un ropero ancho que había junto a los estantes y esperaron...

La zahorina entró en el salón acompañada del alcalde y de otra persona desconocida. Ella explicaba con mucha seguridad cómo tenían que hacer las catas para sacar el agua, a qué profundidad y los espacios que debía haber entre ellas. El desconocido contestaba con un lenguaje incomprensible para las niñas.

En el momento de despedirse, el alcalde comentó:

—Señor ingeniero, esta mujer es muy lista, sabe de todo. Estoy seguro de que conoce el futuro de las personas leyéndoles la mano.

Después se dirigió a la mujer y le dijo:

—Dígame, doña Magdalena, ¿qué dice mi mano?

Las niñas vieron cómo el alcalde extendía su mano en dirección a la mujer y cómo esta lo rechazó, al contestarle con un gesto desdeñoso:

—Yo no necesito leer su mano para saber el futuro que le espera.

El alcalde insistió majadero:

—Dígame, mujer, ¿qué ve en la palma de mi mano?

Y la mujer, con una sonrisa gatuna, le contestó:

—No me gusta dar malas noticias, pero debería poner sus papeles en orden porque muy pronto perderá el bastón de mando.

Las niñas no pudieron ver la cara del alcalde, pero escucharon su risa nerviosa desde la puerta.

Por suerte, después de que se marcharan sus visitantes, la zahorina se metió en el baño. En esos momentos las niñas saltaron por la ventana como conejillos asustados y corrieron a casa de Lila para preguntarle a su mamá:

—¿Qué quiere decir: «perder el bastón de mando»?

—Eso significa que perderá el poder y dejará de ser alcalde.

Una semana después, Susa se acercó a la casa de su amiga Lila para comunicarle que habían cesado al alcalde: tal y como había pronosticado la zahorina.

—¡Esa sí que es una bruja de verdad! —comentó admirada.

A Lila, en cambio, no le quedó muy clara la idea, porque en seguida preguntó a su amiga:

—Sí, ya sé que adivina el porvenir y sabe dónde se encuentra el agua, pero me queda una duda sobre su poder.

—¿Qué duda?

—Si ella conoce todas las cosas ocultas, ¿por qué no descubrió que nosotras estábamos dentro del ropero?

Y las dos amigas, un poco decepcionadas, se fueron en busca de otra bruja un poco más honesta.

El aquelarre

En la Noche de San Juan, la pandilla de Toni había tocado en casi todas las puertas del pueblo pidiendo a los vecinos trastos viejos para hacer su hoguera.

Entusiasmados con su trabajo, se les pasó el tiempo, y la noche se durmió sobre ellos en un pis-pas.

—¡Vámonos ya, que hay que encender la hoguera! —dijo uno.

—¡Sí, sí! ¡Vámonos! —asintieron los demás.

Como estaban muy lejos de sus casas, Toni propuso:

—¿Qué les parece si cortamos por ese atajo?

La propuesta fue aceptada de inmediato, porque ya estaban muy cansados y no les importó que el camino cruzara por un descampado.

¡En mala hora! ¡Qué miedo pasaron en aquella oscura noche!

Acordaron caminar en fila india por una estrecha vereda repleta de zarzas y alumbrada solamente por una luna faro, que de vez en cuando guiñaba su ojo luminoso. De pronto, una nube apagó la luna, arreció el viento y comenzó a garujar...

Por unos minutos los chiquillos se quedaron en la más completa oscuridad, pasmados, rezando, agarrados unos a otros como esperando un milagro.

Menos mal que uno dijo:

—Se acaba de encender una luz muy cerca de aquí, ¡acerquémonos a ella!

Y a tientas, despacito para no riscarse por aquellos andurriales, se fueron acercando a la luz...

Cuando estaban a punto de llegar, escucharon unas extrañas risas. Se pararon un poco desconfiados, tratando de ver lo que estaba pasando delante de sus ojos, y se quedaron fascinados...

Un grupo de mujeres daba vueltas y más vueltas alrededor de una hoguera que ardía bajo la lluvia. Cada una llevaba una especie de antorcha en la mano y gritaba en alto:

—¡Que cese la lluvia!

—¡Que cese el viento!

En medio de los cánticos se oían ráfagas de risas y extrañas frases que los niños no escuchaban bien. Algo así como:

—¡Arriba... arriba...!

—¡Ven, veeeeennn...! ¡Ja... ja... ja...!

A la vez que daban vueltas y cantaban, iban echando sobre las llamas un polvillo que avivaba el fuego y chisporroteaba en el aire simulando estrellas doradas.

—¡Son brujas! —exclamó muy bajito uno de los niños.

Y los demás asintieron embobados.

Ninguno podía apartar la vista de la hoguera. Se quedaron traspasados, alielados, como hipnotizados por la magia que se derramaba. El lugar se llenó de un extraño brillo que producía una sensación inexplicable...

Por unos momentos parecían pajarillos pintados en el aire: sin moverse, sin hablar y respirando solo lo justo para que no los descubrieran.

Sin saber cuándo ni cómo, dejó de llover. Se calmó el viento y la luna volvió a iluminar el camino. ¡Casi parecía un milagro!

Con un susurro, Toni, que era el más enterado, dijo:

—¡Es un aquelarre!

—¿Y eso qué es?

—Es una fiesta de brujas. Se reúnen para hacer magia.

En esos instantes de la conversación, la hoguera de las brujas comenzó a crecer y a crecer en una intensa llama y los niños se vieron envueltos en un desagradable olor a azufre y a huevos podridos...

—¡Qué peste! —comentó uno de los niños a punto de vomitar.

—¡Es el olor del Diablo!

Al oír ese nombre terrible, los chiquillos soltaron con gran estruendo los trastos que llevaban a cuestas y corrieron todo lo que les daban las piernas, hasta llegar a las primeras luces del pueblo sin apenas resuello. Cuando se encontraron seguros bajo la protección de los vecinos, volvieron la vista atrás y la hoguera había desaparecido, pero sobre sus cabezas sonaron amenazadores graznidos.

Una semana después, los niños seguían consternados.

¡Tal vez por eso Toni no se atrevió a confesarles que todo fue producto de un malentendido!

¿Cómo explicarles, con las caritas de susto que aún tenían, que el terrible olor, que casi los hace vomitar, era el de la bomba fétida que guardaba en su bolsillo para lanzarla en la hoguera de las chicas?

De lo que no estaba seguro era de si las brujas que bailaban alrededor de la hoguera eran de verdad o se trataba de la pandilla de su hermana mayor, que había celebrado la Noche de San Juan en las afueras del pueblo...

El Tragaldabas

Sucedió hace mucho, muchísimo tiempo...

Lo llamaban Tragaldabas porque se alimentaba de todo lo que se movía sobre la tierra. Lo que más me llamaba la atención al verlo, era el descomunal tamaño de su boca oscura y profunda, siempre en movimiento, como una potente máquina que aspira sin descanso o como una segadora sin control.

Su cuerpo gigantesco parecía hecho de goma o de chicle, tal era su facilidad para moverse.

Algunos decían que era el hijo de un gigante y una ogra y que fue abandonado en el bosque. Creció allí, como un pequeño monstruo agazapado entre los árboles.

Cuando se cansó del bosque y se dedicó a conocer el mundo, solo comía las plantas y frutas que encontraba en su camino. Creyéndolo vegetariano, los hombres lo dejaron vivir en las cercanías de sus casas y hasta le alcanzaban las sobras de comida para que no destragara los sembrados.

Mimado por la gente, Tragaldabas comenzó a comer y a comer sin control. Comió tanto que su cuerpo adquirió formas descomunales, ya no le bastaban las frutas y las verduras, ahora engullía también a cualquier animalillo que pasara por su lado. Después

se tendía panza arriba a la sombra de un árbol y se dormía con ronquidos insoportables.

—¿Has visto al Tragaldabas? ¡Parece que va a explotar!

—¡Sí, se ha comido mi cosecha de trigo!

—¡Y ha triturado todas mis palmeras...!

—¡Come más que una plaga de langostas y hormigas juntas!

La preocupación de los vecinos fue en aumento cuando comenzaron a desaparecer los animales domésticos:

—¡Que si me han desaparecido las tres vacas que pastaban en el cercado! —se lamentaba un granjero.

—¡También mis cabras! —lloraba el pastor.

—¡Y mis perros! —se quejaba el cazador.

—¿Con qué mantendré a mi familia?

—¿Qué comerán mis hijos?

El Tragaldabas engordaba a ojos vista, mientras los labradores de la zona se morían de hambre.

La situación había llegado a un estado insostenible: o el desaforado tragón dejaba de comer de aquella forma, o sus vidas corrían un serio peligro.

Urgía tomar decisiones. ¿Qué hacer? ¿Mudarse a otro lugar? Ni hablar de eso. Aquellas eran sus tierras y sus animales. No se moverían de allí...

Tampoco querían hacerle daño, ellos eran gente pacífica que convivía en paz.

¿Entonces...? ¡Ya sé, haremos lo siguiente...!

Un ronroneo malicioso corrió como la brisa entre los habitantes de la zona y todos quedaron de acuerdo en el sencillo plan.

Se presentaron a la hora de la siesta delante de Tragaldabas con todas sus colmenas rezumando miel y le advirtieron:

—¡No las toques ahora! ¡Espera unos días para comértela!

El goloso tragón no pudo aguantar el deseo y, tan pronto se fueron los labradores, comenzó a meter su ansiosa lengua en las colmenas...

¡Y ya se sabe que las abejas son muy suyas y no se las puede molestar con el calor del mediodía...!

Cuentan que al Tragaldabas le pasó algo parecido al lobo del cuento, que, angustiado por las picaduras de los insectos, se acercó un poco y se tiró de cabeza al agua.

¡Menos mal que no se ahogó! Pero no pudo salir y se quedó encerrado en aquella inmensa cueva vertical muchísimo tiempo. Tanto, que comenzó a enflaquecer y a encogerse porque solo bebía el agua del pozo y comía lo que le daban los labradores, que era solo lo justo para vivir.

Así, gracias a la dieta que le impusieron, se curó y volvió a compartir con armonía los alimentos, el sol, el agua... y las siestas silenciosas en las sombras...

1.20. De *Montañas de azúcar* (2013)

En aquel pueblo soplaban los alisios cargados de humedad, los contralisios fuertes y destructores; las brisas suaves; los sirocos ardientes como alientos del desierto y todos los vientos despistados que se acercaban al país.

¡Claro que con tantos aires navegando en tierra no había árbol que osara asomar la cabeza por encima de las vallas protectoras!

Los habitantes estaban desconsolados.

—¡Queremos un pueblo verde! —repetían una y otra vez—. Pero no uno cualquiera, queremos toda la gama del color: el verde intenso de los árboles, el verde tierno de las hierbas, el verde oscuro y brillante de las flores...

Los políticos se mostraban muy interesados con el problema y máxime en aquel momento que se acercaban las elecciones y debían animar a sus ciudadanos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntaron a los técnicos.

—Construyamos invernaderos de plástico que protejan a las matas de las embestidas del viento —dijo uno.

Pero enseguida fue desechada la propuesta porque la idea ya estaba inventada. Además, los invernaderos convertirían sus campos en un paisaje plano y cerrado y ellos querían un pueblo alegre y de colores.

—¿Y si hiciéramos protecciones de piedra para los árboles, que se asemejaran a casitas amuralladas?

—¿De dónde sacaremos las piedras en este lugar tan arenoso? Además, la idea tampoco es nueva —dijeron.

Y la opción fue desechada.

—Propongo rodear el pueblo con altas montañas que lo protejan del viento en sus cuatro puntos cardinales; así quedaría como un hermoso valle repleto de flora y fauna —aconsejó un tercero.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! —todos aplaudieron la propuesta, que quedó como definitiva, a pesar de que tampoco era nada original.

El nuevo problema que se suscitaba era cómo hacer las montañas con poco dinero y de forma que la mayoría de los habitantes quedasen contentos y dispuestos a votarlos en las elecciones que se avecinaban.

El alcalde y sus asesores patearon las calles de ciudades y pueblos en busca de una solución.

Recorrieron muchos caminos, hasta que por fin se fijaron en un feriante que vendía nubes de azúcar. El hombre, que parecía muy feliz, repartía ilusiones a un grupo de entusiasmados niños.

Al vendedor le bastaba un poco de azúcar y una máquina para construir sus golosas fantasías...

—¡Ya está! ¡Ya lo tenemos! —exclamó el alcalde.

Sus concejales y asesores le siguieron en la fantástica idea.

Lo primero era construir un aparato semejante al del feriante, pero a gran escala y con ciertas variantes que les permitiera hacer nubes de azúcar de aspecto consistente y con el color de la tierra húmeda.

Mezclaron compuestos y colorantes terrosos para obtener el efecto deseado e hicieron enormes bloques que esculpieron con maestría.

¡Y ya está! ¡Ya tenían la materia prima para construir sus sueños!

Poco tiempo después, la primera montaña se alzaba victoriosa, cubriendo con su majestuosa mole los vientos fríos que entraban por el norte.

Luego cerraron el paso a los vientos cálidos que entraban por el sur... Y en menos que canta un gallo, el pueblo se vio rodeado de una intrincada cordillera que cerraba el paso a todos los vientos que soplaban por la zona.

Entonces el pueblo entero, como empujado por una brisa de entusiasmo, comenzó a plantar árboles y plantas de todas las especies que conocían.

—¡Aquí plantaremos cocoteros! —decían unos.

—Aquí naranjos y plataneras —decían otros.

Cada cual plantó su flora preferida en los diferentes rincones.

Pronto las asocadas matitas comenzaron a alegrar el paisaje y se entrelazaron jubilosas en un entramado de verdes.

Un brillo ilusionado bailaba entre los vecinos, aunque el más satisfecho con la idea era sin duda el alcalde, que gozaba de una nueva elección y pretendía seguir en el gobierno hasta el final de sus días.

Pero... un verano soplaron los vientos asirocados, y al no poder entrar y salir por las calles del pueblo, como estaban acostumbrados, dejaron su sofocante carga de polvo en el interior del valle, convirtiéndolo en una olla a punto de explotar.

1.21. De *Mujeres con ingenio: Emprendedoras del siglo XX* (2013)

Las tenderas de El Cuarto. *Agustinita la de Gando*

Las tenderas de mi infancia tenían almacenes de experiencias y humanidad para vender y regalar, aunque las estanterías de sus negocios estuvieran vacías y cubiertas de polvo.

La más cercana a mi casa, además de la más vieja, era Agustinita la de Gando, que tenía un carácter de persona huraña y solitaria. Sin embargo, todos sabían de su talante solidario, de su generosidad y paciencia a la hora de cobrar sus débitos.

—¡Eh, chiquillos, no me molesten que es la hora de la siesta! ¡Váyanse a jugar a otra parte! —gritaba enfadada, blandiendo una escoba.

Nadie le hacía mucho caso, porque los niños éramos así, y porque sabíamos que era buena persona y jamás había pegado un escobazo.

Su tienda era muy vieja, y viejos casi todos los productos que tenía en sus estantes. Las telas de araña colgaban entre las cintas atrapamoscas cuajadas de masas indefinidas, entre las que se distinguían las de algunos perenquenes y lagartillos inexpertos. También colgaban del techo varias ristras de ajos y otras tantas de pimientos secos ya casi transparentes. Solo tres productos los tenía siempre frescos y de mucha calidad: las verduras, las frutas y el queso.

A mí me gustaba comprarle pirulines y caramelos porque ya estaban derretidos y se podían chupar o masticar sin que se quedaran pegados en los dientes.

Agustinita era una mujer singular. A la hora de la siesta entornaba la puerta de la tienda y se tendía en el suelo sobre una estera de palma; en menos de nada se dormía como un tronco. Y tan pronto los ronquidos traspasaban la puerta y llegaban a la calle, los niños aprovechábamos el momento para molestarla. Una vez, mientras yo esperaba educadamente, mi hermano empujó la puerta con todas sus fuerzas y le gritó:

—Agustinita, Agustinita, dice mi madre...

Ella se despertó sobresaltada, se enroló su largo pelo en un moño y, con una agilidad impropia de su edad, se levantó del suelo, enfrentándose a nosotros sin dejar que acabáramos la petición:

—¿Y ahora qué coño quiere tu madre? ¿No ha tenido toda la mañana para comprar? ¡Mira que venir a joderme la siesta!

Yo le contesté humildemente:

—No veníamos a comprar, solo queríamos saber a qué hora le viene el queso fresco.

—¡Váyanse al diablo, mataperros! ¡Jesucristo, fuertes malcriados!

Las crueles bromas a la mujer acabaron en cuanto mi madre se enteró y nos castigó severamente en su presencia.

Una mañana, esperando a que me despachara, me preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir siete —respondí.

—¿Ya sabes leer?

—¡Claro! —le dije orgullosa.

—Pues lee aquí a ver si es verdad.

Para demostrárselo, leí con todas mis ganas los dos folios de una carta que venía de Cuba y, al acabar, Agustinita lloraba desconsoladamente.

Desde entonces fuimos como abuela y nieta: yo le leía las cartas y los poemas que había en las traseras de las fotos, muchas de ellas desteñidas, y ella me enseñaba a sumar con palotes y redondeles.

—¡Ven acá! ¡Suma esto! ¿Cuánto es?

Y yo sumaba los redondeles grandes, más los pequeños, más los palotes, y el resultado final lo ponía en pesetas.

—Dime el total a ver si coincides conmigo.

—Son cincuenta y cinco pesetas con veinticinco céntimos.

—¡A ver...! A mí me sale once duros y un real, que es igual a tu cuenta, pero hecha de otra forma, que yo me entiendo.

Agustinita no era la única tendera que desarrollaba magníficamente su trabajo sin conocer los números ni las letras.

—¡Somos analfabetas, pero no tontas! —alegaba en su defensa.

La prueba estaba en su gestión honesta y clara con las clientas y vendedoras, especialmente con aquellas que venían de la cumbre a vender sus quesos, y esa era la única matemática que entendían.

Años después cerró la tienda y, con su desaparición, el barrio también oscureció un poco y comenzó a perder la brillante luz que derramaba la infancia.

Las tenderas de la plaza. *Paquita la de la tienda*

Su nombre completo es Francisca Romero Rodríguez, pero todas la hemos conocido como Paquita la de la tienda.

Paquita se encontró un buen día, entre finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, en una situación económica muy difícil, y pensó montar un negocio, una empresa muy socorrida a la que recurrieron otras mujeres que habían conseguido sobrevivir. ¿Por qué no?

Comenzó a trabajar horas y más horas en el horno de su madre. Ella hacía todo el pan que le encargaban y el que podía vender, un día tras otro, descansando solo lo suficiente para estar un rato con la familia. Perra a perra, consiguió ahorrar trece mil pesetas, que eran suficientes para comenzar. Alquiló un local de cuatro por cuatro en la plaza y en él metió un mostrador que le regalaron, las pesas que le prestó su madre, unas estanterías hechas por un amañado y... ¡a llenarlas con lo poco que tenía!

Debajo del mostrador colocó una caja de plátanos vacía, adecuada como cuna, para criar a su primera hija. Más adelante, aquella caja serviría para criar también a sus seis hijos restantes.

Paquita tuvo que afrontar el grave problema de dos hijas sordomudas, y todo lo que conllevaba ser ama de casa y trabajar fuera de ella.

Poquito a poco se construyó una casa y crio a sus hijos sin pasar apuros. Por mor de una serie de circunstancias, causadas por el diseño del pueblo, su tienda cambió de situación varias veces. Al final se

instaló definitivamente en la Avenida de América, donde todavía sigue.

Paquita se jubiló ya muy enferma y traspasó la tienda a su hija Juana, que la ha conservado durante muchos años. Gracias a su denodado esfuerzo, sus hijas han estudiado carreras superiores.

Su hija Juana también está ya a punto de jubilarse y ha vuelto a traspasar la tienda a su hija Iluminada, que posee el título de maestra y estudia pedagogía a ratos. Con ella suelo conversar cuando voy a comprar algo; su pequeño local sigue manteniendo el dulce encanto de las tiendas antiguas, en las que puedes encontrar manzanas del país, papas de la tierra, guayabas recién cogidas en el cercado de un vecino, aguacates en su punto, aparte de una atención respetuosa y cercana.

—¿Hasta cuándo estarás con la tienda, Iluminada?
—le pregunté una vez. Y ella me contestó con una sonrisa:

—Como diría mi abuela: ¡solo Dios lo sabe!

Paca Espino (y su librería-kiosco de prensa)

Capítulo aparte merece la librería-kiosco de Paca Espino, que estaba situada en La Calle Nueva.

Su tienda de cómics y revistas colaboró a «enviarme» en la lectura. Cuando ella aparecía, con la llave en la mano, dispuesta a abrir la tienda, la calle se iluminaba y la alegría nos contagiaba.

—¿Ya estás aquí? —me preguntaba con una sonrisa—. Las revistas nuevas no han venido, pero tengo

un nuevo álbum de *El Capitán Trueno* que tú no has leído.

Los sábados en la tarde no me despegaba de la tienda hasta que no llegaba Pepe, su hermano, con las revistas nuevas. Normalmente compraba cuatro o cinco cómics, según el dinero que conseguía reunir: *Pulgarcito*, *Tebeo*, *El Jabato*, *Diego Valor*... También le llevaba a mi madre las revistas *Semana*, *Garbo* y alguna otra de moda. Pero Paca me permitía que, cuidadosamente, le echara un vistazo a todas las revistas que podía. De esta forma, cada semana casi me leía el kiosco entero. Paca se entretenía sacando cuentas o colocando los estantes y yo aprovechaba para leer los cómics sin ningún disimulo.

—¿Cuántos te has bebido ya? —me preguntaba ella de vez en cuando—. ¡Descansa, mi niña, descansa! ¡Que nadie te los va a quitar!

Paca era la alegría de La Calle Nueva. Su carácter jovial y alegre, además de su cariño por los niños, la convertían en la mujer ideal para el tipo de tienda que tenía. Su negocio se podría comparar con una moderna biblioteca de hoy en día con, además, una bibliotecaria única que animaba a leer y alegraba el entorno.

—¡Ha venido un cuento nuevo! —me decía, en cuanto aparecía el último cómic—. A ver qué te parece.

Yo lo leía en un dos por tres y le hacía crítica, que ella utilizaba después para darle publicidad.

No recuerdo cuándo cerró la tienda, pero en ese momento la alegría infantil desapareció de la calle, una se hizo grande y el vicio por la lectura se exten-

dió a otros libros y a otros autores. Pero nunca he olvidado a una emprendedora mujer llamada Paca Espino, que además sigue siendo un extraordinario ser humano.

1.22. De Cuentos de la tradición oral en Canarias: misterio, brujas y miedos (2015)

La Tibicén

Siempre que llueve me acuerdo de la leyenda de la Tibicén que me contaba mi abuela. Me hablaba bajito, entre susurros, como si compartiera conmigo un gran secreto:

—¡Ah, las Tibicenas! ¡Qué seres más extraordinarios! Cuando alguna se paseaba en solitario por los montes, era una buena señal. Con su vestido de niebla sorprendía a los pastores y jugaba al escondite con ellos. La muy pícara trastocaba la tranquila vida de los valles y despertaba los sueños, pero en cuanto se juntaban dos o tres, se transformaban en perros peligrosos que atemorizaban y convertían los sueños en pesadillas.

—¿La Tibicén es hombre o mujer, abuela?

—Es un ser especial, como un hada o un fantasma. Ella escoge lo que quiere ser. Aparece y desaparece cuando quiere y con la forma que más le gusta. Unas veces asusta y otras presta su ayuda.

Una vez, hace ya mucho tiempo, se desató una terrible epidemia que enfermó a la mayoría de la población. Los alimentos eran muy escasos a causa de la sequía y no había medicinas ni médicos. Las

únicas que ayudaban eran las curanderas con sus brebajes de hierbas.

—¡No podemos controlar la enfermedad! —exclamaban impotentes.

Cuando la situación parecía insostenible, comenzó a verse a una Tibicén en las cuevas del Roque.

—¡Han vuelto, han vuelto! —gritó un cabrero, y su voz se extendió como una ola de alegría por los valles y las cuevas de los barrancos.

La niebla fresca envolvió la isla...

En seguida comenzó a llover, y cayó tanta agua que inundó viviendas, establos, cercados y corrió ladera abajo como imponentes cataratas.

También lavó las ropas, las casas... Todo quedó limpio y la enfermedad comenzó a remitir...

De pronto, las Tibicenas se mezclaron con la población enferma, unas ayudaban a los más débiles y las otras entretenían a los niños con sus juegos, parecían hadas madrinas devolviendo con su magia la alegría de la vida.

Todos tenían el convencimiento de que ellas provocaron la lluvia y que esta hizo desaparecer la enfermedad.

Aquel invierno el agua regó los campos y la extraordinaria cosecha llenó los graneros de prosperidad.

—¿Tú has visto alguna vez a una Tibicén, abuela?

—Creo que sí, aunque no estoy muy segura, porque pasó junto a mí como una sombra y me asusté tanto que cerré los ojos para no ver la fuerza de sus ojos.

—¿Crees que volverán?

—¡Claro, estoy convencida! Nunca se han ido, están por ahí protegiéndonos, esperando un no sé qué...

1.23. De *El retorno de los lobos* (2016)

Amanecer en Lobos

La isla amaneció sola, completamente sola, como desolada y llorosa.

Sobre el suelo negro florecían siemprevivas, espinos y florecillas rojas desparramadas entre las piedras. «¿Dónde estarán?», parecía preguntarse Antoñín, como primer visitante del día. Algunos habitantes del islote, lisas, lagartos y perenquenes, no solían mostrarse hasta bien entrada la mañana, cuando el sol borraba las húmedas sombras de la noche y calentaba el suelo. El niño conocía muy bien sus madrigueras porque los había acostumbrado a echarles miguitas de pan o restos de comida, y en cuanto sentían sus pasos, asomaban sus curiosas cabecitas entre las piedras.

Tras desembarcar tan de mañana, Antoñín se sentaba en el banco de madera que había al final del muelle y permanecía un rato como abstraído, sintiendo la isla. Le gustaba el silencio y la soledad que le permitían escuchar el sonido del mar y sus propios latidos. No le inquietaba la posible aparición de una fiera, ni el runrún del aire jugando con las tabaibas desnudas; si acaso le preocupaba que alguien se hubiese quedado escondido en algún rincón y apareciera de repente.

Así permanecía unos minutos, como un ceremonial que repetía en cada visita.

Seguidamente, comenzaba a comer su bocata muy pausado, como si paladeara un manjar exquisito y tuviera todo el tiempo del mundo. Al cabo de un rato, cuando las pardelas, gaviotas y zarapitos comenzaban a picotear entre las rocas, seguía el camino y se acercaba a las esculturas de lobos marinos para dejarles miguitas de pan a los pequeños reptiles.

En su corto paseo nunca olvidaba acercarse a la estatua de bronce de la señora que parecía custodiar la isla. La primera vez que la vio sintió una inexplicable inquietud: la oscura figura en bronce de una persona mayor, desconocida y sola en medio de lobos marinos, le hacía crear imágenes totalmente alejadas de la realidad. Parecía que daba de comer a las focas o que era una amante de los animales. Después, cuando se enteró de quién era, se acostumbró a su silenciosa presencia y ahora, que la conoce un poco más, acaricia sus manos con dulzura y recuerda la historia que le contó su maestro...

Leopoldo el Farero

—Sucedió hace muchos años en la bella ciudad de Valencia —le había contado el maestro.

—El joven y apuesto farero, llamado Leopoldo Plá, se enamoró de la guapa Rafaela Guerra y los dos formaron una ilusionada familia. Como todos los enamorados del universo se juraron amor eterno con hermosas palabras: ¡Contigo hasta el fin del mundo!

Si bien no llegaron al fin del mundo, sí que fueron a vivir a miles de kilómetros de su casa.

—¡He sido nombrado farero en Lobos, una de las Islas Canarias! —dijo Leopoldo, entusiasmado.

—¡Haré las maletas! —contestó Rafaela, ilusionada, sin pensar en el largo viaje desde su ciudad a la isla.

Cogieron varios barcos hasta llegar a su destino. Al principio pensaron que la vida allí no iba a ser muy agradable. ¡Era un lugar tan pequeño, que una ola tormentosa podría hacerlo desaparecer en un santiamén!

¡Cuánto miedo habrían pasado si un sol brillante y hermoso no les hubiese visitado cada día, creando para ellos preciosos arco iris de colores! ¿Y qué decir del cielo estrellado, repleto de fantasía que lo envolvía todo? ¿Encontrarían palabras para describir las azulinas y cálidas playas donde se bañaban en invierno?

¡Qué lindo era ver el paisaje desde la altura de su faro! El aire limpio formaba chiribitas de ilusiones y los caminos se asemejaban a rayitas blancas que iban y venían entre marrones intensos.

El tiempo en la isla pasaba en oleadas de seductores proyectos.

—Hoy nos bañamos en la playa de La Concha, que está calmada —decía Leopoldo.

—Sí, mi amor, y mañana visitaremos El Sobrado...

Les bastaba acercarse a la costa y agitar los brazos para que los marineros, que pescaban en los alrededores, arrimaran sus barcas al muelle y saltaran a tierra a charlar con ellos o a regalarles los mejores peces.

Pronto llegó la primavera y a Rafaela se le ocurrió una idea para romper su monotonía: hacer la compra cada mes en una isla diferente.

—Así podremos conocer todas las islas y nuevos amigos.

—¡De acuerdo, amor! —contestó Leopoldo.

¡Dicho y hecho! Cada compra se convertía en una aventura con un asustado sabor a lo desconocido.

Cuentan que, tras el primer verano que pasaron en el islote, se presentó un otoño lluvioso.

—¡Cuánto llueve! —se extrañó ella.

—¡Bah!, solo son pequeñas lloviznas —dijo él, quitándole importancia.

—¡Pero si ha llenado el aljibe de la casa y ha dibujado miles de espejos en los caminos!

Una semana después, la isla se llenó de ruidos y nuevos colores...

—¿Qué sucede?

—¿Qué gente es esa? —se preguntaba el matrimonio.

Docenas de familias llegaron en sus barcas de pesca, como en un gran asalto al islote. Descargaban muebles, comida, animales y todo lo necesario para pasar una larga temporada o para quedarse a vivir allí para siempre.

—¿Quiénes son ustedes? ¿A qué vienen? —preguntó Leopoldo Plá, convertido, por la soledad de su cargo, en un reyezuelo de la isla.

—Somos pescadores de Fuerteventura y de Lanzarote que acudimos a Madre Pobre para cumplir con nuestras costumbres —dijo uno de los presentes.

Así fue como Leopoldo supo que al islote de Lobos lo llamaban también Madre Pobre. Además, se enteró de que cada año, desde tiempos inmemoriales, y si llovía lo suficiente, un grupo de familias se instalaba allí para sembrar los campos; así mismo recogían a los animales, arreglaban sus viejas viviendas y pescaban hasta que finalizara la cosecha.

Cada cual tenía su espacio prefijado, hasta los burros y camellos, que parecían abandonados, conocían a sus dueños.

Al cabo de unas semanas, los sembrados de cebada y trigo verdeaban la isla. Las playas se llenaron de largas hileras de tendederos, hechos con hilos de tanza gruesa, de los que colgaban los peces dispuestos para su salazón.

Las cabras, en completa libertad, vagaban por los vericuetos más peligrosos, aunque al atardecer cada cual escogía el camino a su corral.

Era imposible sustraerse a la relajada y productiva actividad que aquella veintena de familias había implantado en la isla.

Leopoldo y su esposa se mezclaron con ellos y colaboraron en muchas tareas en un rico intercambio de conocimientos.

Un buen día, Rafaela comunicó a su esposo que estaba embarazada, la alegría ocupó todos los rincones que pisaban. No hizo falta que compartieran el secreto con sus vecinos, porque ellos lo descubrieron en sus felices rostros y en los pequeños detalles que observaban en la futura mamá.

Para celebrar el feliz acontecimiento, los marineros del islote sorprendieron a la pareja con un asa-

dero en la playa de Adelante, ofreciéndoles regalos y dándoles consejos. La fiesta duró hasta que las estrellas se cubrieron de mantillas negras y la noche desnuda tembló de frío.

De vuelta a casa, el matrimonio cambiaba impresiones:

—¡Debemos ir al médico!

—¿Pero a cuál?

—¿Qué isla elegimos para que nazca nuestro bebé?

—Es un gran dilema y hemos de pensarlo con cuidado.

Aún no habían decidido nada, cuando les llegó la noticia de que dos barcas saldrían al día siguiente hacia Lanzarote para vender o cambiar sus productos.

—¡Pues vamos con ellos! —propuso Rafaela, y allá se fueron.

A pesar de la cercanía de las islas, llegar hasta la capital de alguna de ellas no era tarea sencilla. Por eso Leopoldo había anotado cuidadosamente los pasos a seguir:

1.º Tenían que desembarcar en un muelle cercano y cómodo para evitar sufrimientos a la embarazada.

2.º Después escogería la tartana o calesa más moderna para que les acercara a la capital.

3.º Una vez en la capital, tenían que visitar al médico y tratar el parto con la comadrona. Todo debía quedar claro y arreglado para cuando se acercara la fecha del nacimiento.

4.º También tendrían que contratar la habitación de una fonda u hostal y hacer la compra del mes.

Cuando desembarcaron en Lanzarote, cada cual cogió un rumbo diferente. Leopoldo y su esposa

fueron al médico y los marineros se dirigieron a distintos lugares para cambiar sus productos y completar los encargos.

Pasados dos días, concluidas las tareas, la pareja y los marineros se volvieron a encontrar. Cargaron sus barcas y regresaron a Lobos.

El tiempo galopaba como las olas...

Llegado el verano, la isla tenía el color pajizo de los cereales. Las matas de trigo y cebada fueron recolectadas. Cada día, las barcas iban y venían a Fuerteventura o a Lanzarote cargadas con granos, jareas, pescado, mariscos...

Las familias comenzaron a levantar sus viviendas. Una a una se fue despidiendo hasta la próxima temporada, siempre que lloviera lo suficiente.

El matrimonio volvió a quedarse solo, mientras la barriga de Rafaela crecía y crecía. Cuando el parto parecía inminente, se volvieron a plantear el dilema:

—¿Vamos a Fuerteventura, que está más cerca?

—¡No, debemos ir a Lanzarote, porque está todo contratado!

—¿Cuándo saldremos?

—Mañana.

—Mejor pasado mañana, para organizar las cosas bien.

Horas después sucedió lo inesperado: comenzó a soplar el viento y las olas furiosas impedían la entrada o salida de la isla.

Pasó un día y otro día... El viento seguía gobernando el mar y la tierra.

—¡Dios mío, ayúdame! —pedía Rafaela con las molestias del parto inminente.

—¡Qué será de nosotros! —exclamaba Leopoldo asustado.

Cuando peores eran los presagios, oyeron voces que llamaban a la puerta:

—¿Has oído? Están llamando.

—¿Quién puede ser?

—¡Será el viento!

—¡No, hay alguien!

—¡Qué alegría, Dios mío! ¡Al fin...! ¡El Todopoderoso ha escuchado mis plegarias!

No estaban solos: Dieguito el pescador y su familia tampoco pudieron salir de la isla a causa del mal tiempo, y estaban en la puerta solicitando ayuda:

—¡Buenos días! —saludó el hombre.

—El aljibe del poblado está vacío y necesitamos agua para los animales.

—¡Cojan toda la que deseen! —exclamó Leopoldo con la voz quebrada por la emoción.

—¿Qué sucede, amigo Leopoldo? ¿Algo va mal? —preguntó el visitante.

Ni qué decir que Leopoldo contó a su amigo el problema que estaba viviendo y le pidió ayuda con lágrimas en los ojos.

—¡Hombre, por Dios, no se disguste de esta manera, mi esposa ha tenido ocho hijos y sabe muy bien cómo se debe actuar en estos casos! ¡Yo también tengo experiencia y puedo echar una mano!

El parto duró toda la noche y al alba, cuando los primeros rayos del sol doran los frutos más hermosos, el llanto de una niña animó a los presentes.

Al principio no conversaron ni aceptaron el café que Leopoldo había preparado; solo se miraron

unos a otros como embobados... ¡Tan grande era su alegría!

La primera en hablar fue Lucía, la esposa del pescador, que había actuado de excelente partera:

—¿Qué nombre le van a poner?

—Josefina como mi madre y mi abuela —contestó Rafaela.

Entonces Dieguito se animó, y comentó emocionado:

—Es la primera persona que nace en esta isla...

Mamá Rafaela añadió bajito:

—Nunca me había sentido tan bien...

Papá Leopoldo no pudo añadir nada, no los escuchaba: reclinado en el sofá dormía plácidamente con una enorme sonrisa de felicidad.

Y el maestro siguió contando:

—El hecho de que Josefina Plá sea una de las pocas personas nacidas en el islote de Lobos no es la mayor razón, ni la única, de que su escultura presida la entrada. La verdad es que no sabría decirles cuántas han nacido en Lobos, pero sí sé que allí también nació Margarita y su hermano Alberto... pero esa es otra historia, que ya les contaré. Ahora vamos a seguir con la de Josefina y su familia.

Su biografía dice que nació en 1903, aunque no se sabe muy bien en qué mes. La sabiduría popular, que tiene buena memoria, cuenta que fue a finales de junio, cuando el alisio sopla con fuerza y algunos días es imposible acercarse o salir de Lobos en un barco; además, era la época de la recolección del trigo y la cebada. Uno de sus biógrafos cuenta que pudo nacer en noviembre y que murió en Paraguay en

1999. En realidad, la fecha exacta de su nacimiento nos interesa poco, lo realmente importante es su trabajo como escritora: poeta, narradora, ensayista, crítica de arte, pintora y periodista. Pero sobre todo su lucha constante como defensora de los derechos humanos y de la igualdad entre los seres.

Su amor por la literatura infantil está reflejado en los libros de cuentos que escribió para los niños. Algunos títulos como *Cuatro burritos y cuatro coles*, *El gigante invisible* o *El hombre de oro* los vamos a leer y a comentar en clase.

Finalmente, quería decirles que recibió muchísimos premios, y no solo en Uruguay, donde vivió la mayor parte de su vida, sino también en España. Seguramente, aunque eso no lo afirman con seguridad, alguna vez volvió a visitar su isla de Lobos y a recordar su infancia.

Antoñín recordaba claramente cómo estuvieron semanas leyendo libros de Josefina, y conocieron los cuentos y poemas que había en la biblioteca del colegio. Después, cuando llegó el momento de los comentarios, la clase parecía hervir de nerviosismo, como si los duendes mahios bajaran del pinar y se metieran en sus cuerpos. Las jiribillas de la impaciencia los obligaban a preguntar y a saber más y más sobre aquella mujer que estaban descubriendo a través de sus relatos.

El maestro aclaró las preguntas, en los últimos minutos de clase escribió en la pizarra un poema de Josefina para que los niños lo aprendieran.

En seguida, casi por rutina, bien porque le gustara o porque ya estaba acostumbrado a memorizar,

Antoñín aprendió algunas estrofas, que recordó en el instante que acariciaba las manos de la escultura y pensaba que estaba solo en el muelle de la isla; inconscientemente comenzó a recitarlas en voz alta:

Y, de pronto, el viajero
surgió. Sobre el sendero
sus pies dejaban pálido,
fosforescente reguero...

¡Qué curioso! Al fondo del camino surgió, también de pronto, la figura de su amigo Marino, que corría hacia él levantando un reguero de polvo en sus pisadas.

Antoñín siguió recitando:

Caminito escondido:
eres humilde y breve,
y tu surco es muy leve
entre el bosque tupido...

—¡Ah! —pensó—. Seguro que Josefina guardó en su memoria de niña el enorme tamaño de las tabaibas de la isla, como si estuviera en un bosque de enanitos.

Y siguió recitando en alta voz:

Medio sol de mañana,
un poquito de luna,
un hilo de fontana,
son toda tu fortuna...

—¿Estás hablando solo? —le preguntó Marino, que ya estaba a su lado.

—¡No, estaba recitando el poema de Josefina Plá que el maestro puso en la pizarra! ¡Oye! ¿Tú sabes qué quiere decir fontana?

—No, no lo sé.

—Bueno, ya me enteraré.

Y los dos amigos siguieron paseando por los pálidos senderos del islote dejando «regueros fosforescentes»...

Habitantes de Lobos

En la isla hay muchos animalillos, aunque ninguno es tan mimado como la pardela cenicienta. Cuando llega su época de cría, los niños de Lanzarote y Fuerteventura han conseguido que sus pueblos costeros permanezcan a oscuras; de esa forma evitan que se deslumbre a los bebés pardelas. Por si no fuera suficiente, al amanecer recorren los jardines de los hoteles en busca de las aturdidas crías que se pierden entre los destellos.

Antoñín y su amigo Marino suelen esperar a que los últimos turistas abandonen el islote para verlas bailar en el aire; a ratos parecen gemir como bebés ansiosos picoteando el atardecer. Cuando se mezclan con las gaviotas o con otras aves marinas, expanden en el cielo guirigáis de alegría.

El ave más grande y pesada es sin duda la avutarda. Se la ve al amanecer, mucho antes de que comience el ajetreo de turistas. Le gusta volar en grupos de cinco o seis y revolotear por diferentes espacios.

Los niños las han observado a los pies de la Atalaya o cerca del faro y han tenido que dar un rodeo para no interrumpirlas en sus juegos. En ocasiones han descubierto algunos nidos sobre los cogollos de las tabaibas secas e incluso han visto polluelos recién nacidos, pero su respeto es tan grande que ni siquiera se acercan a ellos.

Algunas aves como garcetas, guinchos, chorlitos, algunos halcones y hasta varias parejas de guirres no forman bandadas, pero tienen su espacio y viven seguras. La más numerosa es la colonia de gaviotas que se entremezcla con las demás en un tremendo guirigay. Otras, como las tarabillas, van y vienen a Lobos como si fueran turistas, pasan unas horas, animan el aire y regresan de nuevo a su isla hogar. Se las observa como rebujos sonoros en el saladar y nadie sabe con certeza si provienen de Lanzarote o de Fuerteventura o si son emigrantes africanas que reponen fuerzas para seguir su viaje.

Los habitantes reptiles son menos visibles y más ariscos. No asoman cuando se les llama, sino cuando ellos quieren, parecen tímidas sombras nubosas que corren al compás del viento.

Antoñín los observa. Se tiende sobre la arena y sigue su itinerario, acercándose lo más posible.

Otras veces los vigila con la mirada mientras retozan entre los espinos o sobre las piedras volcánicas y, de tarde en tarde, corre tras ellos como si quisiera cogerlos, hasta que se escabullen entre las tupidas matas de siemprevivas.

El más atrevido es el lagarto que se solaza junto a los turistas en las playas. Pasa con agilidad desde la

maleza al seto de piedras que protege a las personas del viento y se desliza entre ellas.

¡Lagartillo presumido! Asoma sus ojos inquietos sobre las piedras, asustando con su frío roce el relax de los visitantes.

A veces esperan pacientes y, en cuanto los ocupantes abandonan el seto, se convierten en los dueños de sus restos.

Imposible acariciarlos. Cuando Antoñín les echa miguitas y trozos de frutos secos, se acercan con el recelo dibujado en el continuo movimiento de su cola. Al poco rato comen, como si lo reconocieran a cierta distancia.

La más tímida y hermosa es la lisa o lisneja, solo se deja ver muy de tarde en tarde como un brazalete plateado sobre el negro de la lava. ¡Es muy suya! No se mezcla con los turistas, ni les pide nada. Cuando asoma, despierta expectación, se siente observada con exclamaciones admiradas. Pero en cuanto se le acercan, corre a esconderse en lo más profundo de la tierra.

El perenquén de la isla también es tímido y asustadizo. Se deja ver como una miniatura prehistórica festoneando las rocas. De vez en cuando, Antoñín cree haber encontrado una madriguera con cuatro o cinco reunidos en feliz compañía, pero a la semana siguiente se diluyen en el majano.

Mucho más difícil de observar es la musaraña porque anda siempre corriendo de un lado para el otro. Antoñín y Marino han descubierto una cueva repleta de ratoncillos hocicudos, como ellos las llaman, pero nunca se han atrevido a entrar ni a molestarlos.

También vive en la isla un ratoncillo prehistórico extinguido en otras partes del mundo. Los chiquillos lo han buscado por todas partes, pero nunca lo han visto. Piensan que solo sale por las noches y que en el día se esconde en las profundidades de las cuevas marinas. A veces imaginan cómo será y sus ilusiones acaban entre bromas y risas:

—¿No te da miedo?

—¿Por qué había de temerle?

—¡Si es un animal prehistórico, debe ser grande y con unos enormes bigotes!

—¿Qué comerá?

—¡Hierbas y flores!

—No, yo creo que come pescado y marisco.

—¿Por qué lo crees?

—Es que a veces veo conchas de lapas vacías y peces a medio comer...

Y los niños seguían especulando con lo desconocido...

Los demás habitantes de la isla viven bajo el agua y los suelen ver desde lejos, cuando margullan con sus gafas en Los Laguitos o en las playas.

1.24. De *Cuentos de la tradición oral en Canarias. Para leer y contar* (2017)

La flor del oroal

De la tradición de la flor de lililá.

En un país lejano vivía un rey que tenía tres hijos. Todos vivían felices hasta que al anciano monarca le sobrevino una extraña enfermedad para la que no encontraban cura. Fueron consultados los más afamados médicos sin que ninguno descubriera un remedio para su mal.

Ya casi habían perdido la esperanza, cuando se les ocurrió consultar con un humilde curandero que, después de estudiar el caso, aconsejó:

—Los únicos remedios para curar estos síntomas son tisanas y emplastos con flores de oroal.

—¿Y dónde vive esa flor? —preguntó el rey.

—En las Islas Canarias —contestó el sanador.

Pensando en su curación, el rey mandó llamar a sus hijos y les pidió:

—Hijos míos, mi vida está en sus manos. Soy consciente de los peligros que van a correr por esos mares del mundo, por esa razón, al que consiga traer la flor lo nombraré mi sucesor.

Allá se fueron los hermanos en busca de la flor...

Primero salió el mayor acompañado de un gran séquito, como correspondía a su condición de prín-

cipe. Después el mediano, que también se llevó caballos, dinero y amigos. Y por último salió el pequeño, acompañado solo de su caballo y del dinero justo para hacer el viaje.

Al cabo de muchas peripecias, los tres hermanos llegaron a la isla canaria donde crecía la flor. Allí se enteraron de que el oroal era una planta silvestre, que se criaba en las cumbres y que sus flores carecían de pétalos, como si fueran esqueletos de flores.

Con estas informaciones, los tres hermanos cabalgaron muchas horas, hasta que el camino se dividió en tres veredas:

—¡Pues yo escojo el centro! —dijo el hermano mayor.

—¡Yo cogeré el camino de la derecha! —eligió el mediano.

Y el menor siguió la vereda de la izquierda.

Los tres acordaron que a la vuelta se encontrarían en aquel mismo lugar donde el camino se bifurcaba, después continuarían juntos hacia su casa.

Cabalgó el hermano mayor hasta el lugar donde crecía la planta y, cuando ya la había cogido, se le apareció una vieja harapienta, que le dijo:

—¡Tengo mucha hambre! ¿Puedes darme lo que llevas en el zurrón?

—¡Aquí solo llevo piedras! —contestó el joven sin querer compartir con ella su comida.

—¡Pues que en piedras se te convierta! —contestó la vieja.

Y cada cual siguió su camino.

El segundo hermano también se encontró a una anciana, que le pidió de comer. Pero él le contestó con mucha crueldad:

—¡Aquí en el morral solo llevo tierra!

—¡Pues que en tierra se te convierta! —le contestó la mujer.

Y continuaron su camino.

Al hermano pequeño no le hizo falta que la señora le pidiera nada, porque en cuanto la vio tan desvalida, se bajó del caballo y compartió con ella su comida. Después la ayudó a llegar a su cueva y le regaló las últimas monedas que le quedaban.

Mientras el más joven se entretenía ayudando a la necesitada, los hermanos mayores iniciaron el regreso con sus mochilas cargadas, pero estaban tan impacientes por ser los primeros en salvar a su padre, que, al llegar a la encrucijada de caminos, en lugar de esperar, como habían acordado, se fueron a su país y dejaron al pequeño solo en la isla.

Muy pronto llegaron al palacio donde se encontraba su padre impartiendo justicia:

—Te traemos las flores, padre, ya puedes darte por curado.

Pero al intentar sacar las flores de la mochila, el mayor solo encontró piedras, y el segundo tierra: los deseos de la vieja se habían cumplido.

—¿Qué broma es esta? —exclamó el rey muy enfadado.

Como los hermanos no sabían qué responder, emprendieron de nuevo el camino en busca de más flores.

Entretanto, en la isla canaria, el más joven de los príncipes, con su mochila repleta de oroal, volvió al lugar de encuentro. Como no estaban sus hermanos mayores, decidió esperarlos. Poco tiempo después, los tres hermanos se reencontraron y se fundieron en un abrazo.

—¡Vamos en busca de más flores! —dijeron.

—Ya se terminó la época de floración. Si queremos más flores, tenemos que esperar hasta la próxima primavera —comentó el hermano menor.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó el segundo.

—¡No se preocupen, porque yo tengo suficientes en la mochila para curar a nuestro padre! —contestó el pequeño.

Estas palabras provocaron envidia y cólera en los hermanos mayores, que se veían desposeídos del trono. Intentaron arrebatárle las flores y forcejearon con tan mala fortuna, que el joven cayó sobre una piedra y murió. Con mucho pesar lo enterraron junto al camino, sin darse cuenta de que uno de sus dedos quedó fuera de la tierra.

Seguidamente, cogieron la mochila con las flores y corrieron al palacio.

—¿Dónde está vuestro hermano? —preguntó el rey.

—No lo sabemos, padre, se perdió en la isla y no conseguimos encontrarlo.

—¡Pues que vayan en su busca los mejores rastreadores del país, porque quiero abrazarlo cuanto antes!

El rey siguió las instrucciones del curandero y muy pronto sanó de todos sus males; pero no era feliz, porque la pérdida de su hijo lo tenía muy triste.

Entretanto...

Aquel dedito, que había quedado fuera de la tierra, creció y se convirtió en una caña verde y brillante. Poco después, la caña comenzó a brotar hasta transformarse en un cañaveral frondoso, los cabreros que pasaban por el lugar se paraban a descansar bajo sus sombras.

Un día, uno de los pastores cortó una caña y se hizo una rudimentaria flauta con tres agujeritos. Cuando sopló por ella, la flauta cantó una canción, que decía:

¡No me toques, pastorcito!
¡Ni me dejes de tocar!
¡Mis hermanos me han matado!
¡Por la flor del oroval!

El asombrado cabrero corrió al pueblo a contar el prodigio y la historia corrió de boca en boca con la rapidez del fuego: todos querían escuchar la flauta mágica que cantaba la triste canción.

Pronto llegó la noticia a oídos de los rastreadores, que buscaban al joven príncipe. Fueron ellos, los que, asombrados, llevaron la flauta mágica al rey.

—Toque, majestad —le dijeron. Y el instrumento sonó así:

¡No me toques, padre mío!
¡Ni me dejes de tocar!
¡Mis hermanos me han matado!
¡Por la flor del oroval!

De inmediato, el rey, acompañado de su familia y de gran parte de su corte, fue a la isla donde estaba el cañaveral. Una vez allí, pidió a uno de sus hijos que tocara...

Entonces la flauta sonó así:

¡No me toques, hermano mío!
¡Ni me dejes de tocar!
¡Que tú mismo me has matado!
¡Por la flor del oroval!

Al oír la canción, la reina comenzó a llorar y a llorar...

Fue tanto su dolor que en ese instante se hizo realidad el viejo refrán que dice: «No hay milagro en el mundo que las lágrimas de una madre no consigan».

Aquella madre con su gran pena consiguió que se abrieran los cielos y la tierra, y se realizara el milagro de amor...

Cuentan quienes lo vieron que de las cañaveras del camino brotó, como si emergiera del mismo centro de la tierra, el joven hijo de los reyes con una flor de oroval entre las manos.

¡No hace falta explicar la alegría de aquellos padres!

Según las crónicas orales, el muchacho se convirtió en un magnífico rey.

Con el tiempo, la familia consiguió perdonar y olvidar para volver a ser feliz.

1.25. De Mujeres con ingenio (II). Emprendedoras del siglo XX (2017)

La Veguera, primera pastelera de Ingenio

Aurelia Navarro Socorro.

Aurelia nació y creció en la hermosa vega de Santa Brígida (de ahí su nombre de Veguera, del que tan orgullosa se sentía). Vio sus primeras luces allá por los años veinte del pasado siglo: convulsa época de cambios políticos y nuevas situaciones para la gente trabajadora.

Nuestra protagonista fue una niña despierta y feliz, dispuesta siempre a ayudar a su madre en los quehaceres de la casa y en el cuidado de sus hermanos más pequeños. Por si fuera poco para su tierna edad, también acudía al horno que sus padres tenían en La Gran Parada y echaba una mano en todas las actividades que fueran necesarias. Lo que más le gustaba era trastear en los fogones del recinto, muy especialmente los días en que venía a trabajar la criada de una rica familia, una experta pastelera que guisaba sus pasteles allí.

Aurelia le ayudaba y ponía mucha atención en aquella golosa tarea, mientras grababa en su cabeza los detalles más importantes del oficio:

¡Que si para ese bizcocho se necesitan tantos huevos!
¡Tienes que batir hasta conseguir el punto de nieve!
¡Que si así se hace el almíbar...!

La ayuda que la niña prestaba se convirtió en todo un aprendizaje.

La vida transcurría relativamente pacífica y sin muchos altibajos para la familia, cuando, de repente, todo pareció cambiar: comenzaron a instalarse panaderías industriales que fueron imponiendo la moda de comer el pan con otros formatos y calidades a mejores precios, y la población se fue adaptando a la modernidad, dejando de comprar el pan artesanal.

Poco a poco perdieron la clientela y tuvieron que cerrar el horno.

Aquella familia, que estaba formada por el padre, Francisco; la madre, Lola, y seis hijos, no se podía quedar con los brazos cruzados y trató de encontrar una solución.

Alguien les comentó que se habían abierto almacenes de tomates en Ingenio y que había trabajo en la agricultura para mucha gente, sobre todo para las mujeres; así mismo les dijo que los nuevos exportadores ingleses, Mister Pilcher y don Juliano Bonny, pagaban religiosamente, y que incluso, como novedad, eran pioneros en asegurar a sus trabajadoras.

La pareja no lo pensó dos veces y, ayudados por un hermano de Lola, que tenía camiones, se trasladaron a Ingenio, alquilaron una casa y comenzaron a trabajar: uno en la agricultura y la otra en los almacenes de empaquetado de tomates.

Aunque Aurelia solo contaba doce años cuando se instalaron en Ingenio, era la mayor de los hermanos. A ella le tocó, además de ponerse a trabajar a tan temprana edad, asumir responsabilidades con sus hermanos pequeños: cuidarlos, darles de comer...

Eso influyó necesariamente en su carácter y en una mayor determinación ante cualquier objetivo que se proponía.

En la temporada de zafra, cuatro de los seis hermanos trabajaban en los tomateros con diferentes patronos. Eran tan pequeños que solo podían ser admitidos como ayudantes, haciendo tareas cansadas y repetitivas: mojar las tiras de plataneras para amarrar los tomateros, de recaderos por la plantación, acercando las cajas, el agua, la comida... Los niños se levantaban de madrugada y caminaban muchos kilómetros para llegar al lugar del trabajo.

Cuando acababa la zafra, las hermanas, como la mayoría de las niñas del municipio, aprendían a calar, y comenzaban por las tareas más engorrosas para obtener algún dinero: sacar hebras, envainar...

Para ayudar a la familia en los veranos, época sin tomateros y sin trabajo, el padre criaba una cochina paridera y, con el dinero que obtenían con el parto, pagaban las deudas que se les acumulaban en la tienda a lo largo del año.

Aurelia se hizo mujer trabajando, sin tiempo para estudiar ni soñar. Un buen día se dio cuenta de que en el pueblo había muchas panaderas, pero ninguna pastelera, y entonces recordó las enseñanzas de aquella criada a quien ayudaba cuando era niña.

Resolutiva como era, pensó en cambiar de actividad y dedicar sus horas libres a hacer pasteles.

Y dicho y hecho...

Lo primero era encontrar un horno que la dejara trabajar en las horas que no hacían el pan y que coincidiera con sus horas libres. En seguida le prestaron

ayuda varias propietarias de hornos: Pepita Ramona, Eugenita, la familia Dávila y Mariquita Luisa. E inmediatamente comenzó a trabajar.

La calidad de los pasteles, unida a la novedad y a la responsabilidad de la pastelera, convirtió la idea en un total éxito.

Con el primer dinero ganado compró un solar y comenzó a construir su casa. Para ello contrató un albañil y el apoyo extraordinario de su hermano Celedonio, que la ayudó en todo lo que podía, incluso le hizo un horno que aún se conserva y que le sirvió para que ella pudiera seguir trabajando en su casa cómodamente.

Aurelita trabajaba por encargo y los tenía todos los días, pero había semanas, señaladas por su festividad, que la labor aumentaba. Por ejemplo: San Juan, San Pedro, la Candelaria, San Antonio..., y se desbordaba en Navidad.

La fama de Aurelita y sus exquisitos pasteles se extendió a los pueblos vecinos y muy pronto también a la capital.

Recuerdo, de niña, ir a su casa con una lista de encargo: dos docenas de bizcochos lustrados para el médico, dos docenas para una tía de mi madre, dos docenas para un conocido de mi padre, que se había acostumbrado a desayunar con ellos...

Mi madre, clienta asidua, guardaba los bizcochos lustrados en cajas de galletas de la marca Tamarán y aguantaban semanas en perfecto estado.

Aurelita tenía una forma singular de trabajar porque se adaptaba a las posibilidades de sus compradoras.

Si alguna clienta tenía gallinas, llevaba los huevos y ella ponía las demás prevenciones; así la clienta se ahorrraba un dinero.

Muy pronto la pastelera disponía de un pequeño almacén con los materiales necesarios para su trabajo: almendras que compraba en Telde, sacos de azúcar blanca, sacos de harina, hierbas aromáticas...

—Justamente en la calidad de las prevenciones y en el trabajo meticulado y lento, está la calidad del pastel —le dijo una vez a mi madre, orgullosa de su trabajo.

Y era comprensible su presunción, porque su minuciosidad profesional la obligaba a cernir la harina varias veces para evitar algún grumo o impureza, a lo que habría que sumarle su creatividad y puntualidad en los encargos.

En el trabajo diario, a falta de utensilios que le ayudaran en su labor, inventaba o recreaba algunos de forma artesanal. Así, por ejemplo, usaba como rallador una lata de sardinas con agujeritos hechos con una tacha y, cuando lustraba los bizcochos, los colocaba sobre baldas de cañas para que se escurrieran.

Procuraba no desaprovechar el calor del horno. Era consciente del trabajo de su hermano Celedonio para traerle madera sobrante allá donde la hubiera. Y, después de preparar sus dulces, dejaba que las vecinas, por riguroso orden, asaran batatas, papas, pata de cerdo, pollo...

Cotizó como pastelera, lo que, unido a lo que ya había pagado como trabajadora de los almacenes de tomates, le permitió cobrar una pensión en su jubilación.

Nunca dejó de trabajar y el horno se cerró a su muerte. Tampoco pidió a sus sobrinos que siguieran su profesión. Se sentía muy orgullosa de que todos fueran universitarios. Pero ellos, que le ayudaban en su duro trabajo cuando no tenían clase, también aprendieron sus conocimientos sobre pastelería, aunque ahora solo la ejerzan en familia.

Una de sus sobrinas, la doctora Dolores Santana Navarro, nos regaló, en memoria de su tía, la receta de los exquisitos bizcochos lustrados.

BIZCOCHOS LUSTRADOS

INGREDIENTES:

12 huevos.

250 gramos de azúcar.

Ralladura de un limón.

250 gramos de harina.

PREPARACIÓN:

Se baten los huevos con el limón, se añade el azúcar y se vuelve a batir. Cuando tiene el punto (debe estar espumoso), se le va añadiendo la harina poco a poco.

Precalentar el horno, temperatura máxima; luego, una vez introducida la pasta, se baja a 150 y se hornea una hora. A mitad del tiempo se debe cubrir con un papel para que se guise del todo sin tostarse demasiado.

Almíbar: un kilogramo de azúcar se disuelve en un cuarto de agua. El punto lo tiene cuando al escurrir la cuchara hace «pelo».

1.26. De *Bailaderos: leyendas canarias de brujas* (2018)

María la Tuerta¹⁴

Esta historia sucedió en la segunda mitad del siglo XVII y continúa grabada en la memoria popular como entrañable lección cercana. Su protagonista se llamaba María, pero más se le conocía como la Tuerta. De ella se contaba que, siendo niña, tuvo un accidente casero que le desfiguró el rostro; y sería tanto el sufrimiento padecido por la criatura que acabaría dedicándose al aprendizaje de la medicina tradicional con la idea de cuidar y mejorar la vida de los más necesitados.

Hubo quienes le acabarían dando fama de bruja porque practicaba el rito del agua. Consistían sus únicos recursos medicinales en una enorme bañera de barro, un fogón siempre encendido y toda clase de hierbas medicinales: no solo de aquellas plantas

14 Esta historia está fabulada en torno a un suceso ocurrido en la vida real de fray Antonio Hidalgo, nacido en Gran Canaria, aventurero en África y América, y que se narra en el libro *Aventuras y desventuras de fray Antón*, de Pepa Aurora Rodríguez Silvera, cuya información histórica principal está sacada del proceso para la distribución de los bienes acumulados por el fraile Antonio Hidalgo, que comenzó en el convento de Nuestra Señora de Las Nieves, en Agüimes, en 1716 y acabó en Cádiz el 18 de enero de 1774.

que curan, sino también de las que matan, pues ella llegó a saber que un poquito de veneno —según qué plantas— ayudaba a sanar.

Sus tratamientos eran muy sencillos de usar: infusiones de hierbas, emplastos, ungüentos, baños de mucha agua caliente y, principalmente, mucho silencio y reflexión. De esta forma ayudó a sus vecinos cuando se declaró aquella terrible epidemia de peste. Los enfermos eran llevados a su casa para que les aplicara el tratamiento de limpieza, relajación de agua y principalmente cariño.

Cierta vez le acercaron a un monje moribundo conocido como fray Antón y ella lo cuidó como a un hijo. Cuando aquel hombre tan respetado mejoró, fue a despedirse de su salvadora, a la que le dijo emocionado: «¡Te debo la vida! Mi agradecimiento será eterno. Soy muy pobre, pero ruego a Dios que me permita ayudarte algún día».

Una mañana tuvo que vérselas nuestra protagonista con una parturienta en grave estado y no se le ocurrió otra cosa que meterla en la bañera de agua caliente para atenuar sus dolores. Con el calorcito del agua, la joven mejoró y comenzaría a recuperar el dominio de su propio cuerpo. Al poco tiempo alumbró, en la bañera y con normalidad, a dos hermosos bebés.

En seguida corrió la voz y María se convirtió en una comadrona apreciada y solicitada por toda la isla. Casi todas las jóvenes embarazadas pedían su ayuda con la esperanza de dar a luz sin sufrimientos. «¿¡Cómo es eso de que las mujeres puedan parir sin dolor?!», repetía gritando airado aquel envidioso

doctor cuando se enteró de los rumores que corrían sobre nuestra joven protagonista. «¡Eso solo lo pueden conseguir las brujas!».

Debido a ello, María la Tuerta acabaría denunciada como bruja ante el Tribunal de la Inquisición y conducida a los calabozos del Santo Oficio. Su apresamiento causaría una profunda conmoción entre los tantos isleños que la necesitaban, pero nadie se atrevió a alzar la voz en su defensa. ¡Y menos mal que alguien se lo pudo comunicar a fray Antón, quien predicaba la palabra de Dios por alejados lugares! El caritativo fraile no necesitaría más explicaciones para acudir en su ayuda: rápidamente subió a una carreta y puso rumbo hacia el puerto.

A lo largo del trayecto iba hilvanando la historia de aquella curandera bondadosa, fuerte, inteligente, entrañable, extraordinariamente creativa... No le cabía en la cabeza ni en el corazón que hubiese quien tuviera animadversión contra ella y la denunciara por bruja.

En realidad, nunca había el afamado clérigo tenido muy claro lo que significaba *ser una bruja*. Aquella mujer lo mismo cuidaba de los enfermos con los rostros deformados por las pústulas que de un pobre niño solo y perdido; sí, María la Tuerta, ella, la misma que soportaba crueles bromas por su deformado rostro y que respondía con ternura, sonriendo, acariciando...

Era esa rara mujer en la que todos confían cuando se encuentran enfermos. «Sus actuaciones no merecían un castigo, sino un premio extraordinario», se

comentaba en voz apagada tras conocerse su apresamiento.

Llegó fray Antón a la isla a media tarde y, sin pérdida de tiempo, se dirigió a su convento para saber del proceso de la considerada bruja. A pesar de la empatía que el monje despertaba en todas las personas que lo conocían y de la respetuosa admiración que los miembros de su congregación le proporcionaban, no consiguió averiguar dónde se encontraba la Tuerta.

Nadie sabía nada de ella, como si se la hubiese tragado la tierra. Le costaba a fray Antón asumir tanto secretismo: en algún lugar debía estar la mujer, alguien tenía que saberlo. Acabó pensando que lo mejor era calmarse y elaborar adecuadamente las preguntas que debía hacer y, sobre todo, a quiénes.

Y no tuvo otra salida que acercarse a la catedral para hablar con sus religiosos y hacerles directamente las siguientes preguntas: «¿Quién es el inquisidor?, ¿dónde vive?, ¿a qué compañía religiosa pertenece?, ¿a qué lugar llevan a los presos del Santo Oficio?...».

Como un moderno investigador, y sin tener en cuenta el tiempo que iba a emplear, acabaría consiguiendo nuestro monje una serie de datos totalmente vedados para familiares o personas interesadas. Y se enteró de que el inquisidor que buscaba pertenecía casualmente a su propia congregación y de que la mujer se encontraba prisionera en calabozos cerca de la iglesia de Santo Domingo, y de que su proceso se realizaría muy pronto.

Sin tiempo que perder, fray Antón salió al encuentro del inquisidor, a quien le habló de forma clara, sincera, con la honestidad de un devoto monje de

Santo Domingo y, sobre todo, con la pasión de quien firmemente defiende aquello en lo que cree... Insistió en la tremenda valía cristiana del trabajo de María con los enfermos de viruela, en su extraordinaria bondad con los desfavorecidos, en su impagable caridad con el prójimo...

Sí, nuestro entrañable fraile utilizó sus conocimientos religiosos y su excelente oratoria para despertar en el rígido inquisidor su propio entusiasmo.

—¿Y qué me dice de esa extraña magia que practica y que permite a las mujeres parir sin dolor? ¿No es eso un hecho diabólico? —le insinuó el inquisidor como pidiéndole aclaración.

—¡Esas son habladurías y envidias! —le contestaría fray Antón sonriendo como suplicante. ¿Cómo va una mujer a dar a luz sin dolor? Le prometo, si usted se apiada de ella, que nunca más atenderá a una parturienta ni actuará como curandera.

No hace falta explicar el éxito de su misión. Fray Antón volvió al pueblo con una pasajera en su carreta, la Tuerta, quien, anciana y enferma, apenas podía asumir su inmensa suerte.

Sí, desde ese momento no pudo ella ejercer la medicina tradicional, pero consiguió enseñar sus conocimientos a varios alumnos, quienes los transmitirían a sus descendientes. Por eso ahora me pregunto si algunos de los balnearios que nos encontramos en algunos barrancos de las Islas serían producto de esas enseñanzas.

La última bruja de Canarias¹⁵

En una de las villas más hermosas y antiguas de Canarias nació, comenzando el siglo XIX, una niña que fue bautizada con el nombre de Juana Catalina. «¡Qué suerte tiene esta niña!», pensaban muchos de sus vecinos; y tenían razón, pues Juana Catalina fue prohibida desde su nacimiento por su tía María Perera, la curandera más querida y respetada de las Islas. A su casa acudían no solo enfermos en busca de remedios, sino también quienes necesitaban de sus acertados consejos.

Ajena a la fama de su tía, la niña creció feliz en una escuela sin paredes y por donde circulaban alegremente el aire, la luz, los pájaros, las flores... Intelligente y curiosa, todo lo quería saber y aprender la criaturita: «¿Para qué se utiliza esta planta?, ¿cómo se llama este insecto?, ¿tiene eso alguna utilidad?...».

Tita María, siempre atenta y con la paciencia de una gran maestra, le iría explicando la importancia y la utilidad de todos los seres, vivos o no.

A medida que crecía, iba pasando del sencillo aprendizaje de las pócimas y los emplastos con las hierbas al conocimiento más serio y profundo de los ritos y las tradiciones de sus antepasados. De la mano de su tía, Juana Catalina subiría a la cumbre o bajaría a la costa para conocer y recolectar plan-

15 Esta historia está inspirada en el proceso del Tribunal de la Inquisición a Juana Catalina Quintana, la última mujer condenada por bruja en Canarias, del libro titulado *Ingenio en los albores del siglo XIX (1800-1820)* del cronista Rafael Sánchez Valerón.

tas, aprovechando además la anciana estos paseos para explicarle a su sobrina cuanto indicio mágico encontrarán.

—¡Mira, mira! Cuando el sol ilumine aquella enorme piedra que sobresale en la pared de la umbría —le decía entusiasmada y señalando un enorme y antiguo monolito—, comenzará la mejor época para la recolección de la cosecha.

Sí: cada barranco que recorría era como un mapa repleto de señales y cambios. Por eso, casi sin darse cuenta, se convirtió en una inteligente y bella muchacha sensible a los problemas de su prójimo; y comenzó a ayudar a su tía en la atención a los enfermos.

Una noche, tía María, orgullosa de sus enseñanzas, le dijo sonriente de satisfacción: «¡Te has convertido en una joven merecedora de suceder a nuestras antepasadas... aunque todavía te falta madurar en prudencia y sabiduría!».

Y desde ese momento, Juana Catalina comenzó a asumir la responsabilidad que había adquirido con su cargo de sucesora.

Poco después, en unas fiestas patronales, conocería a un atractivo joven y entre ellos saltó la chispa del amor. Desde el mismo instante en que se conocieron, sus corazones no volvieron a separarse. Se casaron, fueron felices, tuvieron dos hijas; hasta que de forma inesperada murió su tía María Perera, convirtiéndose Juana Catalina en su heredera y sucesora.

A partir de ese momento, las responsabilidades de Juana aumentaron: apenas le quedaría tiempo para estar con sus hijas y enseñarles. Fue entonces cuando comenzó a soñar con que ellas aprendieran a

leer y escribir para que descubrieran en los libros los conocimientos que no podía transmitirles o que desconocía...

¡Y dicho y hecho! Contrató a un monje del cercano convento de Agüimes, quien de inmediato comenzó a dar clases a las niñas. «¡Cuánta alegría siento!, ¡mis hijas ya conocen las letras y muy pronto me enseñarán a leer!», comentaba feliz a sus vecinos, compartiendo sus sueños.

¡Pobre Juana Catalina! Sus ilusionadas palabras desataron un temporal de murmuraciones y envidias... Y su nombre y sus hechos, aumentados o cambiados, corrieron de boca en boca, hasta que una vecina la denunció por bruja al Tribunal de la Inquisición.¹⁶

¡La pobre Juana Catalina fue apresada por los inquisidores y separada de su familia! ¡Cuánto sufrió en la lejanía!

Cuentan las crónicas históricas que en aquel juicio todos temblaban: los acusadores, los testigos, los defensores... ¡y hasta los jueces!, que se encontraban ridículos juzgando a una mujer acusada de brujería

16 Debo explicarles, antes de seguir, que la palabra *Inquisición* es muy antigua. Se parece a una horqueta de cuatro puntas, de esas que usan los labradores para aventar el trigo. Por ser tan rara nunca ha pertenecido ni pertenecerá al vocabulario de los niños... Pero es una palabra del diccionario y tiene un significado. En mi diccionario dice «Inquisición: antiguo tribunal eclesiástico que castigaba los delitos contra la fe religiosa». Y uno de los delitos más graves que existían para este tribunal era el de ser una bruja y practicar la brujería.

cuando ese delito ya había sido eliminado de las leyes en España.

Comenzó a declarar la envidiosa vecina, temblando como una hoja seca colgada de un árbol. Entre sollozos diría, como farfullando:

—¡Esta bruja con sus malas artes me metió un lagarto vivo en el estómago...! O puede que fuera un perenquén venenoso: ¡no estoy muy segura!; y, no contenta con hacernos ese daño, le echó mal de ojo a mi familia.

—¿Usted qué contesta a estas acusaciones? —preguntaron a Juana Catalina, quien, con la dignidad de una gran dama, contestó:

—Practico lo que he aprendido de mis antepasadas. Es verdad que hago pócimas, emplastos y ungüentos; y con ellos consigo que mejoren mis enfermos. Pero nunca he hecho daño a nadie.

A continuación, hablaron más testigos y cada uno confesaría lo que le pareció. Al final le tocó el turno al juez, quien se mostraría como avergonzado por la cantidad de tonterías que tuvo que escuchar en boca de los testigos envidiosos, y al final hizo una pregunta:

—¿Usted cobraba por curar a sus enfermos?

—¡No, señor!, ¡ellos me daban algún regalo, si podían!

—¡Bueno! Lo siento, pero veo un delito. Eso es una estafa porque usted no es médico y no puede cobrar ni aceptar regalos como pago. Así que voy a dictar sentencia: pasará un año sirviendo en un convento. Al término de la condena, volverá con su familia y no practicará jamás la brujería.

Muy poco tiempo después de dictarse esta sentencia, el Tribunal de la Inquisición se disolvió y nunca más se volvió a condenar a una mujer por bruja en Canarias. Al finalizar la condena, Juana Catalina regresaría al pueblo y no volvió a practicar la sabiduría tradicional.

Pero... —y esto lo recogen también las crónicas escritas— las monjas del convento le enseñaron a leer y a escribir, y, además, le mostraron muchos saberes medicinales a través de los libros que conservaban en su biblioteca.

Lo cierto fue que Juana Catalina se dedicó por entero a cuidar de sus hijas y a enseñarles no solo los secretos y las historias que ella había aprendido de sus antepasadas, sino también los misterios que a partir de ese momento iba descubriendo con sus lecturas.

1.27. De *A la sombra de las palabras: leyendas canarias de árboles* (2020)

El pino de la Virgen

Cuentan las abuelas desde tiempos prehistóricos que en el frondoso e intrincado bosque de Arterura (Terror), llamado años después bosque de Doramas, los antiguos canarios veían en las noches resplandores que iluminaban los valles y doraban los rostros de quienes observaban.

Al principio, los isleños corrían asustados en cuanto comenzaban los destellos, pero poco a poco fueron acostumbrándose al juego de lucencias que pintaba de colores la noche. Incluso producía una benefactora paz, que calmaba la ansiedad y enmudecía el bosque. Cuando el asombro dejó paso a la curiosidad, quisieron comprobar de dónde provenían las brillantes luces.

Una noche, un grupo de pastores decidió descubrir el misterio y se adentró en el bosque siguiendo la estela de luz. Después de una larga caminata descubrieron un hermoso pino cuyos fulgores se expandían más allá del bosque.

—¡El pino arde, pero no se quema! ¡Es como una enorme hoguera que no se apaga ni se propaga a los demás árboles! —gritaron, y todos corrieron a comunicar el prodigio a familiares y amigos.

Así debieron enterarse algunos conquistadores, que en esos momentos de la historia trataban de situarse y consolidar su logro.

Aunque los conquistadores desconfiaban de las visiones de los isleños, quisieron comprobar sus palabras y se acercaron al bosque. No hizo falta que se quedaran observando mucho tiempo, porque ya en la primera noche certificaron con asombro el fenómeno. Además, vieron, en una rama alta, la imagen luminosa y bella de la Virgen.

Su impresión fue tal que, sin pérdida de tiempo, acudieron a la capital para contarle al obispo Juan de Frías lo que habían visto e, inmediatamente, el propio prelado quiso personarse en el lugar para comprobarlo.

Al día siguiente, el obispo y acompañantes, agotados y hambrientos por la caminata, se hallaban junto a la sombra de un pino que parecía inclinar su ramaje para lucirse mejor. No había luces ni estrellas, pero a los pies del árbol brotaba una pequeña fuente que ponía música de vida al entorno y, junto al tronco, una imagen de la Virgen.

Se arrodillaron y bebieron el agua fresca que corría a sus pies y sintieron un gran bienestar. Después corrió la voz de que el agua de la fuente era milagrosa y se convirtió en el remedio de todos los males.

Esta primera aparición de la imagen sucedió, según constatan las crónicas, el 8 de septiembre de 1481.

La aparición de la Virgen del Pino convirtió a Teror en el centro de peregrinación de toda la isla y en el siglo XVI comenzaron a celebrarse las primeras festividades. Pero no fue hasta el siglo XX (1914)

cuando la Virgen fue nombrada patrona principal de la Diócesis de Canarias, provincia de Las Palmas.

El pino donde apareció la Virgen vivió varios siglos y su fuente calmó las penas de los peregrinos que la visitaban. Junto al Pino Santo se construyó la basílica que hoy conocemos y donde se guarda la primitiva imagen que descubrieron en el siglo XV.

Se cuenta que la aparición de la Virgen en el pino despertó una devoción masiva en todos los canarios y algunos, que vivían alejados de Teror, quisieron tener también su Pino Santo. Por ello, en muchos pueblos con pinares de todas las Islas, los pastores hicieron un hueco en el tronco de un pino para cobijar una pequeña imagen de la Virgen. Así se sentían protegidos en sus largas jornadas por el monte.

1.28. De *Lo que cuentan los barrancos: leyendas canarias* (2020)

Arguineguín

En el viejo barranco de Arguineguín, en una reformada ermita de techo de tejas y gruesas paredes de piedras, se ha cobijado durante siglos la venerada imagen de santa Águeda.

Los primeros evangelizadores eran monjes mallorquines, que en el siglo XII vieron el barranco como un hermoso río de luz que abrazaba la mar en un apacible puerto llamado Arganaguín y a sus habitantes como hermanos leales, valientes y nobles.

Después hubo un silencio de siglos prendidos en sus altas paredes, roto a finales del siglo XIV, cuando Bentagayre, príncipe de Arganaguín, perteneciente al cantón de Artevirgo, se une al guanarteme de Gáldar en la unificación de la isla.

Años después, ya en el siglo XV, Artemi Semidán, guanarteme de Gran Canaria, se enfrenta a una invasión, que los historiadores nos recuerdan así:

Gadifer de La Salle, siguiendo las órdenes de Juan de Bethencourt, quiso invadir la isla usando el puerto de Arganaguín. Enterado de sus intenciones, Artemi Semidán, ayudado de Bentagayre y sus hombres, les salieron al paso con

tanta dureza que les obligaron a huir hasta sus barcos, a la espera de mejores condiciones.

Viendo Artemi que el asedio por mar podía durar mucho tiempo, ideó un plan para acabar con los invasores y lo ejecutó estratégicamente. Primero habló con Pedro el Canario, un joven intérprete de las diferentes lenguas, que había sido raptado cuando era niño y convertido en esclavo de Gadifer. Las palabras de Artemi pudieron ser las que siguen: «Quiero que hables con tu jefe para que me permita acercarme a su barco a tratar con él. Tal vez lleguemos a un acuerdo. Dile, además, que no tengo inconveniente en trasladarme en una de sus lanchas, acompañado de sus hombres, y que iré solo y sin armas». Gadifer aceptó las condiciones y permitió que Artemi Semidán subiera a su barco y comprobara su poderío. Pedro sirvió de traductor entre los dos guerreros, que hablaron de muchas ideas sin concretar ninguna. A continuación, Artemi invitó a Gadifer a bajar a tierra y los dos desembarcaron y compartieron una sencilla comida a la sombra de las palmeras. Sin llegar a un acuerdo concreto, cada cual se retiró a sus cuarteles con ideas diferentes de la situación del otro.

Gadifer pensaba que Artemi era un pobre guerrillero acompañado de una pandilla de desarrapados cuyas únicas armas eran piedras y palos, y que lo vencería en cuanto se enfrentase a ellos. Artemi, por el contrario, tomó buena nota del poder de su contrincante, en especial de los soldados que había en cada barco, las armas que usaban, la protección que tenían... Así que preparó su recibimiento apostan-

do a sus hombres en lugares claves y dándoles instrucciones precisas.

Poco después, amparados en la noche, Gadifer y sus tropas desembarcaron en las cercanías, intentando cogerlos por sorpresa, pero Artemi, atento y dinámico, los rechazó con valentía e hizo decenas de prisioneros, incluido el mismo Gadifer.

Cuando los escasos soldados que quedaron corrían en desbandada hacia sus barcos, Artemi hizo un trato con Gadifer: los dejaría marchar con la condición de que ellos no invadieran de nuevo la isla.

Dicen los historiadores que Gadifer cumplió su palabra y se retiró con sus tropas a Lanzarote, y no volvió a intentar la conquista de Gran Canaria.

A finales del siglo XVI, con la isla ya conquistada y en aparente calma, fueron los piratas los que descubrieron la tranquilidad de las aguas de Arganaguín y decidieron atracar sus barcos en la apacible bahía. Era un lugar ideal para descansar y reponerse de sus largas correrías por el Mediterráneo o el Atlántico sin temor a ser atacados o descubiertos.

Uno de los más fieros, el llamado Francis Drake, mandaba a sus corsarios, barranco arriba, a robar todo lo que de valor tenía la población, incluidas sus jóvenes. Así que a sus habitantes, que en esos momentos de la historia habían disminuido en número y trataban de subsistir libremente con la ganadería y la pesca, les tocó de nuevo defenderse de semejantes visitantes.

Cuentan que una tarde el barranco se sumió en una extraña quietud. Había un silencio tan grande que apenas cabía en él. Callaron los perros, los pájaros,

y hasta el agua silenció su canto ante las sigilosas pisadas que ocupaban el cauce: una banda de facinerosos, armados hasta los dientes, subían hacia los poblados, dispuestos a llevarse todo lo que de valor encontrasen.

Estaban tan confiados en el miedo de las buenas gentes que no pensaron en su capacidad de reacción. Pero los vecinos de El Sao, Peñones, Los Cercados y Caideros, hartos de los corsarios, se habían unido para esperarlos, en un lugar apropiado, donde el barranco se estrecha y hay pocas posibilidades de escapar de una emboscada.

A pesar del desigual empleo de armas (unos tenían cuchillos y sables, y los otros solo un buen garrote), el encarnizado combate acabó con piratas gravemente heridos, en alocada huida hasta sus barcos. Abandonaron sus armas por el camino y a duras penas consiguieron llegar. Después, sin esperar mucho tiempo, pusieron rumbo a no se sabe dónde. La bandera de Francis Drake nunca más fue vista en la zona y, aunque sí llegaron otros barcos piratas para descansar, a ninguno se le ocurrió cometer nuevas tropelías.

Las historias en el barranco continuaron, hasta que llegamos al siglo XVII, cuando sucedió un episodio casi anecdótico que cambió la vida de la mayoría de los habitantes del lugar.

—La cueva está situada sobre un río subterráneo y, al variar el caudal, por las influencias de las mareas y las lluvias, provoca corrientes de aire que salen por los poros de la cueva en forma de gemidos.

—¿Y qué explicación le da usted a lo de la niña?

—Ninguna... Todos ustedes saben que en Guaya-
deque había un importante cementerio guanche.
La niña encontrada debe ser una momia más de las
miles encontradas en sus cuevas. Lo demás es pura
sugestión supersticiosa.

A pesar de la explicación racional, todavía hay
algún incrédulo que sigue visitando la cueva para re-
zar por el alma de la niña. Bueno, a veces yo también
entro en ella cuando voy de caminata por el barranco
y, si tengo suerte y la marea está alta, escucho sus
voces y gemidos. Son siempre diferentes y cada vez
más lejanos.

1.29. De *Una isla contada.* *Antología para recorrer* *Gran Canaria* (2021)

Guayadeque legendario

Para la gente de la zona, Guayadeque es El Barranco, como un distintivo de identidad, y barranqueros sus habitantes. El Barranco es un cauce pacífico que impone silencio al agua y encierra los sonidos del mar en las profundidades de sus cuevas para que las mareas no perturben la paz de sus tumbas.

En Guayadeque mana un extraordinario caudal, que ha dado vida durante siglos al sureste grancanario y que fluye silencioso a través de suaves nacientes y galerías. Crisol de pueblos, testigo fiel de las generaciones, sus curiosas viviendas trepadoras otean en ángulos diferentes el amurallado de piedra e invitan a pasear entre veredas húmedas y nostálgicas. El cauce de colores es eterna primavera nevada de tajinastes, almendros y margaritas, coloreada con el carmín del palo sangre y de las amapolas.

El barranco tiene el vago olor a verano inquieto, a sudoroso balo entre dulces tabaibas siempre verdes. A mediodía se detiene el aire en halos de revuelos sobre el mar y se nos antoja que todo el cauce dormita oliendo a flores, mientras en sus laderas tiemblan vagas las sombras y cesan los sonidos bajo la infinita quietud azul. Trepano laderas, asoman los frondosos palmerales y se arraciman las cuevas.

Muchas historias aún indescifrables duermen en esas cuevas. Poco sabemos todavía de aquellos primeros habitantes que ya en el siglo II nos dejaron sus difusas huellas y ocuparon lentamente las fértiles tierras de sus orillas. Por ahora son solo espectros que llenan de fantasía las mentes soñadoras. Las primeras referencias históricas comienzan en 1414, cuando llegó a los oídos del joven Guanarteme de Tamarant, Artemi Semidán, que grandes veleros intentaban entrar por el sureste en las playas de Agüimes, con la intención de invadir la isla.

—¡Unámonos de nuevo! —fue su llamada, y cinco mil canarios armados bajaron desde las cumbres para encontrarse a orillas de El Barranco.

Artemi, comandando a sus guerreros, derrota estrepitosamente, por segunda vez, a las tropas de Jean de Bethencourt. Pero queda gravemente herido y muere días después. ¡Cuántos lamentos flotando en las laderas!

Cuenta la voz popular que Atidamana, la reina madre, acompañada de otras mujeres, embalsamó los cuerpos de sus hijos y los colocó en la cueva funeraria. Después sellaron la entrada para que descansaran eternamente en El Barranco de los Luchadores.

A partir de esa batalla ganada, llegó el tiempo de los sobresaltos, luchas, valor sometido, forzado mestizaje y, finalizando el siglo XV, acabada la conquista, el sureste de la isla reaparece de nuevo en la historia. Los reyes de España, Isabel y Fernando, declaran espacio territorial especial y único a los núcleos poblacionales del sureste que se extendían desde el castillo de Gando, en Telde, hasta Balos, en Tirajana,

además de los abandonados terrenos de costa, que fueron aprovechados para la siembra y el ganado. Se funda el Señorío Episcopal de Agüimes y se dona a fray Miguel López de la Serna, obispo de la Gran Canaria, el Rubicón.

Guayadeque, la gran mina del sureste, se convierte entonces en el protagonista de las trifulcas, odios, penalidades y egoísmos por la propiedad de sus aguas, en una dura etapa. El Barranco no guarda tesoros ocultos, solo el silencio de la historia en sus murellones de piedras.

Al margen de la historia, la vida se abre paso entre pequeños resplandores de luz y en sus orillas nacieron los primeros rayos de esperanza. El primero fue en 1666, cuando nació en Ingenio, pago de Agüimes, en el seno de una familia descendiente de conquistadores y religiosos, un niño llamado Antonio.

Su familia lo llamó cariñosamente Antón y, gracias a la educación que recibió, siempre tenía el ánimo alegre y dispuesto a colaborar en el trabajo diario. Aprendió muy pronto la crueldad de las leyes, que le arrebataron, por no sé qué extraño tributo de sangre, a su mejor amigo, el cual fue obligado a viajar con su familia a Las Indias. Y desde entonces solo tuvo una idea:

—¡Quiero viajar al Nuevo Mundo! —repetía una y otra vez.

Y ya no hubo forma de contrariarlo.

—Eres un chico muy afortunado —le dijo su abuela—. Puedes elegir entre hacerte cura o soldado, y lo más conveniente para tus deseos es que te hagas misionero.

Y eso hizo. Desde ese momento comenzó a frecuentar el convento dominico de la Villa para adquirir los conocimientos que lo llevarían a convertirse en un futuro hombre de la Iglesia, sin abandonar las prácticas deportivas como garrotero y luchador. Una vez acabada la preparación inicial en Agüimes, fue al seminario de la orden de Santo Domingo en la isla de Madeira para hacerse sacerdote misionero. Después volvió a su tierra para celebrar su primera misa en Agüimes con los suyos.

De vuelta a Gran Canaria, el barco fue atacado por los piratas berberiscos y los pasajeros vendidos como esclavos en el mercado de Mequínez.

Ocho años vivió fray Antón como esclavo en África. Pero gracias a sus dotes negociadoras y a su preparación, se convirtió en un valioso luchador de garrote, hasta el punto de compartir las ganancias de las apuestas con sus amos y conseguir el dinero suficiente para comprar su libertad.

Volvió a su pueblo diez años después de haber salido y, al fin, pudo cantar misa en su villa de Agüimes, acompañado de familiares y amigos.

—¡Quiero irme para las Indias cuanto antes! —dijo, como una petición, a los superiores de su orden, pero le fueron negados los permisos. Entonces adujo que deseaba pedir limosnas en el Nuevo Mundo para redimir a unos familiares cautivos en Argel y cambió su hábito por el de los Mercedarios de la Redención de Cautivos.

Y como no hubo forma de comprobar sus afirmaciones, le concedieron el permiso y pudo viajar a Las Indias.

Su rocambolesco viaje por Panamá, Guatemala y México es largo y penoso, aunque, una vez en la ciudad de los aztecas, comenzó a acumular limosnas y amasó una fortuna tan grande que incluso le atemorizaba. Decidió entonces volver a su tierra y gastarla con su gente. Pero no pudo cumplir su deseo, pues murió a consecuencia de unas fiebres el 29 de mayo de 1713 en Sinagua, distrito de Guacana, en México.

Después de un largo proceso de la familia reclamando la herencia, llegó al pueblo un tercio de la fortuna acumulada. La llegada de esa primera herencia indiana provocó un gran revuelo. Y debió de animar, años después, el imparable sueño migratorio del sureste.

Otro rayo de esperanza se vio en 1718, cuando los habitantes de Agüimes se negaron a aceptar la subasta pública de las tierras de costa, que ellos habían roturado y trabajado, y la Audiencia concede el título de propiedad al sargento Amoreto, que ya era dueño de otros terrenos desde Aldea Blanca hasta Arguineguín. Los vecinos se amotinan en defensa de la tierra y el Guayadeque vuelve a sentir en sus orillas los fragores de las luchas entre políticos y medianeros.

El motín de Agüimes marca un hito importantísimo en la defensa de los derechos a la tierra. El proceso fue largo y culminó con el enfrentamiento del pueblo contra las tropas de los coroneles de Telde, Las Palmas y La Laguna. Por fin, el 13 de abril de 1733 se libera a los prisioneros y las tierras pasan al dominio de los vecinos.

Belicosos y temidos, los habitantes del sureste vuelven a sublevarse en 1823 contra los impuestos

abusivos y su disconformidad con la ordenación constitucional del territorio de Telde. Los habitantes de las dos orillas de Guayadeque, Ingenio, Carrizal y Agüimes, sufrieron de nuevo una larga tensión que acabó con un condenado a muerte y muchos prisioneros.

Después hubo una lenta calma entre una y otra orilla. Vivieron epidemias de fiebre amarilla y cólera, más sequía, hambre y miserias, pero los sueños siguieron manifestándose con más fuerza que nunca, y las dos orillas expresaron su opinión de vivir como municipios independientes.

El Guayadeque volvió a convertirse en protagonista de litigios, heredamientos y pequeñas luchas tribales por cotas de poder. El barranco fue el eje de la división, la linde que separaría los dos municipios. En una margen estaban Ingenio y Carrizal con sus derechos al agua y a las tierras, y en la otra Agüimes, orgulloso del señorío que había representado, y que aún representa, con sus pagos y sus pequeños núcleos costeros.

En la primera mitad del siglo XIX, Ingenio comenzó a consolidarse como municipio libre e independiente, y Agüimes como la villa hermosa y antigua Cámara Episcopal que ha sido. Nunca han perdido el deseo de caminar juntos solidariamente y, en cuanto las circunstancias lo permitieron, han formado mancomunidad, incorporando, además, a las tierras de costas, que una vez roturaron y labraron, ya su municipio de Santa Lucía de Tirajana.

Las dos villas del sureste siguen cultivando su independiente personalidad y, orgullosos, funden sus raíces en el legendario Guayadeque.

Los visitantes de El Barranco no conocen su historia; todo lo más, si pasaron por su Cueva Museo, retazos de prehistoria. Y se irán en paz, satisfechos de gozar una comida relajante en el silencio de las cuevas, a veces roto por comensales que hacen preguntas al dueño del restaurante:

—¡Oiga, don Bartolo! ¿Usted ve, como veo yo, un rostro gigantesco grabado en la ladera de enfrente?

—¡Se dio cuenta, ¿eh?! Hay muchos más, algunos son recuerdos de Tibicenas que aún viven en las cuevas. Dicen que esas esculturas las hizo el último gigante que vivía en Temisas y que murió muy cerca de aquí. ¡Bueno! Seguramente a usted, señora, le parecen cosas de viejos, pero cuando uno las escucha tantas veces, pues... termina creyéndolas.

—¡No, hombre! ¿Cómo no lo voy a creer si mi abuelo también me contaba historias parecidas? Cuente, cuente, por favor.

—Mire: ¿usted ve, en lo alto de la ladera, como si un cuervo se moviera de un lugar a otro? Pues es la vieja Ana Jesús con su pañuelo negro. Está cosechando hierbas que viven en El Barranco desde tiempos inmemoriales. Es una de las pocas curanderas que nos quedan. Ella tiene un remedio para cada cosa. A veces tarda horas en llegar hasta aquí, pero yo siempre la espero, aunque sea para quejarme y recibir una palabra de consuelo. Ayer le dije: «¡Dichosa pandemia, Anita!». Y ella me recetó unas hierbas que me sentaron muy bien. También me aconsejó que fuera a sentir el mar porque el aire fresco de la marea despeja y se duerme mucho mejor.

—¿Y a cuántos kilómetros está el mar desde aquí, don Bartolo? ¿Usted lo sabe?

—Por lo menos a veinte; pero ella no se refiere al mar de la costa, sino al que se siente y se imagina dentro de la cueva de Los Suspiros que tenemos cerca; aunque ahora no se puede entrar porque la tenemos llena de agua.

—¿Y se oye el mar desde tan lejos?

—¡Que si se oye! Ya lo creo. Y se sienten los aires de las olas que suben y bajan, y hasta el arrastre de los callaos en el fondo.

—¡Qué interesante! Resulta hasta poético. Todo ha estado perfecto, caballero: la comida, el lugar, la conversación. Es usted muy amable. Y díganos, por curiosidad: ¿este restaurante está situado en Ingenio o en Agüimes?

—¡Ay, señora! Está en El Barranco. Y los que aquí trabajamos somos, antes que nada, barranqueros.

La tumba del gigante

Si dejamos atrás la cueva de la Niña y seguimos andando diez kilómetros más, barranco arriba, llegamos a un lugar precioso, único, repleto de cuevas deshabitadas, que todavía conservan su rústica puerta de madera de pino. En el lugar se respira un respetuoso silencio de siglos.

Muy cerca, en su ladera este, existe una gigantesca aglomeración de cantos rodados cuya forma se asemeja a un sarcófago y cuyo nombre le hace justicia: tumba del Gigante.

Mi abuela me contaba una historia, que ella escuchó de su abuela, sobre el origen del nombre, y me hizo prometer que yo la contaría a mis nietos para que el secreto no se perdiera en la desmemoria de los tiempos. Comenzaba así:

Había una vez un hombre desmesuradamente grande llamado Tarha. Vivía solo en una cueva alta y espaciosa situada en el monte.

No se sabe muy bien cómo llegó a esa situación de soledad, pero todos sus iguales habían desaparecido y él, ya anciano, gozaba las primaveras como un regalo de un Dios amable y generoso.

Bajar y subir de la cumbre al mar se convertía para Tarha en un agradable paseo, y no le importaba que hiciera calor o que la lluvia lo empapara, pues siempre estaba dispuesto a caminar esperanzado.

Un día de primavera, cuando la naturaleza comenzó a llenarse de trinos y alegría, descubrió otras pisadas junto a las suyas, huellas pequeñísimas de pies descalzos que parecían dibujadas sobre la tierra húmeda. Las siguió entusiasmado, escudriñando con interés todos los rincones del camino.

De pronto, un ruido diferente llamó su atención, volvió la cabeza y vio a un grupo de personas junto a un árbol, que se agrupaban como temerosas de su presencia.

—¡Eh! ¿Me tienen miedo? —preguntó a gritos, doblando su cintura para estar más a su altura.

Nadie contestó. Entonces se acercó un poquito más y dijo:

—¿No me comprenden?

Y su vozarrón agitó las melenas y las barbas de los pequeños seres.

El que parecía de mayor edad se adelantó valientemente y contestó:

—¡No! ¿Por qué vamos a temer? Hemos temido a las guerras, al mar, a las tormentas, al Todopoderoso... Perdimos familias, casas, tierras. Nuestro sufrimiento ha sido tanto que ya no tenemos miedo; solo nos queda el deseo de vivir en paz como buenos vecinos.

Tarha se estremeció; era justo lo que deseaba escuchar. Extendió sus brazos hacia ellos en señal de bienvenida y sellaron su amistad juntando las yemas de sus dedos.

Fue el gigante quien mostró a sus visitantes dónde estaban las mejores tierras de cultivo, dónde se criaban las mejores frutas, las mejores cabras. Les enseñó a pescar y a construir viviendas-cuevas para resguardarse del calor, del frío, de la lluvia y de los cauces de los barrancos.

También los instruyó en el uso de las hierbas medicinales que se daban en los lugares húmedos; y además les mostró los puestos de observación que había hecho en todos los valles de la isla.

—Este ha sido mi trabajo de muchos años —les dijo—. He horadado las rocas en lo más alto de los valles, como si fueran ojos de las montañas, porque así podía vigilar la costa y los alrededores mientras cuidaba del ganado.

Los hombres agradecieron las bondades del gigante con grandes muestras de alegría. A veces lo acompañaban hasta su cueva, situada unos kilóme-

tros más arriba, fuera ya del barranco, y le ayudaban en todas sus necesidades.

El gigante vivió mucho tiempo feliz en compañía de sus visitantes; ellos le trataron como entrañables vecinos. Pero cuando llegó la hora de su muerte, sus amigos no tuvieron fuerzas suficientes para enterrarle y se quedó en el mismo lugar donde se durmió.

Sobre su cuerpo colocaron todos los cantos rodados que había en el barranco y lo cubrieron totalmente como si fuera un sarcófago de piedras. Así, arrullado por el canto del agua y de las aves, lo dejaron dormir para siempre.

Ya sé que muchos pensarán: «¡Menuda fantasía tenía esa abuela! ¿Cómo van a existir gigantes en Canarias?».

Bueno, yo solo añado, para terminar, que pidan a sus padres que los lleven de excursión a la cueva del Gigante, que está muy cerca del pequeño pueblo de Temisas; continúen caminando y lleguen a la caldera de Los Marteles; bajen por ella hacia el barranco de Guayadeque y descubran el féretro de piedras, que el tiempo ha respetado.

Piensen entonces en la imaginación de las abuelas.

1.30. De *Historias de colores* (2023)

La bencomia

La abuela María contaba historias mientras preparaba la cena. Su nieta Dácil la escuchaba y, curiosa, también hacía preguntas:

—¿Quién pone nombre a las flores, abuela?

—Las personas que las descubren.

—¿Y cómo saben qué nombre ponerles?

—Porque las estudian: observan su tamaño, color, olor, dónde viven, a qué se parecen...

—¿Sí? ¿Tú sabes la historia de alguna?

—Sí, conozco algunas.

—¿Me las cuentas?

—¡A ver si recuerdo...! ¡Ah, sí! Bueno, te contaré algunas mientras se guisan las papas y acabo la cena. Sucedió una vez...

El joven Sabino subía y bajaba como un rehilete los montes de Tenerife. A veces pasaba horas sentado en cualquier peñón escuchando el canto de las aves, escribía en su pequeño bloc el nombre del pájaro que cantaba, las notas que emitía su trino, el color de sus plumas y todo lo que fuera importante para reconocerlo; y seguía su camino.

Una vez pasó por un lugar precioso donde se respiraba una paz verde repleta de vida. Hizo un alto y cerró los ojos para sentir aquella calma tan relajante.

Cuando los abrió de nuevo, descubrió una planta desconocida. Se acercó para observarla y cortó una rama que guardó en su mochila.

De pronto, una voz fuerte a su espalda lo sobresaltó:

—¡Buenos días nos dé Dios!

—¡Buenos días tenga usted! —contestó Sabino, un poco sorprendido—. ¡Qué lugar tan hermoso!

—Sí, es bello, y ojalá siga así muchos años. Esta es la huerta del rey Bencomo; los pastores la hemos cuidado durante siglos. Soy su guardián. La heredé de mi padre y este del suyo, y así ha sido durante muchas generaciones. Es un gran honor para nosotros cuidar de las matitas que él amó.

—¿Cómo llama usted a esta planta tan original?

—¡Ah, esa! Yo la llamo *sentida* porque cuando alguna de mis cabras se come sus barbas, que parecen secas, la planta muere. Lo mismo le sucede si algún animal destroza esa especie de moña que tiene en la cabeza. No le gusta mucho que la anden tocando y molestando.

—¡Oh, lo siento! He cortado una de sus ramas para estudiarla.

—¡No se preocupe, no morirá por eso!

Sabino pasó mucho rato conversando con el pastor, que lo puso al día en todo lo relacionado con la huerta: las plantas, los insectos, las aves...

Fue una conversación tan agradable y provechosa que acabaron compartiendo una pella de gofio y queso.

Ya en su laboratorio, Sabino dibujó la planta desconocida y, tal como le explicó el pastor, tenía lo que

parecía una moña verde y una barba seca. Después buscó en los catálogos de plantas para conocer su nombre. Pero no la encontró. Y siguió buscando en libros y revistas. Pero nada, no existía.

En seguida se lo contó a su amigo Philip, que también era un enamorado de las plantas, y ambos comenzaron a estudiar juntos las semillas, las flores, las raíces...

Muy pronto encontraron otras plantas que tenían cualidades parecidas y vivían muy cerca. Poco tiempo después ya sabían que aquella planta tenía una gran familia.

Y cuando los dos amigos tuvieron todos los datos a punto, decidieron bautizarla con el nombre de *bencomia*.

—¿Y por qué le pusieron ese nombre, abuela?

—En recuerdo de Bencomo, segundo mencey de Taoro. Era el más querido de los nueve menceyes que había en la isla. Como ya sabes, *mencey* significa algo así como rey, aunque el verdadero significado es «el mejor». Me contaron que, a su muerte, los pastores cuidaron de su huerta, que estaba situada en La Orotava, y se turnaron durante siglos para que en ella nunca faltaran las plantas que el rey había cuidado. Bencomo fue tan bondadoso y querido que su memoria ha permanecido viva muchos siglos.

La historia también nos cuenta que tuvo un hijo llamado Bantor, y dos preciosas nietas llamadas Dácil y María, que alegraron su vida.

—¡Oh! ¡Dácil, como yo!

—Sí, llevas su nombre.

—¿Y cómo acabó la historia?

—No recuerdo muy bien lo que me contaron, pero estoy segura de que la madre tierra, agradecida por el amor que siempre le tuvo Bencomo, le esculpió una flor como regalo para que nadie olvidara su nombre: Bencomo... Bencomo...

Un día de estos te llevaré al Jardín Botánico de Gran Canaria. Recuerdo que lo visité una vez y había un largo paseo sembrado solo con bellas bencomias. Para no olvidarlo nunca, recita conmigo esta copla:

La bencomia es una planta
con el nombre de un rey guanche;
tiene moña verde y alta
y seca barba colgante.
¡Que llueva y llueva,
y que el cielo,
buen jardinero,
riegue la tierra!

Aprende un poquito más sobre Sabino Berthelot y Philip Barker Webb.

Sabino nació en Francia y Philip en Inglaterra.

Sabino era botánico, zoólogo, ornitólogo y enamorado de las Islas Canarias. Vivió muchos años en Tenerife.

Philip era botánico y estaba siempre viajando y conociendo las diferentes plantas del mundo.

Entre los dos escribieron un gran libro titulado *Historia natural de las Islas Canarias*.

Una leyenda de seres blancos y negros

Una jaca en los Jameos.

Una vez...

La mamá jaca, siguiendo las costumbres de sus hermanas adultas, puso sus huevos en un lugar que creyó seguro y se olvidó de ellos. Poco después pasó por allí el pez vieja y engulló unos cuantos. Otros se los comió un hambriento sargo. Y de los pocos que quedaron, solo uno eclosionó.

De esta forma nació Tic, el cangrejito negro, hijo de la mamá jaca, que abrió sus ojos en el agujerito de una roca repleta de plantas y su color se adaptó al entorno. Poco después se movía con agilidad por los charcos.

No duró mucho su paseo porque de improvisto una ola grande y juguetona lo arrastró hacia las profundidades sin dejarlo agarrarse a un lugar firme. Era tan pequeño que en medio del agua parecía más débil que un suspiro en el viento.

Sin saber cómo, se encontró navegando en un oscuro túnel de aguas tranquilas que iban y venían sin sol ni lunas.

—¡Aquí solo hay noches! —se quejaba el animalillo agarrado al pequeño saliente de una roca.

¡Pobrecito! En medio de la oscuridad comenzó a crecer delgado y enfermizo.

¡Ni se sabe el tiempo que estuvo allí!

Nada que nadarás, camina que caminarás.

Una vez creyó ver luz a lo lejos y nadó con todas sus fuerzas hacia ella. Era una claridad transparente que no conocía, como un espejo plateado en el que se

podía mirar. Por primera vez vio su sombra reflejada en el agua; se encontró tan feo que se desmayó.

Al abrir nuevamente los ojos en aquel hermoso lugar, preguntó:

—¿Dónde estoy?

Un coro de chapoteos le contestó:

—En el lago de los Jameos.

El cangrejillo Tic miró a su alrededor y vio a un grupo de jacas blancas de su mismo tamaño, que brillaban como perlas de sal y movían graciosamente las antenas de su cabeza.

—¿Y dónde tienen los ojos? —preguntó sorprendido.

—No tenemos. Somos los cangrejitos ciegos.

Los habitantes de los Jameos se acercaron para conocer a Tic y descubrieron que tenía dos ojos que miraban en redondo y su curiosidad se desató:

—¿De dónde vienes? —le preguntaron.

—Del mar.

—¿Está muy lejos de aquí?

—No lo sé. Las olas me arrastraron por un largo túnel oscuro y frío.

—Ese debe ser el túnel de la Atlántida —dijo uno.

—Cuéntanos cómo es el mar. ¿Cómo es el túnel?

El pobrecillo Tic estaba tan abrumado que no atinaba a hilvanar las palabras. Pero después de contestar, le tocó preguntar:

—¿Y cómo es que, siendo ustedes tan parecidos a mí, tienen otro color y además son ciegos?

Y ellos le contaron su leyenda.

—Parece que un gran volcán explotó, no sabemos cuándo, y pasó por encima del lugar donde vivíamos.

Así se formó un gran tubo volcánico que nos mantuvo aislados en nuestro trocito de mar; crecimos sin la luz del sol y en la oscuridad no necesitábamos los ojos, nos bastaban las antenas para deambular por nuestro espacio. Así pasó el tiempo hasta que los hombres descubrieron nuestro hogar y lo llamaron cueva de los Jameos.

—¡Cuidado, cuidado! —exclamó Tic cuando vio a un montón de turistas lanzando monedas al agua. Y en seguida corrieron a refugiarse.

El mediodía, cuando el sol entraba en halos de colores sobre el lago y los visitantes se perdieron en el comedor, fue el momento escogido por los habitantes ciegos para enseñarle a su amiga jaca los recovecos de su vivienda. Mientras paseaban, encontraron en un rinconcito del lugar a una cangrejita blanca que movía desesperada sus patas.

—¿Qué le pasa? —preguntó Tic.

—Está llorando. Como no tiene ojos ni lágrimas, muestra su disgusto de esa forma.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Tic.

—Estoy inválida. Tengo las antenas rotas; una moneda lanzada por un desaprensivo me las rompió y no puedo moverme por el lago junto a mis hermanas.

Tic, conmovido, tomó entonces una decisión.

—¡Déjame ser tu guía! Te llevaré a pasear por el lago. Seré tus ojos y tú me enseñarás a ser feliz en este lugar.

—¡Sííí! —asintió la jameíta con un tembloroso pataleo.

A partir de entonces, a la jamea blanca y al cangrejito negro siempre se les vio juntos, como dos enamorados que juegan bajo la luz dorada del atardecer.

Pero una vez..., junto a los cangrejos blancos también nació una jamea de enorme cabeza chata y patas largas muy negras, que, mirándose al espejo, de una gota de cristal sintió un terrible complejo.

Lloró lágrimas de sal:

—¡Soy fea, requetefea! —gimió la pobre jamea.

—¡Qué tonta eres, muchacha!

¿No ves que tienes dos ojos para ver el mar y el cielo mientras que tus compañeros

son los cangrejitos ciegos?

Eres muy hermosa, ¿sabes?

Aunque un poco mentecata, pues tu nombre no es jamea sino que te llamas Jaca.

Entonces la cangrejita se dio cuenta de que ella era una jaca, de esas que viven en los charcos, y que tenía dos ojos para mirar en redondo. Se sintió muy feliz y las ondas de su alegría ocuparon todo el lago.

Los cangrejitos que vivían en los Jameos también se sintieron felices y compartieron su casita de olivina y plata con su nueva amiga.

Y colorado colorín...

Si alguna vez van a Lanzarote, no se olviden de visitar la cueva de los Jameos. Observen con mucha atención a los cangrejillos blancos y, si ven alguno con manchas oscuras, seguro que son los hijos de nuestra amiga Jaca, que se casó con un jameo y le nacieron los hijos de dos colores.

1.31. De Cuenteando con Pepa Aurora (2025)

El ojo de Polifemo

—¡Ulises...!

Su voccecita cristalina voló como una gaviota sobre los tejados hasta perderse en el mar. En un santiamén bajó la pendiente y llegó al muelle dispuesto a gritar otra vez. Entró en la cofradía de pescadores y corrió hacia su abuelo con los brazos abiertos:

—¡Nano! ¿Has visto a Ulises?

—No te preocupes por ese gato maleducado, ya aparecerá.

Ulises andaba huido detrás de Circe, la gata de una vecina. La niña tendió la vista a su alrededor y, como no halló lo que buscaba, volvió a su casa.

Marina tenía una fantasía fuera de lo común. Le habían contado la historia del griego Ulises y le gustó tanto que utilizaba sus nombres en la vida cotidiana.

Así, a su gato lo llamaba Ulises, como el protagonista del cuento, y a la gata que enamoraba, la llamó Circe, que era el nombre de la bruja que engañó al héroe. Los muñecos también fueron bautizados con aquellos nombres.

A la preferida la llamó Penélope, como la esposa del protagonista. No se cansaba de preguntar más datos.

—Mami, ¿cómo se llama la isla donde vivía Ulises?

—Ítaca, hija.

—¿Dónde está esa isla?

—Creo que en el mar Mediterráneo.

No siempre la mamá conocía la respuesta, pero como también tenía imaginación, inventaba historias.

El episodio que más le gustaba a la niña era el de «La isla de los Gigantes».

Contaba la mamá que una vez llegó Ulises a una isla alta y hermosa. Sus montañas estaban cubiertas de pinos y sus laderas, de frutales. Allí vivía un gigante con un solo ojo, que se alimentaba del ganado y de los productos de la tierra, especialmente de uvas y vino. Pero el gigante, igual que el ogro de Pulgarcito, también comía carne humana y trataba de comerse a los visitantes. Menos mal que Ulises era muy listo y consiguió vencerlo, quemando su único ojo.

La descripción de la isla que hacía su mamá, le parecía a Marina un lugar cercano y conocido. Por eso volvía a preguntar:

—¿La isla de los Gigantes estaba también en el mar Mediterráneo?

—No, creo que estaba en el océano Atlántico.

—¿Cómo se llamaba el gigante de un solo ojo?

—Polifemo.

—¿Había más gigantes en la isla?

—¡Claro que sí! —afirmó la mamá, convencida.

—¿Qué pasó con ellos? ¿Murieron? ¿Tuvieron hijos?

La mamá continuó la historia a su manera.

—Parece que Circe, la bruja que vivía en una isla cercana, cansada de que los gigantes comieran carne

humana, los convirtió en piedras y juntó sus cuerpos en un acantilado.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —comentó Marina convencida—. La isla de los Gigantes es la isla donde está el volcán Teide.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la mamá.

—Porque he visto el acantilado de Los Gigantes y sé que, en la parte más alta, se divisa perfectamente la cabeza de Polifemo con su ojo vacío.

La casa de los mahios

La casa de la abuela es como un velero anclado sobre olas de hierbas. La proa en dirección a la puerta azul del mar y la popa hacia las montañas.

Cuando abre una ventana, entra el viento y la casa se llena de rumores y olores. A veces también entran perenquenes, lagartos y algún que otro ratoncillo que la abuela expulsa con una escoba.

En la noche, en medio del sueño, la casa suena a tenderete y todos los instrumentos de la rondalla se suceden alegres.

—¿Qué es ese sonido, abuela?

—Son los mahios del viento que tocan sus güiros entre las rendijas de las ventanas.

—¿Qué son los mahios, abuela?

—Duendecillos buenos, que hacen mil diabluras para divertirnos.

—Y ahora, ¿qué tocan?

—Sus flautas dulces para que duermas.

La abuela juega con la niña a la adivina de los instrumentos hasta que el sueño la ensordece.

—¡¡Quiquiriquí!! ¡¡Quiquiriquí!!

—¡Arriba! ¡Arriba! Que ya suenan las campanitas del día —llama la abuela.

Y Yaiza se levanta a la de tres...

Abuela y nieta desayunan leche con gofio y un buen trozo de queso, y salen a realizar los quehaceres cotidianos. La niña aprende cosas que no enseñan en los colegios: recoge los huevos, hace el pan, prepara la leche y aun le sobra tiempo para cocinar y charlar con los vecinos.

Así el día se acorta, pero la luz es tan intensa que se olvidan de la tele y del ordenador. Cuando cierra los ojos sobre la cama, los ruidos de la casa suenan a música de arrorró.

Siempre que viene la mamá a buscarla, Yaiza se hace la remolona, y la mamá sonríe comprensiva mientras comenta con la abuela.

—No comprendo cómo mi hija es tan feliz en esta destartalada casa.

Y la abuela contesta:

—Es que tengo mis secretillos.

—Abuela, ¿de verdad que tienes un secreto para ser feliz? —preguntó la niña, atenta a los sonidos.

—Ya te los contaré algún día —contestó la abuela con un guiño...

Y una noche, antes de dormir, la abuela le contó su secreto:

—La alegría y las ilusiones que se respiran en esta casa se deben al trato que hice con los mahios... Verás... antes, los duendes vagaban por la casa y me asustaban. Algunos eran tan malos que me hacían llorar. Una vez, les dije: «¡Basta ya! Les voy a buscar

un acomodo agradable y ahí se van a quedar para siempre». Entonces compré un precioso arcón de madera, lo llevé al desván y fui metiendo en él a todos los negativos, a los que me hacían llorar, a los que molestaban... Solo quedaron libres los divertidos, los buenos, los alegres... Después cerré el arcón y nunca más lo he abierto.

—¡Ay, abuela! Una vez abrí ese arcón y solo vi fotos, cartas y un montón de chucherías.

—Ahí, ahí, en medio de las chucherías y los recuerdos se esconden los peores.

—¿Tú crees que se escaparía alguno?

—No, no pueden salir sin mi permiso.

—¡Uy! ¡Qué bien! —dijo la niña.

En esos momentos tomó la decisión de pedir a los Reyes Magos un arcón como el de la abuela. Así podría encerrar a todos los mahios negativos que había en su casa. Aquellos que hacían reñir a sus padres y que tanto la hacían sufrir. Pero tenía que pedirle a su abuela que la enseñara a reconocerlos.

Y con esa ilusión se fue a la cama feliz.

La garza herida

Nadie podría explicar cómo aquella garza pudo llegar a las dunas de la isla tan gravemente herida. Se posó a la sombra de un tarajal y esperó la muerte...

No contó con que sus huellas fueron descubiertas por una bandada de hubaras que la siguieron:

—¿Qué te sucede? —le preguntaron cuando la vieron en aquel estado.

La garza abrió y cerró su largo pico en un intento de contarles su dolor, pero no pudo, la blanca telilla de sus ojos cayó como un telón y se desmayó.

Las hubaras se dieron cuenta de que manaba sangre a través de una gran herida.

—Morirá si no la curamos —dijo una—. Vamos a llamar a la araña.

Y la araña tejió su delicada tela sobre la herida y esta dejó de sangrar. Después, las hubaras volaron hasta un charco y trajeron pequeñas porciones de barro en su pico, que colocaron sobre la herida. Pronto bajó la fiebre y la garza pudo beber agua y comer pequeños brotes de hierbas.

—¡Ahora debes descansar!

Y todos se fueron, dejando a la garza sola.

La naturaleza hizo el milagro y en pocos días la garza mejoró. Abrió los ojos y saludó a sus salvadoras:

—¡Gracias, amigas! ¡Gracias por la ayuda! Pero he perdido tanta sangre que aún no puedo volar.

Y allá se fueron las hubaras en busca de plantas que contenían hierro y le darían mucha fuerza. Unas cogieron brotes tiernos de cardos y de berros, y otras se encargaron de recolectar semillas de mostaza y jaramagos...

La sabia naturaleza con sus savias milagrosas consiguió que el ave recuperara las fuerzas y la alegría.

La garza se fue un amanecer, tenía prisa para reunirse con sus compañeras. Se despidió de las hubaras con un agradecido batir de alas... Y siguió repitiendo su adiós hasta que solo fue un punto en la distancia.

Y como las noticias vuelan más rápido que las aves, en poco tiempo todos los animales conocían la curación de las garzas en la isla. ¡Ya se sabe cómo son estos seres! Parece que no se comunican, pero enseguida se enteran de lo bueno y de lo malo.

Desde entonces, Fuerteventura es la isla que protege a las hubaras y a las pardelas. También es el lugar donde se refugian las aves cansadas de largas migraciones, las tortugas heridas, los delfines y ballenas enfermos, las ardillas hambrientas...

Y es que esa isla es la dulce mamá que siempre guarda una caricia para cualquier ser que se acune en su regazo.

Carita de luna

Candela se miraba al espejo preocupada porque las amigas de su mamá le decían: «¡Qué carita de luna tiene esta niña!».

Ella no entendía muy bien si tener la cara de luna era bueno o malo, y eso le preocupaba.

Aquella noche, cerraba sus ojillos repletos de sueño, cuando escuchó a su mamá, que la arropaba:

—¡Hasta mañana, carita de luna! —y medio dormida, le preguntó:

—Mamá, ¿dónde está la luna?

—Tal vez escondida detrás de tu cuna.

—¿Y dónde está el sol?

—El sol es muy obediente y ya se durmió.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, mi amor.

A solas, en su nebulosa de sueños, Candela comenzó a buscar a la luna. En la ventana solo había estrellas; tampoco estaba en su manta, ni en su mesa, ni en su cuna.

—¿Dónde estará la luna? —le preguntó a su gata.
Y esta le señaló las cajas y las latas con su pata.

Abrió la caja de sus camisetas, la de sus zapatos, la de sus muñecos... ¡No! ¡No! Y ¡no! Después abrió las latas: la grande de galletas, la mediana de bombones, la pequeña de piruletas. Y miró una por una, pero tampoco encontró a la luna.

Candela salió decidida a buscarla, pues no estaba detrás de su cuna, ni en las cajas, ni en las latas. Así que le preguntó al perro que dormía en su caseta.

—¿Has visto a la luna?

—Anoche la vi jugando en el monte —contestó.
Y la niña fue en su busca.

Anda que te anda, llegó al monte, pero no estaba allí, solo encontró a una cabra, a la que le preguntó:

—Busco a la luna, que no estaba detrás de mi cuna, ni en las cajas, ni en las latas, ni en el monte. ¿Sabes dónde se esconde?

Y la cabra le respondió:

—Anoche la vi en la charca bañándose con las ranas.

Camina que te camina, llegó a la charca y, al no verla allí, le preguntó a una rana:

—Busco a la luna, que no estaba detrás de mi cuna, ni en las cajas, ni en las latas, ni en el monte, ni en la charca. ¿Sabes dónde se esconde?

Y la rana le respondió:

—En esta noche tan clara se reflejará en el agua.

Volvió a mirar en la charca y solo vio su cara redonda en el espejo del agua.

—¡No quiero tener a la luna en mi cara! —dijo apenada.

Corrió a su casa y se durmió en un suspiro. A medianoche, la gata le ronroneó al oído: «¡Mira, mira!». La luna, asomada a la ventana, llenaba la habitación con su magia.

—¡Oh, qué alegría que no está en mi cara! —exclamó la niña.

La luna estaba tan hermosa que no le importó parecerse a ella.

Y así, con una sonrisa, se volvió a dormir.

2. Poesía

2.1. De *Papá Teide* (1985)

Nana al lagarto

Un lagarto está dormido
en su cunita de aulagas,
lo protegen las piconas,
arrullándolo en su nana.

El cardón y la pitera,
tocan bajo sus guitarras,
un timple rasca tunera,
y le canta una tabaiba.

Duérmete, lagarto clueco,
duerme tranquilo,
nosotras te hacemos cerco,
duérmete, amigo...

El lagarto está dormido
en su cunita de aulagas.
¡Silencio! ¡No lo despierten!
Porque se acaba su nana...

La vieja chabolita

(A mis alumnos de la Charca)

Soy una vieja chabola,
aunque no tenga jardín
me adornan plantas y flores.

Me rodeo de cartones
y me techo con el cinc,
pero estoy llena de amores
que conservo para ti.

Es mi puerta una madera
que se abre sin temor,
a seis niños con su perra
da cobijo mi interior.

Mis ventanas están rotas
y me provoca esta tos...
(cujún... cujún... cujún...).

De mi grito salen gotas
que mojan mi comedor.

Aun así, soy el hogar
de estos seis lindos golfillos,
de sus queridos papás,
y varios animalillos.

Sueño con ser una casa,
donde entre luz y sol,

y me quiten estas latas
que me da mucho calor... (Buh...).

Mis niños me ayudarán...
¡Que Dios «nos eche sus manos»!
¡Lo primero es estudiar...
creciendo alegres y sanos!

Trabalenguas con las puonas canarias

Con la P:

Las púas y espinas
de la picona tunera
espinan y pican,
pero más pica la pita
de la pícara pitera.

Otra vez:

La ortiga pica pica,
la aulaga pica y pega,
pero más pega si pica
las púas piconas
de la cardonera.

Con la T:

Toma tu tomate
de tu tomatera,
o tómallo en lata,
o tómalo el pelo,
pues si tú te tomas
un tomate entero,
tomarás tomate
para tu cerebro.

Vámonos a mariscar

¡Si es que van a mariscar...
lleven cuchillo lapero,
la fija para pulpiar,
un cesto y un sombrero!

¡Descalzas no vayan, niñas,
por los mariscos!
¡Que luego las aguas vivas,
les dan pellizcos!

Hay bulgaos en los rajones
y en los charcos, erizos;
mar adentro, mejillones;
y las lapas sobre el risco.

¡Descalzas no vayan, niñas,
por los mariscos!
¡Mira que luego las pican
negros erizos!

No vayan a coger lapas
donde vivan algas verdes,
pues cerca está la cloaca
que sus malas aguas vierte.

¡Qué sí, mi niño,
eso lo sé:
ese marisco
no es de comer!

Si es que llevan una caña,
¡niños, tengan cuidado!
Porque es muy listo el pescado
y bajo el agua te engaña.

En las charcas, las estrellas,
el caboso o barrigúa;
el pulpo, bajo una piedra;
y paseando, las fulas.

Acechando la morena,
dando saltos un lebranco,
pampanito, en la marea,
y muy tranquilo va el salgo.

¡Solos no vayan, niños,
al marisquero!
¡Porque el mar es dañino
y traicionero!

2.2. De *El tayero* (1987)

La vaca Pajarita

Mi padre tiene una vaca
que se llama Pajarita,
nos come tunera y pita
mezclándola con la paja.

Con su leche que es tan sana
hacemos la mantequilla;
si sobra, también natillas,
el yogur y blanca nata.

Cuando pare su becerro
ella nos da leche
y del queso sale el suero.

Leche, suero, queso, nata,
el yogur y mantequilla.
¡Cuántas cosas da una vaca!

Malagueña con pena

Llora triste una palmera
con lágrimas de esperanzas,
pues no tiene quien la quiera
y la queman y amenazan.
¿Quién cuidará la palmera?

Su amigo el drago
se ha puesto a llorar
y un niño canario
lo fue a consolar.

Isa con alegría

Los campos de nuestra tierra
se pintaron con volcanes;
allí viven tan alegres
muchas plantas y animales.

Canta el canario del monte,
ve del pino hasta la jara,
y los niños van plantando
lo que ayer alguien cortara.

Conservar lo que tenemos
es tarea a realizar,
por un futuro más verde
tenemos que trabajar.

2.3. De *Pinceladas* (2013)

Añil el cielo,
verde el pinar,
rojo en los dragos,
azul el mar.

Fuego en la palma,
blanco en la nieve,
solo violeta
vive en el Teide.

Taginaste

¡Qué bonito el taginaste
sobre las faldas del Teide!
El sol lo viste granate
y calza sus pies de verde.

—Dime, primavera:
¿Quién le da el color del cielo,
con dulces tonos violetas,
como si fueran reflejos
del infinito en la tierra?

—Contesta, otoño:
¿Quién viste a la flor de nieve,
blancos copos sobre el yermo,
como lluvia fluorescente,
como besos del invierno?

Taginaste aste que aste,
taginaste faldas de tul
que viste con largo traje
blanco, rojo, malva o azul.

El barranco

Digo *barranco* y mis ojos
se llenan dulces de infancia,
de navidades azules
y sendas de verde y plata.

Digo *barranco* y el perfume
del incienso se amalgama
con el sudor de los balos
y el fuerte olor de altabaca.

Digo *barranco* y lo sueño,
río mudo de esperanzas,
mas llega la lluvia y dice:
«¡Hola!», y todo su hondón canta.

Jugando en el retamal

Los niños pasean
por el retamal
y lo sienten selva
de su misma edad.

Siseos, murmullos,
madrigueras, nidos,
juegos y rasguños.

En sus bajas sombras,
el musgo invernal
pinta verde el césped
que cubre el erial.

Siseos, murmullos,
madrigueras, nidos,
juegos y rasguños.

Después de la lluvia
el gris retamal
parece incendiarse
de sol y de paz.

El alisio

Viento que se presenta de imprevisto
y entre susurros le cuenta a los árboles
sus historias viajeras.

Otras veces golpea las ventanas
como si tuviera alas.

Se asemeja a un ave desorientada
buscando su camino.

¿Quién sabe a dónde va?

Nos regala la fuerza
que mueve los molinos,

gira vientos de hierro
que hacen luz y gofio;
y extraen el agua de la vida.

Soñando su humedad sobre mi cara
siento magua de la infancia,
de remolinos mágicos
y lluvia generosa.

Escucha la voz del viento sonoro
y déjalo que vuele.

Tiene que remover mares de nube
y seguir su camino.

Las seguidillas de agua

El agua del barranco
baja cantando,
va recorriendo charcos
con suaves saltos.

Y nos susurra el eco
de los nacientes,
mientras pinta caminos
hasta las fuentes.

Pero cuando la besa,
pícaro el aire,
el agua canta y baila
con gran donaire.

Mas el sol la enmudece,
si la sofoca,
y el agua entristecida
calla su boca.

El drago

Dragolontera,
Dragolondrón
drago, draguera,
drago, dragón.

El drago fue un buen dragón
convertido en una planta,
lleva el fuego en su interior
y la sangre por las ramas.

Drago draguillo,
drago dragado,
dame el vinillo
de tu sangrado.

El verode (verol peludo)

Juguete articulado del niño pobre,
primitivo lego, plastilina verde.
¡Cuántos juegos se esculpían con
sus ramas!

Planta tierna, gorda y fofa,
ramas troncos, ralas hojas.
En los veranos sus flores se transforman
en blancos copos que vuelan
y pintan los campos de nieve otoñal.
Cada copo una simiente,
que espera soplos de vientos
para en blancos parapentes
poblar terrenos desiertos.

Cancioncilla de las semillas viajeras

Las flores de los verodes
sueñan nieve en los veranos;
después de que el sol las dore
se visten de copos blancos.

Y en las laderas
de los barrancos
su nieve espera
todo el verano.

Mas cuando llega el otoño,
con vientos de largas trenzas,
sopla con fuerza en los copos
y los expande en la tierra.

En un instante
nieva el barranco
de parapentes
negros y blancos.

Campanitas canarinas (bicario canario)

Campanitas canarias
que titilan todo el año.
Otoño les da alegría
y descanso en el verano.

Canarinas capuchinas
doradas de luz y sol
sobre una verde cortina
bailando sin ton ni son.

Canarina canarita,
capuchinas sin olor.
¡Qué alegría, campanita,
cuando bailas tu color!

Don, din, don...
Don, din, don...

La aulaga

Como una enmarañada cabellera
brota en la tierra seca
y con el viento juega
y con el viento sueña
buscando hueco que la transforme
en hierba.

Florece y se ilumina
como si el sol dibujara sobre ella
besos de miel y estrellas.
Cuando hay penurias es mísera lumbre,
apreciado combustible del pobre,
que cuece barro y pan.
En la abundancia es agradable casa,
refugio y despensa de los pequeños,
jungla de los insectos,
parque de los chuchangos,
golosina aromada de las cabras.

El cardón

Se alza orgulloso, desafiando al viento,
en tubos engarzados por su base.
Inexpugnables ramas
de un lego articulado.
Se asemeja a fortaleza, a cúpula
de un castillo o palacio.
Otras veces parece un candelabro
que va en busca de luz,
o un órgano sin música.
En primavera sus ramas arrancan
el color verde en ellas,
parece que miles de mariposas
quedaran enredadas en sus púas.
Cuando muere, aún nos regala el eco
del sonido del agua
que tintinea en su esqueleto seco.

2.4. De Olas y más olas (poemas) (2014)

Frente al mar

¡Ay, cuántas olas
pasan a diario,
trotran que trotran!

Las enfadadas
forman montañas
de espuma y agua,
crecen y explotan
y se derraman.

Otras son lentas
y perezosas;
son olas bobas,
presuntuosas,
olas inciertas.

Las hay surfistas,
olas viajeras
que van y vienen
por sus veredas de fantasía.

También de sueños,
de sal y espumas,
y son tan suaves

que se resbalan
entre los dedos.

Y otras con rabia...
borran orillas
y muerden playas.

Burgado

Caracol mudo
que sabe a mar.
Concha de nácar
de olor a sal.

Caracolillo
de los rajones,
del agua ombligo,
manjar con nombre.

Un cuento

Sucedió que una estrella
buscando el color del mar,
bajó el cielo a la tierra
en noche de inmensa paz.

Esperó a que amaneciera
para verlo en su esplendor,
el sol dibujó la escena
y el azul la enamoró.

En carro de luna llena
recorrió todas las aguas
y se convirtió en viajera
sin pies ni brazos ni alas.

Me adaptaré a este planeta.
Viviré en cualquier lugar
dormiré sobre la arena
o en un charquito de sal.

—¡Vamos, vamos, compañera!,
retorna conmigo al cielo,
le sugirió otra estrella.
—No, no iré, porque no quiero.

—¡En paz queda...!
No queremos coartar
tu ganada libertad.

Y sin más,
una estrella quedó en tierra
enamorada del mar.

Desde entonces hay estrellas
en el cielo y en el mar;
en el cielo hay una menos
y en el mar hay muchas más.

Marejada

Hoy el mar está bardino
y entre el revuelo de algas
muestra su rostro cetrino
bajo el blanco de sus faldas.

Muerde a la tierra sin tino
dando fuertes dentelladas
y lanza su pelo fino
sobre las rocas melladas.

Y aunque parece mohíno
y su furia va a horcajadas,
nos llega dulce su trino,
porque la mar alocada,
consciente del desatino
ríe en franca carcajada.

La cabra que bebió del mar

La cabra cabronda,
que de lista es tonta,
quería beber
agua de una fuente,
cuando de repente,
¡tal vez por la sed!,
se vio frente a un charco
transparente y grato
y corrió a por él...

No era un agua limpia,
tranquila y sin prisas,
igual que en los charcos
de cualquier barranco.
Ni un pozo de agua
redonda y profunda.
Tampoco cuadrada
de las estancadas
en aljibe o gavia,
ni el agua alargada
que en la acequia canta.
Era un agua alegre
con muchos vaivenes;
un charco sin formas
de espumas y olas.

Y la cabra boba
se bebió las olas
que llegó a sus pies.
Quedó tan maltrecha

que, cuando la ordeñan,
de su dura piel
le brotan las algas,
la leche salada
y algún que otro pez.

Paisaje de las costas

Azul en el mar,
las playas doradas,
y sobre las tierras,
antaño labradas,
piscinas, hoteles,
casas asustadas,
sonrisas y sueños
en caras tostadas.

2.5. De Versos al derecho y al revés (2015)

Un pentagrama en el campo

En una alegre mañana
las líneas de alta tensión
formaron un pentagrama
con una hermosa canción.

Así fue: llegó un pinzón
y ocupó dos notas bajas;
ora en RE y ora en DO.

Le siguieron los canarios,
aladas gotas de sol,
que ocuparon escenario
en línea MI y en alto DO.

Y una alpiska equivocada
por el reflejo de un charco
en el SI bailaba al agua.

Al ratito ocupó el SOL
la calandria prodigiosa
que cantó de DO a DO
como una diva celosa.

De pronto llega alcaudón
y en notas estremecidas
enmudece la canción...

Tiemblan las aves de miedo,
tiembla todo el pentagrama
y en prolongado silencio
se expande una tensa calma.

«Pito, pito, gorgorito,
¿qué animal es más bonito:
el lagarto o el pajarito?».

He aquí el grave dilema
de la real alcaudón,
que de improviso vio en tierra
a una cría de ratón.

El pájaro no tiene dudas,
alzó el vuelo tras la cría
y se perdió en la espesura.

Las aves trinan y pían:
¡Ya se marchó el cazador!
Retoman la melodía
y siguen con su canción...

Palabras

Una vez...

el viento entró en un colegio
con alas de ave encantada
y se llevó entre sus plumas
los cuentos de las pizarras.

Las letras y los colores
salieron por las ventanas
con su vuelo de ilusiones
y su carga de palabras.

De pronto cayó un rocío
que plegó todas las alas,
los folios se diluyeron
como azúcar en el agua:
el papel volvió a la tierra,
y en el aire, las palabras
caían muy despacito
buscando quien las usara.

Los niños las recogieron
poco a poco entre las ramas:

—¡Yo me encontré la *alegría*!

—¡Yo escogí *trabajo* y *casa*...!

—¡Ay, maestra! ¿Y mi historia?

¡Así no se entiende nada...!

—¿Cómo que no? ¡Ya verán
lo que valen las palabras!

—¡Fantasía!

—¡Marejada!

—¡Paz y amor...!

Vocablos de alas doradas...

Voces que despiertan sueños;

sueños que maduran almas.
—¡Pues vamos a contar cuentos
cada cual con su palabra!

Windsurfeando

Mariposas de colores
navegando sin parar
y entre olas como flores
pasan libando al cebar.

Yo cojo mi lisa tabla
y le pongo roja vela
lanzándome con mis alas
y el fuerte viento me lleva.

¡Volando de flor en flor,
qué feliz una se siente!
Pues vivo mientras hay sol
y me ayude la corriente.

Recorro calas y playas
en completa libertad...
¡Que nadie le ponga vallas
a mis praderas del mar!

2.6. De *Escritos a Padrón* (2016)

Aguadoras con tallas

Agua perlas de nacientes,
agua con dueños y amas,
llanto y sudor de poceros
con que llenaban sus tallas.
Agua sangre de oprimidos,
la quita sed de las matas,
de agua-mangantes negocio.
¡Qué tanto y tan poco es agua!
¡Y van cantando las niñas
con sus jarras de agua clara!:

«Un manojito de berros,
en un papel de regalo,
trajo mi novio pocero,
en el día de mi santo».

«No te me cases, mi niña,
con ese novio pocero,
que después vienen disgustos
dolores y quebraderos».

¡Y corren las aguadoras
como si llevaran alas...!
Los ruidos en las cabezas

le fijan fuerte las tallas
para que sus cuerpos bailen
las canciones de su infancia.

¡Que se les iban los pies
detrás de coros y danzas!
¡Que bailaban y cantaban
desde el naciente a sus casas!:

«Yo soy la viudita
del conde Laurel
que quiere casarse
y no encuentra con quién...».

«A la Belencianita
que del cielo bajó
con el pelo encendido
y en la mano una flor...».

«La zapatilla me aprieta,
la media me da calor,
el día que yo me case
para mí no sale el sol.
Toma, que toma;
toma, chiquilla;
toma que toma, la zapatilla...».

He visto a tres aguadoras
con sus tallas llenas de agua...
Y florecieron recuerdos
escondidos en el alma.
¿Quién no siente el triste llanto

de madres desconsoladas
porque sus hijos murieron
en los pozos de Canarias?
No han pasado muchos años
y pocos saben del agua...

¡Cuántos recuerdos nos traen
las aguadoras con tallas!
Y es que los pozos del pueblo
tienen amos, tienen amas;
el llanto es de los poceros
y de los dueños es el agua.
¿Cómo se durmió el recuerdo
en entresijos del alma?
¿Cómo se borró el dolor?
¡Qué tierra desmemoriada!

¡Ese cuadro ha concentrado
las metáforas sagradas!
Su visión hace presente
historias inacabadas,
pues siguen teniendo dueños
pozos, mar y toda el agua.
¿Cuándo acabará el negocio
con las aguas de Canarias?
¿Alguna vez serán libres
y libres usar el agua?

2.7. De Mujeres con ingenio (II). Emprendedoras del siglo XX (2017)

Panaderas de Ingenio

*Dedicado a todas las panaderas que
trabajaron en Ingenio y que ya forman parte
de la historia artesanal del municipio.*

El Pan

Pan, pan, pan...
Son campanas del olfato
que avivan duendes de infancia
y en sus aires perfumados
busqué mi pueblo y mi casa.

Recorrí viejas veredas
buscando la mejor masa
no estaban mis panaderas
pero su masa horneaba.

Pan, pan, pan...

En los hornos del camino
del Ejido hasta la Plaza
encontré a varios dormidos,
solo dos en plena hornada.

Lina y Rita, dos maestras
con vocación de artesanas;
Amaro, él, ideas nuevas
más los ancestros del alma.

Pan, pan, pan...

Pan que crece, pan con cuño,
que renace, que se adapta,
trabajado puño a puño
y la crecida con calma.

Pan, pan, pan...

¡Qué buen pan junto a mi casa!

2.8. De Versos con chocolate (2017)

Sopla el alisio

El viento sopla que sopla
y no para de cantar
su cancioncilla del agua,
rocío que viene y va.
No sé lo que contarán
sus silbos en mi ventana,
parece un ave que pide
ayuda de madrugada.
¿Serán mirlos en las matas?
¡No, qué va!
¿Y coruja despistada?
¡Qué va a ser!
¿Y pardela deslumbrada?
¡No, que no!
Es alisio que declama,
silba y canta
poemas de amor al agua.

La ardilla moruna

La ardilla moruna
es de ocre color
igual que una duna
cuando duerme el sol.

Su pelo es sedoso
como el algodón,
su hocico gracioso
y su cola marrón.

Salta que salta,
bonita ardilla,
que entre las lavas
nadie te pilla.

Recuerdos de la tradición oral

Había una vez una alpispá, pispá, repispá,
pipirola y pispita
de pico tonal
que puso tres huevos hueveros,
ovados y ovoides
de óvolo oval.

Después de empollar los huevos hueveros,
ovados y ovoides
de óvolo oval,
nació solo uno; los otros eran hueros,
rehueros y huecos
de vano trivial.

Y se acabó el cuento de la alpispá, pispá, repispá,
pipirola y pispita
de pico tonal
que fue muy feliz con hijita pispá, repispá,
pipirola y pispita
de pico tonal.

2.9. De *Versos al aire* (2018)

Dialoguillo

—¿Qué haremos hoy, maestro?

—Hoy sembraremos semillas
para que florezcan besos.

—¿Y después qué plantaremos?

—Esparciremos palabras,
los granos de entendimiento,
y en medio de las palabras
brotarán los pensamientos.

Enero

Suenan los aires de invierno
y florecitas con alas
bailan sobre los almendros
como palomillas blancas
enamoradas del viento.

De tanto danzar se cansan
y caen al suelo rendidas,
dejando a la tierra blanca
como de nieve caída
que la abriga con su manta.

¡Ay, qué revuelo!
¡Las flores de los almendros
nievan enero!

Juegos del viento y la arena

¡Viento y arena
qué alegres juegan!

El viento enturbia dunas
con invisibles greñas,
las enreda y perturba,
las arrastra y las vuela.

Desmorona sus crestas,
disemina sus cuñas
y traslada la arena
a formar nuevas lunas.

Y cuando ya se esfuma,
las dibuja más bellas
con gotitas de brumas
y polvillo de estrellas.

¡Parece cristalizada
la arena de dunas nuevas!

2.10. De *Retahílas,* *trabalenguas y poemas* *para chinijos* (2023)

Había una vez...

Un gracioso caracol
col, col
que andaba hacia una tabaiba
traba, trababa,
para cubrirse del sol.
De pronto encontró a un grillo
pillo, repillo,
saltando sobre su baba
traba, trababa.
Y dijo muy convencido:
—¡No vayas a la tabaiba!,
traba, trababa.
¡Vete a la sombra del pino!,
grillito pillito,
que te protege mejor.

Jairitas...

Las baifitas y las cabras
se juntan en el corral.
Las baifas bufan y balan.
Las cabrillas balan más.
Baifita que bufa y bala,
de jairita balará...

Duerme el lagarto

El lagarto duerme
en cuna de aulaga
y dulce lo mece
la linda tabaiba.
Cardón y tunera
tocan sus guitarras,
le canta pitera
y las flores bailan.
¡Qué dulce mañana
si a este tierno arrullo
se suman las cabras!

2.11. De *Silos de cuentos* (2025)

Jugando con la palabra

¡Silencio en clase!: juegan las palabras.
¡En orden...! ¿Qué vocablo escoges, Mara?
—*Mariposa*, que de flor en flor se posa
regalando sus colores.
—Yo quiero ser *abeja*, que pica y roza,
y deja vida en las flores.
—Elijo *ave*, que regala libertad
y deja trinos y sueños.
—Pues a mí me gusta la palabra *mar*.
Es azul y con dos sexos.
—Mi término escogido es *abracadabra*,
porque cuenta, juega y sueña.
—Y a mí me gusta *gusano*, palabra
con la que también se juega.
Palabra... la urdimbre que teje seres
y transforma el qué somos, en quién eres.

2.12. De *La casa entre los pinos* (2026)

Visita de la abubilla (pupú, alpupú, tabobo)

Vuela, hermosa abubilla...
¡Ya se comió todo el trigo,
avena, cebada y millo!

Pupú, fiel compañero,
buche lleno.

¡Ay, cómo llueve!
Y cómo juegan
bellas pupuces
siempre en pareja.

Y sí que gusta a los niños,
y a mí, ver a los tabobos
cantando a dúo de amigos.
Pu-pu... pu-pu... pu-pu...

Las tederas

¡Cómo lucen las tederas
su traje de verde y malva,
y cómo perfuma al alba
las huertas y las laderas!

Un manojito
de hierbas tederas
calienta el pomo
de las lecheras.

Tedera seca
se vuelve yesca.

Coplas en un frutero

Abrí una naranja
para ver el sol
que lleva escondido
en el corazón.

Partí una manzana
por ver el rubor
que asara su cara
y enciende el color.

El limón es luna
con granos de sal;
es nube, granizo
y brisa del mar.

La sandía nos recuerda
que es fruta dulce y sabrosa
y que surte a las neveras
de sanas bebidas rojas.

El melón es sol
con agua de estrellas.
Es miel y limón,
luna de sorpresas.

La almendra es la sal
que nos da la tierra.
Son rocas marrones
que su esencia llevan.

3. Teatro

3.1. De *El tayero* (1987)

El teatrillo de las vocales

Con bolsas plásticas o sacas (de las de papas) se pueden hacer los vestidos. Parece que los niños, por el simple hecho de cambiar sus ropas, actúan de forma diferente, aumentando su inhibición natural por el teatro.

Se dispone de una pequeña plataforma, donde los niños se muevan con cierta libertad, se puede hacer en clase, quitando los muebles y sentando a los espectadores en el suelo.

Los espectadores ideales para tan singulares artistas son los alumnos de preescolar, que están aprendiendo las vocales.

Los actuantes esperan en el pasillo.

Entra la A y dice:

—¡Hola! Yo me llamo vocal A.

*Quien me nombre se le nota,
porque abre bien la boca,
y es que yo soy la más loca,
cantarina y musical...
¿Cómo me llamo, niños?*

(Da vueltas para que vean la A y la a).

Juego con las consonantes,
detrás (*se mueve según dice*), en medio,
o me coloco delante
y no me canso del juego.
¿Soy la...?
¿Quién quiere jugar conmigo?

(*Se oye tocar en la puerta y la letra manda callar a los niños con un gesto*).

Se oye una voz desde fuera...
—¡Aaaah!

Contesta la A:
—¡Me llaman! ¿Quién es?

Se abre la puerta y entra la E.
¡Soy la E!
¡Hola! Me voy a presentar:
soy la segunda vocal,
simpática, con habla,
la más sabia,
la preferida de las cabras.
¿Cómo me llamo?
¿Cómo hacen las cabras?

La A celosilla dice:
¿A quién quieren más,
a la E o a la A?

Los niños contestan...

Entra la I riéndose:

Ji, ji, ji, ji...

Me llamo vocal I

soy la letra más vieja,

delgada y coqueta.

Un sombrerito de seda

llevo sobre mi cabeza.

Me río de mis hermanas

porque tienen muchos humos,

yo ya he llamado a uno

en la época romana.

¿Cómo me llamo?

¿A quién quieren más,

a la A, la E o la I?

Los niños contestan...

*Entra llorando la O; el vestido de la O debe estar
re lleno de papeles que dé la sensación de ser muy gor-
dita. Despacio dice:*

—Soy la O, la cuarta vocal,

la letra redonda.

Dicen que soy la más gorda,

y me dan ganas de llorar (*hace que llora*).

Le interrumpe la E:

—¡Je, je, je!

Tú no eres gorda,

sino tonta,

si naciste redonda,

¿por qué te quieres cambiar?

¡No seas tonta!
¡Si cambias, te haces otra letra!

La O pregunta, un poco más alegre, a los niños:
¿Cómo me llamo yo?
¿Ustedes me quieren a mí?

Entra la U tocando la corneta o haciendo que toca con las manos.

—Soy la letra de la corneta...
¿Cómo hace la corneta?
Si me enfado, los asusto.
¡Uuufuu!
Y soy la quinta vocal,
y otras cosas que aprenderán...
¡Por favor! Ayúdenme a enumerar... 1... 2... 3... 4...
5... ¿Hay más?
Ahora a ordenar.
Primera... segunda... tercera... cuarta y quinta.
Vamos a decir sus nombres:
A... E... I... O... U...
¿Cuál es la primera?
¿Y la segunda?
¿Y la tercera?
¿Y la quinta?
¿Qué letra falta?
¿Cómo se ríe la A?
Vamos a reírnos como la E.
¿Cómo se ríe la I? ¿Y la U?

Y para terminar contentas, vamos a cantar una canción con las letras... (Vale cualquiera de las canciones conocidas).

Las cinco vocales se dan la mano y hacen una reverencia para despedirse.

Con un poco de imaginación se puede aplicar a todas las letras del abecedario, sobre todo a las que más se atragantan.

3.2. De *Dos historias y un escenario* (2006)

Las historias transcurren en la ladera de un barranco.

PERSONAJES DE LA PRIMERA HISTORIA

Libélula
Gato
Rana
Piedra grande
Lagarto
Pajico
Amapola
Abeja
Cabra
Cernícalo
La tierra
Sarantontón
Grillo

Y cualquier animalillo que viva en un barranco y se desee meter en la obra: caracol, hormiga, escarabajo, zapatana, erizo, perenqué, gusano, cigarrón.

Sobre el escenario: el GATO dormido, la PIEDRA colocada estratégicamente, la TIERRA tendida en el suelo y una rana saltando en una esquina.

Entra la LIBÉLULA moviendo las alas con gracia, señala al gato y dice al público a modo de narradora:

I

El señor gato Pazguato,
rabicorto, picarón,
bigotudo y pelagato,
salió un día de excursión
para pasear un rato
y en el campo se perdió.
Sin querer llegó a un barranco
repleto de luz y sol;
pero estaba tan cansado
del camino que escogió
que buscó un refugio alto
y al momento se durmió.

La RANA, que estaba croando y saltando por el escenario, se acerca al gato dormido. Cuando está a su lado, dice:

¡Croaaaccc... croaaacc... crooaaacc...!
Ronca, ronca
que te ronca.
Ronca, ronca,
roncador.
Sueña, sueña,
que te sueña,
Ya no sueñes,
soñador.

¡Croaaacc... crooacc...! (Croa la rana con fuerza cerca del oído del gato. Este se despierta y comienza a desperezarse mimoso sin saber muy bien dónde está).

II

GATO: ¿Dónde estoy?

RANA: En la ladera de un barranco.

GATO: ¿Y cómo he llegado hasta aquí?

RANA: Con tus patitas.

GATO: ¡Ah, ya recuerdo! Me perdí corriendo detrás de un ratón. ¡Uf... qué hambre tengoooo!

RANA: ¡Ay...! ¡Ay...! Me voy saltando y corriendo antes de que se te ocurra alguna mala idea...

El gato, extrañado con el susto de la rana, le pregunta:

GATO: ¿Acaso los gatos comen ranas?

Como no obtiene respuesta, porque la rana se marcha saltando por el escenario, se dirige a los espectadores y pregunta directamente.

GATO: ¡Eh, niños! ¿Acaso los gatos comen ranas?

Los niños contestan.

GATO: ¡Miauuuffff... miaaauuuffff...!

Suena una voz, que parece salir de la piedra chistando:

PIEDRA GRANDE: ¡Chiiissss... chiiissss...! ¡Ehhh!

GATO: ¿Quién me llama?

PIEDRA: ¡Yo! ¡Aquí, detrás de ti!

GATO: ¿Quién eres?

PIEDRA: Una piedra, un tenique grande que lleva aquí muchos, muchos años.

GATO: ¿Y cómo puedes hablar si eres un ser sin vida, inanimado?

PIEDRA: ¡Anda! ¿Y tú? ¿Acaso los gatos hablan?

Los niños contestan.

GATO: ¡Miauuuffff... miaaauuuffff...!

III

PIEDRA: Escucha, estamos en una ladera mágica. Hoy tenemos la facultad de hablar y cambiar las cosas que no nos gustan, por eso quiero que me ayudes.

GATO: ¿Qué quieres que haga?

PIEDRA: Quiero que me empujes con todas tus fuerzas y me echas a rodar ladera abajo hasta el cauce. Así, cuando llueva, el agua me llevará a conocer otros paisajes. Estoy cansada de vivir siempre en el mismo lugar.

GATO: ¿De acuerdo? ¡Si no es más que eso! Ahora mismito te ayudaré.

Entra en el escenario un lagarto bastante asustado.

LAGARTO: ¡No, por favor!, ¡piedra, no te muevas o estropearás mis huevos! Yo vivo gracias a la protección que me da tu sombra y al calor que recibo cuando me tiendo sobre tu desgastada forma. Tú has sido y serás la casa de mis antepasados y

de mis descendientes. ¡Te necesito, piedra, no te vayas!

En seguida se mueve en el escenario el pajico o margarita silvestre:

PAJICO: Querida piedra, yo también necesito tu soco. Si te vas, el viento me envolverá en sus greñas y me impedirá vivir aquí entre las plantas amigas.

Detrás del pajico entra la amapola consternada...

AMAPOLA: ¡No te vayas, por favor! A mí me sucede lo mismo que al pajico y que a las demás plantas. Sin ti no podría vivir aquí.

Aparece la abeja zumbando entre las flores: ¡Zuuuuu-unnnnnn... zuuumnnnnn...!

ABEJA: ¿Y si no hubiera pajicos, amapolas y taginastes entre las piedras? ¿Cómo podría hacer la miel?

GATO: (*Dirigiéndose a los espectadores*) ¿Podría la abeja hacer la miel sin las flores?

Los niños contestan.

GATO: ¡Miauuuffff... miaaaauuffff...!

IV

Habla la cabra que pasea despistada por el escenario:

CABRA: ¡Eh, piedra, no puedes rodar barranco abajo!
Yo soy una cabra y me alimento de las hierbas que proteges. ¡Te necesito!

Después de la cabra habló el pájaro palmero:

PÁJARO: Yo también te necesito, porque me alimento de las semillas y de los insectos que viven bajo tu protección.

Y un cernícalo, que hacía bailar sus alas detrás de una planta, añadió:

CERNÍCALO: ¡Eh, soy un cernícalo y me alimento de los lagartos y erizos que cobijas!

Y grita el verode, moviendo sus ramas:

VERODE: Yo soy el verode y vivo en la ladera gracias a la tierra que retienes.

En esos momentos, la tierra, que parecía dormida, se levanta, se acerca hasta la piedra y sentencia:

LA TIERRA: Soy la tierra y te pido que no te vayas. Si no existieran las plantas y las piedras que me frenaran, correría ladera abajo y la vida aquí sería imposible. Tú, una simple piedra, me ayudas a proteger a todos los seres que nos rodean.

Aparece en el escenario un sarantontón que levanta su patita saludando y dice:

SARANTONTÓN: Yo también quiero dar mi testimonio: no quiero que te vayas porque vivo bajo tu sombra. Tú eres mi casa.

A partir de este momento pueden participar todos los niños pequeños que se desee, porque todos estos animalillos viven debajo de las piedras de los barrancos. Solo tienen que decir una frase.

V

GRILLO: Y mi casa...

CHUCHANGO: Y la mía...

BABOSA: También la mía...

ESCARABAJO: ¡Te necesito, piedra!

HORMIGA: ¡La hormiga también te necesita!

ZAPATANA: Y yo, que soy la zapatana...

ERIZO: Y yo el erizo...

PERENQUÉ: Y el perenqué también te necesita...

GATO: Y una lagartija, y una lombriz, y un gusano, y un cigarrón...

El gato se dirige a los espectadores y pregunta:

GATO: ¿Todos estos animalitos viven debajo de una piedra?

Los niños contestan.

GATO: ¡Miauuuffff... miaaaauuffff...!

La piedra se hincha de satisfacción y comenta orgullosa:

PIEDRA: ¡Bueno, me quedo! No sabía que fuera tan importante para el equilibrio de la zona.

GATO: Ni yo tampoco sabía que eran tan importantes las piedras en las laderas de los barrancos.

El gato llama a todos los participantes:

GATO: ¡Eh, vengan todos!

Y todos los participantes se reúnen en el escenario alrededor del gato y de la piedra y saludan con los movimientos más graciosos de sus disfraces. El gato dice:

GATO: ¡Tenemos que prometer respetar las laderas de los barrancos! ¿De acuerdo?

ANIMALITOS: ¡Síiiiiiiiiiii...!

El gato dirigiéndose a los espectadores:

GATO: ¿Ustedes también están de acuerdo, niños?

Los niños contestan.

GATO: ¡Miauuuffff... miaaauuuffff...!

4. Ensayo

4.1. «Los juegos infantiles canarios» (1990)

VAMOS A JUGAR:

Dice el principio séptimo de la Declaración Universal de los Derechos del Niño: «El niño deberá disfrutar plenamente de los juegos y recreaciones; la sociedad y las autoridades públicas se esforzarán por promover el goce de este derecho».

Resulta tristemente paradójico que este derecho, recogido universalmente, sea ignorado o reducido cada vez más, no solo por las autoridades y la sociedad, sino por los propios educadores.

El juego es una actividad natural del niño, resulta esencial para su correcto desarrollo físico, intelectual, social y afectivo.

En el olvido que viene padeciendo interviene, sin lugar a dudas, una serie de factores, entre los que podríamos destacar de una larga lista los siguientes:

1. La creciente influencia de la televisión, no solo por el tiempo que nuestros niños le dedican, sino porque a través de ella la publicidad ejerce una presión, cada vez más arrolladora de las multinacionales del juguete.
2. La especulación del suelo, que reduce los espacios dedicados a zonas de juegos y recreos.
3. La pérdida de las tradiciones populares y, lo que me parece más importante, la reducción

que las familias y la escuela hacen de esta actividad esencial en la vida del niño.

La importancia que el juego tiene sigue sin ser entendida. Los padres les permiten jugar, «una vez acabados los deberes», y se indignan porque su hijo de preescolar «juega demasiado». En la escuela, los maestros los dejan jugar en el recreo para que descansen o para que se desahoguen, pero sin intervenir para estimular, corregir, promover o simplemente compartir los juegos con sus alumnos.

Jugando, el niño no solo se divierte, sino que realiza una actividad íntimamente relacionada con el desarrollo de su personalidad, de su equilibrio psicológico. Cuando un niño no juega, algo raro sucede.

Según Piaget: «El juego es esencialmente asimilación de la realidad al yo».

La psicología y pedagogía han valorado la importancia que el juego tiene en el aprendizaje del niño. Su gran valor sigue apasionando a los investigadores.

En los interesantes trabajos de Jean Piaget encontramos dos perspectivas: la pedagógica y la genética.

Según la teoría del proceso del conocimiento, este se basa en dos momentos principales: la asimilación y la acomodación.

En la asimilación, el niño aprende, utiliza y hace suyos los nuevos elementos de su exploración al entorno, incorporándolos a sus esquemas mentales. En la acomodación, el niño modifica sus propios esquemas para hacer frente a situaciones nuevas. Y en cualquier experiencia lúdica que realiza el niño

en relación con su entorno, encontramos implícitos estos dos momentos.

Desde una perspectiva genética, Piaget nos expone los diversos estadios de aparición del juego: desde los inicios puramente reflejos, hasta el momento en que el niño acepta, aprende y transforma por él mismo las normas y las reglas establecidas.

Piaget distingue tres etapas definidas: los juegos funcionales en la primera infancia, juegos simbólicos a partir de los tres años y juegos reglados (a partir de los seis años y son los que realmente me interesan porque se desarrollan en la etapa escolar).

Partiendo del estudio de Piaget sobre los juegos, sus seguidores han desarrollado todo un sistema pedagógico que utiliza el juego como recurso de aprendizaje. Otros psicólogos como Henri Wallon y Vigotsky dedican un importante capítulo de su obra a la investigación de los juegos.

Pedagogos de la talla de Freinet o Montessori dedican una amplia y variadísima literatura a la defensa del juego. Y es que hay muy pocas cosas que no puedan ser aprendidas a través de los juegos; desde una materia tan abstracta como matemáticas, pasando por el lenguaje, hasta el uso del juego como motivador de actividades e integrador de niños con problemas sociales.

Aun así, nuestros niños cada vez juegan menos, se pasan las horas muertas frente a los televisores. En las calles no se puede jugar, en los pisos no hay espacios para el juego y en las escuelas se olvidan del juego y pasan a emplear sustitutivos pobres, como es el caso de la psicomotricidad, a la que dedicamos

varias horas a la semana sin tener en cuenta que el juego es psicomotricidad y fantasía, es alegría creativa y ritmo y, por supuesto, gusta más a los niños.

El único momento que parecería ideal para enseñar a nuestros alumnos a jugar, para hacer observaciones que podrían corregir muchas conductas o simplemente para compartir la alegría del juego común, es el recreo; pero los maestros, no sé por qué extraña razón, nos convertimos en esos minutos en cuidadores por turno y perdemos la oportunidad del juego en toda su dimensión.

Este abandono del juego me obliga, como profesional de la enseñanza, a intentar su defensa. Defensa que comencé hace ya veinte años y que me llevó a la recopilación de los *Juegos de toda la vida*, que yo clasifiqué siguiendo el método de Borotav.

De esta forma se publicó en el *Dominical de Canarias* 7, semanalmente durante varios meses, en 1985.

Pero este intento de defensa e investigación pedagógica del juego me ha llevado a intentar una segunda clasificación para un nuevo libro más práctico en la escuela. En esta recopilación de aquellos juegos que los maestros podemos y debemos usar en el colegio, hago la siguiente clasificación:

Juegos pedagógicos: son aquellos que nos ayudan a enseñar deleitando y que podemos usar como recurso y motivación para el aprendizaje. Son los viejos juegos que ya usaron nuestros maestros para el aprendizaje de la lengua y que me ha llevado a pensar que Gianni Rodari debió conocer muy bien para usarlos en sus *Técnicas de fantasía*.

Los juegos para el recreo, que yo califico en tres apartados: coros, juegos líderes y juegos predeportivos.

Y juegos para los días de lluvia o cuando el siroco aprieta fuerte, y los niños desganados no quieren salir al patio.

Entre los casi doscientos juegos recogidos, solo hay una docena de juegos nuevos (algunos premios nacionales obtenidos por profesores canarios). Los demás son los «juegos de siempre», los que siempre han gustado y creo que seguirán gustando a nuestros niños.

Y es que con los juegos ocurre lo mismo que con los cuentos. Pueden invernar diez o veinte años encerrados en esa caja de Pandora que todos guardamos. Un buen día, como impulsada por un resorte, salta, se abre la caja y se expande el contenido. Los niños lo reciben y lo practican con la misma ilusión que lo practicaron sus padres, pero lo remozan, adaptándolo a su entorno actual, a sus circunstancias del momento, incluso modifican sus anticuadas reglas por otras más adecuadas a su tiempo. Pero el juego es el mismo y uno siente el recuerdo entre alegre y nostálgico de nuestra propia infancia.

Me pregunto qué extraños simbolismos, porque la psicología y la pedagogía no han conseguido explicar, llevan a los niños de una determinada sociedad a gustar de los mismos juegos que gustaron a sus mayores. Y digo, de una determinada sociedad, porque tengo la inmensa suerte de experimentar con niños de diferentes nacionalidades y continentes y puedo

afirmar que sus actitudes ante ciertos juegos no son las mismas.

Espero que la universidad me dé, en sucesivas jornadas, oportunidad de explicar algunas de las experiencias que realizo.

Si los mayores observáramos un poco más a los niños, cómo evolucionan y hacen evolucionar sus objetos, seguramente ahorraríamos disputas y controversias, y aceptaríamos con respeto las adaptaciones que las diferentes comunidades o pueblos hacen de una misma idea y la evolución que el tiempo produce sin perder la esencia.

Para demostrar parte de lo que digo, invito a los profesores presentes a que hagan un esfuerzo y recuerden un juego, el que más les gustó, o el que más practicaron en su infancia. Por ejemplo:

El juego de la *tanga o tangana*. Se jugaba con una piedra colocada en forma de dolmen y sobre ella se colocaban monedas. El juego consistía en tirar, con otra piedra lanzada a distancia, las monedas que había. O aquellos otros: salta churro, el burro, el burro y seguido. O algunos juegos más antiguos, como las piedritas, que se jugaban con cinco o siete calladitos redondos, con los que se hacía una serie de movimientos de agilidad. El montón, donde se iban quitando de un gran montón las piedras superficiales con mucho cuidado de no mover a las compañeras. O el de la tunera y el pincho, que consistía en clavar el pincho en una pala de tunera haciendo una serie de cabriolas ordenadas...

Se lo enseñan a un niño y verán cómo corre la bola...

Si no tienen callados redondos para jugar, usarán pipas de frutas o harán como hacíamos en mi infancia, coger cagarrutas secas y trocitos de huesos para jugar a las piedritas o al montón. Y si no tienen una tunera para jugar, usarán la arena, el barro o la fabricación, como hicieron mis alumnos, de plastilina. Con muchos más medios que nosotros, no perderán el tiempo preparando el pincho, sino que usarán lo que más a mano tengan, un viejo destornillador sin punta o algo similar.

Como mi tiempo se acaba, quiero agradecer de todo corazón la invitación que me han hecho para participar. Es reconfortante saber que la Universidad haya descendido, en este caso a la escuela, al pueblo, para darle una oportunidad de expresarse. Esto me hace pensar que algo está cambiando en nuestra sociedad y renueva mis esperanzas.

Es mucho lo que la Universidad puede aportar, teorías y técnicas que hagan más valioso nuestro trabajo, así como canalizar los datos que los investigadores artesanales como yo puedan aportar para la construcción de ese gran puzle, objetivo de estas jornadas.

4.2. De El lenguaje creativo en la escuela: experiencia de una maestra (2008)

Oralidad y literatura

En la construcción del ser humano, la palabra es fundamental. Los especialistas en el lenguaje infantil aseguran que nos hacemos personas a medida que aprendemos y crecemos en el hablar. De ahí el valor que tienen para la infancia las construcciones referenciales que llamamos literatura: narración, poesía y teatro.

Dada su evolución, el niño recibe la palabra en doble muestra: oral y escrita. En la primera infancia, el niño aún no está capacitado para leer; oye los cuentos que se transmiten de manera oral. Y no solamente oye los cuentos, sino que comienza ya con cantos, rima musicada, juegos rítmicos...

Para los niños, la lírica de tradición oral o memorizada está representada por las fórmulas de contar, los sonsonetes, los ripios, las retahílas disparatadas, además de las adivinanzas, las fórmulas de enumeración, las onomatopeyas y los mágicos sonidos que acompañan los juegos infantiles.

Toda la riqueza oral transmitida de generación en generación la oye el niño del narrador, casi siempre femenino y familiar. Con el decir memorizado, el niño se vincula a la voz y a los lenguajes corporales, memoriza sin mucho esfuerzo, aprende vocabulario,

la entonación, el ritmo, la rima, la sugerencia de los gestos... Por eso muchos podemos repetir las palabras de Schiller: «Hay más honda significación en los cuentos de la infancia que en la verdad que la vida enseña».¹⁷

La oralidad nace y se cultiva en la comunidad. El niño tiene necesidad de una conformación afectiva a través de los relatos; y los conversadores y narradores orales dentro de la familia y la comunidad le proporcionaban estos asideros. La literatura escrita, imprescindible en el desarrollo intelectual del niño, nace y comienza a cultivarse en la escuela.

En la segunda infancia, cuando consolidan su proceso de lectoescritura y comienzan a descubrir la literatura, los niños ya deben conocer mecanismos de selección suficientes para sentir el gusto por la poesía, el cuento y el teatro, que les permitan seguir avanzando.

En la actualidad, algunos niños siguen aprendiendo la tradición memorizada de sus padres, hermanos, abuelos y de los juegos con otros niños. Pero no sucede lo mismo con la mayoría, cuyos padres trabajan todo el día y apenas tienen tiempo para abrazarlos en la noche.

Los niños ya no escuchan cuentos de sus madres, ni aprenden poemas, ni juegan a los viejos juegos comunitarios. Se han abandonado las tradiciones y en mucho la oralidad artística tradicional; y esa carencia

17 Introducción a *La literatura infantil* de R. I. Tames. Universidad de Santander, 1985.

se nota en la escuela a la hora de aficionarlos a la literatura. Es necesario armonizar los conocimientos.

Corresponde a los maestros, como siempre que algo falla en la sociedad, cubrir el deterioro del lenguaje, teniendo en cuenta los beneficios que el conocimiento de la literatura les ofrece, al estar mucho más enmarcada en procesos docentes de comunicación y oralidad.

Lo que debería ser una obligación impuesta en los contenidos oficiales ha sido relegada por otros contenidos y ha pasado a depender de la buena voluntad de los maestros que reconocen su necesidad e importancia en la formación integral e interdisciplinar del niño.

Sucede, además, que la enseñanza de la oralidad y la literatura en la escuela es una hermosa forma de integrar a niños de otras culturas en el conocimiento de la nuestra, comenzando por la raíz. Y a la vez nos permite aprender de sus propias tradiciones en un rico intercambio multicultural, lo que nos demostrará cuán cerca estamos los unos de los otros.

Oralidad: contar un cuento

Los cuentos de la tradición oral son las semillas del conocimiento, las grandes viajeras que se prendían en las mochilas de los caminantes y aventureros. Se plantaron allá donde llegaron los humanos y siguieron sembrándose en las noches frías al calor del fuego o en las hermosas noches de luna. Florecieron como las plantas silvestres, adaptándose al suelo, al clima y a la gente.

Desde el comienzo de la humanidad, los cuentos tradicionales han existido en todas las culturas y han vagado con las personas de unos lugares a otros. En la medida en que el ser humano se desarrolló, se escribieron cuentos en Egipto en torno al año 2000 a. C.

Más adelante escribió sus fábulas Esopo y compusieron sus versiones de cuentos griegos y orientales Ovidio y Lucio Apuleyo. De las culturas de Oriente cabe destacar, por su influencia en la cuentística occidental, la colección de relatos indios conocida como *Panchatantra* y sobre todo *Las mil y una noches*.

El origen último de los cuentos populares ha sido muy discutido, pues se transmitieron de forma oral y fueron continuamente reelaborados por autores anónimos o conocidos. *Calila e Dimna*, el *Conde Lucanor*, *Disciplina Clericales* son colecciones de cuentos de origen popular; como lo son los *Cuentos de antaño* de Perrault, la obra de los hermanos Grimm o los *Cuentos populares rusos* de Afanasiev. El mismo origen tienen las fábulas de Samaniego o de nuestro Tomás de Iriarte.

El cuento tradicional sigue sembrando conocimientos y fantasía en el mundo. En todos los países, en las diferentes comunidades, hay un puñado de semillas cultivadas en un libro. En España podemos citar como ejemplos *Cuentos de Castilla* de Aurelio María Espinosa y *Cuentos al amor de la lumbre* de Antonio Rodríguez Almodóvar.

Pero también, adaptándose a los tiempos, el cuento viaja ahora a través de los medios de comunicación, de los libros o del boca a boca de los nuevos narradores orales artísticos que crean y recrean. Entre

los canarios antiguos, la historia de los antepasados, de los reyes y hombres señalados y sus linajes, era contada y recordada en *jácaras y corridos*. De esta forma llegaron hasta nosotros las historias de Gralhequeya o de Atidamana.

La conquista europea trastocó casi todo. En Canarias no hubo Edad Media, los relatos pasaron de épicos y sociales a la intimidad de los hogares. No hubo aquí juglares y contadores de cuentos populares que regaran las historias por los pueblos.

La narración oral comunitaria pasó a refugiarse en el ámbito de la familia, su primer origen. Las contadoras eran las madres, las abuelas, las vecinas. Después, con mucha suerte, se extendió a la iglesia y a la escuela. Las transmisoras de este importante legado cultural, salvo raras excepciones, han sido las mujeres.

Dicen algunos especialistas en literatura para niños que la recopilación de cuentos tradicionales de los hermanos Grimm *Cuentos de la infancia y del hogar* (1812-1825) marca el inicio del nacimiento de una literatura específica para niños. Anterior al siglo XIX, el niño oía y leía la misma literatura que el adulto. A esa nueva manera de dirigirse a la infancia se sumó más tarde Andersen y otros grandes creativos europeos...

Sin embargo, no ha sido hasta los primeros años de la década de los treinta y cuarenta (siglo XX) cuando los creadores españoles comenzaron a tener conciencia de la importancia de la literatura para niños (cuentos y poesías) en el desarrollo de su fantasía en la escuela. Contribuyeron a ello algunos escritores como Celaya, Lorca, Carmen Conde, Juan Ramón

Jiménez, Alberti... que escribieron magníficas historias y poemas para niños.

En esa época se narraban los cuentos utilizando diversos recursos: los personales, los aprendidos de las contadoras familiares y algunas influencias provenientes de la Escuela Escandinava.

A finales de los años sesenta se dio a conocer y a practicar en las escuelas los criterios renovadores de la Escuela Escandinava, que los maestros catalanes, pioneros en la práctica de la literatura para niños, estaban experimentando en la escuela con el uso de voces y movimientos... Después, con la entrada de la democracia, los planes de estudios contemplaron de forma más rigurosa la enseñanza de la literatura para niños en la escuela, siendo el cuento el recurso más usado.

En 1984 asistí a un curso de formadora en la Universidad de las Islas Baleares, donde nos mostraron las novedades que había en esos momentos en España sobre la enseñanza de la literatura en la escuela. Las técnicas utilizadas para contar un cuento eran las procedentes de la Escuela Escandinava con sus recursos de presentación y mímicas exageradas, que podían llegar a la teatralización, combinadas con la creatividad personal.

En la década de los ochenta, en los colegios, era casi lógico que fueran las maestras las contadoras de cuentos, como si esa tarea formara parte de su condición femenina. Así ha venido sucediendo hasta que en 1989 el CELCIT (Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral) trajo a Agüimes (Gran Canaria) al cubano Francisco Garzón Céspedes.

des, que ya era conocido en otros países hispanoamericanos y europeos por su renovación del antiguo arte de contar oralmente y por su propuesta de un nuevo arte oral escénico: la Narración Oral Escénica.

Francisco Garzón Céspedes impartió talleres de narración oral escénica en la Villa de Agüimes (Gran Canaria), que fue el municipio pionero, y los extendió a las demás islas. Los talleres estaban destinados a profesionales del teatro y a profesores implicados en la enseñanza de la literatura a los niños, así como a otros profesionales y al público en general.

Garzón Céspedes mostró las experiencias técnicas, recursos y las teorías experimentadas por él de forma práctica, que revolucionaban las viejas formas de narrar oralmente y abrieron a los amantes de los cuentos todo un mundo de posibilidades. Con sus talleres, el oficio de contador de cuentos nació con luz brillante.

En 1990, la Cátedra Iberoamericana de Narración Oral Escénica, fundada y dirigida por Garzón Céspedes, celebró su 2.º Festival Iberoamericano en México, al que se incorporaron por primera vez los nuevos narradores orales españoles. Yo asistí en representación de las Islas.

Los cursos, los festivales y las muestras de narración oral se han sucedido año tras año hasta hoy. El Movimiento de Narración Oral Escénica que él inició continúa andando.

Francisco Garzón Céspedes ha recogido sus teorías y técnicas renovadoras en el arte de contar cuentos en importantes volúmenes, que se han convertido en material imprescindible para cualquier narrador

que desee estar informado o ahondar en el arte escénico de la narración oral.

Los tres más importantes se titulan: *El arte escénico de contar cuentos* (Editorial Frakson, Biblioteca Encantada de Juan Tamariz, Madrid, 1989), *Técnica de la narración oral escénica* (Ediciones Lora Avilés, Madrid, 1995) y el último, editado en Argentina, titulado *Oralidad Escénica* (Editorial Ciudad Gótica, Colección Abadía, 2006).

CONTAR UN CUENTO

«La narración oral es un acto de amor porque narrar oralmente es ser con los otros como con uno, ser con uno como el primero, y ser con los primeros para ser».

Francisco Garzón Céspedes, *El arte escénico de contar cuentos*, definición 34.

Cuando compartimos la emoción de la palabra contada con los niños, les estamos motivando y animando a descubrir el gozo de la letra impresa. Si, además, contamos regularmente, vamos creando una disciplina de atención y predisposición a escuchar y a ordenar pensamientos y hechos.

El maestro-la maestra que cuenta un cuento a sus alumnos debe aprender unas normas básicas de narración oral artística que le permitan desarrollar su labor de forma relajada. Teniendo en cuenta que no solo debe contar y comunicar, sino también animar a sus alumnos a participar en la trama de la historia.

Primeros pasos

1. Cualquier cuento que guardemos en la memoria y que deseemos contar hay que traerlo al presente, repitiéndolo varias veces hasta conseguir ver su esqueleto limpio.
2. Después tenemos que colocarle la ropa lo más sencilla posible.
3. Hagamos una ficha, recordando dónde lo escuchamos, a quién y cómo. Escribamos la impresión que tenemos del cuento.
4. Escribamos su esencia de forma escueta.
5. Hay que dejar varios apartados en blanco.
6. Guardar la ficha como valioso material que podamos utilizar muchas veces e intercambiar con otros compañeros y aportarles nuevos datos.
7. En uno de los apartados en blanco escribiremos nuestras primeras experiencias: dónde lo hemos contado y a qué edades.
8. Por último, en otro de los apartados en blanco, deberíamos escribir nuestra valoración del cuento, teniendo en cuenta su aceptación por los niños.

Es necesario que anotemos todo lo que vayamos descubriendo o todo aquello que nos pueda hacer reflexionar y enriquecer la práctica.

Pasos para contar un cuento en clase

1. Aprenderlo bien, sin literalidad respecto a la fuente, repitiendo y ensayando cada uno con sus propias palabras. Es el primer consejo que da Garzón Céspedes para cualquier narrador oral y que es

válido e imprescindible para los maestros que deseen contar.

2. Recrear la historia trayendo al presente el vocabulario y los gestos de los personajes con nuestra manera de decir y de hacer.
3. Cambiar las fórmulas de comienzo y acabado en cada cuento para mostrar su variedad (podemos inventar nuestras propias fórmulas de comienzo y acabado del cuento).
4. Los protagonistas no deben ser muchos ni tener nombres enrevesados que confundan a los niños.
5. Los hechos han de ser claros.
6. Jugar con los hechos, repetirlos si hace falta para que queden claros.
7. Cuidar la voz para que esté en un tono, volumen y velocidad adecuados a las expresiones que vayamos a usar; pero, sobre todo, para que les llegue a los niños con calidad y calidez.
8. Contar las historias adecuadas al nivel de comprensión de los niños.
9. No olvidemos nunca que contamos para y con los niños y cada uno tendrá su propio mensaje en la medida de su capacidad.
10. Una vez contado el cuento, podemos jugar a que sean los niños los que vuelvan a recrear la historia con sus palabras.

Comienza tú...

Sigue tú...

¿Qué pasó después?

4.3. De Literatura infantil y juvenil en Canarias. Apuntes para la historia (2012)

Literatura infantil y juvenil en la década de los ochenta

En la década de los ochenta, conseguida ya la democracia, entramos de lleno en la cultura y educación occidental del siglo XX. Fue una hermosa etapa: ilusionada, comprometida y enriquecedora para un amplio colectivo de maestros, que tuvo que sufrir adaptaciones a las nuevas leyes educativas: una gran reforma y sucesivas contrarreformas.

Los últimos años de la década de los setenta y ya en los ochenta, los docentes, organizados en colectivos, asociaciones y sindicatos como trabajadores de la enseñanza, se sintieron fuertes y libres para crear y organizar.

El colectivo más significativo de la década fue, sin duda, Tamonante, encargado de organizar las Escuelas de Verano en las Islas. Los miembros de este colectivo realizaron una magnífica labor de divulgación, formación y mentalización del profesorado, además de conseguir aglutinar a los creadores y hacer llegar sus trabajos y novedades a las escuelas.

Una secuela de esas actividades fueron los libros divulgativos de nuestra literatura. *Literatura canaria: antología de textos (siglos XVI-XX)* (Imprenta Pérez Galdós, 1976), *Cuentos canarios contemporá-*

neos (1975), *Narrativa canaria del siglo XX* (en tres volúmenes: 1985, 1989, 1990), antologías realizadas y editadas por los maestros escritores Rafael Franquelo y Víctor Ramírez.

No hemos tenido aún la suficiente distancia en el tiempo como para valorar en el grado que les corresponde a los componentes y colaboradores de tan valioso colectivo. Los maestros de Tamonante fueron los encargados de organizar, distribuir y promocionar las novedades educativas y todo el material escolar elaborado por los maestros en las diferentes reuniones de trabajo.

Entre los primeros materiales escolares difundidos figura un libro titulado *Tamarán*, escrito por un maestro llamado Manuel Collado (Imprenta Pérez Galdós, 1977), que es una aproximación a la geografía y al entorno físico de las Islas, que muchísimos maestros utilizábamos para preparar las clases.

Así mismo surge una colección de cuadernos titulada *Pinta Canaria* (CCPP, 1983), donde se daba oportunidad a los más pequeños de conocer y pintar su paisaje. El autor de las ilustraciones fue el palmero Luis Morera.

También para los más pequeños, Interinsular editó una magnífica colección de 16 cuadernos llamada *Boliche*, que estaban dedicados a la iniciación de la lectura, y otra llamada *Volcán*, formada por 32 cuadernos y dirigida por Félix Hormiga (Interinsular, 1984), que era un importante recurso sobre el medio y en el que se trataban temas como el mar, el viento, el terreno volcánico.

Paralelamente a esas iniciativas de profesionales de la enseñanza y a otras iniciativas, de las que hablaremos más adelante, algunas editoriales, incluso las propias instituciones, comenzaron a reeditar con la vista fija en el pasado, sacando a la luz, no solo los libros de los grandes autores sobre temas que servían de base para nuestra preparación intelectual, hasta el momento obviada por la mayoría de las autoridades académicas, sino investigando y tratando de encontrar obras que se acercaran al mundo de la infancia y de la juventud, sin tener muy claro dónde estaba ese límite, que es muy subjetivo.

A este respecto, doña Ángeles Perera, profesora de Didáctica de la Lengua de la Facultad de Formación del Profesorado de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, en su conferencia titulada *Aproximaciones a la literatura infantil y juvenil canaria*, publicada en CD por el Cabildo de Gran Canaria, dice:

La frontera entre literatura infantil, juvenil y de adultos es territorio envuelto en la bruma y la confusión, sobre todo cuando el criterio que utilizamos para definirla y caracterizarla es la edad de los lectores.

La edad es una condición del ser humano que determina muchos de sus comportamientos, sus gustos e intereses y, sobre todo, su nivel de competencia lingüística y literaria; pero cuántas veces hemos comprobado que la cronología no garantiza un patrón de conducta homogéneo y, mucho menos, idénticas expectativas ante la realidad. La familia, la experien-

cia, la posición personal ante determinadas vivencias son decisivas para entender el entorno, y, en el caso que nos ocupa, para elegir un autor o una obra.

Por este motivo, definir a un autor como escritor para niños o jóvenes no deja de ser una etiqueta que, tal vez, ayude al análisis y a la catalogación de las obras (objetivo de estas reflexiones), pero limita y constriñe la idea misma de la creación, de la expresión artística libre e individual.

Decía Barthes (2005: 21) que la escritura nace entre la lengua y el estilo; ese concepto de escritura alude a «la elección general de un tono y es aquí donde el escritor se individualiza claramente porque es donde se compromete» y añade que la escritura es elección, no solo de formas, sino de lugar (entendido como sector o grupo social histórico) desde donde se decide escribir. «Su elección es una elección de conciencia, no de eficacia. Su escritura es un modo de pensar la literatura, no de extenderla» (Barthes 2005: 22).¹⁸

Es muy difícil investigar las teorías. Los apelativos «literatura infantil» o «literatura infantil y juvenil», «literatura para niños» o «literatura intencional» son

18 La obra a la que hace referencia Perera Santana debe ser *El grado cero de la escritura*. Seguido de *Nuevos ensayos críticos* de Roland Barthes (original en francés publicado en 1953) publicada por Siglo XXI Editores, en su reimpresión del 2005 [nota de las editoras].

términos prácticos para definir a un sector determinado de lectores.

La controversia surge porque algunos, compartiendo en parte lo que dice la profesora, no piensan que escribir expresamente para niños es la prisión o la condena a muerte de los valores estéticos; se ha escrito una frase que dice: «Una obra solo es válida para la infancia si gusta a niños y mayores».

Nuestra reflexión va encaminada a argumentar la necesidad de esa literatura específica para ese receptor determinado, sabiendo que es imprescindible para la formación intelectual del niño desde los primeros años de vida y los prepara para que participen en la transformación de su entorno.

A través de la literatura infantil (cuentos y poemas), se puede trabajar una serie de valores fundamentales en el desarrollo personal. Es importante para el proceso de adquisición del lenguaje, para despertar su sensibilidad por la belleza, para desarrollar un lenguaje creativo y ampliar su vocabulario.

Sabemos que no todas las obras consideradas universalmente como excelentes pueden ser leídas por los niños. ¿Qué de malo hay en considerar, artísticamente hablando, al niño como receptor?

El lector potencial del que hablamos llega como edad límite a los quince años. A partir de esa edad, incluso antes, el joven normalmente socializado siguiendo las convicciones científicas de los distintos psicopedagogos (Piaget o D. B. Elkonin) deberá ser apto para leer cualquier tipo de textos.

Así, considerando libros infantiles y juveniles a muchas publicaciones que deberían ser entendidas

por jóvenes, se reeditaron y trabajaron muchas obras que podríamos considerar como primeros gérmenes de una literatura infantil y juvenil en Canarias, tales como:

—*Las Fábulas Literarias* (1772) de Tomás de Iriarte (nacido en La Orotava el 18 de septiembre de 1750), que han sido leídas y memorizadas por sucesivas generaciones de españoles y aún hoy, en algunos libros de textos, figuran estrofas de su «Burro Flautista»:

Esta fabulilla,
salga bien o mal,
se me ha ocurrido
ahora por casualidad.

—*Benartemi* (1858) y *Biografías de canarios célebres* (1871) de Agustín Millares Torres, maestro de música e historiador.

—El poema «Canarias» (1878) de Nicolás Estévez, nacido en Las Palmas de Gran Canaria, el 17 de febrero de 1838, que ha sido criticado por unos y admirado por otros, pero que contiene el lenguaje y el sentimiento del entorno canario y gusta a los niños e incluso defiende en sus pequeñas estrofas valores actuales:

La sangre de mis venas
a mí no me importa
que venga del Egipto,
o de las razas célticas y godas.

O este fragmento de la primera parte:

Un barranco profundo
y pedregoso
será recorrido
entre zarzales,
un valle precioso
y silencioso
de sus playas los secos
arenales.

—*Los Episodios Nacionales* (1873-1875) y algunos cuentos de Benito Pérez Galdós, nacido en Las Palmas de Gran Canaria, el 10 de mayo de 1843. «Pérez Galdós es considerado hoy, junto a Cervantes, el mejor novelista español de todos los tiempos» (*La Enciclopedia de la Literatura Canaria*, CCPC).

—*Tradiciones y anécdotas canarias* (1901) de Benito Pérez Armas, nacido en Lanzarote en 1871.

—*La Lapa* (1950) y cuentos como «Cariño eterno» o «La vieja» de Ángel Guerra, nacido en Lanzarote el 19 de marzo de 1874.

—*Episodios y ecos de Las Canarias* (1941), cuentos y leyendas de Luis Diego Cuscoy, que recibió varios premios. Setenta años después ha sido reeditada por Editorial Idea (2009) con el título de *Entre el volcán y la caracola*, que retomaremos en su momento.

—*Faycán. Memoria de un perro vagabundo* (1945) de Víctor Doreste, reeditado en varias ocasiones. *Faycán* es un libro cercano a la juventud, divertido y profundo. Sus protagonistas: perros bardinados, de presa canario, galgos y decenas de lazarillos, conviven y malviven. Resulta ideal para trabajar en los últimos cursos de secundaria, con cierta calidad lectora y

crítica. Llama la atención cómo ha influido este libro en muchos escritores de las décadas siguientes. Sus protagonistas, los perros canarios, han estado presentes en libros para todas las edades.

—«Alondra de las letras castigadas» de Pedro García Cabrera, docente, extraordinario poeta nacido en la isla de La Gomera en 1905, es un precioso poema y el único que se puede llamar infantil y adecuado a primaria. El poeta, que sufrió una cruel persecución política, nunca olvidó el niño que fue y no tuvo complejo por expresarlo abiertamente con diferentes composiciones, al igual que lo hicieron los grandes líricos de la Generación del 27 o los modernistas. El poema, editado en diferentes formatos (Anaya, en su colección Biblioteca Infantil Canaria, en 1992, lo publica en forma de cuento), comienza así:

Una tarde escaparon
del colegio cinco letras,
las cinco letras vocales,
risas y llantos de seda,
se pusieron a jugar
en el jardín de la escuela
y jugaron a los novios...

—«El pescador» (1964) de Pedro Lezcano. Cuento premiado el año anterior en un concurso de temas canarios por el Gabinete Literario de Las Palmas.

—*Cuentos sin geografía y otras narraciones* (1968), también de Pedro Lezcano. La profesora Teresa Cancio hace un interesante estudio de estas obras para la Editorial Interseptem en una reedición realizada

en 2003, que fue cuando llegó a la escuela y tuvo oportunidad para ser leído por nuestros jóvenes.

—*El collar de caracolas* (1968) de Félix Casanova de Ayala, editado como folletín coleccionable en el periódico *La Tarde*. Años después, en 1981, fue reeditado por el CCPC. Retomaremos la figura del escritor en la década de los ochenta, cuando se editó el libro.

—*El verano de Juan el Chino* (1971), última novela de Claudio de La Torre, escrita en un viaje que hizo a su isla.

Resulta curioso, merecedor de una profunda reflexión, que, en las reediciones de libros que podríamos considerar infantiles y juveniles, hasta 1980, no figuren otros libros de poemas aptos para los niños.

No sucedió lo mismo en la Península, porque poetas de diferentes generaciones y corrientes dedicaron bellos libros a las edades más tempranas. Pongo, por ejemplo, a Spriu y Maragall en Cataluña; Celaya en el País Vasco; Lorca, Alberti y Juan Ramón Jiménez en Andalucía.

Sin embargo, hay, en muchos libros de autores canarios, poemas cuya temática y lenguaje están cercanos a los jóvenes, por ejemplo: *Segunda Enseñanza* (1974) de Agustín Millares Sall o *Ajijidos y ajijadas* de Francisco Tarajano; y muchos poemas dispersos en los libros de diferentes autores como Pedro Lezcano, José María Millares, Fernando Garcíarramos, Lázaro Santana, Juan Jiménez y de tantos más, desde los comienzos de nuestra literatura.

A la vez surgió también un grupo de docentes, que tenían muy claro el papel de competencia lingüística

de sus alumnos, además de conocer, por su experiencia diaria, sus gustos e intereses; pero sobre todo eran creadores comprometidos con la estética y la ética de su trabajo, sin conexiones con grupos o movimientos literarios. Tomándolo como un compromiso, a crear libros especialmente dirigidos a los niños, que muy pronto se popularizaron entre los pequeños, y más lentamente entre los adultos; en especial en la clase intelectual, que siempre mantuvo una prudente y crítica distancia.

PRIMEROS ESCRITORES

Llegamos a los ochenta con una herencia extraordinariamente rica y benéfica, imposible de obviar; pero, vista desde la escuela, nos faltaban textos adecuados para los niños de diferentes edades, que nos hablaran con respeto de nuestro entorno y de nuestra historia.

No fue hasta principios de esta década, cuando, junto a los libros infantiles que se hacían mayoritariamente en la Península y que nos traían las editoriales peninsulares, surgieron los primeros libros de narrativa para niños y jóvenes o literatura intencional, como la llaman algunos, realizados por autores canarios en Canarias. La mayoría estaban escritos por docentes y muestran una profunda inquietud renovadora; aunque matizados por la tradición y la historia, que se convierten en el punto de partida para un largo camino.

La tremenda inquietud ética de ciertos profesores, unida a una inclinación artística por las letras,

demostrada ya por algunos, fue lo que llevó a iniciar un proceso imparable.

Fueron los textos escritos en esta década los que llevaron por primera vez a la escuela parte de nuestras peculiaridades y nuestra historia, además de descubrir la grafía y el conocimiento de palabras tan sencillas como *tabaiba*, *tolda*, *duna*, *jable*, *alisio* o *taginaste*, usadas en nuestro vocabulario diario, que tienen una significación concreta para nuestros niños, pero que antes era imposible encontrar en ningún texto escolar.

Los libros de esta década se caracterizan por la canariedad, esto es, por el afán de que prevalezca el paisaje autóctono, las figuras y lugares históricos. Las tradiciones, la flora y la fauna son los temas más recurrentes en los libros para los más pequeños.

Resulta curioso cómo se nota en los cuentos y en los poemas una preocupación por lo ecológico y por la conservación de las especies en peligro; aunque predomina la exaltación por la belleza del entorno en un deseo pedagógico subconsciente de despertar el amor por todo lo que nos rodea.

En la literatura juvenil predomina lo descriptivo y convencional; la historia y la tradición son los temas trabajados desde diferentes ópticas y estilos. Comenzaremos por estricto orden de edición de las obras y tratando de ser lo más objetivos posible.

Literatura infantil y juvenil del siglo XXI (2000 a 2010)

En la primera década del siglo XXI, la Literatura infantil y juvenil en Canarias trata de consolidar su historia. Siguen escribiendo prácticamente todos los autores conocidos en décadas anteriores, muchos de los cuales han cristalizado su obra a base de líneas bien definidas.

En este periodo, algunos han sido más exigentes con ellos mismos; sin abandonar los principios con los que comenzaron, han ido diversificando su producción, adaptándola a las nuevas épocas y abordando temas nuevos como los conflictos infantiles y los propios del momento actual: historia, integración, emigración e inmigración, defensa de la naturaleza y, en algunos momentos, simplemente, han trabajado de forma magistral la fantasía en sentido lúdico y gozoso.

Surge en esta década, impulsada por CAM Editores, una interesante forma de retomar la historia a través de la colección *Episodios insulares*. La editorial nos acerca a hechos de la historia con rigor, seriedad y la maestría de prestigiosos escritores.

Unos lo hacen en forma de crónica casi literal, recordándonos aquellos acontecimientos o espacios que deberían conocer los jóvenes; tal es el caso de *Tempestad de piedras* —José Antonio Luján, 2009—, que nos cuenta la visita de Unamuno a las Islas y su encuentro anecdótico.

Lo mismo podemos observar del libro titulado *La ciudad de Galdós* de Plácido Checa (2007), don-

de el autor muestra los espacios emblemáticos de la ciudad que vivió el genial novelista.

Otros, en cambio, relatan los episodios en forma novelada y crecen la historia con dosis de imaginación, como *La reina de Canarias* de Enrique Hernández.

El ermitaño (Ayuntamiento de Ingenio, 2005), escrito por los historiadores Felipe Enrique Martín Santiago y Rafael Sánchez Valerón, cronista oficial de la Villa de Ingenio, que nos cuenta la historia de un navegante convertido en ermitaño después de un naufragio.

Chorote y Gargolita en la Basílica del Pino (Anroart, 2006). Interesante aventura de descubrimientos insospechados en los viejos y desconocidos vericuetos de la basílica.

No podemos pasar por alto otra iniciativa editorial: la propuesta de Interseptem-Interseven-Maresía de volver la vista atrás y retomar la producción juvenil de grandes poetas y narradores en una selección realizada por profesores y especialistas. Así, se ha vuelto a reeditar: *El verano de Juan El Chino* de Claudio de La Torre, *Cuentos* de Pedro Lezcano, *Cuentos* de Carlos Pinto Grote y libros de poemas de José María Millares, Tomás Morales, Manuel Padorno, Alonso Quesada, Josefina de La Torre y Pino Betancor.

Sumo esta iniciativa a la *Recopilación de textos canarios para la escuela: desarrollo del currículo* realizada por la Consejería de Educación del Gobierno de Canarias (Dirección General de Ordenación Educativa, 2001). Este libro, destinado a Educación Primaria, recoge textos de Gilberto Alemán, Manuel J.

Lorenzo, Pancho Guerra, Luis Feria, Arturo Maccanti, Agustín Millares, Isabel Medina, Pepa Aurora y un largo etcétera.

Estas selecciones, avaladas por profesores universitarios especialistas de la Consejería, además de muchos de los títulos que se incluyen en esta recopilación, señalados por expertos como propios para la etapa juvenil, nos reafirma en la existencia de poemas y pequeños textos incluidos en la producción para adultos que podrían trabajarse en el último curso de Primaria y Secundaria, y en el convencimiento de que, si un niño está normalmente socializado, debería ser apto para leer cualquier tipo de textos.

Con respecto al teatro, el Ayuntamiento de Agüimes en Gran Canaria inicia en el 2006, en su Programa Educativo Municipal de Teatro, un concurso con el título de Certámenes de Textos Teatrales Infantiles y Juveniles, que ya va en su sexta edición, y ha conseguido editar bellos y prácticos libros con las obras premiadas.

Algunos de esos títulos: *Calabazas para una bruja*, *Dos historias y un escenario*, *El viento Magenio* y *El sol Fulgencio*, *Historietas de la abuela*, *El bosque sin viento*.

A la par, el CEP de La Orotava también ha tenido una iniciativa similar, convocando un concurso de cuentos y teatro escolar con el que ha obtenido éxito.

Tampoco debemos olvidar la labor realizada por PAL (Programas de Animación a la Lectura), realizados por los cabildos de Fuerteventura, Lanzarote, La Palma, La Gomera y El Hierro, que descubrió y animó a muchos autores que brillan en esta década.

Citemos como ejemplo a los autores que comenzaron en Fuerteventura, como Daniel Martín (estudiado en la primera década del siglo XX), a Leticia Peñate Pérez y a Esteban Gabriel Santana Cabrera, autores de *Ananay llega a Fuerteventura* y *Un nuevo vecino en la biblioteca*, editados por el Cabildo de Fuerteventura, o libros como *Simón, el lagarto gigante*, de María Elvira Febles Padrón, editado por el Cabildo de El Hierro.

Aparece también, con el nuevo siglo, la literatura comercial para niños y jóvenes, editada por Idea y Anroart, que presentan a un grupo de narradores nuevos y suman con éxito a otros consagrados. Algunos argumentos son enrevesados y sugestivos, pero otros se ciñen a la realidad y al misterio del hecho delictivo; descienden a veces a la fantasía. Este es un género difícil para los niños; aunque le den su entusiasta apoyo, como es lógico, solo el tiempo sedimentará las creaciones.

La ciencia ficción también está representada por varios autores que continúan con los esquemas clásicos y no cabe duda de que sigue gustando a los niños, aunque no con el entusiasmo de épocas pasadas.

Después de haber leído en los últimos años decenas y decenas de libros, alegra sobremanera descubrir, en medio de un terreno boscoso, libros valiosos con motivos originales; textos, que, con toda dignidad, gustan a chicos y mayores; una cantera de autores, apenas conocida, llena de propuestas renovadoras y diferentes, que tienen en común una excelente formación intelectual en distintos campos y personales estilos.

Llaman la atención las recurrencias que algunos autores noveles mantienen con respecto a ciertos temas. Los más recorridos son las historias sobre perros canarios: el viejo *Faycán* sigue rondando en las fantasías; las hay para todas las edades y en todos los estilos.

Seguimos con los viajes por las Islas que se repiten con insistencia, en las que los autores pretenden contar, de diferentes formas y maneras, lo más hermoso de cada una o lo que más les ha impactado. La derrota del pirata Van Der Does y las leyendas canarias, contadas de diferentes formas y fantasías, llenan espacios en las librerías.

Las historias sobre lagartos, la tradición y el entorno con su flora y fauna son también una constante en esta nueva década. En algunos se nota una renovada vuelta a los años ochenta y noventa. Por suerte, han surgido nuevas ideas y escritores de talento, y se perfilan otros que darán buenos frutos.

Seguimos sembrando y cultivando a la espera de la cosecha, que en este caso significaría el respeto y la revalorización de la Literatura Infantil de Canarias a nivel nacional e internacional. Esperamos poder hablar de ella en igualdad de condiciones con el resto del Estado y de otras comunidades hispanoparlantes y de lenguas europeas.

Deseamos que nuestros autores, utilizando un espacio, un vocabulario y un tono propio que universalice a las Islas, puedan ser leídos por niños de otras hablas y tonos sin prejuicios intelectuales y provincianos o posiciones centralistas, que tanto daño hacen,

una vez que nos conozcan y aprendan a querernos como iguales.

Docenas de escritores que trabajan para la infancia han creado hermosos libros para enriquecer la fantasía de los pequeños y convertirlos en creadores y recreadores de su entorno; y lo hacen aún en contra de ciertas autoridades y opiniones, que no consiguen vencer sus complejos, que se oponen a crecer como personas ayudando a crear y a universalizar su espacio; y aún en contra de muchas editoriales que se niegan o no pueden promocionarnos fuera de las Islas.

Es necesaria la participación masiva en congresos y encuentros abordando la reflexión y la crítica, para que la Literatura infantil y juvenil deje de ser considerada un subgénero literario por los que deberían defenderla.

En el auge de la Literatura infantil y juvenil en esta primera década del siglo XXI figuran, en primer lugar, las editoriales, no solo las creadas en los años ochenta, como es el caso del Centro de Cultura Popular Canaria, que mantiene vivos sus principios, publicando libros y llevando editoriales a empresas soñadoras que se suman a ellas y animan y promocionan la creatividad de los autores, entre ellas: Anroart, Idea, CAMP-PDS Editores, Interseptem-Maresía y Puenteapalo.

En los últimos años, 2010-2011, han surgido otras propuestas editoriales novedosas, algunas de ellas formadas por agrupaciones de amigos y escritores, cuyo resultado es muy beneficioso. Algunas parecen querer especializarse en un tipo determinado de edición.

Pongo como ejemplo: Tegala, Diego Pun, Asociación de Ilustradores y algunas más.

A estos ilusionados emprendedores hay que darles ánimo para que sigan adelante con éxito.

BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA

DESDE 1988

1. —
2. VV. AA. *Romancero tradicional canario*. Edición, introducción y comentarios de Maximiano Trapero Trapero.
3. VV. AA. *Lírica tradicional canaria*. Edición, introducción y comentarios de Maximiano Trapero Trapero.
4. Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610). *Antología poética*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
5. Antonio de Viana (1578-1650). *Antigüedades de las Islas Afortunadas* (dos tomos). Edición e introducción de María Rosa Alonso Rodríguez.
6. Silvestre de Balboa (1563-ca. 1649). *Espejo de paciencia*. Edición y prólogo de Lázaro Santana de la Nuez.
7. Andrés de Abreu, fray (1647-1725). *Vida de San Francisco*. Edición e introducción de Joaquín Artilles Santana.
8. Cristóbal del Hoyo Solórzano (1677-1762). *Carta de la Corte de Madrid*. Edición e introducción de Miguel Ángel Hernández González.

9. José de Viera y Clavijo (1731-1813). *Historia de Canarias* (dos tomos). Edición e introducción de Antonio de Béthencourt Massieu.
10. José Clavijo y Fajardo (1726-1806). *Antología de 'El Pensador'*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
11. Tomás de Iriarte (1750-1791). *Fábulas literarias*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
12. Nicolás Estévanez (1838-1914). *Fragmentos de mis memorias*. Edición e introducción de Nicolás Reyes González.
13. Benito Pérez Galdós (1843-1920). *La Fontana de Oro*. Edición e introducción de Yolanda Arencibia Santana.
14. Luis (1861-1925) y Agustín (1863-1935) Millares Cubas. *Antología de cuentos de la tierra canaria*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
15. Benito Pérez Armas (1871-1937). *La vida, juego de naipes*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
16. Ángel Guerra (1874-1950). *La lapa y otros cuentos*. Edición e introducción de Antonio Cabrera Perera.
17. VV. AA. *Ensayistas canarios*. Edición e introducción de Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel Sarmiento (1876-1926). *Obra narrativa [antología]*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
19. Domingo Rivero (1852-1929). *Poesías*. Edición e introducción de Eugenio Padorno Navarro.
20. VV. AA. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*. Edición, introducción y estudio de cada autor de María Rosa Alonso.
21. Manuel Verdugo (1877-1951). *Estelas y otros poemas*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
22. Tomás Morales (1884-1921). *Las rosas de Hércules*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.

23. Alonso Quesada (1886-1925). *Insulario [versos y prosas]*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
24. Saulo Torón (1885-1974). *El caracol encantado y otros poemas*. Edición e introducción de José Carlos Cataño González.
25. Francisco Izquierdo (1927-2004). *Medallas y otros poemas*. Edición e introducción de Eliseo Izquierdo Pérez.
26. Claudio de la Torre (1895-1973). *En la vida del señor Alegre*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
27. Emeterio Gutiérrez Albelo (1905-1969). *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*. Edición e introducción de Ernesto J. Rodríguez Abad.
28. Fernando González (1901-1972). *Antología poética*. Edición e introducción de Alfonso Armas Ayala.
29. Agustín Espinosa (1897-1939). *Crimen y otros textos*. Edición e introducción de Manuel Almeida Peña.
30. Josefina de la Torre (1907-2002). *Poemas de la isla*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
31. Domingo López Torres (1910-1937). *Obra selecta*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
32. Pedro García Cabrera (1905-1981). *Transparencias, Dársenas, Entre 4 paredes*. Edición e introducción de Domingo-Luis Hernández Álvarez.
33. Pedro Perdomo Acedo (1897-1977). *Antología poética*. Edición e introducción de Manuel Alvar López.
34. Pedro Lezcano (1920-2002). *Paloma o herramienta [antología]*. Edición y prólogo de Teresa Cancio León.
35. Agustín Millares Sall (1917-1989). *La palabra o la vida [obra poética]*. Edición e introducción de Jesús Páez Martín.
36. Félix Casanova de Ayala (1915-1990). *Poesía*. Edición de Félix Casanova de Ayala.
37. Manuel Padorno (1933-2002). *El nómada sale [1963-1989]*. Edición e introducción de Juan Cruz Ruiz.

38. Arturo Maccanti (1934-2014). *El eco de un eco de un eco del resplandor [obra poética]*. Edición e introducción de Alfonso O'Shanahan Roca.
39. Luis Feria (1927-1998). *No menor que el vacío [poesía 1962-1988]*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
40. Justo Jorge Padrón (1943-2021). *Antología poética [1971-1988]*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
41. Lázaro Santana (1940-). *Bajo el signo de la hoguera [antología]*. Edición e introducción de Eugenio Padorno Navarro.
42. Eugenio Padorno (1943-2025). *Teoría de una experiencia. Metamorfosis [antología]*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
43. Juan Jiménez (1940-2019). *Itinerario en contra (1961-1975)*. Edición e introducción de Mariano Pérez.
44. Isaac de Vega (1920-2014). *Conjuro en Ijuana*. Edición e introducción de Juan José Delgado Hernández.
45. Rafael Arozarena (1923-2009). *Caravane. Poemas y prosas [antología 1959-1990]*. Edición e introducción de Juan José Delgado Hernández.
46. Alfonso García-Ramos (1930-1980). *Guad.* Edición e introducción de Gregorio Salvador Caja.
47. Juan-Manuel García Ramos (1949-). *Malaquita*. Prólogo de José Luis López-Aranguren Jiménez.
48. J. J. Armas Marcelo (1946-). *El árbol del bien y del mal*. Edición e introducción de María Rosa Alonso Rodríguez.
49. Luis León Barreto (1949-). *Las espiritistas de Telde*. Edición e introducción de Yolanda Arencibia Santana.
50. Juan Cruz Ruiz (1948-). *Crónica de la nada hecha pedazos*. Edición y prólogo de Domingo Pérez Minik.
51. Luis Alemany (1944-2025). *Los puercos de Circe*. Edición e introducción de Antonio Alonso.

52. Nivaria Tejera (1930-2016). *El barranco*. Edición e introducción de Claude Couffon.
53. Víctor Ramírez (1944-). *Cada cual arrastra su sombra*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
54. Pilar Lojendio (1931-1989). *Poesía completa*. Introducción de Yurena González Herrera.
55. Esperanza Cifuentes (1943-2002). *Buscando a B*. Introducción de María Teresa de Vega.
56. Pino Ojeda (1916-2002). *Teatro*. Edición e introducción de Alejandro Coello Hernández.
57. Elsa López (1943-). *El país de mi abanico*. Introducción de Sergio Barreto.
58. Olga Rivero Jordán (1928-2021). *Antología*. Introducción de Roberto Cabrera.
59. Verónica García (1967-). *Fuego de nadie*. Introducción de José Miguel Junco Ezquerra.
60. Cecilia Domínguez Luis (1948-). *Doce lunas de Eros*. Introducción de Daniel Bernal Suárez.
61. Silvia Rodríguez (1970-). *Provincia del dolor*. Introducción de Pedro Flores del Rosario.
62. Isabel Medina (1943-). *La hija de abril*. Introducción de María García Rodríguez.
63. Tina Suárez Rojas (1971-). *Yo amaba a Toshiro Mifune*. Introducción de Blanca Hernández Quintana.
64. María Rosa Alonso (1909-2011). *Papeles tinerfeños*. Prólogo de Juana González González.
65. María Dolores de la Fe (1921-2012). *Las Palmas casi ayer, Las Palmas casi mañana*. Prólogo de David Pulido Suárez.
66. María Joaquina de Viera y Clavijo (1737-1819). *Selección poética*. Prólogo de Victoria Galván González.
67. Dolores Campos-Herrero (1954-2007). *La ciudad de los hombres solos*. Prólogo de Eduvigis Hernández Cabrera.

68. Macarena Nieves Cáceres (1968-). *Fluidos de jade*. Introducción de Acerina Cruz Suárez.
69. Ignacia de Lara (1880-1940). *Para el perdón y para el olvido*. Introducción de Inmaculada Egüés Oroz.
70. Acerina Cruz (1983-). *Archivo de invierno*. Introducción de Macarena Nieves Cáceres.
71. Victorina Bridoux y Mazzini (1835-1862). *Lágrimas y flores*. Introducción de Yara García Cordero.
72. Belén Lorenzo Francisco (1980-). *Todo lo importante vuela [antología personal]*. Introducción de Zaradat Domínguez Galván.
73. Agustina González y Romero (1820-1897). *Poesía*. Introducción de Yeray Rodríguez Quintana.
74. Hilda Zudán (1900-¿...?). *La hora silente*. Edición literaria y estudio preliminar de Fran Garcerá; cronología de Victoriano Santana Sanjurjo.
75. Juan José Delgado (1949-2017). *De un sabio antológico*. Edición literaria, estudio preliminar y cronología de Víctor Álamo de la Rosa.
76. Josefina Plá (1903-1999). *Geografía-laberinto de perfecta soledad*. Edición literaria, estudio preliminar, cronología y glosario de Ángeles Mateo del Pino.
77. Carlos Pinto Grote (1923-2015). *Pasión del mar y otros ensayos*. Edición literaria, estudio preliminar y cronología de Oswaldo Guerra Sánchez.
78. Pepa Aurora (1944-). *Y con el viento juega*. Edición literaria, estudio preliminar y cronología de Sandra González Reina y Paula Fernández Hernández.

Pepa Aurora ocupa un lugar primordial en la cultura y las letras canarias. Su trayectoria une literatura, enseñanza y memoria colectiva. Desde las historias escuchadas en su infancia hasta la escritura y la narración oral, la palabra ha sido una forma de conocer, transmitir y compartir el mundo.

En su obra, lo recibido se transforma al ser contado de nuevo. Su escritura mantiene una estrecha relación con Canarias: con sus formas de hablar y contar, con el territorio y con una experiencia cotidiana convertida en materia literaria. Esta mirada se vincula con su experiencia como maestra: literatura y educación se alimentan mutuamente, unidas por la confianza en la capacidad creadora de la palabra.

Para acercarse a Pepa Aurora, quizá haya que regresar a aquella niña que escuchaba, leía y jugaba. Como el viento, su palabra pasa de unas voces a otras. Y con todo este viento suyo Pepa Aurora juega.

Sandra González Reina y
Paula Fernández Hernández



**Gobierno
de Canarias**



**BIBLIOTECA
BÁSICA
CANARIA**